



Manuel de Jesús Galván

Novelas cortas

Estudio, notas y compilación:
Manuel Núñez

Consejo Presidencial de Cultura

VOLUMEN I



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

NOVELAS CORTAS,

Ensayos y Artículos



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Colección de Autores Clásicos Dominicanos
Volumen I

Dirigida por Cayo Claudio Espinal



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Manuel de Jesús Galván

NOVELAS CORTAS, Ensayos y Artículos

Estudio, notas y compilación:
Manuel Núñez

Colección de Autores Clásicos Dominicanos
Volumen I

Dirigida por Cayo Claudio Espinal

TOMO I

CONSEJO PRESIDENCIAL DE CULTURA
SANTO DOMINGO, R. D.
2000



Con el auspicio de:



Consejo Presidencial de Cultura

Santo Domingo, R. D.

Consejo Nacional de Educación Superior

Colección de Autores Clásicos Dominicanos
Volumen I

Dirigida por Cayo Claudio Espinal

Título de la obra:

Novelas cortas, ensayos y artículos

Nombre del autor:

Manuel de Jesús Galván

Estudios y notas:

Manuel Núñez

Diagramación:

Orlando Díaz

Diseño de portada:

Stanley Gráfica & Asociados

Impresión:

Talleres de Editora Búho

ISBN 99934-0-124-2

*Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic.*



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

ÍNDICE

Presentación	5
Prefacio	11
La prosa periodística de Manuel de Jesús Galván	17

NOVELAS

Elvira y Manfredo	85
Federico o el aburrimiento	105
La Puericracia	127

LETRILLAS

Programa	153
Contestación	156
Letrilla	158
A la memoria del ilustre coronel Don Elías Piña	161
Contestación Joco Seria	162
Preludios	169



Letrilla guitarra-filarmónica	170
Quejas de la tumba contra el merengue	173
Serenata	176
Serenata	177
Amor	181
La pura verdad	183

ARTÍCULOS Y TEXTOS SATÍRICOS

El oasis	187
La pedantería y los pedantes	193
A Marco Aurelio	197
Don Arístides	203
Don Emilio y las mujeres científicas	205
Los indiscretos y yo	209
Enmanuel novelista	213
Chismes y enredos	217
La vanidad	221
El oasis, sus víctimas y los que quieren serlo	223
Artículo sin epígrafe	231
Melancolía	236
A Delicio	241
Bosquejo	244
Lance vacuno	248
Un día campestre	251
Vuelo de tortugas	258



TEATRO	261
Las conspiraciones vistas de un lado	263

PROSA PERIODÍSTICA

Editoriales del Oasis (1854-1856)	275
Prensa Europea	285
El 27 de Febrero	296
Crueldad pública	299
Aclaraciones	332
Observación	347
27 de febrero	367
Interior	382

EDITORIALES DE LA RAZÓN (1861-1864)

La Anexión es la paz	407
La situación pasada y la presente	414
¿Dónde está el partido de Báez?	423
Invasión haitiana	428
Españolismo y política de Báez	431
Diversas fases de la Anexión	435
Carácter general de la Anexión	443
España y el Siglo XIX	447
Francia y Haití	451
La Antilla pobre	454
El periodismo y la policía	459





Presentación

Cayo Claudio Espinal

El Consejo Presidencial de Cultura, con la edición de su Colección Autores Clásicos Dominicanos, iniciada con la recopilación, estudio y publicación de las obras literarias de Manuel de Jesús Galván, de Vigil Díaz y Zacarías Espinal (reunidas en el contexto del Vedrinismo); de Domingo Moreno Jimenes, Rafael Augusto Zorrilla, Andrés Avelino, y otros autores (en el contexto del Postumismo), y la de Tomás Hernández Franco; encargadas todas a los escritores Manuel Núñez, Diógenes Céspedes, Manuel Mora Serrano y José Enrique García, respectivamente, busca, desde el punto de vista institucional, consolidar tres aspectos fundamentales: primero, ampliar el registro, la conservación y la difusión del patrimonio cultural dominicano; segundo, propiciar la investigación y análisis de las expresiones culturales más importantes producidas por nuestra sociedad, y, tercero, dar los primeros pasos para la creación de la futura Editora Nacional.

Esta colección de libros se suma a otras valiosas publicaciones del Consejo Presidencial de Cultura, realizadas por reconocidos intelectuales y escritores nacionales, algunas de ellas sin precedentes bibliográficos en nuestro país, las cuales abarcan pioneramente materias disímiles que van



desde lo sociológico y antropológico, hasta el folklore, la literatura y los aspectos técnicos y conceptuales de la dimensión cultural del mundo contemporáneo; entre las que podemos citar las siguientes: *Hacia un programa de desarrollo cultural para la República Dominicana*, en tres volúmenes; *Relatoría de los encuentros con el sector cultural*; *Compendio de legislación cultural*; *Análisis del diagnóstico participativo del sector cultural*, y *Elementos para una política cultural en la República Dominicana*. Asimismo *Cultura popular e identidad nacional* (volúmenes I y II); *Los cocolos de Nadal Walcot*; *La cultura en los barrios*, Nivel I y II; *Los murales dominicanos*, *Diagnóstico de la artesanía dominicana* y las dos revistas *Umbral* y *Balsié*; y la Colección Fin de Siglo, que ya reúne veinte volúmenes de los más importantes escritores dominicanos de los últimos treinta años.

Con la entrega de estas primeras ediciones de la Colección Autores Clásicos Dominicanos, podrá ser conocida la obra literaria de algunos de los escritores nacionales más trascendentes de los últimos dos siglos, las cuales marcaron estéticamente su tiempo y repercuten todavía sobre nuestra contemporaneidad como una recia y sólida producción de la espiritualidad dominicana.

Estas ediciones constituyen un verdadero rescate de nuestro patrimonio cultural, pues ayudan a vencer el conocimiento fragmentario y de segunda mano que poseemos de nuestros autores, a veces sujeto sólo al clima impreciso de la tertulia, sustituyendo la volátil cultura de la oralidad por la autoridad permanente del libro, ya que la mayoría de los textos compilados y editados en la Colección se encontraban dispersos, o agotados durante décadas, o no habían



sido publicados en el país, o eran desconocidos en su conjunto, incluso por el lector especializado dominicano.

Ahora podremos revalorar la dimensión literaria de Manuel de Jesús Galván, el más importante novelista dominicano del siglo XIX, y un clásico del movimiento romántico latinoamericano y mundial, cuyo teatro, ensayos y novelas cortas ya no podrán ser desconocidas en su propio país. Podremos igualmente escrutar con mayor profundidad el Vedrinismo y el Postumismo, los dos movimientos literarios dominicanos iniciadores del canon de nuestra modernidad y de nuestro propio proceso de ruptura vanguardista en el siglo XX. Asimismo podremos situar con mayor justicia histórica la obra poética, narrativa y ensayística de Tomás Hernández Franco, uno de los poetas dominicanos más importantes del siglo XX, y, además, uno de los mejores exponentes de nuestra narrativa corta.

La presente colección constituye, por su enriquecedor aporte bibliográfico, y por el vacío de la herencia cultural que llena, un imprescindible referente histórico para el mundo académico, y un trascendente instrumento para el análisis y goce general de la literatura nacional y del Caribe.







Verdad es que se nos hace mucho ruido, se nos cacarea mucho el interés que varias veces dizque han manifestado por nuestra suerte política algunas naciones extranjeras; se nos vende por favor valioso cualquier agasajo aparente, cualquier anzuelo, una cualquiera, la que más se presente a tal fin, de las fases de la política ajena. Pero no se necesita un ojo muy perspicaz para ver en todo ello que nuestro bien no le importa un ardite a ningún otro que a nosotros; que, como dice el vulgo, el que busca conveniencias a otro, tiene en vista el provecho propio; que el francés, es francés; el inglés, inglés; el yankee, yankee; el español, español; y sólo nosotros somos dominicanos.

De aquí la deducción de que no debemos llevar nuestras consideraciones por nadie, más allá de lo que convenga a los intereses de nuestra Patria, para nosotros lo primero y lo más sagrado.



Prefacio

Manuel Núñez

Los textos que aquí se presentan, lector, tienen una importancia insospechada. Son las ideas de un testigo ejemplar del período comprendido entre nuestra declaración de Independencia (1844) y comienzos de siglo (1910). Su voz, sepultada por una losa de prejuicios políticos, patrióticos, ideológicos —suplantada por la sentencia pura y simple de historiadores dogmáticos— es una explicación necesaria, acaso indispensable, para comprender los acontecimientos en los que naufragó la República luego de su fundación. Personalismo. Anexionismo. Caudillismo. Privilegiomanía. Ideal hostosiano... todos estos temas obran en su prosa de ideólogo y actor de cuanto acació en el período de marras.

Para extraer una idea cuando menos aproximada del influjo que ejercieron los escritos de Galván, piénsese en el hecho de que en aquella hora, los intelectuales usufructuaban un poder social que no tiene parangón con la actualidad. Eran una especie de “conciencia nacional”. Un artículo de Bonó, de Galván, de Guridi hacía las veces de preceptiva. Sus defensas y ataques servían de argumento y razonamiento para la acción. Con todo y eso, estos textos han sido desdeñosamente ignorados por la historiografía dominicana; no han sido incluidos en las interpretaciones históricas al uso.



Suele creer nuestra época —veremos cuánto yerra en ello—, que los hombres del pasado carecen de medios intelectuales y lógica para interpretar su propia vida, y sustituye el pensamiento de éstos por deberes y tareas del presente, por sus doctrinas y posiciones. Suele nuestra época actuar como juez severo; no dialoga con los actores, sino que les impone sus interpretaciones. Prueba de ello es que algunos historiadores observan nuestras sociedades pasadas como una lucha de rebaños contrarios, sin interesarse demasiado en comprender la cultura y el pensamiento de los hombres. Nuestros contemporáneos, testigos y actores de esta época, protestarían si alguien pretendiese esclavizarlos en etiquetas morales o pasarlos, sumariamente, por juicios peregrinos. Que otra cosa, si no, hace el hombre público cuando se defiende de las imputaciones del historiador del presente o del periodista, cuando enmienda o rechaza el enjuiciamiento que le hacen los otros. Pero los hombres del pasado no pueden defenderse. Son pasto de la historia. Sus voces pueden ser fácilmente silenciadas, quedando expedito el camino para emprender cualquier vejación, condenación o exaltación desmedida.

En efecto, a menudo los hombres son vilipendiados, absueltos o condenados sin indagar en cuáles abrevaderos ideológicos naufragaron, en qué circunstancias actuaron, cuál era el ideario dominante en los políticos y en los pensadores de la hora en que les tocó obrar. Hemos vivido bajo el imperio de los jueces. Ahora hacen falta arquitectos que reconstruyan nuestra historiografía pasada.

Galván fue el punto de referencia de su generación. Vale decir, de los primeros sesenta años de vida republicana. Leyéndolo se advierte la necesidad del advenimiento de una nueva historiografía dominicana, que no sea la mera exposición de datos económicos y sociales, sino el análisis de la evolución de las mentalidades, que muestre palmariamente el papel que ciertas ideologías han ejercido en los acontecimientos históri-



cos. Cómo han encarnado en los políticos. Cuáles acciones y metas han alcanzado.

Se trata, en resumidas cuentas, de saber cómo estas ideas —convertidas en opinión vulgar, en sentido común—, fueron expuestas. Y saber además de qué modo han evolucionado y derribado ciertas formas de vida. Y más aún: se trata de saber cuáles imperativos ideológicos han predominado en cada época y, finalmente, en qué escuelas filosóficas fueron prohijados estos últimos.

Esta es la faena de la nueva historiografía. Y acaso lo es también de la sociología y la antropología dominicanas. Creemos que este volumen es una contribución para empezar a construir —aunque desde luego mínimamente— el sistema de creencias de nuestro hombre decimonónico.

A partir de esta obra puede establecerse la filiación de una creencia que viene desde la fundación de la República. Se trata de la idea de la incapacidad del pueblo dominicano para emprender tareas de gobierno propio. Esta creencia prohió ideologías que han desempeñado un papel de primerísimo orden en nuestra vida cultural. Una, el anexionismo a una gran potencia; otra, la creencia de que el país sólo podía desarrollarse merced a la inmigración europea. En ambos casos subyacía un elemento común: el pesimismo. Las raíces y las motivaciones de este sustrato cultural, de este crisol ideológico en el cual se han forjado las generaciones que han obrado hasta principio del siglo XX, podrás encontrarlas, lector, en estos escritos de Galván.

La memoria de la cultura dominicana ha descansado sobre hombres y no sobre instituciones. Héroes de la conservación, que, imbuidos de un indescriptible amor por lo dominicano, han realizado la faena de toda una generación. Estos hombres han salvado períodos enteros de nuestra historia, que la incuria, la falta de estima por lo dominicano, y las inclemencias del clima, amenazaban con destruir definitivamente.



A la cabeza de esta legión encontramos a don Vetilio Alfau Durán, cuya pasión por nuestro pasado le ha granjeado un sitio señero en la historiografía dominicana. Sin esta labor hubiese sido poco menos que imposible historiar la vida dominicana, toda vez que —menesterosa de datos en qué fundarse— la historia se hubiese tornado en mitología.

Don Vetilio Alfau acumuló cuanto dato pudo sobre lo dominicano. De su archivo incluimos en este volumen las cosas que puso a buen recaudo en lo que a Galván concierne. Hemos completado dicho compendio con los textos publicados en *El Oasis* (1854 a 1856), con sus primeros escritos y otros aderezos que obtuvimos luego de una pesquisa sobremanera ardua en el Archivo General y en las bibliotecas nacionales. Esta tarea hubiera quedado trunca sin la aportación valiosísima de los hallazgos documentales realizados por Andrés Blanco Díaz, quien tuvo a bien llevar a cabo el cuidado de la edición que tienes entre tus manos, lector.

Con todo, queda aún mucho por hacer. De sus años de exilio (1865-1874) (1904-1910) conocemos muy poco. Lo que publicó en esos 15 años de ausencia no ha sido hagiografiado por ningún compilador. La publicación de los escritos de Galván ha de ser, pues, una suma de esfuerzos. Este volumen es un primer hito y un reto para emprender la magna tarea.

Quede consignado en estas palabras liminares nuestro agradecimiento profundo a la familia de don Vetilio Alfau Durán, por permitirnos el acceso a documentos que éste fue atesorando durante toda su vida con una paciencia franciscana. Vayan, además, nuestra gratitud y reconocimiento al Consejo Presidencial de Cultura, por el servicio que le ha hecho a la cultura dominicana al publicar esta obra y al poeta Cayo Claudio Espinal, presidente del Consejo, por cuanto hizo en pos de esta publicación. Que no fue poco.

Esperamos que esta obra, reveladora de aspectos importantísimos de lo que se ha de llamar “conciencia



nacional” contribuya a enriquecer el acervo de datos de los que estudian la historia y la cultura dominicanas, así como de aquellos que se interesan por su literatura, pues estos textos no sólo son una revelación ideológica de las creencias que se instituyeron como ideología dominante, sino que —fuerza es decirlo— son uno de los más formidables ejercicio prosístico de nuestras letras. Son la fragua en la que se moldeó la prosa del *Enriquillo*, nuestro clásico novelesco. Son las más excelsa expresión de nuestro periodismo decimonónico, no sólo por el acopio filosófico, por el enciclopedismo hostosiano, por el positivismo y demás ciencias infusas que traía consigo, sino porque en ese quehacer, el culto del idioma alcanzó una perfección inusual: se convirtió en género literario.





La prosa periodística de Manuel de Jesús Galván

Manuel Núñez

Muy poco sabemos de los primeros tanteos literarios de Manuel de Jesús Galván (1834-1910). Sus escritos publicados en *El Oasis* (1854-1856) muestran un articulista de aire costumbrista, y de un prurito filológico que le hace explayarse en definiciones puntillosas, prolijas. Tal como ocurre en su artículo *Ad Libitum* (ver *El Oasis*, Mp. 26, 1855). Nada sabemos de lo que escribió antes de esta fecha; nada, de la metamorfosis que debió producirse en su prosa entre uno y otro período. Pero puede decirse —desde luego exceptuando estas salvedades— que los escritos de *El Oasis* pertenecen a sus prosas de la primera hora; son el comienzo.

Calzado con los seudónimos de Enmanuel, Manuel, o bien con las siglas de su nombre, Galván publicó varias letrillas, décimas, artículos costumbristas en los cuales —según él mismo confiesa— no tiene otra meta que satirizar:

“(…) Todos aquellos que nos encargan sátiras, contra un pobre diablo, y se lo guisamos en una letrilla o en una variedad por complacencia”.

(*El Oasis*, 16-XI-1855).



Si examinamos con minucia los autores aludidos en *El Oasis* podemos, aunque por supuesto muy fragmentariamente, reconstruir el perfil ideológico y las ideas que impregnaban al grupo de jóvenes de la "Sociedad Amantes de las Letras", presidida inicialmente por Galván. Los autores que pululan en estos tabloides, que son comentados o aludidos por Galván son: Lord Byron, poeta romántico; José Balmes, filósofo español, autor de *El Criterio*; Donoso Cortés, conocido por su libro *La Calle de las Viudas*; Ricardo Palma, escritor costumbrista, autor de *Tradiciones Peruanas*. Entran en este mismo conjunto algunos periódicos extranjeros —tales como *El Constitucional*, *El Malta Times*, *El Eco Hispanoamericano*, *La Courrier d'Outre Mer (El Correo de Ultramar)*—, que reseñaban acontecimientos de América, de España y del resto de Europa. Algunos traían, además, folletines de autores conocidos.

Probablemente *El Oasis* fue concebido siguiendo el modelo de aquellas publicaciones. Estaba estructurado de la forma siguiente: editorial, comentario, cotilleo literario, folletines, poesías, artículos históricos, noticias extranjeras y publicidad (avisos y anuncios), siguiendo la tradición de los periódicos satíricos y literarios de Europa. Los editoriales de opinión recogían las hablillas de orden político y económico; los comentarios, la comidilla literaria de los hombres de letras, el resto eran cosas variopintas que, como todas las publicaciones dominicanas de data decimonónica, tenían una importancia localista; su punto de referencia era esencialmente la Capital.

Entre los mecenas y mentores del grupo de jóvenes de la sociedad dirigida por Galván descuella la figura de Rafael María Baralt (1810-1860)¹ quien legó su bi-

1. En "*Apuntes y Documentos*", *Clío* No. 107, Rodríguez Demorizi precisa que R. M. Baralt era historiador y filólogo. Escribió una historia de Venezuela y un *Diccionario de galicismos*. Estaba emparentado con los Galván, ya que su padre —Miguel Baralt— sacerdote que incluso llegó a ser monseñor, concibió con María C. Galván —madre de M. de J. Galván... a María Josefa Baralt.



biblioteca al grupo, y quien ejerció una enseñanza socrática sobre un discipulado que mantuvo vivo su recuerdo. Del escrutinio de la biblioteca de Baralt, merced a los datos que sobre ella puedan poseerse, merced a lo que de ella quedó, o bien mediante la correspondencia de este autor, podríamos inferir las fuentes literarias, las lecturas del grupo. Dicho brevemente: establecer la biblioteca de *El Oasis*. Fuente ideológica en la que se inspiraron los miembros de “La Sociedad Amantes de las Letras”.²

El grupo no tuvo hagiógrafos que reseñasen su historia. Contó con el respaldo de los comerciantes y polí-

2. Según Rodríguez Demorizi, la biblioteca Baralt sirvió de base a la primera biblioteca pública que tuvo la Capital dominicana. Este hagiógrafo precisa que a las inclemencias del clima y los insectos que desmedraron sus fondos considerablemente, se añadió la desaparición de muchísimas obras. En el número 107 de *Clío* aparece un catálogo de las obras de esta biblioteca. Leyendo dicho catálogo se nos ocurre clasificarla en temas: Derecho, Historia, Religión y Filosofía. Tiene obras en español y francés. Por lo que respecta a Filosofía y al Derecho predominan autores liberales, tales como:

1. *Táctica de las asambleas legislativas y Tratados de legislación civil y penal* de Jeremías Benthan, 8, tomos.
2. *Miscelánea de economía política y moral*, de Benjamín Franklin.
3. *Principios del derecho de gentes*, Andrés Bello.
4. *Des principes de l'economie politique*, David Richard.
5. *Oeuvres complètes*, de Mirabeau.

Cuenta además con autores de la Ilustración tales como:

1. *Tableau historique des progres de l'esprit humain*, Condorcet.
2. *Oeuvres Philosophiques et politiques*, T. Hobbes.
3. *De la democratie en France*, M. Guizot.
4. *Oeuvres complètes*, Helvetius.
5. *Elementos de ideología*, Destruitt de Tracy.
6. *Moral universal y deberes del hombre fundados en su naturaleza*, Barón de Holbach.

Ya sea merced a la educación, bien mediante el comercio, o mediante la dominación militar, la colonización extranjera, la meta o ideal de Galván era el Progreso, la Regeneración moral y cultural del pueblo dominicano. No resulta, pues, arriesgado decir que estos autores evocan algunos fragmentos de su pensamiento.



ticos de la época. Prueba de ello es la lista de contribuyentes que aportaron sus caudales para la creación del primer teatro en la Capital. Entre los mecenas figuran Miguel Lavastida, Juan Abril —comerciantes—, David León, Jacobo Pereira, —negociantes probablemente sefarditas de prosapia curazoleña—, Idelfonso Mella, Manuel de Regla Mota, políticos y hombres de pro.

En *El Oasis* publica Galván sus primeros escritos. Se trata de coplillas, letrillas y versos satíricos... la fuente estilística de estas poesías hay que buscarla en el influjo que sobre él ejerció la literatura oral: décimas, decires, refranes, frases ceremoniosas, proverbios... Tienen sus poesías el aire de ese acervo heredado. Lo temático, lo formal, lo rítmico le vienen del romancero. Todo contribuye a atestiguar tal filiación en la que se reconoce una concepción de la poesía como divertimento, entretenimiento; todavía no aflora en él la preocupación política. Humor. Sátira. Folklore. He aquí los temas en los que se fraguan estos versos. Prueba de ello es su "Quejas de la tumba contra el merengue", comentario sobre las ideas que se tenían acerca del merengue en aquella época —considerada como una música cargada de vileza y un divertimento de hombre de mala progenie—. Es la opinión que tenía Galván del mismo, y es además, la idea con que usualmente aparecía reseñado en las publicaciones de la época. Se trata, pues de un tópico, un lugar común; véase los *Escritos de Espailat* a este respecto.

Según Galván, habida cuenta de los temas que reseñaba, el merengue no contribuía a reformar las costumbres, dejando inferir que para él la música debía ocuparse de temas trascendentes. A saber: el patriotismo, los valores de la nacionalidad. Esta, puede decirse, es la primera huella de su preocupación política, y desde ya puede atisbársele como reformador social, papel que se atribuyó a sí mismo. En su respuesta a Marco Aurelio (un glosador de *El Oasis*) declara lo siguiente:



“(...) nuestros señores músicos que en vez de emplear sus talentos en componer tonadas nacionales, los malgastan en majaderías como el *Ay, coco, Los pastelitos, El morrocoy, La Juana Aquilina, La cadena, El Carlito cayó en el pozo...* Pues a mí me gustaría muchísimo más que así como los filarmónicos yankees han compuesto *Washington Gallop* a la memoria de su grande y heroico libertador, nuestros filarmónicos compusiesen una Don Juan Sánchez Ramírez Polka, o un Don José Núñez de Cáceres Wals, pues esto siquiera recordaría las gloriosas eminencias de nuestra patria, y no sería malversar tan lastimosamente sus sobresalientes genios”.

(*El Oasis*, 21-1-1855, p. 35).

La evolución o cambio de postura ideológica que atestigua este texto se percibe claramente si se compara con los versos a Cástulo, en los que descuella una ideología fingidamente apolítica, pesimista:

“¿Qué me importan las Repúblicas
o los gobiernos despóticos
si en mis cantos estrambóticos
olvido las cosas públicas”

“¿Qué me importan Rusos y aliados
que importan Sebastopol
a quien canta en español
pasacalles resalados”

(*El Oasis*, 17-12-1854).

Las poesías de Galván están invadidas de elementos de picaresca, frases ingeniosas, curiosidades y chistes. No había en él aún un proyecto ideológico. No había esa noción del compromiso entre el poema y las ideas patrióticas que vemos esbozadas en su respuesta a Marco Aurelio.



Desde el punto de vista formal parecen poemas escritos para enjuiciar: satirizar, alabar y apostrofar... Hay, además, el deseo de convertirse en foro de los sucesos y escándalos de la comarca, es decir, que su poesía se tornó en un medio para hacer revelaciones atrevidas, para cotillear. Métrica y cotilleo, he aquí el rasgo que prevalece en estos versos.

Su poesía no logra tornarse en pensamiento trascendente; es un mar de tópicos. Su desencanto moral le lleva al rechazo de la política, le lleva a refugiarse en las peripecias de la vida privada; le llevará al anexionismo también, pero esa es otra historia. Eso es parte del futuro. Por lo pronto quedémonos taxativamente en esta conclusión, que estos versos a Cástulo proclaman:

“Porque Cástulo es patente
que para hacerse dichoso
se requiere o ser vicioso
o a cuánto hay indiferente.
(... Que el que no es vil, egoísta,
adulador y canalla
lejos de la dicha se halla”.

(El Oasis, ídem.)

Probablemente estas ideas fueron forjadas por el resultado de los primeros gobiernos de Báez (1849-1853) y Santana (1844-1848). El triunfo, según Galván, anda de media madrina con lo canallesco, con el egoísmo y con la adulación. Los peor dotados han tomado el mando; se percibe una ausencia de los mejores, los de ideal trinitario. Todo ello le lleva a rechazar manifiestamente la política; pero en esta rebeldía termina respaldando el poder más convencional, sometiéndose a un amo político. Mas esto es una inferencia futura, toda vez que el Galván de la mocedad no era santanista; no tenía líder ni partido. Así está escrito en estos versos:



3. La mayoría de los archivos con los que se realizaron esta pesquisas, o están expoliados, o el deterioro en que está la documentación es tal que permanecen inutilizados, ya por incuria, ya por la inexistencia de un verdadero centro de documentación. Prima la confusión en muchos investigadores de que los documentos que nos ayudan a comprender las ideas del siglo-³decimonono, no fueron, cuando la ocasión era propia, estudiados con la minuciosidad requerida. La labor documental está casi ausente en la historiografía del siglo XIX.

Nace y tiene su apogeo en este siglo con la creación del Archivo General de la Nación. Luego la propia Institución cae en decadencia, desapareciendo con ello una franja entera de nuestro pasado cultural. Mucho de los documentos que nos sirven de base para hacer indagaciones fueron salvados y publicados por documentalistas empíricos —Rodríguez Demorzi, Alfau Durán, Américo Lugo y otros— quienes, además, escribieron las primeras monografías temáticas, evitando con ello que estas fuentes en vías de destrucción terminaran cegándose definitivamente. Una parte de estos documentos no fueron examinados con miras a facilitar la investigación, o a abrir nuevas investigaciones.

En estos versos ya se atisban algunos de los rasgos de su personalidad: desprecio por la actividad política y un marcado pesimismo en el destino dominicano. De sus poemas, unos tienen un sello epigramático, como "Preludio"; otros, de romance, como "Serenata"; los más responden al influjo oral, subrayado al comienzo de este ensayo. En resolución, se trata de una poesía en cierta, en la que aun no han cuajado preferencias y estilos. No se advierte aun una auténtica vocación; pronto, cuando la actividad política se torne en el punto principal de su vida, esta ambigüedad desaparecerá. Y el tema de la reforma política y el de la regeneración moral, ocuparan una plaza de primerísimo orden.

(*El Oasis*, ídem.)

"Temo más a la política
 que almorzar bollos de arsénico
 pues mi salud es raquítica
 y aquella en estilo higiénico
 es atmósfera melítica."

En sus artículos, Galván pinta algunos personajes que se granjearon la mofa del escritor satírico. Trata algunos lances amorosos, una que otra peripecia galante, romances de novias adolescentes... En algunos de estos artículos, entre bromas y veras, refiere la fuente literaria en la cual abrevaba su pluma de escritor incipiente:

“Mi plan se reducía a imitar los mejores novelistas que había leído, y por tanto tenía como brújula que me guiase en mi novelesco pléyago las obras de Walter Scott, Eugène Sue, Fenimore Cooper, Daniel Koch (sic), Dumas...”

(*El Oasis*, 16-11-1855).

sino como libros de autor, sin las partes anejas que pudieran, en caso de insuficiencia de la susodicha fuente, explicar el contexto de los hechos que ocurrieron en el mismo período histórico. Con todo, cabe a estos documentalistas el honor de haber salvado la memoria y de haber proclamado la importancia que tiene la misma para el futuro de la cultura dominicana.

En los números de *La Razón* (1861-1864) puede verse una gran cantidad de material que nos transmite la preocupación de los anexionistas. Algunos aparecen firmados con la firma de José MONPOU, cuyas generales, nacimiento y actividad nos son desconocidas. Sabido es que Galván muchas veces escribió con otra impronta, y ya son comunes los seudónimos de Enmanuel, Manuel y los que utilizó en la defensa de Santana (ver *La Controversia Histórica*, V. Alfau Durán, Ed. Académica Dominicana de la Historia). Habría que hacer una investigación estilística e histórica acerca de Monpou. Actualmente, una tercera parte de *La Razón* está francamente deteriorada; otra en deterioro progresivo. La labor de pesquisa sería incompleta sin contar con los documentos de D. Emilio Rodríguez Demorizi, quien le manifestó al autor de este comentario que tenía preparado un volumen con los papeles de Galván. Por desgracia, la muerte le sorprendió sin que hubiese podido honrar esa promesa.



Rozaba los veinte años cuando esto escribía. Su prosa de entonces está atiborrada de expresiones francesas. Tal como era de usanza en aquella época cuando el uso del francés era un signo de cultura. Probablemente el latín y el francés formaban parte de sus primeras letras, pero de ello no hay datos. Años más tarde vivirá en Francia (1859-1860). Y luego, consumada la Anexión de la República a la Corona española (1861) trabajará en la traducción del Código Penal que era el mismo que utilizó la Restauración napoleónica. Años más tarde — según se deduce de estas tareas — su dominio del francés y su lectura de los enciclopedistas franceses será un hecho comprobable.

Por lo minuciosa que resulta su novela *Enriquillo* en lo concerniente a la vida de los tiempos coloniales: biografía, conflictos, costumbres, hechos... puede inferirse, que amén de estas lecturas, Las Casas, Solís, Castellanos y los demás cronistas de Indias ocuparon un lugar cimeros entre sus preferencias. Tal inferencia podría hacerse estableciendo los vínculos de intertextualidad existentes entre éstos y Galván, desde el léxico hasta la descripción de los caracteres, la obra de Galván se realiza como si fuera la continuación de aquellos tres capítulos que Las Casas dedicara al cacique Enriquillo.

Todo esto es anterior a su entrada en la liza política. A partir de 1859, convertido en el flamante secretario particular del Presidente Santana, sus escritos estarán marcados por la impronta del compromiso político.

Obra en sus prosas más dispares: despachos palaciegos, proclamas, esquelas, panegíricos, oficios, instancias, relaciones de misiones diplomáticas, cartas y otro tanto de lo que tuvo que redactar en su calidad de Ministro; un haz de procedimientos estilísticos que une tanto a su prosa de ideas como aquellas propiamente literarias de *Enriquillo* de la cual no hablaremos en esta ocasión. Puede decirse que esta prosa sirve de ejercicio



palimpsestual al novelista. Galván es precursor del periodismo como género literario.

A través de estos escritos se esboza una tipología en la que se atisban los rasgos de su personalidad: la del moralista, que creía que mediante la regeneración moral y *La Razón* positivista se llegaría al progreso social —aclaramos de paso que para Galván, “regeneración” quiere decir desaparición de las luchas de partidos y reorganización de la sociedad según el modelo que ofrecían las potencias establecidas—; la del político y consejero de todos los gobiernos surgidos después de la Independencia; la del mediador en todos los contenciosos en los que se vio envuelta la República: la deuda externa con los Estados Unidos y con Europa, el peliagudo problema fronterizo con Haití, el laudo arbitral, la situación jurídica de la provincia española de Santo Domingo en tiempos de la Anexión; la del polemista en todos los debates que dividieron a la Nación: el de apóstrofe contra Báez, el apologador de Ulises F. Espaillat, el defensor de Santana; la del crítico artístico —tarea a la que dedicó poco esfuerzo— pese a que sus juicios ejercieron una influencia sin par; y por último, la prosa administrativa, verdadero amasijo de datos, cuya importancia histórica no ha sido puesta de relieve, ni siquiera ha sido hagiografiada ni glosada debidamente.

¿Cuáles son los rasgos que unen un conjunto tan variopinto, tan diverso, cuya única divisa común pareciera la necesidad de informar: artículos morales; de defenderse: artículos políticos, polémicas; de corresponder a las rutinas y encargos administrativos: prosa palaciega y diplomática? ¿Qué nexos unen períodos tan disímiles en los que más de una vez se muestra la discontinuidad de su pensamiento?

Pensemos en las defensas sin cuento que tuvo que hacer este hombre de su reputación a causa de su anterior anexionismo, que pesó como una espada de Damocles en su futuro político, aunque no en el de otros connotados anexionistas afrancesados, que ocuparon, terminada la guerra restauradora, pedestales de pa-



triotas. Las semblanzas de la época, nos lo presentan como un pico de oro, un tribuno que no tuvo pares en la palestra política, un águila en el ágora, un Filipo en el foro. Con todo, no advertimos ningún descuido estilístico en esa diversidad; su prosa se somete al esquema trazado en sus primeros tiempos.

Pensemos que todo lo que escribió —salvas algunas apologías— estuvo bajo el designio de la necesidad, de lo utilitario, y que todo ese haz estuvo regido —desde sus artículos de *La Razón* hasta sus prosas postreras sobre Espaillat, el padre Billini, el presbítero Castellano, en vísperas de su muerte— por procederes, ritmos, adjetivaciones, vocabularios y sintaxis comunes.

Pensemos, finalmente, que en él, al igual que en los poetas que tienen una concepción metrista del verso, hay una concepción extremadamente organizada de la prosa, que obra algunas veces como una camisa de fuerza para la prosa misma; y otras, como una cantera de recursos. Estos recursos nos dan la pista del *utillaje* de que se sirvió Galván; el molde en el cual fraguó la prosa de *Enriquillo*.

Se advierte, pues, en Galván una noción artística de la prosa que une el decir artístico con la vida. El escritor se asocia, según dicha concepción, a un modo de significar: es una voz, un proceder, un léxico, una retórica, a través de los cuales se expresa la individualidad del hablante. Salvas las formas demasiado protocolares, todo lleva la impronta de un modo de designar y de organizar el pensamiento. Se trata de la primacía de lo individual sobre lo discursivo. Su enunciación penetra toda su prosa. Sus artículos están orientados por los argumentos en los cuales naufragó durante mucho tiempo: guerra con Haití (1844-1859), la Anexión (1860-1865), la deuda externa, la corrupción administrativa.

Actuó como un oráculo, como *la voz sensata* de la sociedad, el consejero de Estado, según el ideal platónico, el hombre providencial a quien se acudía para resolver los entuertos en los cuales se hallaba envuelta



la Nación. Él mismo contribuyó a forjar este mito: el del intelectual que está por encima de las disputas y facciones políticas. A ese ideal consagró su ejercicio intelectual. En 1900 cuando su fama de hombre de Estado se halla en auge —exceptuando los periodos de destierro (1865-1877) (1905-1910), Galván era considerado por adversarios y amigos como un talentoso Ministro— el Secretario del Presidente Jimenes (1899-1902), Pérez Clavijo le resta talento y dotes para ocupar un ministerio en el Gobierno, y Galván contesta lo siguiente:

“Le agradezco y le ruego que se esfuerce en extender fuera de los límites de su círculo personal la opinión de que yo no sirvo para Ministro, punto en el cual estoy del todo conforme con el señor Secretario; por cuanto soy un verdadero escarmentado de la política, en la cual nada he ganado, y he perdido cuantas veces he *aceptado* (jamás procurado) un Ministerio. Tres veces he probado ese acíbar, las tres que cita el de las ‘Típicas’ (artículo de Clavijo); todas a pesar mío; y no lo he de probar la cuarta, como lo sabe mi respetable amigo el señor Presidente Jimenes; por más que, con mi negativa, le haya expresado mi buena voluntad de cooperar como simple ciudadano, a la honrada labor suya y de sus dignos compañeros de gobierno”.

(*Listin Diario*, 4-12-1900).

Pudiera colegirse que todo esto no es más que una demostración de humildad de parte de un hombre que está en las postrimerías de una larga carrera política, y que estas palabras constituyen su retiro de la palestra política; pero no es así; requerido por sus adláteres, Galván vuelve, poco después de esta declaración, a dar muestras palmarías de su irrenunciable vocación política. Se trataba no más que de una manera de desbrozar el camino para salvar la oposición enconada con la



que tuvo que lidiar cuantas veces intervino en la política. Pues a poco de despedirse de la política, agradece el llamado que le hacen sus partidarios y se muestra dispuesto a intervenir en la arena política:

“En mí, particularmente, ha obrado esa manifestación un cambio saludable de impresiones, a tal punto, que si ayer defiriendo a la opinión aislada de censor de mi pasada vida pública, convine con él en que no debía ni podía ser Ministro, y afirmé mi ya antiguo propósito de negarme a serlo, hoy, ante las numerosas opiniones que bajo las respetables firmas de ustedes, hombres del presente y del porvenir, me dicen lo contrario, y ante las honrosas salutations reiteradas del jefe de Estado me inclino a complacer tan buenos amigos y favorecedores alzándome el entredicho que voluntariamente llegué a imponerme, y ofreciendo sin reservas mis servicios de ciudadano, allí donde las necesidades de la patria exijan el sacrificio de mi reposo”.

(*Listín Diario*, 15-12-1900).

En estas faenas, como consejero a sueldo del Presidente, ministro, legislador, consumió su existencia. Desde los 24 años, cuando entra en el Gobierno como Secretario del Presidente, hasta su exilio en Puerto Rico, ya en el ocaso de su vida, Galván es sobre todo un político. A los 45 años empieza *Enriquillo*, su principal novela, y no será publicada hasta los 48 años. No puede, pues, decirse que con ella pretenda iniciar una carrera de escritor; las cuestiones literarias son raramente evocadas en sus artículos. Su obra literaria es algo marginal, paradójico, divorciado del conjunto de sus escritos. No era hombre de cenáculos literarios; sí del ágora política. Dividió la sociedad en dos bandos antagónicos. Para Galván sólo existieron dos puntos de vista; se trata de una moral maniquea, clerical, que



será encarnada por dos contendores imaginarios: los bandos en los que se dividió la Nación durante la campaña anexionista, y los que según Galván oponen los gobiernos de Espaillat (1876) y Buenaventura Báez (1844-1853), (1856-1858), (1865-1866) y (1876-1878).

Conforme a esta lógica dualista, Galván, según se deduce de sus escritos, clasifica al dominicano partiendo de un doble principio ontológico: el del *yo-razón-occidental*, derivado de la historia de Europa, y particularmente de la hispánica, que considera que para salvar a la República Dominicana de los males de las incursiones y las montoneras haitianas, y de la corrupción administrativa del Estado, era necesario formar parte de una gran nación "civilizadora", portadora de progreso, de bienes, de justicia; el otro contendor imaginario, ése contra el cual se imaginó luchar Galván, estaba encarnado en la figura del *yo-barbarie-anarquía*, del cual, según Galván, fueron representantes los que se aliaron con Haití cada vez que la lucha política los arrojaba fuera del poder, tal es el caso de Báez y sus seguidores.

Este es el gran teatro en el cual se desarrollarán sus argumentos; así contemplaba Galván las luchas intestinas que estragaban a la República. Contra este símbolo que representan para él, las guerras, la penetración haitiana, Galván plantea la anexión a España; para él se trata de una vuelta a los orígenes, de una "regeneración", es decir, de progresar mediante el componente étnico. Se trata de un argumento racial, desde luego, pero no es eso nada más. Cuidémonos de inferir conclusiones apriorísticas. Volveré sobre este punto con miras a mostrar qué tipo de interpretación histórica está latente en él.

Galván y la Anexión a España

¿Cuáles razones prohicieron en nuestro país las ideas anexionistas a la Corona española? Antes de entrar en



los porqués del anexionismo es preciso deshacer el conjunto de convicciones y valores que se nos presentan anticipadamente como una conclusión en el discurso doctrinario, el cual se orienta a una utilidad ideológica; se hace coincidir la historia con un sistema de valores, juicios o ideas morales preestablecidos.

Estas ideas, estos *a priori* son una acotación, una exégesis ética, anterior a la escritura de la historia, que obra como una camisa de fuerza sobre la interpretación de la historia, aprisionándola en esquemas cuya vigencia no deja ningún resquicio por donde pudiese colarse, aún sea solapadamente, una inferencia contraria al *parti pris* del historiador. Surge de este modo una suerte de historia heredada en donde la noción de patriota o de traidor, más que una deducción de los hechos es un juicio moral.

Los nuevos historiadores —los remozados por la sociología, el marxismo y las filosofías en las que ha zozobrado el pensamiento moderno— no han cambiado nada; reproducen los mismos mitos morales. Lo nuevo en la historia dominicana es la desaparición de los hombres, engullidos por las masas, por los modos de producción y por las ideas que, de manera determinista, acarrear dichos modos de producción. Estos esclavizan el pensamiento y la conducta de los hombres. En ambos enfoques, la historia carece de personajes, y en lugar de éstos aparecen sus caricaturas o su sustitución por un personaje colectivo: la masa —único sujeto válido desde este punto— o bien, ambas cosas a la vez.

Pero volvamos a nuestro ovillo. Las ideas anexionistas en nuestro país son anteriores al nacimiento de Galván, Núñez de Cáceres, en 1821, plantea como solución a la situación de inseguridad y de abandono que vive la colonia dominicana, anexionarla a la gran Colombia, dirigiendo instancias al efecto al general Simón Bolívar, quien, por amistad y gratitud con los haitianos, la rechaza. De la alianza entre Haití y Bolívar atestiguan muchos hechos que han sido lo suficiente-



mente glosados por la historiografía tradicional. No me detendré, pues, en este punto.

Luego de Núñez de Cáceres, antes de la Anexión a la Corona española, hubo planes y proyectos que propendían al mismo fin. Apenas un año después de consumada la independencia de la República, en 1845, los seguidores del caudillo Buenaventura Báez, entre los cuales se contaría después el prominente patricio Francisco del Rosario Sánchez, propusieron el plan Levasseur en instancia dirigida al cónsul francés; en la cual se proyectaba reducir la soberanía nacional a un protectorado francés.

¿Cuáles eran los vínculos entre Sánchez y Báez? Estos datan, si nos atenemos estrictamente a los datos históricos, probablemente de poco antes de 1855, ya que en esta fecha, Sánchez encabeza una conjura para desplazar a Santana del poder. (Véase *Papeles de Buenaventura Báez*. Col. Rodríguez Demorizi). En 1856, cuando accede a la Presidencia de la República, Báez lo nombra comandante de armas de Santo Domingo y encargado de gobernación, ese mismo año envía una misiva al director del periódico *El Eco del Pueblo*, recomendando ardientemente la candidatura de Báez, antes de la toma de posesión de éste. (Ver carta publicada en la edición No. 9, del 21 de septiembre de 1856, *El Eco del Pueblo*). Su primera escaramuza militar en tanto que jefe del ejército se librará contra los rebeldes al baecismo encabezado por Santana, y de quien era partidario Matías Ramón Mella. La lucha contra Santana nace de sus vínculos con el partido de Báez, y comenzó antes de producirse la Anexión. Mientras se consumaba la Anexión a la Corona española, Báez se encontraba en París pidiendo el protectorado a Francia, tal como lo había hecho antes (1844-1850), y tal como lo haría en años ulteriores a Francia, y luego, a Estados Unidos.

En efecto, en 1869, Báez plantea la anexión de la bahía de Samaná para saldar la onerosa deuda exterior, que él mismo había contraído ese año con la Casa



Harmont, de Londres, y con otros bancos en sus gobiernos anteriores. Las instancias y esfuerzos por los cuales ha luchado a lo largo de toda su carrera política se verán coronados por el éxito, cuando, tras del plebiscito que él mismo dirigiera, el Senado consultor americano aprueba la anexión de la República a los Estados Unidos. Fue el mayor triunfo del anexionismo fracasado maniobrado por Báez y sus parciales. La guerra civil y la oposición de una parte del Senado norteamericano encabezada por Charles Sumner, impidieron que se materializara el sueño de Báez. Ese es el cuadro que podía contemplarse antes y después de la Anexión a la Corona española, en 1861.

Era frecuente en los baecistas ofrecer una parte del territorio nacional con la finalidad de conquistar el poder perdido. Báez, que había sido legislador en el gobierno de Boyer (1776-1850), utilizó en varias ocasiones el territorio haitiano como santuario para desde allí recuperar la Presidencia de la República o simplemente para hostilizar a Santana. (Cf. Galván, *La Razón*).

Esta desconfianza en nuestro destino como nación es una ideología heredada, suscrita por más de un patriota honorable. Matías Ramón Mella (1816-1864) viajó a Madrid a fines del 1853 para solicitar a la Corona española el protectorado. José María Cabral (1819-1899), uno de los generales que se había cubierto de gloria en las batallas que consolidaron la independencia nacional suscribió en favor de la Anexión. A esto alude Galván en sus artículos (ver *La Razón* No. 76, 1-11-1863). El anexionismo es una expresión del pasado, una solución heredada, que encadena con sus postulados a estos hombres, incapaces de romper con sus amarras. Se trata de una de las constantes ideológicas, en la cual hemos naufragado más de una vez. El mito del anexionista es el retorno a la edad de oro. Se sueña con ver el país inundado de compañías, emporios, e inversiones extranjeras, aun sea alienando las mejores tie-



rras, violando las tarifas salariales establecidas. Esto es, desconociendo nuestras propias leyes, y estableciendo un paraíso fiscal y aduanero para los extraños amos económicos. Las ideas anexionistas tampoco murieron con el fracaso de las anexiones que patrocinaron Buenaventura Báez (1810-1884), y Pedro Santana (1801-1864), continúan vigentes. Hoy no son, pues un fantasma decimonónico. De ello atestiguan dos hechos: el fracasado proyecto de arrendamiento de la Isla Saona en la década de 1970 durante el gobierno de los doce años de Balaguer (1966-1978) y la creación del Partido Yanquista Dominicana, en la década de 1980, el cual, como se sabe, tiene como meta afiliar a todos los dominicanos favorables al colonialismo norteamericano, y cuya misión y divisa es mantener viva la idea del anexionismo.

Una parte de los Restauradores fueron simplemente anexionistas fracasados. El anexionismo es uno de los rasgos del pesimismo dominicano; el otro, la inmigración extranjera, fue inaugurado por Luperón, quien cifró sus esperanzas de progreso en la inmigración europea. Ambas soluciones suponen la incapacidad del pueblo dominicano para encaminarse por el camino de progreso que les trazan sus gobernantes.

Desde el punto de vista filosófico el principio de la "regeneración", evocado en más de una acotación por Galván, a guisa de divisa ideológica, de acróstico de su pensamiento en torno a la política, acusa un etnocentrismo, propio de la época decimonónica; pero también de la actual. En dicha creencia la historia dominicana aparece como una derivación de la de Europa. Es decir, que nuestra historia, según este biologismo, no es más que la repetición de lo ocurrido en Europa.

Se trata de la historia universal hegeliana, regida por ideas que universalmente obran en todos los países, y que desde luego tienen su origen en Europa. Es la búsqueda de una homogeneidad, de una unidad —según la cual, nuestro tiempo histórico ya ha sido vivido por Europa—; somos pueblos sin historia, somos el re-



medo histórico de un movimiento ideológico que habiendo nacido en Europa arropa todo el universo. ¿No es esto un desconocimiento de nuestra especificidad histórica? Desde luego que sí. Se trata de lo que podríamos bautizar con el nombre de *anexionismo histórico*.⁴

Se trata de la conversión de nuestro presente en el pasado de Europa, centro del universo. La periodización de la historia en estadios (véanse por más señas, los *estadios* de Engels, *La sagrada familia*) en los cuales, los pueblos que no forman parte de ese centro, esto es, de Europa ocupan un estadio inferior, están condenados a vivir una historia ya vivida por los otros; la universalización del logocentrismo económico como determinante de la unidad de todas las sociedades, como esquema funcional que esclaviza a los actores: la cultura, los hombres, la especificidad, desaparecen, y en su lugar se instala un esquema funcional, mesiánico, teleológico que orientara todas esas sociedades hacia la repetición de la historia ocurrida en Europa, conforme a ese esquema de pensamiento. Somos, pues, un pueblo histórico. He aquí las figuras retóricas de ese *anexionismo*. A las soluciones

4. Por pueblo "sin historia" Engels entendía pueblos que en su pasado no consiguieron crear ningún sistema estatal vigoroso y de tal modo, según Engels, ya no poseían fuerza alguna para obtener su autonomía en el futuro (p. 10, Román Rosdolki, *F. Engels y el Problema de Los Pueblos "Sin Historia"*, ed. Pasado y Presente, México, 1980). El mismo autor señala luego citando a Engels: "Ningún pueblo esclavo tiene futuro".

"Pueblos que jamás tuvieron historia propia; que desde el instante en que ascienden a los primeros y más toscos grados de la civilización ya se ponen bajo la férula extranjera o que sólo son compelidos a acceder a los primeros grados de la civilización por obra del yugo extranjero no tienen ninguna viabilidad, y jamás podrán llegar a autonomía alguna".

(II Idem. p.126). Martí ¡el gran Martí! hubiera visto en dichas ideas la justificación del colonialismo, que so capa de "verdad científica" justifica la voluntad de poder de los grandes imperios.



que la sociedad de su tiempo le dio, consagró Galván sus esfuerzos intelectuales. No puede, pues, decirse que fuese un intelectual crítico: se limitó a reproducir las ideas de su tiempo sin criticarlas. Su visión filosófica no es analítica, sino escolástica; luchó por creencias, no por elucidaciones.

Si es dable hablar de mito personal en Galván, de imagen a la cual el intelectual consagra su obra, de ara en la cual sacrifica sus ideas, ese sería el mito del *civilizador*, que es una de las estampas del positivismo en América... Hostos, Sarmiento y otros son un testimonio de esta suerte de *conciencia arquetípica*. En el haz de acotaciones en que se dejan entrever las concepciones éticas de Galván rezuman los mismos argumentos: la necesidad del progreso, y la de ser parte de la historia de una gran nación civilizadora.

¿Cuáles son las raíces, los antecedentes de este pensamiento? En casi todos los cronistas españoles la colonización aparece como una obra civilizadora. Los argumentos éticos en los que se fundamenta la conquista del Nuevo Mundo son la continuación —por otros medios y en otras latitudes— de la obra emprendida en las Cruzadas, tienen este jaez: ganar almas para el rebaño de Dios, combatir las herejías, morir por *La Razón* teológica, por la evangelización.

Luego tendrá otros visos: educar, ilustrar, civilizar... Se sigue, por derivación, que el pensamiento de Galván prohijado en esta ideología, era desde luego colonialista. Se escamotea en este enfoque el papel comercial, político, militar de la Conquista. Prevalece la concepción eurocentrista, la cual, como se sabe, se concretó en una polémica que cala todo el pensamiento americano. Su mejor glosador es Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), quien divide, deslinda, clasifica el pensamiento americano decimonónico en dos grandes tendencias: *civilización y barbarie*. Sus escritos, como los de Galván atestiguan de la vigencia del mito del civilizador. A este propósito Sarmiento precisa:



“No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y otro civilizado. Donde éste ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra, si algo arguye en favor de los españoles, es el que los salvajes, cuyos descendientes forman hoy nuestra plebe de color, hayan sido tolerados y protegidos”. (*“El sistema colonial”* véase Textos de pensadores hispanoamericanos, UCMM p. 28, 1974).

Para Sarmiento el mestizaje es un escollo contra la civilización. Elogia el genocidio de los pueblos aborígenes; hace *tábula rasa* de los criollos americanos a los que llama: *Plebe de color, chusma*:

“Quisiéramos apartar de toda cuestión americana, a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia”.

(*Ibíd.*)

Los salvajes son para Sarmiento los indios y los negros nacidos en América; la plebe, la descendencia de éstos. Desconfía el autor argentino que esos pueblos compuestos según su ver, de elementos tan heterogéneos puedan acometer la hazaña civilizadora. Hay, pues, en su pensamiento un anexionismo ideológico, según el cual los pueblos americanos nunca podrán hacer su propia historia, condenados —tal cual lo están— a ser el eco, la realización del pensamiento europeo. Para resolver dicho dilema: civilización o barbarie, propone el autor argentino, la inmigración caucásica. Desdeña el papel representado en el pasado por la inmigración española —es decir, que él se autoexcluye de este esquema; era descendientes de españoles— a la cual le



atribuye taras que la hacen figurar a la zaga del resto de Europa. El anexionismo ideológico reencarna en algunos de los defensores de las independencias americanas. Acaso sea José Martí (1852-1895) el primer pensador latinoamericano en poner en entredicho, en rebasar el dogmatismo de este esquema de pensamiento, en desbaratar la teoría de la dominación de un pueblo por otro; en combatir la creencia en la existencia de "pueblos dirigentes" y "pueblos subalternos" con la cual se justifica como hecho natural el resultado de la guerra o la dominación.

Refiriéndose a este menosprecio del elemento nativo de los países latinoamericanos, Martí precisa:

"La colonia continuó viviendo en la República".

(Véase *Nuestra América*, Ed. Losada, 1974).

"El problema de la independencia no es un cambio de formas, sino un cambio de espíritu".

(*Ibid.*)

Martí advierte la continuación del pensamiento colonial en los intelectuales de las repúblicas recién libertadas. Según éste, había que acometer la otra independencia: liberarse de las mancuernas del pasado que, so color de progreso y civilización, encadenaba con grilletes el pensamiento americano al eurocentrismo, a la ideología colonial.

Martí inaugura el pensamiento crítico en América Latina, pues al romper con las evidencias y esquemas en los que se hallaba entrampado el pensamiento latinoamericano, al rebasar el eurocentrismo, el anexionismo ideológico en el cual habían naufragado no pocos pensadores latinoamericanos, se convierte en el precursor de la independencia ideológica, que para él —óigase bien— no significaba desdeñar la historia del



resto de la humanidad, ni tapiarse los oídos ni levantar murallas chinas, sino reivindicar un pensamiento crítico, en el cual pueda desarrollarse la imaginación y la creatividad del hombre americano; esto es, apropiarse de la suma de conocimientos y descubrimientos realizados por la humanidad y ponerlos al servicio de su propio desarrollo.

Se plantea, en resumidas cuentas, del advenimiento del hombre americano en tanto que sujeto pensante, no mero memorizador ni plagiarlo, un sujeto que ambicione la descolonización mental, no simplemente para contradecir los argumentos del colonialismo político, económico y cultural de lo que él llamó "Nuestra América", sino para inventar formas nuevas. Porque Martí estaba convencido de que, sin este esfuerzo fundador, la libertad espiritual del hombre americano perecería, condenado a convertirse en aplicador, obrero especializado, glosador, hagiógrafo de un saber que, planteado como universal, negaba la especificidad de la América hispánica.

Si en su *Enriquillo* —novela que reseña las hazañas de quien es considerado el primer rebelde de América— podría atisbarse una crítica —aunque desde luego muy velada— al dominio español, no puede sin embargo deducirse de que ésta sea una retractación teórica, más bien se trata de una trama en la cual se dramatizaron sus ideas. En definitiva, un modo de pensar dialéctico tomando esta palabra en su acepción clásica: lucha de contrarios, contraste de ideas y pareceres... pero ¿Justifica este deseo de autocriticarse su adhesión a Santana?

Algunos de los comentaristas de *Enriquillo* han basado su argumentación oponiendo vida y obra: fue en vida un reaccionario, pero su obra fue revolucionaria, es decir, que la novela hay que verla como un ejercicio palinódico. ¿Es acaso una enmienda esta vuelta a los orígenes? Este fetichismo por el contraste suele ser ocioso, en razón de que el personaje Enriquillo es por su educación y cultura un blanco, un español: su sentimiento religioso, su noción de la nobleza —no olvidemos que según Galván



su revuelta fue acicateada más por los celos que por el deseo de justicia para su raza— así lo atestiguan.

Clasifica Juan I. Jiménez Grullón (1903-1983) *La República Dominicana: una ficción*, la afiliación política decimonónica en dos tipos de liderazgo: pasional y racional. Dicho en pocas palabras: el caudillo y el civilizador. Pero la afiliación de Galván a Santana escapa a este esquematismo. Hay que verla como la concreción de un proyecto racionalista: el mito del Progreso que es común a la mayoría de los intelectuales del siglo XIX. En pos de él prefiere la civilización a la independencia; la idea, a la patria. Abjura de consideraciones morales en pos de una anterioridad intelectual: las soluciones y los valores que habían sido legitimados por el entorno en el cual vivió.

Se creyó que el anexionismo⁵ resolvería la ausencia de progreso, que detrás de la dominación colonial vendría la prosperidad que el imperio había logrado. Amén

5. El anexionismo que nació con la fundación de la república. Se le puede identificar en varias vertientes: **pregona** la entrega de las riquezas y el poder económico a una ganancia a cambio del mando político; la política que preconiza la idea del protectorado o del Estado mediatizado por un país militarmente superior, y la ideológica que predica la desaparición de la República y el advenimiento de un Estado adherido a una gran potencia — sin identidad, sin nacionalismo— de esta última testimonia el historiador Frank Moya Pons en *Realidad Dominicana Contemporánea*: “Yo creo que en vista de la cercanía con los Estados Unidos, en vista de la apertura cultural de la sociedad dominicana, en vista del gusto por lo norteamericano que los dominicanos hemos venido desarrollando desde 1880 y, sobre todo, en vista de la inevitabilidad de la emigración, de la inevitabilidad del comercio, de la inevitabilidad del contacto cultural, de la inevitabilidad de la penetración de elementos culturales, yo creo que lo que más le conviene a la República Dominicana, por más herético que esto suene, es el acercamiento de la modernización que implica la norteamericanización del país para sacar las mayores ventajas que podamos, como lo hizo Puerto Rico en su momento, aunque tengamos diferentes sistemas políticos y jurídicos”.



de estas creencias hay que agregar el deseo del hombre en obtener un puesto en la escala social que le garantizase la posesión de bienes, el ejercicio del poder. En definitiva, el usufructo del beneficio en todas sus formas. Situar a Galván en el contexto de América nos muestra hasta qué punto sus ideas fueron invención, hasta qué punto permaneció engullido por los mitos de su tiempo, hasta qué punto su pensamiento fue apéndice de la polémica Sarmiento-Martí en la cual zozobraron (zozobran aún) las mentes más preclaras de su época.

Razones del anexionismo dominicano

El anexionismo surgió desde antes de nuestra declaración de independencia en 1844. Buenaventura Báez (1812-1884), quien fungía como diputado del Parlamento haitiano, en comandita con don Tomás Bobadilla y Briones (1785-1855), estaban en negociaciones con los cónsules franceses para anexionar la parte oriental de la isla y la misma convicción se manifestará en el caudillo hatero Pedro Santana(1801-1864). Ambos personajes —Santana y Báez— monopolizarán el liderazgo político desde la fundación de la primera república (1844), y en el caso de Báez su influencia se prolongó hasta los primeros seis años de la segunda república o república restaurada de 1865. Báez gobernó de 1868 a 1874. ¿Qué nos indican todas estas estrategias? ¿Qué podemos decir, cuando los hombres más influyentes proyectaban entregarle la soberanía de la república a una potencia extranjera desde antes de nacer? Que estamos ante el surgimiento de la tendencia anexionista.

Una vez proclamada la República en 1844, estos hombres continúan obrando con las mismas intenciones. ¿Cuáles son las causas del anexionismo? El anexionismo se fundamentaba en tres grandes causas: en el 1844, la situación dominico-haitiana era como sigue:



1. Una formidable superioridad militar de los haitianos. Boyer llega a Santo Domingo encabezando un ejército de 12,000 soldados. La República Dominicana tenía unas 75,000 almas. Una proporción de 1 soldado por cada seis personas incluyendo ancianos y niños. Los haitianos habían heredado los arsenales militares dejados por el ejército napoleónico, tras la fulminante derrota causada entre otras razones por la fiebre amarilla que diezmo los mayores contingentes y del bloqueo naval impuesto por Inglaterra a los barcos franceses, que harían las tareas de refuerzo.

2. Una superioridad económica. Haití heredó el aparato productivo de una de las colonias más ricas del continente *“Si se quiere apreciar con exactitud el contenido de la economía de la colonia, son necesarios algunos datos estadísticos de la época. En 1789 existían en la parte francesa de Santo Domingo 451 establecimientos azucareros que producían 70 millones de libras de azúcar blanca y 341 establecimientos más que producían 93 millones de azúcar crudo. Existían 2810 plantaciones de café con una producción de 68 millones de libras; 705 plantaciones de algodón que producían 66 millones de libras y 3097 plantaciones de índigo, cuya producción llegaba a 1 millón de libras. El valor total de los productos exportados de la colonia se elevaba a 193 millones de libras tornesas por año. El monto de las importaciones que hacía la colonia de Francia y de los Estados Unidos era de unos 200 millones de libras. Se estimaba en 1000 millones de libras tornesas el valor de la propiedad privada radicada en la colonia. El movimiento comercial que todo esto representaba ocupaba más de 700 navíos, franceses y extranjeros al año.*

Este enorme aparato de riqueza descansaba sobre una organización social muy característica: en 1789 vivían en la colonia francesa 40,000 blancos, 40,000 libertos y más de 600,000 esclavos” (Peña Batlle: “Orígenes del Estado haitiano” en *Ensayos históricos*, p.152, Sto. Dgo., Taller, 1989).



Estas circunstancias fue radicalmente invertida por efecto de la Revolución haitiana, que hizo añicos toda esa riqueza. Sin embargo, cuando se analizan las exportaciones posteriores a la Independencia haitiana, cabe suponerse que la economía era unas 12 veces mayor que la dominicana, que vivía esencialmente de los 300,000 pesos que llegaban anualmente desde México, para pagar los salarios de los funcionarios de la colonia, remesas conocidas con el nombre de situado.

3. El tercer aspecto era la superioridad demográfica de los haitianos. En 1844, Haití tenía unas 800,000 personas y la República Dominicana, que había crecido en población en los últimos 22 años, apenas llegaba a 125,000 almas. Es decir, que Haití tenía una población 7 veces mayor que la dominicana. Le hubiera bastado una simple ocupación poblacional para diluir a los dominicanos. Esta situación no se produjo porque el régimen de adscripción a la tierra y el régimen de trabajos forzados establecido por Boyer frenó considerablemente los desplazamientos migratorios. Boyer se propuso crear una República negra y para ello favoreció la importación de negros traídos de los Estados Unidos. Estos fueron instalados en Samaná y todavía 140 después de la Independencia se hablaba allí el inglés y pasado y las costumbres de la población difería radicalmente del resto de la población dominicana, de haber estado situada en la frontera del país se hubiese convertido en un territorio litigioso, dada su diferenciación con la población dominicana.

Basado en el conocimiento de esas realidades, Buenaventura Báez y Pedro Santana nunca creyeron que podíamos llegar a constituir un Estado independiente. El anexionismo era la idea que se había fraguado en aquellos hombres que vieron como algo totalmente descabellado que, en condiciones tan adversas, los dominicanos se enfrascasen en un proyecto independentista. El anexionismo no es un menoscabo de la idea nacional, sino de la idea del Estado. La idea nacional se



forja en la cultura; y la independencia nacional obedeció fundamentalmente a la necesidad de supervivencia cultural. Los dominicanos debieron luchar por su independencia para no desaparecer; pero el sentimiento de comunidad diferenciada, de comunidad de destino existía desde mucho antes de la ocupación haitiana y es ese sentimiento que no pudo ser desarraigado por los ocupantes, el que servía de base, para actuar y buscar soluciones distintas que las de ofrecía el Estado haitiano.

La segunda solución de los dominicanos, fue la del fundador de nuestra nacionalidad Juan Pablo Duarte (1813-1876). Cuando había cumplido 25 años, en 1838, el padre de la Patria funda una sociedad secreta para difundir el ideal de Independencia absoluta: La Trinitaria. A partir de ese momento, comienza en la historia la idea de Independencia. Era, hay que decirlo, tarea de románticos. La edad promedio de los trinitarios era 28 años. En 1843, se producen las revueltas en contra de la dictadura de Boyer en la ciudad haitiana de Los Cayos, los dominicanos aprovechan la caída de ese Gobierno de 25 años para proclamar su Independencia el 27 de febrero de 1844. Al leer las incidencias de nuestra independencia nuestros escolares tienen la impresión de que se trató de una obra incruenta. Una porción importante de nuestros historiadores ha escamoteado la historia militar y esto produce la sensación de extrañeza y de confusión en los dominicanos. En efecto: la historia ha de escribirse para fraguar los valores de la nacionalidad, no para destruirlos como acaece actualmente. Pues bien: vista desde esa perspectiva la Independencia dominicana parecería un acto ritual, si no se incluye dentro de ésta la guerra dominico-haitiana. Todo el movimiento separatista fue obra de Juan Pablo Duarte, de Ramón Mella y Francisco del Rosario Sánchez y de los trinitarios, quienes aprovecharon las contradicciones entre los liberales haitianos y el dictador Boyer y proclamaron la Independencia.



En realidad, el mantenimiento de la soberanía nacional con relación a Haití de 1844 hasta 1861 no se debe al esfuerzo de las huestes que desde los albores de la República actuaban bajo el mando de los caudillos que se habían adueñado de las simpatías políticas, Pedro Santana y Buenaventura Báez. El anexionismo se mantuvo en el candelero por las intenciones no declinadas del ejército haitiano de someter al pueblo dominicano a su dominio. El mantenimiento de la Independencia se debió al esfuerzo denodado de guerreros callados como Antonio Duvergé (1807-1855), los hermanos José Joaquín (1808-1847) y Gabino Puello (1816-1847), María Trinidad Sánchez (1794-1845) y otros que mantuvieron vivo el ideal de una república libre de todo yugo extranjero. Santana los fusiló a todos. Y ese hecho le abrió las puertas a los planes anexionistas. Por ello, Fabré Geffrard colaboró y manejó las dispuestas de los caudillos dominicanos. Había logrado atraerse algunos jefes del ejército dominicano que, temerosos de su vidas, ante una posible incursión haitiana decidieron ponerse al servicio del gobernante haitiano. Estos tejemanejes son muy bien descritos por Jean Price Mars, quien se lamenta que Geffrard no haya logrado adelantarse a la anexión de la República a España. Debemos citar como la primera causa de la anexión la amenaza de caer en manos del poderío haitiano; la deplorable situación económica. Testigo ejemplar de aquel momento histórico Manuel de Jesús Galván expresa las aspiraciones de los anexionistas en el periódico *La Razón*: lograr que España hiciese en la república anexionada una inversión similar al desarrollo extraordinario que en el orden económico tenía la isla de Cuba. Que España invierta 500,000 duros en la construcción de industrias y comercios. Que se reinicie la exportación de madera. Que cesen las luchas interiores entre los dos caudillos que se habían apoderado del poder de la nación: Santana y Báez, ambos coincidentes en el anexionismo, pero forzados a luchar por el poder. Y, lo más



importante, que garantice la integridad de nuestras fronteras y ponga punto final a las pretensiones haitianas de apoderarse de la parte oriental de la isla.

El anexionismo era la solución que había ideado el liderazgo político predominante en aquel punto y hora. A Galván que vivió en su infancia en la dominación haitiana y cuyos años mozos estuvieron marcados por las continuas invasiones haitianas y por el fantasma de una probable derrota a manos de su copioso ejército, le parecía que, en vista de la debilidad de las fuerzas nacionales para ponerle coto a los invasores vecinos, era necesario un protectorado o una anexión, que a cambio de una integración política y económica garantizase la emancipación dominicana del dominio haitiano. A Galván se le condena con juicios zafios por haber sido partidario de la anexión. Sin embargo, motivaciones de diverso jaez habían impulsado a más de un patriota a parejas conclusiones. De ahí que la publicación de los artículos y editoriales de *La Razón* tengan como primera mira contribuir a comprender las razones del anexionismo en un hombre de las luces de Galván y a tratar de columbrar por qué cada uno de los bandos que sucesivamente asumieron el mando de la nación: Santana, Luperón (1839-1897), Espailat (1823-1878), Cesáreo Guillermo (1847-1885), Alejandro Wos y Gil (1856-1932) contaron con su respaldo. En varios gobiernos sirvió como Secretario de Relaciones Exteriores, y en esas circunstancias fue un defensor de los intereses nacionales. En 1892, tras entrevistarse con José Martí en Santo Domingo proclama su apoyo a la libertad de Cuba. En 1904, el derrocamiento del gobierno de Alejandro Woss y Gil, del cual era ministro, le hace abandonar el país con destino a Puerto Rico. Desde su exilio voluntario en Puerto Rico se opuso a la Convención dominico americana de 1907, porque consideraba que cederle las aduanas a los Estados Unidos de resultas de las deudas contraídas por el Estado dominicano, era una iniquidad. Su muerte acaecida en



San Juan (Puerto Rico), en 1910, constituyó una conmoción en la nación entera. El traslado de sus restos a Santo Domingo y su inhumación en la Catedral en 1917, homenaje que los diarios de la época reseñan a tambor batiente como si con ello quisieran solventar una deuda antigua, fue un acto de duelo nacional. Ninguno de los contemporáneos de Galván tiene la mala imagen del autor que posteriormente han transmitido los hagiógrafos y comentaristas. En algún momento, el juicio y las etiquetas impuestas por historiadores que desconocían sus escritos y los pormenores de su vida y su obra sustituyó la lectura y el conocimiento de un autor, que a juicio de todos sus contemporáneos, era una de las mentes mejor dotadas del siglo XIX.

Entre el apóstrofe y la apología

Galván crea una retórica maniquea. Sus escritos son una continua discusión con sus adversarios, basados las más de las veces en juicios morales; no arriesga nociones ideológicas importantes.

Refiriéndose a los restauradores utiliza los epítetos siguientes: "Aquellos forajidos", "la ferocidad y el bárbaro encarnizamiento de los rebeldes". Define el *restaurador* como una persona producto de un "desarreglo mental efecto de sus desgracias pasadas".

Para él la *Restauración*: "es un suicidio material, moral y político (*La Razón*, 17-10-1863). Su pensamiento procede por nociones antitéticas; si la Restauración es una locura, la Anexión es, por contraste, un acto de cordura: "aclamando la dominación (el pueblo) dio rara y *espléndida* prueba de cordura (*La Razón*, 7-11-1863). Si a los *Restauradores* se les considera como bárbaros e inconscientes, a las tropas leales a la Corona española se les atribuyen, por contraste, adjetivos positivos: "nuestras valientes tropas", "el heroico desnudo y la



imperturbable sangre fría de nuestros soldados" (*La Razón*, 7-11-1863). Si la *Restauración* se la considera como una calamidad, la Anexión es calificada, por el contrario como la época de "la paz, prosperidad y riqueza" (*La Razón*, 17-10-1863). La Anexión en tanto que "paz y trabajo hace la felicidad de los pueblos" (*ibíd.*)

Galván procede por apotegmas cuyas raíces son netamente antitéticas. Utiliza el contraste para presentar sus ideas. Es a partir de éste que entra en liza su argumentación, hay en su prosa una tendencia a la apología y a la denostación. Una oscilación dogmática que penetra, además de su adjetivación, su prosa de ideas. Es decir, que desde lo descriptivo hasta lo argumentativo hay una misma exposición, un vínculo que homologa dos tipos de estructuras. Dentro de este conjunto de oposiciones quizá la más extrema es la oposición República-Anexión; en dicha oposición Galván acude al razonamiento silogístico para justificar la desaparición de la República y para enarbolar la Colonia como solución— la cual dicho sea de paso, no es aludida por su nombre, sino mediante eufemismos.

La República es definida como: "Oligarquía militar desenfrenada y escandalosa anarquía, verdadero pandemonium" (*La Razón*, 26-10-1863). Esa palabra —dice Galván— es "sinónimo de pobreza, de infortunio, de malestar y postración"; "conculcación de todos los principios y derechos sociales e individuales"; "Guerra exterior continua"; "discordias incesantes dentro del país". Por contraste a la *República* Galván se refiere a la *Colonia* así (claro sin mencionar dicho término): "la sociedad, el orden, los principios" (*La Razón*, 26-9-1863).

Si hay un texto que refiere la forma de pensamiento de Galván, que describe la calistenia mental que en él fue paradigmática, ilustrativa, ejemplar, es su alegato de defensa de la Anexión del 26 de noviembre de 1863, publicado en *La Razón*. Refiero, antes de apostillar, los silogismos que lo sostienen:



1er. Silogismo

1. Si la República no fue prosperidad ni bienandanza.
2. Si esa bienandanza no desapareció por efecto de la dominación española sino por la misma República.
3. Los hombres que pretenden restaurar la República no tienen ni principios ni manos puras de crímenes ni conciencia de una misión, por tanto, el alzamiento carece de justificación.

2do. Silogismo

1. La época republicana fue de males sin cuento y discordias incesantes y guerra exterior continua. Nadie nos respetaba.
2. España quiere levantarnos de la ruina y la miseria, acabar con la guerra extranjera e intestina y *por tanto* dar una nacionalidad respetable a los dominicanos.
3. La conducta de los rebeldes dice muy alto que esos hombres carecen absolutamente de principios. *Por consiguiente*, ellos no pueden proclamar la República ni ése ni ningún otro principio que se les ocurra profanar.

Se trata de silogismos encadenados. Es un pensamiento causal que se impone mediante el ejercicio de la prueba, de la deducción, basado en juicios históricos. Su objetivo es obtener razones jurídicas para la toma de posición. Toda su prosa obedece a este modelo dialéctico, pedagógico, que en cierto modo es la imagen de *La Razón*, encarada como una lucha mental en la cual los vencedores son los propietarios de la verdad. Galván afirma destruyendo el argumento del contrario, **opone** lo falso o lo verdadero; su silogismo, más que una ejercitación mental, tiende a colocar sus plantea-



mientos dentro de un principio de utilidad, es decir, lo que para él, es bueno, lo que es positivamente útil, a saber: La prosperidad material, el progreso...

Para argumentar, Galván utiliza la enumeración y la antítesis. La acumulación adjetival parte de dos ideas de las cuales parten todas las defensas publicadas en *La Razón*. Son éstas: *La República* "es sinónimo de anarquía, discordias de partidos, pobreza y peligros de desaparecer producto de la guerra con Haití"; *La Colonia* "es sinónimo de prosperidad, unidad, orden y término de la guerra".

A partir de estas fórmulas subyacentes se llega a construcciones ulteriores, amplificadas. Es un pensamiento que al exponerse se muestra tautológico, reiterativo, doctrinario.

La enumeración es uno de los recursos estilísticos de Galván y una de las claves de su sistema de clasificación ideológica. Es además uno de los recursos con los que Galván dramatiza el pensamiento.

El silogismo de Galván utiliza tres proposiciones en lugar de dos para dar pie a la inferencia. El principal razonamiento utilizado por Galván en sus argumentaciones lo constituye el argumento *ad-Hominem*, esto es, la descalificación moral de los restauradores: si no son patriotas, si no son héroes de las batallas anteriores, tal Santana, tal Cabral... por consiguiente, no pueden albergar buenas intenciones *ipso facto* lo que provenga de ellos es malo.

Otra construcción tópica de cuanto acabamos de evocar es presentar los males de la República, haciendo figurar como causa de dichos males a los que pretenden restaurarla. Presentándose como el abanderao de los "adelantos y los progresos", Galván ambiciona cubrir con visos positivistas la Anexión a España. De ahí el uso del silogismo que opone pasado y presente, orden y anarquía, unidad y pluralidad de partidos, República y Colonia, anexionistas y restauradores, progreso y atraso y otros.



Galván fue el principal propagandista ideológico del anexionismo. Su estilo de razonamiento, amén de que constituye de suyo un importante vehículo de justificación de las ideas anexionistas, es la más formalizada organización teórica, de una tendencia que halla en Galván —justo es decirlo— su mentor y su expositor más avezado.

Otro de los procedimientos utilizado por el notable prosista fue la argumentación lexicológica consistente en definir o redefinir las nociones de un planteamiento, y a partir de éstas desplazar el debate. Así Galván disocia la noción de pueblo y de restauradores “no son los dominicanos ingratos ni rebeldes”. Partiendo de esta aserción moral, el autor se exhibe en prolijas e intrincadas consideraciones que mantendrán con ésta un nexo causal.

La noción de *anarquía* se prolonga en diversas consideraciones sobre la guerra restauradora; en algunas, tal ésta es la ausencia de fines: “Sendero de perdición que trazan las pasiones de partido” (*La Razón*, 30-5-1861).

“Perdido el equilibrio, desenfreno peligroso de todas las pasiones humanas”.

(*ibid.*)

La *anarquía* es para Galván la pluralidad de partidos, contra ésta Galván opone la unidad y el orden, que para él, consistía en la ausencia de partidos. De donde se deduce que más que antipolítico era autoritario. *La Razón* se opone a la política:

“Cuanto que no habiendo sectas ni partidos de principios opuestos, su objeto no es ni puede ser el combatir, sino el ilustrar”.

(El periodismo y la policía).

Hay en Galván un profundo escepticismo en torno a nuestra capacidad como pueblo para gobernarnos:



“de nosotros se dirá, a lo sumo, que éramos impotentes para gobernarnos”

(*La Razón*, 4-6-1861).

El orden para Galván lo constituía la desaparición de los partidos —a saber, santanistas y baecistas— y, desde luego, también la presencia de una garantía de la República libertada. Puesto que no había tales, uno de los argumentos más socorridos para demostrar la susodicha impotencia es el miedo a que el país volviera al estado anterior a las batallas de Sabana Larga en la que José María Cabral repelió la invasión haitiana, y las escaramuzas de Azua, en las que Soulouque fue vencido por los dominicanos. Además de las constantes guerrillas en las que desempeñaron un papel importante Elías Piña y Antonio Duvergé, para contener un Estado más poderoso, le hacían dudar de la capacidad de la nación dominicana de resistir en el futuro a la poderosa fusilería enemiga que, por haber heredado los pertrechos y las municiones del ejército napoleónico, y por estar mejor organizados, contaban a la sazón con un poder que sus adversarios —con sobrada razón— temían.

Galván comenta las incursiones haitianas en estos términos:

“Pensaban reducir a los dominicanos, y aminorar su instintiva repugnancia para una fusión execrable que se atrevían a proponernos como la única solución posible del problema de la guerra”.

(*La Razón*, 7-XI-1863).

Esta situación era tanto más dramática cuanto que para Galván de haber perdido Santana la batalla de Azua contra Soulouque, hubiéramos retornado a la si-



tuación anterior al 27 de febrero de 1844, y la obra de los fundadores de la República parecería a manos de las tropas del emperador Faustin Soulouque. Y en esta hipótesis la batalla de Azua y la de Santiago no harían sino acelerar el proyecto de Anexión a España. La imagen de la impotencia aparece en muchísimas ocasiones, ya como letanía, ya como paráfrasis:

"Nuestra impotencia y debilidad"

"Una independencia nacional adquirida a costa de inmensos sacrificios".

(*La Razón*, 30-5-1861).

"Los dominicanos depusieron una autonomía onerosa, abrumadora, ruinosa y frágil para volver al seno de la nación que le diera origen y ser".

(*Ibíd.*, 4-7-1861).

En la imagen de la impotencia está quizá, taxativa y palmariamente, resumido el pesimismo de Galván en torno a la República independiente, a la cual opone el ejemplo de Cuba, —a la sazón— pródiga colonia española.

La adjetivación galvaniana

El sistema de adjetivación en Galván, bien visto está, oscila dentro de la concepción dual que hemos descrito. Rasgo fundacional de su prosa: la denostación y la apología. Pero la adjetivación no se reduce, como podría creerse a su realidad tópica, a sus lindes. Muy por el contrario, se prolonga mediante la frase nominal, tal como puede constatarse en estos ejemplos que son un apóstrofe contra los gobernantes haitianos:



Geffrard: "Insigne desfacedor de agravios"
"Toussaint, Dessalines, Cristóbal, Guerrier, Richer y Soulouque, monstruos que más feroces y desnaturalizados que los lobos, se cebaron en la sangre y la miseria de sus conciudadanos y hermanos".

Define al gobernante haitiano:

"el más duro azote que la cólera divina puede descargar sobre una nación".

(*La Razón*, 4-6-1861).

La prosa de Galván es atildada aun en los pormenores más nimios, y que cuando escribe sobre los gobernantes haitianos con los cuales mantiene una guerra, no sólo es ornamental, sino y sobre todo, que suele ser hiperbólica. "Quijote", "monstruos" son de las tantas imágenes con las cuales el escritor caracteriza la política guerrerista de los haitianos. La alusión cultista es uno de los recursos que, aunque no abundante en su prosa política, ya que, tal como hemos querido demostrar su adjetivación es explicativa, forma parte del acopio, de la acumulación politonal de su prosa. En ese tenor merece citarse el uso de la lengua oral clásica, que provoca efectos de expresividad que van del tono irónico al oratorio, polifonías verbales. He aquí algunas muestras, en las que Galván comenta el anexionismo de los haitianos:

*"¡Cómo! ¿Por una parte decís que la dominación extranjera en la parte Este es un peligro inminente y por otra, estáis traicionando esa misma independencia, y la ofrecéis a Francia, a la misma España, a quien la quiera?
 ¡Qué lógica es la vuestra, ¡oh! haitianos!
 ¡Tranquilícense, haitianos!"*.



Galván imita la conversación del teatro clásico. Es una lengua codificada: funda un sistema de exclamaciones y pausas que incluye el libelo, la denuncia, la peroración, en los que se entrevé la presencia de una retórica organizativa. La ironía es uno de los tonos organizadores de esta retórica del enunciado. Preterición. Sobreentendido. Enjuiciamiento. La ironía galvaniana funda un esquema formal:

“y tenía Geffrard reputación de hombre de talento, Asimismo la gozaba de hombre virtuoso y de hombre de valor; y su virtud y su valor se han reducido a engañar a sus paisanos con la oferta de paz, a fin de que lo eligieran presidente, y continuar la guerra; pero una guerra pérfida, guerra de intriga y manejos mezquinos, indigna de todo corazón noble y valiente”.

(*La Razón*, 23-5-1861).

Hay un esfuerzo de individuación en la enunciación de Galván. La ironía, introducida por el uso de la y modal, efecto de una interpretación por contraste, aparece en numerosos pasajes bíblicos. Es el clásico ejemplo del elogio fingido. Por ejemplo éste, extraído de “los Jueces” vers. 15

*“Y luego dices que me quieres...
Es la tercera vez que me engañas
y no me dices el secreto de tu fuerza”*

(*La Biblia*, trad. de Luis Alonso Schökel).

Como se ve, esta elaboración discursiva parte de un formante, metalingüístico, herencia cultural de la prosodia bíblica. Los giros orales contribuyen a diversificar este recurso:

*“Lo ve y aún no lo cree”
“¡Asómbrense, haitianos!”*

(23-V-1861, *ibid.*)



La oralidad llega incluso al dialogismo:

"Injuríais, obedecéis al despecho" (a los haitianos)

pero no siempre la ironía, puede reducirse a estos recursos formales y genéricos, afluye también como conclusión natural de su estructura de contrastes:

"hay una discordancia, hay una contradicción, una inconsecuencia que sólo puede explicarse por el estado anormal de aquellos mal organizados cerebros".

(*ibid.*)

Repárese en el hecho de que la ironía en Galván acarrea por lo general un juicio moral, es una conclusión ética. El comparatismo le permite a Galván ir del saber popularizado a la definición de las nociones utilizadas en su pensamiento. Ya por analogía, o ya mediante el escrutinio de las diferencias. Semejanzas o diferencias que obran obedeciendo a principios éticos, tales como el principio de utilidad. El símil metafórico en Galván sigue este canon: califica, define, contrasta mediante alusiones o explicaciones. Se trata del paso de los conceptos abstractos a la esfera del pensamiento perceptivo, plástico, tópico, es decir, que encarna lo visual en lo directamente aprehensible. Veamos algunas definiciones:

España

"Desde que el León de Castilla se recogió en su antro con las garras cercenadas en Colombia y México".

(*La Razón*, 1-7-1861).



Buenaventura Báez

"Ha sido la postrer caída en demolición del Sr. Báez quien, como Sisifo con su piedra en el infierno de los antiguos, tres años hace que se obstina infructuosamente por alcanzar un punto inaccesible".

(*Ibíd.*, 23-5-1861).

Los Restauradores

"Los espíritus mezquinos, los rancios doctrinarios, anacronismos vivientes, réprobos parias entre los pueblos modernos".

(*Ibíd.*, 1-7-1861).

La Paz

El Sol benéfico de la paz.

Libertad

El árbol roñoso de la libertad.

La Anexión

El blasón puro del honor.

Por lo que respecta a la adjetivación pura y simple Galván utiliza *la técnica del doble adjetivo*. He aquí algunos especímenes:

"guerra de intrigas y manejos mezquinos"
"Indigna de todo corazón noble y valiente"
"La guerra que hacen es injusta e impía"
"La más desenfrenada y escandalosa anarquía".

(*Ibíd.*, 26-9-1863).



"Una reina digna y magnánima"

"Una autonomía ficticia y abrumadora.

(*Ibid.*, 7-10-1863)

Hay un ritmo binario en la enunciación de Galván rayana en el calco de sí misma, de resultas de la conjugación de una voluntad discursiva con una elaboración metalingüística. El suyo es, pues, un estilo tautológico, reiterativo...

¿Por qué este pensador de lo político, en quien se hallan trabados el decir y el vivir, y más que eso, entrelazados, ha reducido su pensamiento a una razón formal, al punto de hacer de ella un sistema de ecos, que tanto desde el punto de vista temático: la vesania política, el atraso social y económico, la sinrazón del Estado, el peligro haitiano; así como estilístico: estructura de pensamiento, contraste, antítesis, figuras retóricas... ¿Por qué se somete cada vez a una exigencia más consciente, a una suerte de determinismo lógico, recreando el sentido de la opinión, la *doxa*, su propia ideología, con un rigor del cual por lo visto hasta ese momento nadie dio pruebas? El fanatismo, la pasión, la creencia ciega en el Progreso, el mesianismo de los anexionistas, las promesas de prosperidad, todo hubo de influir... turiferario de una cruzada, abanderado del anexionismo, hombre-misión, hombre-mesías, hombre-razón. Une el combate político y la prosa. Acaso postergando su vocación artística manifestada en su mocedad.

No olvidemos que había publicado en *El Oasis* fragmentos de relatos, de cuentos, y no es un azar que su vocación de escritor, de novelista, surja cuando ya la causa está perdida para él, y la Restauración consumada. Su prosa de la primera hora son textos de búsqueda estilística y semántica, pero de pronto cuando entra en la política la somete a cánones utilitarios, propagandísticos en suma.



La construcción del ritmo ternario

Si el dualismo antitético constituye la más desembarazada forma de exponer los conflictos que desgarran su pensamiento comprometido, el ritmo ternario, hábito de *La Razón*, formalismo del pensamiento, es el último eslabón dentro de esa cadena; organizando, no una proposición, no un período; sino toda la prosa. El esquema ternario se presenta por lo general como una conclusión de las binas antitéticas. Acentos de intensidad, destrucción de la polaridad, lógica rematada de afectividad, el ritmo ternario es la trabazón que ordena toda su prosa. Se trata de un recurso de oratoria que engloba en su haz la anáfora, la reiteración, la antítesis, la sinonimia, la acumulación, tópicos en suma que acaso provengan de lecturas bíblicas. Alonso-Schökel nos previene contra esta creencia: los hebreos no conocían la articulación ternaria (*Estudios de poética hebrea*). Aunque la usaron. Especula sin más sobre su posible prosapia cananea. Pero no es el origen lo que nos interesa, sino su funcionamiento, no es su historia, sino su realización. ¿Por qué este pensamiento silogístico, antitético y escolástico es un principio lógico y afectivo a la vez? Examinemos algunos especímenes de su razón formal:

La homología sintáctica:

¿Cuáles fueron las consideraciones que hicieron formar el propósito, cuáles los medios empleados para llevarle a cabo, y cuáles en fin, las razones que determinaron su realización?

(*La Razón*, 20-5-1861).

Mediante la eliminación del verbo (fueron) en las proposiciones 1 y 2, se logra un ritmo progresivo, que no es ni sinonimia ni antinomia, sino acumulación. Hay una doble ritmicidad: la que corresponde al uso



del pronombre *cuáles* y la correspondiente a las proposiciones... /los medios... /las razones... /. El ritmo ternario engloba, pues, todo el período.

La homología verbal:

“Desfigurarán los hechos a su antojo; desnaturalizarán sus nobles causas, y tenderán a neutralizar, por lo menos sus buenos efectos probables”.

(*Ibíd.*, 20-5-1861).

Triple ritmo, triple rima consonántica. El ritmo de Galván suele ser sintagmático, se basa en un elemento, en una unidad de función, ya el verbo, ya el pronombre, ya el sujeto, ya los complementos circunstanciales, hasta sistematizarse en unidades análogas, tal como puede percibirse en este fragmento, en el cual la doble adjetivación anuncia el final (“sus *buenos efectos probables*”).

Homología pronominal:

“Esta es *La Razón* oportuna de las explicaciones: ninguna es superflua, ninguna es inútil, ninguna dejará de producir resultados importantes”.

(*Ibíd.*)

Combinación de ritmo ternario (el del pronombre indefinido *ninguna*) seguido de un ritmo binario (el de las proposiciones copulativas: /es superflua/, /es inútil/). La conclusión rompe la simetría. Por lo general la disimetría en Galván anuncia una conclusión, aunque no siempre: las articulaciones binarias y cuatrinas no obedecen a este canon, ya que se trata de ritmos pareados, regidos las más de las veces por un hábito de regularidad. Es claro que el ritmo es memoria, regla, compo-



sición, entrelazamiento, organización; pero no es sólo eso. Hay más: se trata de la trabazón, la relación que mantienen entre sí los elementos del enunciado, la alternancia de los ritmos planificados, la extensión del esquema rítmico a todo el discurso, convirtiéndose de esta suerte en un canon totalizante. Y todo esto en una prosa cuya intención primera no es el goce ni el placer estético, sino la información, el combate, la propaganda.

Homología de la frase nominal:

“Halagaba a nuestro instinto y a nuestro corazón venir a ser órganos de publicidad de todos los adelantos, y todas las mejoras y todas las creaciones que surgen en el seno de la paz”.

(*Ibíd.*, 17-10-1863).

He aquí un paradigma de ritmos combinados. El autor comienza con un ritmo binario */a nuestro instinto, a nuestro corazón/*, seguido de tres oraciones nominales en ritmo ternario, unidas por la rima (publicidad/paz). Todo esto hace de este esquema un *corpus* único. Es una prosa hecha a tórculo; nada escapa a la planificación.

Paralelismo, ritmos ternarios y binarios combinados:

“Todos (1A) los militares que se ilustraron en aquella guerra gloriosa, los que (1B) eran símbolos del valor, la lealtad, y la constancia del pueblo dominicano, los que (2B) habían adquirido entre sus conciudadanos la aureola de popularidad que siempre alcanza el mérito verdadero, los que (3B) a su nombre han llevado el nombre de alguna hazaña inmortal; todos (2A) han sido fieles a España y a sus honrosos antecedentes, todos (3A) han derramado y están derramando por



ella la misma noble sangre que regó los campos memorables de Azua, Beller, Estrelleta, Las Carreras, Santomé, Cambronal y Jácuba”.

Justificación:

Ejemplos sobran aún en aquellos textos de administración en los que esta organización extrema del decir se manifiesta con pareja insistencia, ya en la oración, ya en el período discursivo, ya en la totalidad, desde las pequeñas hasta las grandes unidades. El procedimiento le da unidad a toda su prosa. En una carta enviada al *Listín Diario* (15-10-1900) en donde acaso buscábamos un descuido de su *conciencia retórica*, y en la que desde luego la finalidad era mera y simplemente despachar un asunto cotidiano se entrevé, conforme a la pesquisa que hacemos, el mismo orden:

“Restituye a su puesto los hombres, los merecimientos y las pasiones de cada cual”.

Véase por más señas esta muestra sacada de una respuesta que Galván diera a F. Geffrard (*La Razón*, 23-10-1861):

“Geffrard no era sino un mito, un ente de razón, una creación fantástica”.

O bien esta apostilla con la que reseña el cambio de mando en el país:

“Cuánta penetración, cuánta destreza, cuánto talento no ha menester en tales épocas”

Salva la excelsa poesía de Freddy Gatón Arce no conozco en la tradición dominicana semejante modelo de razón formal, totalizante. Algunos discursos de Balaguer parecen encadenados por el mismo prurito estilístico, salidos de la misma exigencia; pero no llega a



arrojar a toda su prosa. Veamos otro modelo de estructura rítmica.

Pedir (A1) a la Patria *lo que* (B1) *justamente* nos corresponda, (B2) *lo que razonablemente* puede sernos concedido. *Ofrecerla* (A2) *nuestros* (C1) brazos y *nuestros* (C2) pechos, *para* (D1) hacer frente a cualquier peligro que pueda surgir para ella. *Mejorar* (A3) cuanto sea posible nuestra condición *civil* (1), *política* (2) y *moral* (3), *para* (D2) seguir mereciendo la consideración y el respeto del mundo entero.

“Qué virtud, qué valor, qué talento”.

(*Ibid.*, 23-5-1861).

El ritmo ternario aparece repetido construyendo dos pares de tres: homología verbal/A1, A2, A3/ y homología adjetival/1,2,3/, combinada con grupos binarios / C1, C2/, /D1,D2/, dentro del cual coexisten por lo demás una serie igualmente combinadas de rimas interiores. Como se ve en estas muestras, todo está encadenado, sujeto a planificación. Resulta pues ocioso decir que bien como oposición o ya como regularidad es en este esquema organizador en donde se organizan las pausas y las cesuras del discurso, y que es de él de donde hay que partir para desmenuzar la prosodia y la acentuación del discurso de Galván. Repárese bien en la descripción prosódica de este fragmento:

“CuánTa PeneTración/CuánTa desTreza(CuánTo TalenTo//no ha menester en Tales époCas”.

Ritmo basado en dentales (acumulación e insistencia en la dental /t/) y en velares (repetición fonética de la velar /K/). Pero aparte de esta aliteración organizada puede observarse que los tres primeros grupos principian con acento fuerte y que los últimos observan esta acentuación al final, lo que confirma cierta regularidad emparentada con el ritmo sintáctico binario y ternario. Otro tanto puede decirse del vocalismo en e.



Su acumulación no es anodina; corresponde a la misma organización rítmica que ordena con su batuta severa los elementos más nimios. A saber: la entonación, la acentuación y la prosodia. Examinemos otra muestra:

*“Sus agentes en EuroPa Dan Pasos PerdidoS Pa-
sos DesaTinaDos por DesTruir o Trastornar
nuesTra VolunTad y nuestro Derecho”.*

En buena lógica, el análisis fonostilístico sólo es posible cuando, hartos de especulaciones y afirmaciones peregrinas, sean reunidos en un solo lance aserción y demostración, teoría y realidad empírica. Ni la teoría superpuesta por encima de la realidad práctica a modo de catecismo; ni la práctica desprovista de la tradición de los modos de pensar y de los itinerarios explicativos, sino la búsqueda de una simultaneidad, de lindes espacio-temporales comunes: ni subordinación ni yuxtaposición, sino comunión.

El objetivo de estos reparos no es la mera obtención de un esquema descriptivo, sino el hallazgo del sistema de connotaciones que el mismo acarrea. Hecha esta salvedad, obsérvense las acotaciones fonéticas. La acumulación de bilabiales (EuroPa, Pasos, Perdidos, Pasos, Por), las rimas interiores seguidas reproduciendo articulación ternaria (paSos PerdiDos destinaDos), los acomplamientos binarios (destruir, trastornar), las dentales (T,D) y la bilabial (p), así como la acumulación vocálica, reproducen un ritmo de enumeración. La acentuación no escapa a este esquema. De ello atestigua este ejemplo de acentuación ternaria: “destruir/trastornar/providencial.” Dicho esto, se infiere que el fenómeno que ya hemos observado en las grandes unidades se reproduce como en estribillo en las pequeñas, dándole homología a todo el sistema rítmico.

Otro tanto puede decirse de la distribución de las frases incidentales, con lo cual queda establecido que la lógica que penetra las grandes unidades también



ordena las pequeñas, y que incluye en su haz a toda la enunciación. La frase de Galván es explicativa, penetrada de incisos que acaso sirvan de apoyatura silogística, argumentativa o simplemente como memoria rítmica.

Uso de la lengua, estructuración del pensamiento y ritmo se trenzan. El pensamiento es enunciación; la enunciación, ritmo. Ambos se realizan lingüísticamente. Esto que parece ocioso decirlo, si se examina bien, no lo es. Puesto que la voluntad estilística del escritor establece nexos de solidaridad entre los diferentes elementos de la enunciación. Por ejemplo la antítesis y el contraste introducen la polémica; la refutación, la adjetivación, la apología y la denostación; y el silogismo, el pensamiento mayéutico.

Esta unidad hermética, concluyente, aparece connotada por las pequeñas unidades: acentuación, prosodia, morfología... El ritmo de la prosa de Galván es regularidad sintáctica, encabalgamiento, acoplamiento. Sobresale dentro del mismo la cantidad ternaria para el silogismo; la binaria, para la antítesis. Para Galván el ritmo es cálculo del lenguaje. Construcción simbólica, reglas abstractas que obran como metalenguaje. Relaciones de semejanza y de desigualdad. Mimografía. Mimología. Mimológica. Mimofonética. Pero el ritmo no sólo puede reducirse a la autoimitación ni a su morfología sino que va mucho más allá: empalma lo verbal con lo sintáctico, lo lexical, lo fonético y lo acentual.

En el caso de Galván todas estas operaciones y transformaciones obran en función de una figura ideológica: la regeneración moral del pueblo dominicano, el progreso, en suma, la idea de futuro; en función de una lógica: la refutación y el combate. Credo y construcción hacen que su prosa adquiera una circularidad casi escolástica. Escasea la información, a despecho de sus ambiciones enciclopedistas.

Para Galván la prosa es un oficio. No olvidemos ante todo que él es el escriba del poder, prosista oficial de un Presidente, de un Gobierno, de un Bando. Su prosa



tendrá la dualidad de su vida: defensor y denostador. La circularidad cultural, las lindes del pensamiento hacen que sus energías creadoras se reviertan hacia el lenguaje mismo. Su prosa no persigue *informar ni decir la verdad, sino convencer*.

Ritmo y modo de pensamiento. Conocimiento y enunciación lo llevarán a hacer de su prosa una *técnica*, un medio de seducción, en definitiva, lo lleva a una racionalización de la escritura en la cual las reglas de construcción serán tanto y más importantes que las creencias y las deducciones, ya que la persuasión —según esto— no es sólo conclusión lógica, es también afectividad, emoción, buen decir. Retórica del pensamiento. Ya como educador, ya como civilizador, las dos posturas de poder desde las cuales escribió, los dos modelos que encarnaron en él no como crítica, no como invención, sino como continuidad, como forma arquetípica de la alianza entre el intelectual y el político, en la cual el primero se torna colaborador acrítico del postrero, Galván concebirá su acción como “intelectual orgánico”. Vale decir, incapaz de libertarse de la tutela del político.

No olvidemos que nuestro hombre decimonónico fue rigurosamente eurocentrista. La imitación de la política, la economía y la cultura europeas eran la fuente de su optimismo. El calco de sus grandes esfuerzos, la meta. Pero ese pensamiento que había permanecido durante tres siglos aprisionado en los conventos y en un sistema escolar dominado por el Clero desdeñaba la investigación, el análisis, la duda, formas del pensamiento moderno que señalan que *La Razón* ha dejado de ser estática, que el intelectual se ha libertado del credo del fanático, que el pensamiento cambiará como las realidades que expresa, en fin, que comenzará a considerarse como histórico. Todo esto hace que nuestro hombre decimonónico lea el positivismo europeo sin un asomo de duda, que lo convierta en un catecismo utilitario, y que sus métodos sean el adoctrinamiento, la inquisición y la disputa, formas del pensamiento escolástico, sucedáneos



del fanatismo, sistema de creencias que conduce a una parálisis de la reflexión, y a un autoritarismo en la política. Esto es, al culto a un caudillo. Era ésa la cultura dominicana, los cambios de cultura implican transformaciones en la vida. Pero ¿cambió la cultura? ¿cambió la vida? Durante los 76 años que Galván vivió (1834-1910) sólo vemos un gobierno democrático y liberal: el de Ulises Francisco Espaillat, del cual Galván fue colaborador y albacea político, en medio de una horda de caudillos y gobiernos de asonadas. La Colonia sólo conoció un exiguo paréntesis de liberalismo: la Constitución de Cádiz (1812), sobrevino luego, el conservadurismo de Fernando VII, luego la dictadura haitiana, luego una racha permanente de dictaduras militaristas. No resulta, pues, ilógico decir que estas formas de vida casan, rigurosamente, con los modos de pensamientos, con las formas de cultura (ética, moral, religión, costumbre, política, creencia), con los trescientos años de historia que estaban obrando en aquellos hombres como una reproducción del pasado.

Las novelas de Galván

Es ya un tópico la idea de que Manuel de Jesús Galván es autor de una novela única. Poco se sabía de lo que había dado a la estampa en los años anteriores a la publicación de *Enriquillo*, en 1882, consideraba como una de las cumbres de las novelas indigenistas en América y como el primer gran clásico dominicano. Poco se sabía del período palimpsestual en el que se había fraguado la prosa del novelista. Un hombre de las luces de Pedro Henríquez llega a afirmar lo siguiente:

Manuel de Jesús Galván (1834-1910) es de los escritores de libro único. El suyo es la larga y lenta narración Enriquillo, que consumió muchos años de su activa existencia. Ni antes había escrito otro, ni otro escribió después (Obra crítica: 1960).



En un enjundioso estudio realizado por la escritora puertorriqueña Concha Meléndez concluye con estas palabras:

Además del Enriquillo, su única obra literaria, Galván realizó intermitente labor periodística. (Enriquillo: 1976, Porrúa, México)

A parejas conclusiones llega Guillermo Piña Contreras, en un libro menudamente documentado sobre el *Enriquillo*:

Autor de novela única, Galván produjo un texto igual a las más grandes novelas latinoamericanas del siglo pasado, considerada incluso como la mejor novela indigenista de América. Desgraciadamente, Enriquillo fue un caso aislado. (Enriquillo: 19865).

Estas observaciones son confirmadas en otros comentaristas sobre el tema: Pedro Conde, en sus *Notas sobre Enriquillo* (1978), Néstor Contín Aybar *Sobre Enriquillo* (1931), Pedro René Contín Aybar *Antología de la literatura dominicana* (1944), Manuel de Jesús Peña y Reynoso, *Estudio crítico sobre Enriquillo* (1897) y otras voces que proclamaban con igual contundencia de que *El Enriquillo* era sin sombra de dudas un libro único.

Esta publicación viene a contradecir esas tesis. Dos me parecen las razones que habrían influido en el desconocimiento de la literatura anterior de Galván. En primer lugar, sus noveletas fueron publicadas en serie de folletines del periódico *El Oasis* entre 1855 y 1856. Era un órgano de escasa circulación y en vista de las dificultades de acceso a ese material, que nunca había sido incluido en libro, permanecía desconocido para la mayoría de los críticos; no concitaba el interés editorial de los investigadores postreros. En segundo lugar, los argumentos de autoridad esgrimidos tanto por Max como por Pedro Henríquez Ureña condicionaban las pesquisas que pudieren hacerse para hallar los antecedentes de la sin par novela *Enriquillo*. Estos hechos contribuyeron sin duda a que se considerase como una verdad incommovible la tesis de que Galván era autor de una única novela.



Ya hemos hablado de las coplillas, letrillas, poemas y obras de jaez satírico que constituían un amasijo en lo que se echaba de ver su prosa de pulquerrima dicción. Ahora nos toca presentar en menudas síntesis las novelas o más bien noveletas que le habían servido de ensayo al autor del *Enriquillo*.

En 1855 aparece en las páginas de los números de *El Oasis*, *La Puericracia*. El título sugiere el gobierno de los mozalbetes, *puerilis*, en latín es vocablo descriptivo pues se refiere a la mocedad sin más; pero también se usa como término valorativo para señalar la inmadurez, la falta de reflexión, la inexperiencia. El relato discurre entre el ensayo y la narración. Como en las obras románticas, el autor se explaya y naufraga muy a menudo en sesudas consideraciones de las escenas que tendrán lugar. A seguidas, como si la realidad con la que carga sus tintas estuviese regida por un raciocinio que guiase como peleles de un teatro de marionetas a los personajes que compondrán el retablo del relato.

El narrador cuenta la historia de un congreso de jóvenes en los que se refiere lo que ha sido el heroísmo de los años mozos: Escipión, Aníbal, Sesostris, Napoleón comenzaron a realizar proezas en una edad juvenil. Los jóvenes y mozalbetes conciben un gobierno en el que sólo ellos formarán parte de los mandos del país. Hicieron la Revolución y se apoderaron del Gobierno, la edad de los más viejos era 22 años y como en la insula barataria de Sancho Panza comenzaron a realizar las tareas de manera caprichosa. Convirtieron la Asamblea Nacional en una algazara y crearon la República Puericrática; la Constitución fue cambiada, se expulsaría del país a los mayores de treinta años, por considerarlos como rémoras del pasado; se instauró la poligamia y quedó abolido el matrimonio; se prohibió la importación de pólvora y armas y se declaró que la República estaría en diversión permanente. Pero el sueño de los puericráticos se desvaneció como agua de borrajas ante el fantasma de la llegada de los haitianos. No



era un mero embeleco. Ya se sabe que Galván y los personajes de la novela vivieron en su infancia lo que fue la guerra dominico-haitiana de 1844-1857, las luchas implacables contra un enemigo que pretendía apoderarse de la nación dominicana y someternos a una convivencia forzosa. Por eso en aquella jubilosa fiesta de poder, uno de los viejos —que había sido hombre de Estado en la república anterior— y que habían conservado como archivista de la república pueril de resultados de su buena memoria de las cosas de Estado, les preguntó con timidez:

“—¿Y si vienen los haitianos con qué nos defendemos?”

—Con discursos y proclamas, señor Archivista, ¿lo entiende? —le repliqué yo con arrogante voz—. Y la otra vez repuse, guárdese usted de tomarse la libertad de hablar en donde los padres de la Patria discutimos los grandes intereses de ésta; su deber es leer, escribir y callar”.

Quien hacía la pregunta era don Tomás Bobadilla y Briones, y quien a seguidas responde era el Presidente de la República pueril. Los días del Gobierno pueril transcurrían entre bailes, retratos de daguerrotipos, billetes perfumados, chanzas, despilfarros y francachelas. Finalmente llegó la mala hora. Mientras la República pueril se había prostituido en los excesos, bacanales y placeres, llegó la noticia de que los haitianos caerían como un rayo sobre la república y había que buscar a un libertador. Muchos fueron los que tomaron las de Villadiego, poniendo los pies en polvorosa. El Gabinete en pleno de la república pueril se embarcó en un buque y el ministro de guerra declaró que no era ministro para batirse sino ministro para divertirse. La impotencia y el estupor se apoderaron de los habitantes, luego de los babilónicos placeres, el terror se expandió en los gobernantes mozalbetes que bien podrían ver sus cabezas separadas de sus troncos por los saules ominosos de la soldadesca haitiana. Entonces la



multitud impotente, llamó al general Pedro Santana quien estaba plácidamente en su hato de El Prado y el general Santana tocó la generala y todos los dominicanos se pusieron bajo el palio de las siempre gloriosas banderas nacionales y las tropas de Santana arrollaron al poderoso enemigo de nuestra Independencia en las inmediaciones de Bani. Una vez consumada la proeza del libertador, éste hizo reverencias a los padres de la Patria y nuevamente se retiró a sus menesteres de su hacienda. Galván procede semejante al sueño que tuvo el caballero de la triste figura en la cueva de Montesiños, y despierta después de un sueño plagado de aventuras y dislates y deja, como en los cuentos morales de Voltaire, una especie de lección moral a los jóvenes patriotas de su tiempo, para que se aparten de los vicios, la embriaguez y la irresponsabilidad.

En 1856 publica Galván en *El Oasis Federico o el aburrimiento*. Se trata, en primer lugar, de una agudísima reflexión sobre el *spleen*, enfermedad de los románticos. El narrador nos cuenta en esta novelilla la historia de don Federico Real de Vidatriste y comienza con las correspondencia que le envía su amigo Gerardo de Chiribitil. Allí aparecen explicadas las fases del aburrimiento prolongado y el desenlace a que los llevan las terribles depresiones de las que está trufado. Don Federico tiene veintiocho años y padece una melancolía que lo mantiene paralizado. Mantiene largas conversaciones con Gerardo y Cristóbal sobre las causas profundas de su aburrimiento y puede salir a flote de la angustia que lo anega. Don Cristóbal que ha nacido en Europa le conmina a que viaje; Federico es muy rico y puede pagarse un periplo alrededor del mundo que le sirva de distracción y don Federico continuaba alicaído, mortecino. No había forma de sacarlo de esas tierras movedizas del abismo.

De repente, un rosario de malas noticias comienza a llegar. Una pingüe hacienda que tenía en la isla de Puerto Rico fue incendiada y pillada por unos forajidos,



que para rematar su fechoría mataron a todos los empleados. Su criado de mayor confianza, desapareció cargando con la caja de caudales de don Federico. Un bergantín que utilizaba don Federico para la exportación de frutos, desapareció en un banco de arena en la isla Saona. Don Federico quedó súbitamente arruinado. Se dedicó a buscar fortuna en el juego y fracasó; vendió sus muebles; utilizó la solidaridad de las almas caritativas y seis meses después se presentó, hecho una birria en casa de don Gerardo su amigo. Tenía unas grandísimas ganas de vivir. Se había visto obligado a realizar grandes esfuerzos para sobrevivir, utilizando el ingenio y esforzándose cada día. Ya no tenía tiempo que perder en lamentaciones. Se pasaba los días buscando qué comer; estaba completamente empobrecido. Al cabo de seis meses, se dirigió adonde su amigo Gerardo para que se le invitara a comer. Era el emplazamiento de los enigmas y los enmascaramientos que el autor utiliza para desvelarnos el premio a las transformaciones que ha padecido Federico. Gerardo no estaba; andaba de media madrina con su amigo Cristóbal. Lo recibe Eulalia, una joven de la cual Federico queda prendado y que se presenta como la hermana de Gerardo. A poco llega Gerardo, acompañado de su amigo Cristóbal. Federico siente celos de Cristóbal, posible rival en lo que toca a Eulalia. Luego se producen las revelaciones. Todo ha sido una tomadura de pelo. Gerardo y Cristóbal hablaron con sus empleados para hacerle vivir la vida de un pobre diablo y sacarlo de su depresivo aburrimiento. No ha perdido ninguno de sus bienes y el criado que se había fugado con sus cajas de caudales está escondido en casa de don Cristóbal. A poco don Cristóbal se despoja de su disfraz de hombre joven y se descubre que es el padre de Eulalia. Andando los días, hizo la corte a Eulalia, y celebraron sus bodas; y luego de los disturbios de 1849 fijaron su residencia en Puerto Rico. Al igual que *La puericracia*, Galván nos presenta la novelilla como un cuento moral. Federico padece el



spleen del aburrimiento, pasa por la catarsis o purificación y al final recibe la recompensa a sus padecimientos.

Elvira y Manfredo es una noveleta de tema amoroso. Trasunta la interioridad de los amantes, el goce de la contemplación y el ansia de prolongar el olvido de sí que supone el enamoramiento. Pero el conflicto llega con el arribo al país de un rival aventurero, Guillermo Vanderloe. Era la época de los matrimonios concertados. El padre de Elvira, un hombre acaudalado, había entrado en tratos con el extranjero de prosapia flamenca. Entonces Elvira es prometida en nupcias a Vanderloe. El drama está a ojos vistas. Un fantasma trágico ronda la pareja de enamorados. El orgullo de Manfredo le hace alejarse; en compensación, a esa indiferencia Elvira finge aceptar de buena gana su destino con Vanderloe. Manfredo parece destrozado por los celos. El narrador entra en cavilaciones por la xenofilia que hace que muchos extranjeros, las más de la veces farsantes, desposen a las mozas de la mejor sociedad. Los criollos embobados por las mentiras y el falso prestigio de los extranjeros se dejan engatusar. Manfredo, en el entretanto, encuentra un poderoso aliado, Teodoro Fierabrás, apellido que recuerda el famoso bálsamo curalotodo, que aparece en el Quijote y que promete poner coto a todos los males. Fierabrás le refiere las malas andanzas de Vanderloe. Manfredo le muestra la carta al hermano de Elvira. A poco el padre de Elvira, don Herman, intrigado, pide informes sobre Vanderloe. Se entera de todo: Vanderloe es casado, tiene hijos, es un estafador. Herman no puede echarlo con cajas destempladas, porque le debe 3.500 pesos. Y entonces decide continuar la comedia: le reclama a Vanderloe la suma que le adeuda para dársela a su hija como dote y luego romper sus relaciones con el flamenco. Vanderloe retrasa la entrega. En la fiesta de compromiso de bodas, Herman y Manfredo conversan acerca del fraudulento pasado de Vanderloe. Herman está decidido a entregarle su hija a



Manfredo, pero quiere recuperar su dinero. En medio de la fiesta, Vanderloe escucha entre cuchicheos la charla de Manfredo y el padre de Elvira. Decide matar a Manfredo y casarse con Elvira. Reta a Manfredo a un duelo; pero Manfredo no acude. Viéndose perdido, escapa a la isla de Martinica, la misma noche de la fiesta. Al día siguiente, se revela que Vanderloe engañó a don Herman y Elvira; Manfredo, orgulloso, renuncia al amor de Elvira y parte en busca de Vanderloe y de una nueva ilusión amorosa. Triste final, para Elvira y para su padre.

La novelilla es una reflexión sobre la xenofilia, que extrema sus consideraciones por los forasteros más allá de las conveniencias nacionales y le atribuye cualidades de nobleza a cualquier extranjero. La tramoya de la narración recuerda las novelas románticas: secretos, cartas, billetes perfumados, intrigas, revelaciones, bolsas de dinero, conflictos amorosos y trasfondo pérfido.

Sin duda estas tres novelillas en las que se echa de ver una prosa depurada constituyen el recorrido palimpsestual que le llevará años después a la creación de *Enriquillo*. Darlas a la stampa por primera vez nos parece una faena indispensable de todos aquellos que quieran penetrar en el conocimiento del extraordinario escritor y un modo de enriquecer la literatura dominicana con una aportación que una vez desmenuzada se vuelve irrenunciable.

La ideología de Galván

Para Galván España significa la Madre Patria. —Es el punto de origen—. Punto de regeneración de una nacionalidad en la cual él ha perdido la fe: raza, cultura, lengua, todo volvería a ser lo que era o, cuando menos, se recrearía. Se trata del mito de la Atenas del Nuevo Mundo en el cual La Española vivió una época de esplendor; fue la cabeza de playa del Imperio español en



América; su destino estuvo ligado a una gran nación. Además de la leyenda estaba el ejemplo de Cuba, cuyo progreso material rebasaba con creces el de la República independiente.

Las circunstancias eran las siguientes: La política de endeudamiento de Báez había conducido a más de una nación extranjera a intervenir las aduanas y puertos dominicanos en pos de sus acreencias; la pobreza extrema llevó a algunos grupos a pedir la intervención de Haití; las incursiones haitianas ponían en peligro la independencia de 1844 —Galván en sus escritos reseña varias, incluso luego de la Restauración—. ⁶ La República estuvo vapuleada por una guerra sin tregua con sus antiguos dominadores; las guerras civiles entre los caudillos que monopolizaban la vida política tornase en una sucesión permanente de asonadas, pronunciamientos militares y golpes de Estado —este comportamiento político puede observarse incluso después de restaurada la República—.

En estas circunstancias surge el proyecto de Anexión a la Corona española, para Galván la Anexión debía traer consigo un flujo de capitales que condujese, por vía de consecuencia, al progreso material de la isla. Era éste el proyecto de los grupos dominantes; hateros y comerciantes: poner a resguardo sus propiedades de una posible caída de la joven República, y crecer económicamente al amparo de una gran potencia colonizadora. De ahí que la Anexión fuese vista por estos grupos como el retorno de la Edad de Oro.

La concepción que tiene Galván del hombre que participa en la vida política —según se entrevé en sus tex-

6. En cartas y artículos Galván denuncia las incursiones militares haitianas. Unas con el objetivo de apoderarse nuevamente del territorio perdido, otras como las que suscitaron el acuerdo fronterizo del Presidente Jimenes, con miras a negociar la demarcación fronteriza en posición ventajosa. Sobre este punto no se ha publicado aún ninguna monografía. Comprende el período de 1844-1907.



tos— es la del parásito político; declara la abominación de la política; busca la desaparición de los caudillos, la unidad monolítica en torno a un poder absoluto. Hablando de estos hombres, Galván precisa:

“quieren ser gobernados por quien los deje vivir de la cosa pública”.

(*El Oasis*, 18-5-1856).

“Extraño es, sin duda, que en esta época de materialismo pecuniario y de camaleonismo refinado que haya quien sólo movido por el sano deseo de ser útil, se eche encima cargas pesadas”. (dem.)

A esta estampa sobre los políticos, se añade la guerra civil permanente de los caudillos que se disputaban el mando.⁷

Contribuye todo esto a explicar el sentimiento pesimista que cala en toda su prosa. —El pesimismo se tornó en voluntad de anexionar el país—. —Es un renunciamiento a la participación en la historia—. Es la ideología del vencido. —Es la incredulidad en las potencias del ser, la identificación con la derrota. Por ello, el pesimismo apela a la intervención extranjera; busca salvadores, mesías extraños...

En este punto el baecismo y el santanismo no se diferenciaban radicalmente. Desde el punto de vista de los sectores que ambos representaban, Santana, los propietarios de hatos; Báez, los comerciantes de las

7. Prueba de ello son estos comentarios publicados el 18 de mayo de 1856 en *El Oasis*: “Con mucha frecuencia nos hemos ocupado en poner a los ojos de nuestros conciudadanos, el tristísimo bosquejo de un país entregado al desorden y a la anarquía, movido por la rebelión y el espíritu de partido, desconociendo, violando y atropellando el orden, los principios y la autoridad legítimamente constituida, para no regirse por otras leyes que las pasiones individuales de innobles amotinadores en cuyos pechos hierve la sed de mando y de venganza”.



ciudades. No puede hacerse una clasificación tajante, ni Santana concitaba todas las simpatías del sector hatero, ni Báez, todas las del comercial. Pero lo cierto es que ambos monopolizaban las fuerzas montoneras y el sistema de caudillaje regional que hacía las veces de poder sobre toda la población. La política del siglo diecinueve puede reducirse resumiéndola al obrar de estos dos caudillos que dirigirán de manera personalista, como césares absolutos, las formaciones políticas.

Ambos resumían, o, mejor, representaban el poder económico de aquella hora que eran los propietarios de medios de producción, bien sea el hato, el comercio, los bosques maderables. Ningún otro sector se le opuso, ni aquellos que vivían en situación de vasallaje con respecto a los primeros, ni los intelectuales que se habían cubierto de gloria durante la formación del movimiento independentista "Los Trinitarios". El ideal duartiano, mentor de la independencia absoluta, no encarnó en ninguna formación política, ya porque la política, —concluida la Independencia— girará en torno a los grandes caudillos, bien porque Duarte, habiendo pasado la casi totalidad de su vida política en Venezuela, no influye en el grueso de la población, que conoce muy poco de sus ideas constitucionales, ni de su pensamiento; bien porque careciendo de liderazgo político para entrar en liza en pos del poder no podía representar a ningún sector, bien porque como militar no había adquirido prestigio —al igual que Santana— en la guerra contra Haití y, finalmente, porque tanto Mella como Sánchez, albaceas del ideal duartiano, entrarán en la palestra política bajo la atracción de los caudillos mencionados.

8. Se compone de las cartas e instancias que envió a sus albaceas políticos, los trinitarios. Así como de la Constitución que debía regir los destinos de República independiente y de otros escritos. Ver en *Historia de las ideas en R.D.* (Pérez Memén) "Las ideas constitucionales de Duarte" (1989).



Ser político en ese momento histórico era ser bae-cista o santanista. Ambos bandos coincidían no sólo en representar el poder económico, sino y sobre todo, en representar el anexionismo. Es decir, que ambos son pesimistas; desconfían del porvenir de la nacionalidad; no creen en la independencia. Los dos caudillos eran antiinstitucionalistas; manipulaban a sus anchas la justicia, lo económico, lo militar y lo político. Se trataba de un mismo poder cesáreo. Báez representaba la adhesión patrimonialista, carismática y paternalista; Santana, el heroísmo militar, el padre histórico —según sus parciales, tal Galván—.

Ambos imponían sus dictámenes merced a las fuerzas y a las milicias que los respaldaban. En el caso de Báez, a partir de su segundo gobierno, cuenta con el prestigio que tenía un Francisco del Rosario Sánchez quien será su comandante de armas. Santana contó en su proyecto anexionista con la colaboración de Matías Ramón Mella y José María Cabral. Sea esto dicho sin ningún misticismo, toda vez que la historia no se escribe ni para adorar a los hombres totemizándolos, ni para desenterrar padres fundadores —canonizándolos—, sino para interrogarlos, para examinarlos. Según esto, ambos caudillos se repartían a la par las simpatías, alienaban la voluntad de las masas, ignorándolas por un lado, esto es, impidiendo su participación, toda vez que encarnaban una política personalista; y por otra parte, usándolas como instrumento, habida cuenta de que podían desencadenar guerras civiles —y en efecto lo hicieron— en nombre de una voluntad de poder envilecida, y combatiéndolas cuando éstas se resistían a obedecer sus designios.

Estos son los hechos y creencias en los que se fragua el pensamiento de Galván. Él creía que la historia la hacen los césares. Que el destino histórico del país podía ser resuelto por una vanguardia de ilustrados, conocedores de las leyes históricas, vale decir, por una élite de esclarecidos, a la cabeza de los cuales estaba



él. De ahí el proyecto de *El Oasis*, en su segunda época, y de *La Razón*. En estas publicaciones Galván racionaliza su compromiso con el anexionismo que arrojaba a todas las formaciones políticas.

El pueblo enajenó su voluntad a la de los caudillos, y éstos que no creían en él, sino en sí mismos, en el culto a su propia personalidad, la vendieron —por un marquesado el uno, por un mariscalato, el otro—. En lo político, ambos creían que el modo de acceder al poder era la asonada, y ello obraría como modelo tradicional, carismático, e ideológico en las formas de hacer política de todo el siglo XIX.

Galván entra a formar parte de la élite misionera. El hombre misión conjuga en un mismo haz al educador, al artista y al político. Martí y Sarmiento son dos modelos de subjetividad que atestiguan, perfectamente, de la realización de dicho esquema. Galván responde ontológicamente a este tipo de mito personal. Se trata de su teoría del compromiso. Por esas razones, hace las veces de legislador; enjuicia la sociedad tal como lo hacían los reformadores decimonónicos —según una moral del progreso constante—. Era éste el valor principal reivindicado por los grupos sociales dominantes.

Para Galván ser moral era servir al progreso, convertirse en su instrumento, vale decir, difundir las ideas positivas. Según esto, la historia obedece a una ley moral basada en el desarrollo material que debe suscitarse, incluso a expensas de la nacionalidad y la soberanía.

Conforme a las creencias que cabe inferirse de su comportamiento y de su discurso el artista debe, —a la par de crear una retórica que lo defina como tal, de ahí su preocupación por la prosa como género literario— ser un medio de instrucción, entregarse a una causa política; encarnar en una misión. Ser útil. Y más que eso: instrumento del bien material, de la educación y del trabajo. En resumidas cuentas, subordinar su vida a estos valores supremos: utilidad y progreso. No se contentaba con contemplar y juzgar; su meta era ac-



tuar; no era expectador indolente de la historia. De ahí su compromiso con la Anexión. Dentro de estas creencias obró su pensamiento; se desenvolvió su vida.

El fin y los medios. Tanto en Galván como en Gregorio Luperón vemos la presencia de una misma meta: la búsqueda de una cultura capitalista. Bien merced a la Anexión, bien merced a la inmigración,⁹ el objetivo era atraer los capitales de una gran potencia extranjera por un lado y, por otro, los saberes que traían consigo los inmigrantes de las naciones desarrolladas. El fin era la religión del progreso; el medio muchas veces implicó la supresión de la soberanía dominicana.

Subyace en todo ello la creencia de que las naciones de la América hispana —debían homologar su desarrollo al de las de Europa—, de que existían leyes naturales en la sociedad de la cual emergía esa esencia anterior a nuestro nacimiento que obraban secretamente en el cuerpo social como una escatología, como un futuro inexorable, esencia de la cual no podríamos escapar: estábamos condenados a ser instrumentos de unos valores absolutos —el bienestar, el progreso, el desarrollo material— que encontrarían su realización en

9. Se tiende a simplificar la política que propendía a atraer la inmigración extranjera acusando de racistas a sus propiciadores. El proyecto de Luperón, Bonó, Espaillat y otros no era pura y simplemente blanquear la raza. ¡Absurdo simplismo! sino pasar de una economía de subsistencia a una economía de gran industria capitalista —la azucarera— llega a finales del siglo XIX en la cabeza de inmigrantes cubanos, españoles, italianos y curazoleños de origen holandés. Hoetink (*El Pueblo Dominicano*, (1850-1900). PUCMM) pone de relieve los aportes que estas inmigraciones hicieron al país. El día en que se haga la historia del comercio y la industria dominicanos habrá que poner sobre el tapete este factor. Hay aún ramas enteras del comercio en las que los inmigrantes o sus descendientes mantienen primacía: almacenes de ropa y de telas, supermercados, tiendas de zapatos... A principio de siglo observaba el escritor F. M. Moscoso Puello que el comercio estaba en manos de extranjeros (*Cartas a Evelina*, pp. 63-64).



nosotros mismos. Sin que nosotros aportáramos nada de nuestra identidad y para que tal destino se realice no había que escatimar medios. Por eso Galván pasa del desencanto de la política al compromiso, del pesimismo bufón al optimismo redentorista.

¿Hubiera podido este intelectual dominicano liberarse de la ingenua creencia de que el ritmo histórico obedece al bien, de que la Humanidad sólo *avanza* y nunca *retrocede*? ¿Hubiera podido liberarse del evolucionismo de la creencia en un *happy end* de la historia tan en boga incluso en el mundo actual? Sería pedirle demasiado.

Preso del determinismo que veía nuestra historia como una lucha entre la *civilización* y la *barbarie*, Galván pensó que el tiempo histórico era el despliegue lógico y moral de una razón bondadosa; pensó que el orden del mundo casaba, perfectamente, con el desarrollo de esa voluntad racional —no sabemos cuál ¿Acaso hablaba de Dios?— que organiza todas las cosas según *La Razón*, la bondad y la justicia. Es decir, que para Galván lo importante no era la autodeterminación del pueblo dominicano, sino la civilización. Mas esta idea de la civilización en él era fruto de necesidades externas, fruto del sometimiento a las ideas que sobre el desarrollo material teníase en la Europa decimonónica, fruto en fin, de la creencia en un saber universal, efecto del etnocentrismo en el cual Galván permaneció encerrado, esclavo de su opio, sin poder emanciparse.

Lo que principió como una revolución positiva de los ideales de la Ilustración al volverse contra las libertades de aquellos a los que este mesías pretendió salvar de la miseria y el abandono se convirtió en opresión política, económica, social e intelectual. Se tornó en conservadurismo, en despotismo ilustrado. Se apoyó incesantemente en un mito: “la ley del Progreso universal” para, ataviado de este ideal mesiánico, imponer su férrea voluntad de esclavo.



Referencias bibliográficas

- La Razón* (1861-1864), Archivo General de la Nación.
- El Oasis* (1854-1856), Archivo General de la Nación.
- Manuel de J. Galván: *Enriquillo*, México, Porrúa, 1976.
- Frank Moya Pons: *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, Caribbean Publisher, 1981.
- Franklin Franco *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, 1992.
- Roberto Cassá: *Historia social y económica y social de la República Dominicana*, Santo Domingo, 1989.
- Juan Bosch: *Composición social dominicana*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1989.
- Jaime de Jesús Domínguez: *La sociedad dominicana a principios del siglo XX*, Santo Domingo, 1994.
- Rufino Martínez: *Diccionario biográfico histórico dominicano 1821-1830*, Santo Domingo, Editora De Colores, 1997.
- Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles de Pedro Francisco Bonó*, Santo Domingo, 1964.
- Néstor Contín Aybar: *Historia de la literatura dominicana*, San Pedro de Macorís, 1983.
- Pedro Henríquez Ureña: *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Max Henríquez Ureña: *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Colección Pensamiento Dominicano, 1977.
- Pedro Conde: *Notas sobre El Enriquillo*, Santo Domingo, Taller, 1978.
- Guillermo Peña Contreras: *Enriquillo: el texto y la historia*, Santo Domingo, Museo Arqueológico Altos de Chavón, 1985.
- Pedro René Contín Aybar: *Antología de la literatura dominicana*, Ciudad Trujillo, Edición Centenario de la República, 1944.
- Luis Alonso Schokel: *Estudios de poética hebrea*, Barcelona, Juan Flors, 1963.
- _____. *El estilo literario*, Madrid, Ega Mensajero, 1995.
- Manuel A. Peña Batlle: *Ensayos históricos*, Santo Domingo, Taller, 1989.
- Henri Meschonnic: *Critique du rythme. Anthropologie historique du langage*, Paris, Verdier, 1982.





Novelas



ELVIRA Y MANFREDO

I

¿Qué hace la bella Elvira en la ventana que da a lo más solitario de los alrededores de su risueño palacio? ¿Por qué ese abatimiento, esa profunda tristeza y esas dos lágrimas que brotan de sus rasgados ojos negros, y corren por sus mórbidas mejillas como dos hilos de cristal sobre un bruñido alabastro?

¿Por qué esa ansiedad que se retrata en sus miradas al dirigirlas hacia el vecino soto de árboles que permanece silencioso como los sepulcros del valle de Josafat? ¿Por qué esa pertinacia, ese afán en mirar hacia allí...?

¡Ah, por fin!... He ahí que de repente deja su inmovilidad, se pone de pie, y agita su pañuelo blanco en dirección a la verde arboleda.

Y un hombre, un hombre joven, hermoso, apuesto como un querubín, de mirar ardiente y gallardo porte contesta la galante señal, quitándose graciosamente su vasto sombrero.

Ese hombre es Manfredo, el amante de Elvira.



II

Pero héte aquí que el estilo romántico me cansa; consulto mis fuerzas, y veo que no puedo por mucho tiempo sostenerle.

Por lo cual dejo aquella primera parte tal como está, y compondré esta segunda tal como saliere, y así sucesivamente.

Manfredo y Elvira se aman: esto ya lo sabe el lector. Resta ahora hacerle saber que un joven llamado Guillermo Vanderloe ha venido como suscitado por el espíritu del mal, a colocarse justamente en mitad del camino de la dicha de los dos enamorados.

Vanderloe no es rico, no es buen mozo, no es elegante, ni tiene modales de alta sociedad. Vanderloe es originario de aquellas colonias penitenciarias que en estas regiones aún mantiene el brazo inexorable de la justicia flamenca y por consiguiente, en vano pediréis a Vanderloe virtudes o ciencia: en él sólo encontraréis los vicios más feos, encubiertos bajo la capa de la más detestable hipocresía.

Gracias a esta nefanda cualidad, peligroso escollo que traidoramente nos ofrece a menudo el trato social, y en el que suelen dar incautamente los hombres de un alma cándida y noble, el pérfido Vanderloe había conseguido fascinar al desdichado Don Herman, padre de Elvira. A defecto de trato de gran mundo, logró pasar por rico-hombre en el concepto del anciano, disimulando sus defectos bajo una gravedad ridícula. Su traje tenía algo de fantástico, con mucho de grotesco. Usaba los vestidos muy estrechos, perdiendo por lo tanto el libre uso de sus miembros, y los cuellos de la camisa tan exagerados y tiesos, que es fama que para volverse de lado giraba sobre los talones sin descomponerse, como si cabeza y hombros no formasen sino una sola y misma enteriza pieza. Y como estaba persuadido de cuantas veces abriese la boca había de proferir algún



disparate, tuvo la precaución de no aprender a hablar el español, a fin de que sus giros y locuciones flamencas ocultasen su estulticia y falta de sentido común.

Todo lo cual hace ver que Guillermo Vanderloe, al tomar estas precauciones, seguía a la letra el dicho de Sócrates, teniendo siquiera el mérito de conocerse: *sólo sé que no sé nada*, dijo el filósofo; y Vanderloe por lo visto comprendía que ni sabía nada, ni valía sus orejas llenas de agua.

III

Vanderloe llegó a esta ciudad como comerciante, profesión que en este país da no sólo dinero, sino honra y consideración, sin excluir las quiebras y bancarrotas. Pronto consiguió cierta importancia, con su aire selvático-europeo; y Don Herman que por consecuencia de algunas transacciones comerciales se había puesto en relación con él, se formó una idea tan elevada del joven flamenco, que cuando éste dio un paso pidiéndole en matrimonio a Elvira, Don Herman dio dos para acordársela con todas las ventajas imaginables.

¡Tal es el necio prurito de la mayor parte de mis sencillos paisanos! Con los que vieron nacer, desarrollarse y crecer a su vista, con aquellos de quienes conocen a fondo los defectos y buenas cualidades, emplean una prosopopeya, un escrúpulo inflexible; y con cualquier aparecido que no se sepa quién es, de dónde viene ni adónde va, basta que venga de allende el mar para que a ojos cerrados le acepten como una insigne notabilidad. ¡Deplorable e inconsiderado proceder, que ha costado buenas lágrimas a más de una familia, desengañada tardía e irreparablemente de su error!

A causa de haber sido pedida Elvira por Guillermo, y acordada por su padre, era que lloraba cuando apareció por la alameda el hermoso Manfredo.



IV

—¡Bien mío —dijo el mancebo, cuando se acercó lo bastante a la ventana donde estaba su amada— con que no hay remedio a nuestra fatalidad!

—No, Manfredo; la sentencia está dada y Mr. Guillermo sale esta noche en no sé qué buque, para su tierra con el objeto, según ha dicho a mi padre, de obtener permiso de su familia para el matrimonio.

—¡Maldición! —dijo Manfredo—; ¿y vacilas aún, Elvira, en lo que antes te he propuesto?

—¡Y qué! —insistió el joven con viva alegría— ¿te has decidido a seguirme?

—No; me niego formalmente —repuso sencillamente Elvira.

Un rayo que le hubiera caído encima a Manfredo, no le habría hecho tanto efecto como esta inesperada negativa. Furioso, fuera de sí, arrojó una sacrilega imprecación, y se alejó precipitadamente como de un lugar maldito, de la vista de su ingrata amante. Esta le llamó en vano para sincerarse, y cuando le hubo perdido de vista se retiró de la ventana exclamando con angustiada desesperación:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿qué será de mí?...

V¹

Guillermo Vanderloe efectivamente partió la noche de ese día, ofreciendo a Don Herman volver muy pronto.

1. Protestó seriamente que esta novelita no es más que de pura invención; que el objeto que en ella me he propuesto es censurar el crédito ciego que aquí se acuerda por personas a quienes se supone sensatez, a cualquier aventurero que se aparece diciendo: «Conózcanme porque me han visto», lo cual ha dado motivo de arrepentimiento a más de cuatro noveleros. Por lo demás, no se alude a persona determinada, ni tenemos intención



Sin consuelo estaba el infeliz Manfredo, no tanto por ver perdidas sus risueñas esperanzas, como por la imperdonable volubilidad de su adorada Elvira.

En tal estado se encontraba hacía ocho o diez días, cuando recibió una carta de cierto amigo suyo que residía en la Isla de *Corsou* y a quien Manfredo acostumbraba hacer el relato de sus empresas amorosas. Abrió la carta con el deseo de ver si le traía noticia de que su afortunado rival se había ahogado en la travesía, y leyó lo siguiente:

“Querido Manfredo. — Estoy estupefacto de lo que he sabido por boca del petulante joven Guillermo Vanderloe, con quien tuve una reñida polémica a causa de los improperios que se permitió proferir contra nuestros conciudadanos, de los que decía mil calumniosas vulgaridades. Como yo estoy impuesto del tratamiento (inmerecido por ese canalla) que él, gracias a su afectado pedantismo, recibe de Udes., me indigné y le tapé la boca con dos o tres claridades de a puño. Siendo que no pasara adelante para haberle puesto el revés de la mano donde su madre le puso en su tierna infancia el pecho... ¡Briganazo! Es un mañês hecho y derecho. Pero lo que me ha causado asombro es oírle decir que don Herman F*** le ha otorgado la mano de su hija con detrimento de otros rivales, entre los que sin dudas figuras tú. No sé cómo ha podido caer un hombre viejo en tan grosero error. Vanderloe se jacta con fundamento de que Don Herman tiene a sumo honor darle la mano de su hija. Ese infe-

de zaherir a ninguno. El que haga aplicaciones es el mal intencionado; y el que se crea criticado porque se lo aseguren los cizañeros, es un tonto que merece que le digan: «Con su pan se lo come: pues esto repito que es de invención, y no alude a nadie.» El autor.



liz anciano ignora quién es ese perillán, y las mañas que tiene, pero estoy seguro que si supiera cómo expresa sobre sus futuros suegro y esposa, no incurriría en lo que ha de ser su ruina. Dice Vanderloe que lo único que lo hace sacrificarse a la familia de D. Herman, es el dinero de éste, pues sólo ese interés pudiera paliar la imbecilidad de toda esa gente. ¡Ea! ¡Mira quién habla de sacrificarse y de imbecilidad, un ente que ni aún para que me limpie las botas lo quiero!... En fin, yo deseo de todo corazón que Don Herman vuelva en sí, que mire lo que va a hacer, y tome informes sobre su futuro yerno. ¡Ah mis paisanos, mis paisanos! —Quedo tuyo de todas veras.

Teodoro Fierabrás."

Manfredo vio de un sólo golpe de vista cuánto partido podía sacar de esta carta, haciéndola ver a Don Herman; pero como le faltaba introducción con éste, buscó un expediente, y al cabo de dos días la casualidad se lo proporcionó.

En una tertulia se encontró con un hermano de Elvira, solemne y entremetidísimo hablador, que Manfredo, no obstante su pasión por la hermana, no podía tolerar. Había allí mismo otro hermano de su amigo Teodoro Fierabrás, y a éste se dirigió Manfredo.

—¿Ha tenido U. carta de su hermano por la goleta X***?

—Dos letras —replicó el otro—, parece que Teodoro estaba muy ocupado.

—Yo creo que no —dijo Manfredo—, mire todo lo que me escribe a mí.

Y diciéndolo, le endonó abierta la carta de Fierabrás.

El hermano la leía con la vista, y Manfredo le dijo con un tono muy insinuante:



—Léala U. recio, para que el Sr. se imponga, que le conviene.

Abrió el hijo de Don Herman dos leguas de ojos y cuatro de orejas, y se acercó a oír la lectura.

Júzguese del efecto que en él harían las recomendaciones de Fierabrás sobre Vanderloe. Corrió al punto a su casa, e impuso a su padre de lo que sobre el proyectado matrimonio de su hermana decía, a Manfredo, don Teodoro Fierabrás.

El padre de Elvira, cuando le hubo oído, dio tres saltos como picado de la tarántula, y pasado el primer efecto, se puso a meditar hondamente sobre el negocio.

De sus reflexiones resultó que convino en que había procedido con la ligereza de un lego en acordar su hija a un hombre a quien apenas conocía; por lo cual resolvió poner remedio al mal, escribiendo al Sr. Vandycumey, respetable amigo suyo que de largo tiempo vivía en Corsou para que le diese informes circunstanciados de quién era Guillermo Vanderloe.

VI

Al cabo de quince días de todo esto, nuestro tieso flamenco regresó de su viaje. En el mismo buque que nos trajo esta calamidad al país, venía la contestación de la carta de Don Herman, por la que se informaba de las circunstancias de Vanderloe. Extractaremos lo que de la dichosa carta se refiere a él; para no fatigar con asuntos ajenos de este relato la atención del lector. He aquí lo que decía de Vanderloe:

“¡Por allá acaba ese pájaro! ¡huy! A nadie mejor que a mí podía Ud. dirigirse para que le informase de esa linda pieza. Yo he sido una de sus víctimas, y sólo por lástimas a su mujer y a sus hijos...



—¡Cielos! ¡Es casado! —se interrumpió Don Herman asombrado.

“... a su mujer y a sus hijos, no lo hice ahogar en una calabozo. Aunque ese pícaro cuenta 29 años de edad, nadie puede figurarse cuántas hazañas ha hecho. Yo lo empleé en un buque mío que viajaba frecuentemente a Santhomás, y ¿qué hizo? Se fue a África de *motu proprio* a hacer el tráfico, y como un bergantín inglés le exigiese la presentación de sus papeles a la altura de Cabo Verde, nuestro hombre armó su tripulación de fusiles y pistolas de que había tenido cuidado de proveerse, atacó furiosamente al bergantín, y en el combate mató al capitán y a cuatro marineros. Saltó a bordo, y se apoderó del buque británico, con el cual tuvo la osadía de presentarse como propietario en Portsmouth, habiendo visto por los papeles del difunto capitán que había sido expedido de Gibraltar”.

Don Herman se interrumpió de nuevo clamar con dolor:

—¡Dios mío, mi pobre hija! ¡Con un pirata, falsario, etc.! ¡Ay Dios, de buena hemos escapado!

“... Sin embargo, se sospechó la verdad, y se le echaron atrás a nuestro hombre los lebreles de la policía de Portsmouth, los cuales hicieron una visita a bordo del Solon (así se llamaba el buque robado); pero por su fortuna estaba Vanderloe en tierra, y al irse a embarcar, vio a los corchetes visitar su embarcación: atemorizóse entonces, se escondió, y sólo dejó a Portsmouth en el Cyane (vapor de guerra americano que después se ha hecho célebre), cuyo capitán, viendo su aflicción, lo admitió a su bordo en calidad de grumete, y lo trajo otra vez a Corsou a donde venía por una casualidad.

“Vanderloe se presentó a mí, arrepentido al parecer, y con lágrimas en los ojos me contó sus



aventuras, sin darme razón de mi barco que quedó abandonado cuando se apoderó del buque inglés. Me dijo que su intención era ganar para los dos, y me puso a la vista la miseria de su mujer e hijos. Esto me ablandó, pero después he visto que aquellas protestas no eran sinceras, pues aquí ha vivido de petardista, engañando a todo el que ha tenido la desgracia de ponerse en relación con él. ¡Con que cuidado, amigo Don Herman, cuidado!”

Aquí concluía lo concerniente a Vanderloe.

Don Herman se quedó petrificado, y reconoció cuán imprudente había sido en dispensar a Vanderloe consideraciones tan serias; pensó además en una suma que tenía en poder del ex-pirata, de resultas de cierto negocio que había hecho con él, y esto lo retuvo para no proceder según sus coléricos impulsos.

—Si digo a *buchi* Vanderloe todo lo que sé de él ¿qué sucederá? Que anochecerá y no amanecerá, llevándose mis 3,500 duros de la especulación que emprendí con él desde el mes antes pasado. Pues no; procedamos con calma y disimulo, y cuando me haya aflojado el dinero creyendo *darme cordel*, me comeré la carnada dejándolo en playa. Entonces le diré todo lo que merece, y lo amenazaré con decir a la justicia sus graciosas partidas... ¡Perdimos la esperanza de acomodar a Elvira! ¡Yo que estaba tan contento creyendo que Vanderloe era algo bueno! Cualquiera diría que mi hija me pesa, si supiera cuánto deseo acomodarla; pero no es así, y yo sólo quiero su felicidad. Nadie sabe lo que me arrepiento de haberle causado tan amargos días con el proyecto de unirla a ese bribón; ¡pero aquí son tan escasos los buenos novios!...

Y Don Herman se acordó de Manfredo.

—¡Pues! —continuó— un barbillindo que no se ocupa en nada de provecho, que lo que tiene fue heredado, que no practica el comercio, y *por consiguiente*, no tie-



ne una posición; en fin, que es dominicano, y no tiene el prestigio de los que vienen de ultramar.

Dejemos a Don Herman en sus cavilaciones, que por el estilo que van, pueden revolverle la bilis a más de un patriota.

VII

"Querido Maximiliano, sois demasiado fantástico, verdaderamente... no me amaréis mucho tiempo..., un hombre que poetisa así las cosas, no podrá marchitarse a gusto en una pasión monótona como la nuestra..."

(A. Dumas. —*El Conde de Monte-Cristo*).

Nos separamos de Manfredo desde el capítulo V en donde referimos cómo había él clavado su banderilla al hijo varón de Don Herman, en el asunto de los informes sobre Vanderloe. Es preciso que impongamos al lector de lo que durante el período comprendido entre aquel capítulo y éste, pensó, dijo e hizo el desventurado amante de la hermosa Elvira.

Manfredo estaba equivocado respecto de la celestial criatura, y atribuía a versatilidad, o prosaísmo de sentimientos, lo que no era efectivamente sino una heroica resignación a las voluntades paternas.

Por consiguiente, el corazón se le desgarraba al bizarro mancebo cada vez que Elvira le venía a la idea (lo cual era muy a menudo). Manfredo, en el primer ímpetu de su cólera, había jurado no volver a pensar en la ingrata que después de mil protestas de amor, se retractaba desde el principio de las dificultades. Pero a pesar suyo la adorada imagen de la bella posesora de



su cariño se le ofrecía doquiera; y si llevado por su humor tétrico se dirigía a pasear por las lúgubres ruinas de la ciudad, o por las melancólicas márgenes del poético Ozama, aquí y allí su preocupada imaginación le hacía ver a Elvira, ya como misteriosa Silfide discurrendo silenciosamente por los claustros derruidos, ya representada en la inefable gracia y encantadora fragancia de las parásitas flores ribereñas.

Si los acordes de un piano, de un instrumento cualquiera o de muchos a la vez herían armoniosamente sus oídos, quedábase arrobado y estético, pareciéndole oír la melodiosa entonación de la voz de su adorada, y respondiendo con un latido de su palpitante corazón a cada nota musical, que en su extravío tomaba por la sagrada palabra del amor.

Manfredo conocía todo el mal que su imaginación le hacía, y se propuso luchar abiertamente contra ella: trató de privarse de sus paseos sentimentales, y de evitar que la armonía se pusiese en correspondencia con sus románticas fibras; pero todo era inútil y pasados dos o tres días de abstinencia, Manfredo buscaba las flores, la música, las perspectivas hermosas, en fin, todo lo que hablase a su corazón y a su amor, con la voz del sentimiento, de la poesía. Entonces un ardor febril se apoderaba de él, sentía ansia, delirio, ímpetu por ver a Elvira, por hablarle, por echarse a sus pies y pedirle perdón... ¡cuando él se creía ofendido! Pero si arrastrado por esta diversidad de deseos llegaba a ver por casualidad el objeto que los provocaba, su corazón se cerraba dolorosamente, la herida se desangraba, y Manfredo dejaba de ver en Elvira el ángel de sus ilusiones, para sólo contemplarla como el demonio de sus sufrimientos y de sus dolores.

La pobre niña veía primero con asombro, después con profundo pesar, y últimamente derramando amargas lágrimas, aquel rostro descompuesto y severo, aquella frente airada y triste, aquella sonrisa desdeñosa, aquella palidez mortal, y aquellos ojos que le lanzaban



una indefinible mirada, en la que brillaban a la par el desprecio, el odio y el furor.

Esto duraba hacía algunos días, y la inocente Elvira se acostumbraba gradualmente a ver en Manfredo un enemigo implacable, que se había propuesto privarla de divertirse. Todo el mundo sabe lo que es una mujer que se ve contradicha en sus inclinaciones y gestos. Elvira juró que se divertiría a pesar del engaño que por lo contrario hacía su *ex-amante* Manfredo.

Y Elvira, la platónica Elvira, la misma Elvira que el lector vio llorando porque su padre la arrebataba a su amante, al principio de esta obra, razonó en los términos siguientes:

“Muy bien, Manfredo me detesta, me conformaré con Vanderloe.”

¡Oh mujeres, mujeres! ¡Sois el adorno de la creación, pero sois un adorno de oropel!

Ese mismo día por la mañana había recibido Don Herman la carta del respetable Doctor Vandycumey; pero Elvira no supo este incidente; que echaba por tierra su *conformidad*.

VIII

Cuando la noche de su llegada se presentó el grave Don Guillermo Vanderloe a hacer visita a casa de la que el público veía como *su futura*, Don Herman sintió un ligero estremecimiento a su vista, pero reponiéndose lo mejor que pudo, recibió a su huésped con la mayor cordialidad, y hasta lo abrazó tratándolo de *querido yerno*.

Vanderloe se dejó abrazar, se manifestó conmovido a las tiernas demostraciones que se le hacían, y se empapó de saliva los ojos para hacer creer que lloraba.



Elvira lo miró con mucha atención, y no lo encontró tan feo como antes: esto la hizo ratificarse en su resolución, y se dijo en sus adentros:

“El viaje ha hecho favor a la fisonomía de Don Guillermo, en siendo yo su esposa lo haré viajar a menudo para que se acabe de embellecer.”

¡Y buchi Guillermo había traído una barbita de chivo que lo hacía detestable!

Don Herman, viendo a su hija tan afable con Vanderloe, cosa inacostumbrada en ella, se valió de esto para decir al ex-pirata:

—Yerno mío, ya Ud. ve que las disposiciones de mi hija hacia Ud. no pueden ser mejores. Por tanto, tratemos de acelerar el asunto, véngase por acá mañana, y hablaremos largamente sobre el particular.

Vanderloe lo prometió, y a poco se fue frotándose las manos de contento.

Al otro día se celebró la conferencia. Después de andarse algún momento por los ramos, Don Herman fue directamente al grano y dijo:

—Mañana en la noche doy un baile, para que mi querida Elvira se despidiera de su vida de doncella. No dejará Ud. de asistir, supongo...”

—¡A! sí, bailaremos, bailares... —dijo Vanderloe.

—Por lo que respecta a la dote de mi hija —prosiguió Don Herman— desde mañana en todo el día pienso arreglar todo lo que a ese punto concierna.

—¡Bien! ¡Muy bien! —dijo Vanderloe sin poder contener su gozo.

—Y así —añadió don Herman— como esa necesidad, esa pequeñez, esa sumita insignificante que Ud. me tiene en su poder, pienso que figure en su haber activo, sería bueno que Ud. me la... facilitara... mañana mismo... para que todo vaya en el mejor orden posible.

Vanderloe al oír esto, se puso serio y pensativo, y no respondió una palabra.



—Conque, —prosiguió el buen Don Herman— la espero mañana, sin falta, a las nueve; o será mejor que yo mande a mi muchacho...

—“¡Barajo! —dijo en sus adentros el buchi— ¡cómo aprieta el viejito”. Y luego replicó:

—Pero si esa suma ha de entrar en el dote de Elvira ¿para qué vamos a desembolsarla de mi caja, habiendo de volver entre tan pocos días a ella, otra vez?

—Porque a mí me gustan mis cosas en orden, caballero! —replicó Don Herman con un arranque de mal humor.

Vanderloe no quiso dar sospechas insistiendo en su negativa, y dijo:

«—Está bien; pero mañana no puede ser. Ocúpese Ud. mañana del baile que intenta dar; de aquí a tres días arreglaremos los asuntos del dote, y tendrá Ud. ese dinero. No se lo doy mañana porque habiendo llegado hoy, ignoro si mi depositario, que es el Sr. X., está en estado de aprontarme la suma, y tal vez aunque es tan pequeña e insignificante, me veré en el caso de recurrir a un préstamo...”

Todo esto lo dijo Vanderloe, a ver si *su suegro* cambiaba de resolución y le decía que no se apurara, pero viendo que Don Herman guardaba silencio, esto le dio muy mala espina, y se retiró convencido de que el viejo no era el mismo hombre para con él. De aquí le vinieron mil ideas a la cabeza, y pasó toda la noche en la más grave intranquilidad, lo único que lo calmaba era ver a Elvira tan bien dispuesta para con él; y a no haber sido por esta particularidad, esa misma noche hubiera tomado las de Villadiego, porque el chico tenía una dosis muy recargada de malicia. Pero todo quedó en recelos, bien que estos recelos hicieron que el flamenco se preparase a todas las eventualidades.



Don Herman midió que debía dar el baile, para asegurar más y más a Vanderloe, no fuera antes de tiempo a espantarse. Así fue que el otro día hizo sus preparativos para que la fiesta fuese espléndida, y convidó a medio Santo Domingo. Manfredo, joven, hermoso y rico, es de suponerse que recibió también invitación. Elvira estaba contentísima, pues su padre, por razones *de Estado*, no juzgó prudente declararle quién era Vanderloe, para que la niña no le cogiera miedo; antes bien, la estimuló a mostrársele complacida, diciéndole que el baile tenía por objeto celebrar su próximo matrimonio con el hijo de Corsou.

IX

Al otro día por la noche la casa de Don Herman era toda bulla, toda alegría, toda luces, brillantes, festejos y alegría.

El baile era espléndido, aristocrático, deslumbrador. Casi todos los personajes de que se ha hecho mención en el discurso de esta obra estaban allí, o mejor dicho, sólo faltaban Fierabrás y Vandycumey; y aún éstos, porque se encontraban en Corsou.

Elvira estaba magnífica, parecía una mina de diamantes, oro y piedras preciosas: su vestido era el de una hada, fantástico, aéreo, pintoresco; y lo llevaba con cierto desaliño estudiado, que se robaba los ojos y el corazón de todo el concurso.

Manfredo por su parte estaba vestido con una severa sencillez, que se armonizaba perfectamente con la melancólica expresión de su fisonomía. Vestía de negro, con chaleco y corbata blancos, y una finísima cadenita de oro al cuello. Asistía al baile, según decía, no para odiar, sino para distraerse mirando; pero Don Herman en persona vino una vez con irresistible solicitud, le tomó de la mano y lo colocó frente a la bella Elvira para que bailase con ella un rigodón; por consiguiente,



Manfredo no pudo excusarse, y salió como pudo, es decir, bailó maquinalmente con Elvira, como se baila siempre con una pareja impuesta por la fuerza.

La bella criatura estaba en su elemento, olvidada del cielo y de la tierra para sólo pensar en el baile. Miraba a Manfredo con la mayor indiferencia, y sin ningún reparo tomaba el brazo de Vanderloe, para atravesar el salón en todas direcciones, so pretexto de ir ya adonde su mamá, ya adonde una amiga a quien no había saludado aún.

Manfredo la veía con el corazón destrozado, y con una nube sangrienta ante la vista: en ese momento el sensible joven había deseado, como Nerón, que el género humano tuviese una sola cabeza, para tener el gusto de cortársela de un solo tajo.

Don Herman, en sus miras de especulación, se complacía de ver a su hija tan amable con el hombre de sus \$3,500, y se decía para su coletó:

—“Esta picarilla parece que ha comprendido mi intención, tiene completamente engatusado al holandés”.

Vanderloe estaba orondo como un pavo real, pero no bailó, por la sencilla razón de que no sabía bailar. Él pretextaba que era por el cansancio del viaje.

Sin embargo, observó que Manfredo y Don Herman conversaban acaloradamente en una ventana; esto lo puso muy inquieto, pues él sabía cuánto interés tenía Manfredo por Elvira. El lector habrá adivinado que Don Herman, una vez desengañado de quién era Vanderloe, no obstante sus escrúpulos por el *nacionalismo* de Manfredo, había formado sus proyectos sobre éste. Ahora bien, ellos dos hablaban de Elvira, cuando el flamenco los vio conversando. Don Herman trataba de sondear las disposiciones de Manfredo, y éste, con el corazón preñado de iras, se desfogaba a sus anchuras contra Elvira y Vanderloe, acusando a la primera de pegarse de un bicho como el flamenco, que indudablemente la había de hacer desdichada.

Buchi Vanderloe, sospechando que él era el argumento de la conversación, se acercó boníticamente, y



sin ser apercebido (tan acalorados estaban los dos interlocutores), pudo escuchar lo que decían; he aquí lo que pescó en su espionaje:

Don Herman.— Ella no lo quiere de veras, a quien ama es a Ud. únicamente.

Manfredo.— No, señor; ella se ha pegado a ese bribón, y yo he sido sacrificado a un miserable que según una carta de que el hijo de Ud. le hablaría sin duda, merece los honores del grillete.

Don Herman.— Yo sé quién es él. Mi amigo el Doctor Vandycumey me ha escrito su vida y milagros...

Manfredo.— Pues ¿cómo lo consiente Ud. todavía en su casa, sabiendo sus lindezas? ¿Cómo consiente Ud. que su hija le dé el brazo con gusto a semejante canalla?

Don Herman.— Amigo, ¿qué quiere Ud? Me debe un dinerito, y para entrar en mis fondos es preciso...

Manfredo.— ¡Para entrar en sus fondos! ¡Queah! Yo me comprometo a pagarle a Ud. la suma que sea, con tal que mañana lo plante a la puerta, según merece.

Don Herman.— No, amigo, mil gracias. A él le presé, y él me pagará. Entonces lo despediré.

Manfredo.— Pues lo dudo.

No oyó más Vanderloe, y se escurrió de donde estaba, para que no lo viesen Manfredo y Don Herman, y quedasen creyendo que él no sabía lo que se intentaba hacerle. A poco pretextó un dolor de barriga, y aunque Elvira y su mamá le ofrecieron té o agua de jengibre, se retiró dando las gracias, y murmurando entre dientes estas notables palabras:

—“¡Ajá, Don Herman! ¡Ajá, Don Manfredo! ¿Conque se creen que yo soy algún chiquillo? Pues allá lo veredes. Ni Don Herman tendrá su dinero, ni Manfredo a su Elvirita”.

—Y como Vanderloe era valiente, y manejaba muy bien toda clase de armas (no olvide el lector que según el respetable Doctor Vandycumey, había sido pirata),



se propuso matar en desafío a Manfredo. Hizole pues en el acto un cartel en los siguientes términos:

“Señor: si como creo es Ud. caballero, espero se dirija al monasterio de San Francisco, a las seis de la mañana, para allí exigirle una satisfacción con la espada en la mano. Sé que Ud. me ha calumniado con Don Herman, y lo espero. Elvira será del que triunfe.— *Vanderloe.*”

Esta cartelito le fue entregado a Manfredo al salir del baile, pero por muy caballeresco que fuera el joven, por muchas ganas que tuviese de dar una estocada a su rival, parece que Don Herman le había dado tales pormenores de su adversario, que tuvo a menos aceptar su desafío. Tomó pues, en el acto la pluma, y contestó a Vanderloe lo siguiente:

“Señor Vanderloe: Yo no estoy dispuesto a matar por conseguir una esposa, ni menos a dejarme matar porque Ud. lo consiga. Yo me doy por muerto, y por lo tanto Ud. puede casarse con Elvira.— *Manfredo.*”

Vanderloe sintió mucho no poder agujerear la piel del barbilindo que lo había puesto de miserable y de canalla; pero se conformó con la idea de dejar al viejo Don Herman colgado de un garabato.

En consecuencia, dispuso sigilosamente su viaje, y esa misma noche, siguiente a la del baile, se exportó por contrabando a bordo de una goleta que salía para Martinica.

X

Manfredo, no obstante haber rechazado el cartel de Vanderloe, no dejaba de abrigar intenciones bastante



hostiles respecto del pellejo del estirado flamenco; y por lo tanto, al siguiente día de la partida de su rival, ignorando que se hubiese marchado, salió provisto de un formidable látigo con el ánimo caritativo de aplicar a su enemigo algunos zurriagazos en dondequiera que lo encontrase.

Pero pesquisando el paradero del que buscaba, supo su fraudulenta evasión del país, en la noche de la víspera; y sabiendo que Don Herman era de los que el buen holandés dejaba con los ojos claros y sin vista, corrió allá a ganarle las albricias a la pérdida de su dinero.

Cuando llegó Don Herman se disponía a ir adonde Vanderloe a buscar su *pequeña cantidad*, según lo convenido tres días antes. El viejo recibió con la más lisonjera amabilidad a Manfredo; pero Elvira sólo contestó a su saludo con un desdeñoso ademán.

Manfredo dijo que su visita tenía dos objetos: el uno manifestar su gratitud por el honor que se le había hecho de invitarle a la fiesta de la noche antepasada; y el otro, hacer su despedida y ofrecer sus servicios en el extranjero, porque dejaba el país.

—¡Qué! ¿se va Ud? —preguntó sorprendido Don Herman.

Elvira, a pesar de la soberana indiferencia que había afectado a Manfredo, hizo la misma pregunta, con la voz temblorosa de emoción.

Manfredo respondió: —Sí, señores; me voy a dar un viaje por las vecinas antillas; y mi principal propósito (añadió mostrando su fute), es arreglar cierta cuentecita con el Sr. Vanderloe, que dejó el país anoche.

Es imposible describir el efecto que estas palabras hicieron en el padre y la hija.

—¡Se fue! —exclamaron a una voz.

—Se fue —dijo friamente Manfredo.

—¡Con mi dinero! —respondió dolorosamente Don Herman.

—¡Y sin casarse conmigo! —pensó angustiosamente Elvira (suponemos).



—¿Y Ud. lo perseguirá, dice? ¿Le debe a Ud. algo? —preguntó vivamente el anciano.

—Lo perseguiré —respondió Manfredo— hasta el fin del mundo, para aplicarle unos latigazos por haber tenido la osadía de desafiarme.

Y refirió el asunto del desafío.

Mientras hablaba Manfredo, se repusieron poco a poco sus interlocutores.

—¿Y cuándo piensa Ud. partir, que se está despidiendo ya? —preguntó Don Herman.

—Mañana en la noche, en el paquete —replicó Manfredo— para de Santhomas pasar a Martinica, a ver si todavía encuentro ahí a mi hombre.

Y Manfredo se levantó para ausentarse.

—Si yo tuviera una constancia de la deuda de Vanderloe —dijo Don Herman— le daría a Ud. poderes para que lo persiguiera ante la justicia de Martinica; pero ¡nada! ¡he sido tan confiado! ¡Mal haya mi necedad!

Manfredo movió la cabeza con un gesto que quería decir: “¡Chúpate a esa!”

Elvira a su vez se aventuró a preguntar tímidamente:

—¿Y volverá Ud. muy pronto?

—Sí, señorita, —dijo Manfredo con frialdad glacial—; *pero* volveré casado con alguna bella extranjera; *me gusta lo extranjero*.

La muchacha bajó la cabeza abochornada. Manfredo saludó graciosamente y se retiró.

—Perdí rocín y manzana! —dijo entonces Don Herman, arrojando un profundo suspiro.

—¡Perdí el caldo y los huevos! —dijo la linda Elvira enjugándose con el pañuelo dos gruesas lágrimas que a pesar suyo rodaban por sus pálidas mejillas.

18 y 25 de mayo; 1 y 8 de junio de 1856.



FEDERICO O EL ABURRIMIENTO

I

“El aburrimiento es una enfermedad del ánimo, una enfermedad terrible, tenaz y porfiada, y a la que suelen sucumbir los que la sufren. Sin embargo, se presenta con distintos síntomas, según la complejión pecuniaria de aquellos a quienes ataca.

“En el pobre, en el mísero arrancado que carece de todas las comodidades de la vida, y hasta de pan, el aburrimiento no es sino el intenso deseo de imposible satisfacción, del goce de los bienes terrenos. El aburrido *de pobre* tiene varios períodos en su enfermedad, todos llevaderos y soportables excepto el último, en que muere el ánimo, y muere el paciente. Pero muerto, bien muerto, tan muerto que el Oficial civil de su parroquia tenga que trabajar, gratis, por supuesto, en su acto de fallecimiento.

“El primer período es cuando se carece de algo agradable, pero superfluo, como un reloj de bolsillo, una bonita querida, —la contribución para un baile, etc. etc.— Entonces principia la enfermedad, porque estas



pequeñas privaciones son el dolor de cabeza y frialdad de extremidades de aquellos figurones insensatos que por sus locas pretensiones van a soportar la primera calentura del aburrimiento.

“El segundo período es aquel en que se carece de lo útil, como buenos libros, buenos criados, buen vino, buen café, etc. etc. Esto le duele a todo el mundo, hasta a los Anacoretas y Cenobitas.

“El tercer período es aquel en que se carece de *lo necesario*, como tinta y pluma, peine, navajas, sábanas y manteles, etc. En este período la enfermedad ataca al talento del paciente en el interior, y a sus cabellos en el exterior de la cabeza, porque sin pluma ni tinta, no puede escribir el enfermo sus ideas, *impromptus*, y ocurrencias felices, (es de advertir que nunca está el ingeniero más aguzado que cuando se carece de algo): y sin peine es probable que llevará sus greñas como un condenado salido de la caldera de Pero Botero.

“El cuarto y último período es aquel en que se carece de todo, hasta de un pedazo de pan con que mitigar el hambre! Con tan apurada situación nadie puede permitirse chanzas.

“A excepción de este último caso, que tiene las barbas muy respetables, el aburrimiento del pobre es preferible al del rico. Porque aquel, mientras no siente en las tripas los retortijones de un hambre roedora no puede decirse que esté completamente aburrido, porque siempre le luce, y le sirve de entretención en sus quebrantos, la risueña y consoladora luz de la esperanza. — ama la vida por sus goces, de que está privado, y su imaginación le consuela ofreciéndole ¿quién sabe de quién? un cobertor. Tiene hambre, y ve allá, en la confusa niebla que se percibe en la demarcación del horizonte, sendos pedazos de pan, y enormes tajadas de carne, que le hacen decir con religioso recogimiento: *Hay una providencia para los pobres.*

“Y esto dura hasta que, o efectivamente lo socorre la providencia, o se muere de hambre.



“En el aburrimiento tiene síntomas mucho más horribles: todos huelen a sogá, pistola, despeñadero; ¡todos respiran a suicidio!

“El pobre espera la vida, y *recibe la muerte* entre doradas ilusiones. El rico se mata entre los horrores de la más negra desesperación.”

II

Tales eran las reflexiones que D. Gerardo Chiribitil y Matalobos de Quintero escribía a su amigo don Federico Real de Vidatriste, en virtud de que este último se había quejado amargamente con el primero de padecer grandes accesos de aburrimiento.

Don Federico leyó los profundos conceptos de su amigo, sonrió, se entristeció, miró al suelo y luego al cielo, dos lagrimones como el puño asomaron a sus encarnados ojos, y por último... dio un prolongado bostezo. — Por estas señales comprenderá el lector que si Don Federico se aburriera de rico, era porque todo le sobraba y no tenía que trabajar para vivir, era en fin porque llevaba una vida remolona y superlativamente haragana.

Él es un hombre como de 28 años de edad, bien configurado, y que en tiempos atrás hizo mucho ruido en amores; pero después se ha metido a monje, y apenas se le ve salir. Todo su placer está cifrado en una hamaca en donde se pasa los días enteros fumando y leyendo. Cuando recibió la carta de su amigo acababa de almorzar, por eso la leyó de pie.

Después de bostezar, como hemos dicho, Don Federico contestó a su amigo en un billetito así concebido.

“Gerardo: Tus reflexiones han hablado a mi corazón. Temo que el fastidio y el aburrimiento me lleven hasta suicidarme. Ven por acá para que me ayudes a combatirlos. —Tuyo. —*Federico.*”



III

Son las dos de la tarde. Gerardo y Federico están sentados en un rico sofá de ébano con muelle asiento de damasco. Tienen una conversación interesantísima, de la cual apuntaremos lo siguiente:

Gerardo.— Haz un esfuerzo, hombre, sal de esa vida apática que te conducirá a morir, para ti se entiende, que para los demás, hace mucho tiempo que no existes.

Federico.— ¡Esfuerzo! ¿Cuántos no he hecho para combatir el horrible fastidio que me consume?

Gerardo.— Ninguno. Tú nos ha tentado los mejores caminos para librarte del tedio. Tú no has empleado sino paliativos ineficaces...

Federico.— ¡Ineficaces! No sabes lo que dices, hombre. A los veinte años, cuando por primera vez sentí que el frío glacial del aburrimiento helaba mi adolescente corazón, traté de recalentarlo por medio del amor, y...

Gerardo.— ¡Pues! Recalentar el corazón como se recalienta la comida...

Federico.— No chancées, hombre, y escúchame. — Enamoré a roso y velloso, pero en los primeros tiempos, como sólo encontraba muchachas alegonas o hipócritas y gazmoñas, ningún encanto hallaba en el amor, hasta que una mujer, mujer hecha y derecha, Gerardo, que tenía algunos años más que yo, me vino a infundir una pasión sentimental y platónica, que en vez de reanimarme el corazón me lo marchitó e hizo languidecer de más en más, como el viento frío que sopla del septentrión aja y marchita por su intensidad las vírgenes flores de los campos...

Gerardo.— ¡Hombre! Para estar tú tan aburrido te encuentro demasiado poeta y metafórico.

Federico.— Las almas poéticas y metafóricas son las más propensas a que este innoble materialismo de las cosas terrenas las canse y aburra, porque su esfera no es ésta, y necesitan un elemento más noble y elevado en que respirar.



Gerardo.— Podías hacer versos o escribir para el público, eso te entretendría...

Federico.— Lo emprendí una vez, pero me inclinaba a lo jocoso y... Mira, yo sufría con gusto el que mis conciudadanos me destripasen lo que yo escribía, pero cierto mozuelo de ultramar se tomó la libertad de criticarme. Lo supe, y teniendo a menos dirigirme a él en una sátira, me conformaba con repetir a cada paso

“Érase un hombre a una nariz pegado”,

¡Porque el chico era un solemne narigudo! Y al fin me fastidié de la pluma, sólo porque no hallaba medio de decirle a mi antagonista por medio de la prensa:

“—¡Amiguito, esas narices no se usan por acá!”

Gerardo.— ¡Eres original, como Ruthwen! Dime, ¿tú no ambicionas nada? ¿ni empleos, ni honores, ni...?

Federico.— Nada. Soy rico y me sobra todo lo que apetezco. Figurar... ¡Eso es tan triste en nuestro país, tan sujeto a peripecias!

Honores... te hablaré con franqueza. —Una que otra vez he deseado tener una condecoración que colgar al cuello, pero por lo poco que he visto he notado que eso engendra mil defectos en los hombres, los pone orgullosos, fatuos, presumidos, intolerantes e insufribles. No sé si será que, viéndose en este pobre país, se figuren que no hay quien pueda reírse de sus necias pretensiones. Otras veces con una distinción de honor, veo que se compra el de los individuos, y con más los sentimientos de que verdaderamente pudieran enorgullecerse. Se les dice: “toma este colgajo, lúcelo, y ya no te perteneces. ¡Sofoca en tu corazón la filantropía, la admiración por lo bueno y por lo grande, las simpatías por el oprimido y por los pueblos que hacen nobles y heroicos esfuerzos por su libertad! Haz de todo un instrumento y...” en fin, muchísimas cosas más. Ellos quieren cumplir semejantes órdenes antisociales al pie de la letra, y ¿qué sucede luego? Que cuando alguno de los hombres, o alguna de las cosas que quieren usar como instrumentos, les opone alguna resistencia, se



indignan, se atufan, no pueden resistir la resistencia con que se les resiste; su altanería vivamente excitada, hace explosión al ver que cada uno quiere *mandar en su casa*, y no proceder conforme a los *indefectibles* consejos de un extraño, sino conforme al espontáneo e independiente modo de pensar de cada cual.

“Entonces estos hombres, a quienes el orgullo hace ridículos, se entregan a deplorables excesos, hacen *cosas de niños*, y se aminoran y descenden más y más de su pretendida importancia, en proporción del furor que les inspire el que los otros no se sometan a sus ideas, como a oráculos infalibles dignos de acatamiento.

“Libreme Dios de honores que vuelven a los hombres o muy fatuos, o muy locos, o lo que es peor todavía, muy viles y perversos”.

IV

Estas y otras cosas parecidas decía nuestro héroe a don Gerardo Chiribitil. Los lectores verán por ahí que don Federico tiene sindéresis; y discurre conforme a la verdad. Cuando un hombre se cansa del mundo, entonces puede decir que ha adquirido la facultad de juzgarlo, y lo juzga bien.

Yo me río en mis adentros cuando oigo a un pobre diablo clamar todo el año, desde la Circuncisión a San Silvestre: “¡Ay, Dios! ¡Qué aburrido estoy! ¡Qué cansado de vivir!” Y si hay un baile va a él, y baila él solo más que todos los concurrentes: si se viste y se estrena cualquier novedad, va pavoneándose y haciéndose notar de todo el mundo; si hay un festín se emborrocha como un polaco; y al otro día se le oye su estribillo favorito: ¡Ay Dios, qué cansado de la vida estoy! etc. Estos hombres viven satisfechos, el mundo y sus frivolidades se hicieron para ellos, y sólo por darse importancia fingen estar aburridos. Por el contrario, miro seriamente y con mucha lástima al que se queja de tedio una sola vez, y



se niega a practicar los medios de combatir la enfermedad que le destruye. Estos sí que son dignos de toda estimación y aun de compasión, aquéllos sólo merecen desprecio, en justo pago de su ridiculez.

Sigamos nuestra historia, novela, anécdota o lo que se quiera. —La conversación de Gerardo y Federico duraba como dos horas hacía, cuando un tercer interlocutor llegó, y familiarmente tomó parte en ella después que se impuso de su texto.

Este tal era un sujeto que aparentaba por lo menos treinta años de edad: era alto, seco, un poco vivaracho y de impertinente figura; usaba un riero mostracho ridículamente encerado, y de puntas tan largas que con ellas cogidas le quedaban las manos a distancia de dos cuartas del rostro. Iba bien vestido y hablaba con un aplomo de gran mundo que le daba cierto tono de superior autoridad. —Los dos amigos le saludaron por el nombre de *Don Cristóbal*.

Prosiguió la conversación por el mismo estilo que había comenzado, y el recién venido charló él solo como quince. Concluyó aconsejando a Federico que viajase, y para decirlo extractó un trozo de su biografía en los siguientes términos:

—Tú sabes, Federico, que yo recibí el ser en la grande Iberia, y que vine a América por sólo el gusto de viajar. Yo he corrido mucho mundo, he visto muchos usos y costumbres diferentes, he conocido pueblos que abrigan la virtud, pueblos que tributan culto al viejo, y pueblos que hermanan en sí ambas cosas. Pero tú no tienes razón de decir que estás cansado del mundo hasta que no lo conozcas. Tú no conoces sino a la islita de Santo Domingo; pobre rincón olvidado de las naciones civilizadas, y muy a propósito para traer a la imaginación la idea de un desierto sepulcro...

Don Gerardo interrumpió al orador preguntándole que si el mundo civilizado ignoraba la existencia de este pobre rincón, cómo era que él había tenido noticia de ella.



—Voy a decirles —replicó Don Cristóbal—. En uno de mis viajes llegué a Saint Thomas. Ahí supe que había una República Dominicana; y como me describieron esto habitado por una especie de bárbaros, vine a conocerlo por curiosidad. Y mucha fue mi admiración cuando en vez de encontrarme con indios antropófagos, o gente *por conquistar*, me di con un pueblo terrible, sí; pero dulce y generoso. Entonces hice una observación que no sé si te parecerá exacta, Federico, este pueblo en lo noble y lo guerrero se parece a nuestros paisanos los aragoneses...

Federico bostezó.

Gerardo dio las gracias como buen dominicano.

Don Cristóbal prosiguió:

—Así es que te aconsejo que procures viajar, y conocer los hombres y las cosas de otros países, Haz comparaciones en lo que veas, y sin duda te distraerás y encontrarás tolerable la vida.

Federico bostezó de nuevo.

Don Cristóbal repuso:

—Un viaje a Europa o a lo menos a los Estados Unidos; ¿quién sabe si te enamoras y te casas, hombre, y tienes muchos hijos y una vida feliz?...

—Este hombre está loco —dijo Don Cristóbal a Gerardo.

—Está loco —dijo Gerardo a Don Cristóbal.

Y ambos se retiraron moviendo a un lado y otro la cabeza, y con el mismo aire apesarado de dos facultativos que se separan de una junta médica, después de haber desahuciado al paciente.

V

Desde el día en que se retiraron juntos de la casa de Don Federico Real de Vidatriste Don Cristóbal y Don Gerardo, no volvieron, durante la época a que se refiere



este capítulo, a poner los pies en ella. Don Federico ni los oía mentar.

Este relato, fiel o supuesto, me da la gana de colocarlo en el año 1846. —Yo soy muy arbitrario cuando escribo—. Por el mes de noviembre, ya hacía medio año que había pasado la entrevista del capítulo 4^o y parece que en este tiempo un negro destino hacía pesar su influencia sobre el desgraciado Don Federico. A más de la vida monótona que llevaba, a más de no ver un solo amigo en su casa, porque todos evitaban la vista del semblante tétrico y misántropo del pobre joven, Don Federico recibió uno tras otro tantos golpes en su fortuna, que a pesar de su indiferentismo y a pesar de su despego, o más bien odio, a los bienes terrenos, al fin hubo de abrir los ojos sobre lo que le pasaba, y penar en asegurar el pan de los días de su existencia.

Primeramente recibió la noticia de que una pingüe hacienda que tenía en la isla de Puerto Rico, había sido incendiada después de pillada por unos forajidos que la atacaron por la noche, y mataron a todos los empleados de ella. Apenas hizo efecto esta mala nueva a nuestro héroe.

A los quince días el criado de su mayor confianza, el que manejaba sus llaves y el orden económico de la casa, desapareció cargando con todo el dinero que tenía en caja Federico. Esto sí alarmó a nuestro hombre; cuando se cercioró de su desgracia, de que el infiel criado le había despojado llevándose quince o diez y seis mil pesos en oro, y todas sus alhajas de valor, sacudió su apatía, y corrió a informar al juez de lo ocurrido. Pero vanas fueron las diligencias y pesquisas, ni el ladrón ni el dinero dejaron rastro por donde se les pudiese hallar.

Al mes de este acontecimiento, un bergantín que tenía Federico para la exportación de los frutos de la misma hacienda que le incendiaron en Puerto Rico, y para otros negocios de su mejor comodidad, fue perdido completamente en el banco de arena que se extiende al E. de la Saona.



Con estos tres golpes, Federico se vio de súbito arruinado.

Él, que apenas se ocupaba del dinero, que gastaba como un príncipe, sin pararse en cantidades; él, que se había habituado a ver el oro como una materia vil y que de nada servía, pues que no podía con las riquezas combatir el tedio; él, que no pensaba en nada, se vio obligado a pensar mucho y lo que es más, a pensar en el dinero.

Él estaba aburrido, pero como antes lo he dicho, era de rico; y nunca llegó a tener ese sucio cansancio de la vida, que es precursor del suicidio. Acostumbrado a una vida muelle, la falta de cualquier objeto de lujo habría despertado en él la necesidad de vivir, cuanto más la falta de lo indispensable. Su fastidio nacía de la carencia de todo deseo, pues en cuanto formaba uno, lo satisfacía con su dinero. Así fue que cuando se vio sin él y precisado, para subsistir, primero a pedir prestado, y después a deshacerse de algunos objetos de su uso, conoció que en el fondo de su alma amaba estos objetos cuya vista, en los días de su esplendor, lo fastidiaba y le parecía intolerable. En fin, Federico le cobró afecto a la vida, cuanto menos cómodo le era sobrellevarla.

Tentó fortuna al juego, recurso único de los pródigos que nunca han tenido otro oficio que gastar; pero los dados y las cartas, en vez de rehabilitar su haber, le fueron tan hostiles, que al cabo de una semana de tahurería se encontró sin un cuarto, y con el crédito perdido, porque desde que entró a la casa de vicio, ya nadie le quiso fiar.

Y entonces, en vez de recurrir al suicidio, como hacen los infanzones arruinados, Federico tuvo más ganas de vivir.

Llegó por fin el día fatal en que nuestro héroe se vio atacado por un enemigo terrible, y sin tener ni con qué defenderse, ni con qué aplacarle. Este fiero enemigo era *¡el hambre!*



Sin un cuarto en el bolsillo y sin conocidos que le quisieran fiar, pues desde que había perdido todo su haber no encontraba quien no le pusiese mala cara, Federico, sin tener qué almorzar, recorría la ciudad en todas direcciones, y a pasos precipitados, ya lentamente, según le punzaba en el estómago la necesidad del alimento.

Federico sabía hacer muchas cosas, y en sus reflexiones le vino a la cabeza buscar algo en qué ocuparse, y que le proporcionase cuartos para comprar pan; pero todos los medios que se le venían a la imaginación los reprobaba su orgullo, o tal vez su aristocrática haraganería.

Pensó en sus amigos, pero casi todos los que en un tiempo iban a engullirle su hacienda, en su aprieto lo veían de reojo, y ni se dignaban saludarle siquiera. Tal es el mundo: los amigos son como las golondrinas, que anuncian el buen tiempo... Me engaño: el buen tiempo es el que anuncia a los amigos, porque estos vienen después que nos visita la prosperidad.

Federico se puso a meditar hondamente sobre la inestabilidad de las cosas humanas, y en sus cóncavos ojos animados por el fuego siniestro de un hambre roedora, brillaron dos lágrimas amargas al ver la ingratitud y falsedad de los hombres. Experimentaba un afán inexplicable, un ansia indefinible, una especie de mal humor mezclado con un deseo de comer que se aumentaba a medida que avanzaba el tiempo. Estos síntomas le recordaron la disertación que en otra época le había enviado su amigo Gerardo, sobre los que se aburrían *de pobres*.

“Sí, se decía Federico, mi antiguo amigo Gerardo tenía razón. El aburrimiento del pobre es llevadero, porque siempre tiene esperanzas de que mejorará su situación; y, por ejemplo, héme aquí que cuando ya me creía condenado a morir de necesidad me ha venido a la idea ese buen Gerardo, de quien no creo que sea tan ingrato como mis otros ex—amigos..., es decir como los



amigos de mis banquetes y de mi dinero. Yo saco en limpio de mi situación, que nosotros los pobres no nos aburrirnos, que esa es enfermedad de los ricos, y que nosotros confundimos con el aburrimiento lo que no es más que unas fuertes ganas de comer. —Vamos a ver a ese querido Chiribitil y Matalobos de Quintero... Ta, ra, rá, te, re, ré, tri, tri..." Y don Federico, hambriento como un haitiano, se fue cantando alegremente hacia la casa de su amigo Don Gerardo Chiribitil, de quien, como antes hemos dicho, no había vuelto a saber en seis meses, desde la entrevista del Capítulo IV.

VI

La casa habitada por nuestro antiguo conocido Don Gerardo estaba situada en un extremo poco frecuentado de la Ciudad. —Su exterior ofrecía un aspecto humilde, casi triste, pero una vez atravesado el umbral hacia dentro, aquella morada, bien que amueblada con sencillez, tenía cuanto puede alegrar la vista, y hacer agradable la existencia.

Cuando llegó Federico, aquella mansión le ofreció un dulce halago además de sus habituales encantos. Estaba aderezada una espléndida comida, cuyo aspecto y olor regocijó las tripas y el delicado olfato del pobre garzón.

Un niño como de diez años cuidaba el comedor, y defendía los manjares de las codiciosas tentativas de dos gruesos gatos que paseaban por debajo de la mesa con hipócrita majestad. Federico dio a los platos una mirada más ávida que las que pudieran darles los dos gatazos, y preguntó al muchacho.

—¿Mi amigo Don Gerardo Chiribitil está en casa?

—Salió hace poco —respondió el chico— pero volverá muy pronto, porque sólo fue a la cuadra inmediata a buscar al Sr. Don Cristóbal Matute...



—Bien, lo esperaré —dijo Federico sentándose.

—Pues cuídeme la comida, que los gatos no se la coman, e iré a buscar a mi hermanita Eulalia para que venga a hacerle compañía.

—No la llames —dijo Federico al párvulo charlador, pero ya éste iba lejos por los aposentos interiores, llamando a su hermana a grandes voces.

—¡Eulalia! ¡Eulalia! Ven. Aquí está un Sr. muy buen mozo que busca a nuestro hermano... dice que es su amigo, ven a conversar con él, ven, que está solo.

Federico veía al hermano de su amigo con sorpresa, pues no se acordaba de haberle oído a éste mentar hermanos en los tiempos de su intimidad.

Se presentó al cabo Eulalia. Era una criatura tan bella, que Federico la contempló estupefacto, y olvidó por un momento su apetito. La exquisita gracia de su figura y modales turbó al pobre joven, que en aquel momento echó de menos los lujosos vestidos de los tiempos de su esplendor. Sin embargo, la saludó cortésmente, y se recobró por grados a medida que iba examinando a la hermana Eulalia, la cual, en su traje, en su rostro, en todo, respiraba el más angelical candor y pura sencillez. Parecería tener, a lo sumo, diez y siete años de edad.

La conversación, naturalmente, versó sobre el objeto de la visita de Federico. Eulalia confirmó lo dicho por el rapazuelo que vigilaba los gatos.

—Mi hermano Gerardo no debe dilatar.

Federico la miró con desconfianza al oírle decir mi hermano.

—Ignoraba —dijo— que mi amigo tuviese una hermana tan... formada ya; nunca me habló de ello, y la rara vez que venía yo a esta casa, no la vi a Ud. ni a su hermanito, ni a los muebles que hay hoy, ni...

Federico se turbó de nuevo y se detuvo, conociendo que hablaba con grandísima indiscreción, y que su razonamiento revelaba dudas sobre los vínculos de Eulalia y Don Gerardo.



La niña respondió:

—Nosotros no estábamos aquí; hace poco que vinimos de Venezuela con el Dr. Cristóbal Matute.

Federico oyó mentar a este último con disgusto, sin saber por qué. Sospechó que algo habrían convenido sobre la bella niña los dos amigos.

—“Gerardo no se acordaría de mí, —pensó en sus adentros— y aunque se hubiera acordado, ¿iba él a pensar en acomodar a su hermana conmigo, con el aburrido misántropo que detestaba el amor? Él creerá que soy el mismo, que no tengo corazón... y además, como hoy no tengo tampoco dinero...”

Y Federico se puso de pésimo humor, no sintió ya más hambre, y aun hizo ademán de retirarse.

Eulalia, al notarlo, le dijo con vivo interés y como sorprendida:

—¡Oh! ¿se va usted sin esperar a mi hermano?

Federico iba a responder, cuando se presentaron tomados amigablemente del brazo Don Gerardo y Don Cristóbal. Advirtió de paso Federico que este último estaba vestido con sumo esmero y refinada coquetería.

Los dos caballeros, al ver a su antiguo camarada, flaco, mal vestido, pálido y triste, en parte por el hambre, en parte por sus negras ideas, corrieron a abrazarlo cariñosamente, prodigándole los tratamientos más afectuosos. Federico correspondió con efusión a Gerardo, y por lo que respecta a Don Cristóbal, se contentó con tenderle fríamente la mano.

Don Cristóbal, que era fino, percibió este entibiamiento de su *querido amigo*.

—“¿Si sabrá algo?” —preguntó reservadamente a Don Gerardo.

—“No lo creo” —replicó éste.

Y sin cumplimientos cogió a Federico, y lo colocó en la mesa diciéndole:

—Vamos, que hace seis meses que no comemos juntos.

Federico recordó que efectivamente, seis meses ha-



cía que Gerardo le había escrito contra el aburrimiento, seis meses que no lo había vuelto a ver, y seis meses que sus riquezas habían comenzado a evaporarse como por encanto.

Sin embargo, sus tristes reflexiones no le quitaron el apetito, y cuando estuvieron todos sentados a la mesa, nuestro héroe se desquitó del largo ayuno que había practicado.

La bella Eulalia y su hermanito les hacían compañía, al mismo tiempo que prevenían los menores deseos de sus convidados. Don Federico notó que la linda muchacha veía a Don Cristóbal, si no con indiferencia, al menos con una infantil familiaridad que no se prestaba a suposiciones. Vio que el hombre de gran tono comía como un antropófago, sin cuidarse de hacerse la niña de la media almendra delante de Eulalia. Esto le hizo raciocinar así:

“Si Don Cristóbal amara a Eulalia, no engulliría con el apetito de Heliogábalo con que se está comiendo esas sendas torrijas de bacalao; y en su comer, por hambre que tuviera, no manifestaría tanta avidez y famélico furor, sino que haría como yo que me contengo y disimulo.”

Y estas reflexiones, agregadas a algunos refocilantes tragos de vino, le restituyeron su buen humor, y lo reconciliaron con el buen Don Cristóbal.

La comida después del primer servicio tomó un aspecto alegre, y se entabló una conversación animadísima; y habiendo chanceado Gerardo con Federico, al cual trató cariñosamente de filósofo misántro, salvaje aburrido, etc. Don Federico refirió cómo durante los seis meses que no se veían, sus desdichas lo habían reconciliado con la vida y con la sociedad.

Federico no se avergonzaba de su indignancia, y en su relato no omitió decir con toda franqueza que si se había acordado de su antigua amistad, y había recurrido a ella, era porque ese día no había tenido qué almorzar.

Don Gerardo miró a Don Cristóbal.



Ambos se comprendieron, y se hicieron señas de acorde inteligencia.

Entonces Don Cristóbal, sin decir una palabra, se levantó, tomó su sombrero, y se retiró.

Don Federico se disponía a seguir su ejemplo, cuando su amigo, con voz conmovida, le habló así:

—Federico, es llegado el momento de que yo te explique cosas que muy bien pueden pasar por misterios. Tú no eres tan pobre como te figuras, y tus desgracias no han sido sino un procedimiento médico que se ha practicado deliberadamente para la curación del peligroso mal de que padecías. Es falso que tú estés arruinado, todos tus bienes existen. El día en que ese apreciable Cristóbal y yo nos retiramos de tu casa dejándote entregado a tu fiera melancolía, formamos el plan terrible que tan dichosamente ejecutamos. La fidelidad de tus servidores nos secundó a las mil maravillas, pues tu criado de confianza, tu Agente de Negocios, el capitán de tu bergantín, todos, al saber que se trataba de tu bien, consintieron en engañarte. El buque en los seis meses pasados ha continuado sus operaciones de las que ha llevado religiosa cuenta tu hombre de negocios. Tu dinero y sus halajas a esta hora es muy posible que estén en el mismo lugar en que estaban cuando tu criado desapareció; y éste pronto vendrá aquí a abrazarte, pues a advertirle fue D. Cristóbal, quien lo tiene acogido en su casa desde que fugó de la tuya. Se ha hecho un minucioso estudio en engañarte, se han espiado tus más mínimos pasos, las menores señales de tu rostro. Si en una casa se te fiaba, allá iba uno de nosotros a poner en nuestros intereses al favorecedor, al cual, o lo persuadíamos por la palabra, o dándole algún dinero. De todos estos pequeños gastos hechos por tu bien, tenemos un largo apunte. Queríamos reducirte a la mayor extremidad, y lo conseguimos. Muchos amigos que te daban la espalda, era porque estaban ganados por nosotros. Te hemos visto jugar, te hemos visto perder, y esperábamos verte atentar a tu vida,



para descubrirte el secreto. Pero el apego que manifestabas a la existencia, nos hizo comprender que ya estabas curado, y hoy, si no hubieras venido, te habríamos ido a buscar, pues por eso retardamos tanto en venir a comer Don Cristóbal y yo.

Federico escuchaba a su amigo estupefacto y asombrado. No podía concebir cómo se habían interesado tanto en su bien, y lo habían reducido a dietas y ayunos rigurosos, con otras privaciones y mortificaciones dignas de un santo. En esto sus ojos se encontraron con los de la conmovida Eulalia, y su corazón se sintió dispuesto a agradecer todo lo que los dos amigos habían hecho por él.

Por un movimiento simultáneo, Gerardo y Federico se levantaron de la mesa, yendo a abrazarse estrechamente. Federico, con trémula voz aseguró de nuevo a su buen amigo que estaba curado del aburrimiento, y que la visita que había hecho a su casa en ese día, le acababa de revelar que en la vida podía encontrarse la felicidad.

Eulalia veía esta escena con la misma extrañeza y emoción con que se puede figurar el lector que escucharía el extraordinario relato hecho por Gerardo a Federico.

VII

Para el excéntrico Federico todo lo pasado había sido muy natural, por eso no tuvo ni un momento de incredulidad al oír el portentoso detalle de su querido D. Gerardo.

Encantado estaba al considerarse otra vez rico, él, que en su traje llevaba el sello de la espantosa miseria de que se había creído amargado por la mañana. Se puso a hacer planes para lo futuro, y pensó en Eulalia. La miró entonces, y vio que la niña lo miraba a él.



Tomó del brazo a Gerardo, y retirándose aparte le preguntó con turbado acento.

—¿Esa niña es tu hermana, Gerardo? ¿Es cierto?

—No, amigo mío, —respondió Don Gerardo— ese es otro misterio que voy a explicarte.

—Tú eres un archivo de misterios, por lo que veo, Gerardo, —dijo Federico picado en el fondo al ver que Eulalia lo había engañado también—. Explicate, que me devoro por iniciarme en el arcano.

—Eulalia —dijo Gerardo— es hija de mi amigo Don Cristóbal. (*Federico manifestó sorpresa*). La tuvo en una hermana mía, con la cual se casó recién llegado de un corto viaje que dio a los Estados Unidos. Mi hermana dio a luz también a ese chico que se llama Alfredo; y estaba muy contenta con su nuevo estado. Pero papá, que era de un carácter terriblísimo, quiso dirigir a su acomodo a hijos y nietos. Mi hermana, que creía su primera obligación obedecer a papá en sus más descabellados caprichos, tomó partido por él, abandonando la justa causa de su esposo Don Cristóbal. Pero yo que siempre he sido razonable, me adherí a éste, y de aquí vino el general acuerdo de separarnos, yéndose mi padre, mi hermana y mis sobrinos a Venezuela, y Don Cristóbal acomodándose conmigo. Y como este escándalo nos habría avergonzado, convinimos mi cuñado y yo en disimularlo cuanto nos fuese posible. Mi hermana murió hará como seis años, dejando sus hijos al cuidado de papá, el cual no quiso permitir a Don Cristóbal ni aunque fuese a verlos. Y como murió hace poco, mi amigo, en cuanto lo supo, fue a buscar a sus hijos y...

Hacia rato que Federico escuchaba a Gerardo con aire incrédulo. Al fin no pudo contenerse, e interrumpió a su amigo diciéndole seriamente:

—¿Me tomas por un niño, Gerardo? ¿Crees que tragaré todos sus exorbitantes embustes?

Gerardo sonrió al ver la poca fe de su amigo, y le dijo:



—A la verdad, parece un cuento forjado por algún novelista lo que te digo; pero explícame tus dudas, y estoy pronto a satisfacerlas.

—¡Mis dudas —dijo Federico— tú no puedes satisfacerlas, porque te ha cogido en solemnes embustes. ¿Cómo quieres que trague ahora que la señorita Eulalia y su hermanito son hijos de D. Cristóbal Matute y sobrinos tuyos? ¿Eulalia no te dice a ti *hermano* y a su pretendido papá *Don Cristóbal*? ¿Por qué no les dice a ti *mi tío*, y a Don Cristóbal *mi papá*?

—Eso es otro *misterio* —replicó gravemente Gerardo.

—¡Otro misterio! Por lo visto tú tienes una mina de *misterios*, de los cuales cada cual encierra una porción de *misterios*.

—Déjame explicarte, hombre. Eulalia y Alfredo saben quiénes son, quién es su papá, quién es su tío, etc., y a cualquiera de los dos que te dirijas, te satisfarán ampliamente; pero como ya te he dicho que mi cuñado y yo quisimos disimular los desagradados domésticos con mi difunto papá; pocas personas aquí saben lo que hay, y al traer a mi sobrina a este país, convinimos todavía en retardar la explicación de la verdad. A mí me gustan las intrigas, y por otro lado no me cuadra el tratamiento de *tío*. Por su parte Don Cristóbal no está sino por hacerse el chiquitín, y tampoco le suena bien el de *papá*, a lo cual contribuye el amor a su vida galante e independiente. Así es que impusimos a los chicos a decirme *hermano* y a su padre *D. Cristóbal*, dándoles una lección de mentira, que es la única que ellos hablan, porque son unos ángeles mis sobrinos, principalmente Eulalia es el candor y la virtud personificada; ¡y un talento!

—¡Pero —dijo Federico— Don Cristóbal tiene hija de diez y tantos años, él que no tendrá de edad sino treinta a lo sumo...!

—¡Treinta! —replicó Gerardo riendo a carcajadas— ¡Treinta! Déjalo que venga...

Toda esta larga conversación la habían tenido en reserva los dos amigos; habiéndola concluido, se acercaron a Eulalia que leía en un rincón.



Federico tuvo lugar de admirar el talento de que le había hablado Gerardo. Eulalia era un tesoro; Federico estaba ebrio de amor, y sólo esperaba la aclaración de su última duda para decirse.

Llegó el momento. Don Cristóbal se apareció siempre elegante (aunque flaco y muy seco de cara y cuerpo) siempre aparentando sus treinta años. Gerardo le dijo:

—He revelado a nuestro amigo Federico el secreto de tu paternidad.

—¡Ojój! —replicó Don Cristóbal con indiferencia.

—Pero no lo cree —insistió Gerardo.

—¿Y por qué? —dijo muy orondo Don Cristóbal.

—Porque dice que tú no tienes más de treinta años, y no es posible que tengas hijos tan grandes.

—¡Bah! —dijo el hombre flaco—, Eulalia, hija mía, tráeme agua para transfigurarme.

Eulalia llevó una ponchera de agua, y Don Cristóbal, con mucho gravedad, se quitó su hermosa y rizada cabellera, que no era sino una ingeniosa peluca y la dio a sujetar a la niña, que se reía con candidez.

Después el *joven petimetre* se estregó con jabón la cara, y el agua se enturbió en un instante, poniéndose betuminosa y de color encarnado, con vetas muy variadas. ¡La juventud del elegante Don Cristóbal era uno de los prodigios del colorete, y del arte de vestirse!

Cuando se volvió a Federico, ya éste no dudó más, y se dispuso a creer cuanto le contaran. La hermosa cabeza de Don Cristóbal estaba repletamente calva, sus negras cejas eran ahora rucias, es decir, con muchos pelos blancos, su nariz tenía algunos granitos, su fiero mostacho era canoso, en fin, la metamorfosis era perfecta, aterradora.

—Todavía falta —dijo Don Cristóbal; y abriendo la boca, desmontó su magnífica dentadura, con la que unos momentos antes lo había visto Federico en la mesa haciendo prodigios de manducación. El labio superior del *joven* se recogió a su centro, y dejó en evidencia una



boquita que con el gran mostacho parecía una chancleta con flecos.

—¡No más, no más! —murmuró Federico, apesadumbrado al ver semejante muestra de la miseria humana—. Estoy temiendo que este hombre se me vuelva un fantasma, pues por lo visto toda su persona es una viva ilusión, un palpable embuste.

Don Cristóbal, Gerardo, Eulalia y el rapaz Alfredo reían a carcajadas al ver el asombro de Federico. Cansado de reír, el primero recogió todos sus trastos y se metió en un aposento a arreglarse de nuevo.

Antes de entrar dijo a Federico con una voz que parecía producida por el choque de dos cascajos:

—¡Ah! se me olvidaba. Amigo, Federico, en su casa están reunidos esperándole todos los individuos del complot... Vaya Ud. pronto a *metamorfosearse* otra vez en el rico Sr. Don Federico Real de Vidatriste... Esta vida toda es una continuada *metamorfosis*, ¿eh?

VIII *Epílogo*

Todo esto pasaba a fines de noviembre de 1846. Federico, según se lo habían anunciado Don Cristóbal y Gerardo, encontró sus amigos y su dinero. La prosperidad se reconcilió con él, y él con todos los goces de la vida.

Hizo la corte con buen éxito a Eulalia, la cual poseía todas las cualidades a propósito para hacer la dicha de un hombre. La pidió en matrimonio a Don Cristóbal, y este acogió la proposición con gran contento. Las bodas se celebraron a fin es de diciembre.

Federico, viéndose feliz, no cesaba de dar las gracias a sus dos amigos por haberle hecho conocer la dicha, que para él era ignorada. Don Cristóbal levantándose la peluca le decía: "Para apreciar la vida y sus



goces, es menester verse privados de ellos. Yo amo la juventud, porque soy viejo. Y suspiraba, pero esto no le impedía hacer las cabriolas de un muchacho, y más de una hermosa cayó en el garlito, creyendo hacer una conquista de gran importancia.

Los disturbios de nuestro país decidieron en el año de 1849 a toda la familia a ausentarse, yéndose a fijar en Puerto Rico donde tenía muchas relaciones. Allí viven todos nuestros personajes en paz, y Don Federico repite de cuando en cuando:

—El aburrimiento del rico es la poltronería del cerdo gordo; el del pobre es el hambre del dogo flaco. Este es fácil de curarse, a aquél sólo lo cura el cuchillo; y por eso yo me defenderé a todo trance del primero, ayudando tres días seguidos en cuanto sienta el menor acceso de melancolía.

Así lo hace, y le va muy bien. Yo aconsejo ese método a todos los ricos que padezcan de *spleen*.

20 y 27 de abril y 4 de mayo de 1856.



LA PUERICRACIA

*Sueño que parece adivinanza,
pero que para los discretos
está dada por vencida*

INTRODUCCIÓN

Una infinidad de filósofos, tanto antiguos como modernos, han discurrido de mil diversos modos sobre el alma y sus facultades, sobre su esencia y su potencia, sobre sus propiedades, y aun sobre el lugar de su asiento. De infinitas disputas ha sido y será mientras el mundo sea mundo, y mientras haya filósofos y disputadores en el mundo, esa esencia indefinible, incorpórea, y por lo tanto insensible; ese supremo instinto, ese sople sublime de la divinidad sobre la forma, esa cosa que asemeja el hombre a Dios, y que se llama ALMA.

Y si yo me he metido en la hondonada de tocar un asunto tan *intocable* como es el alma, es porque un suceso reciente me ha hecho afiliarme a una de las dos sectas que se baten con más encarnizamiento, agitando la cuestión de ¿si se basta el alma a sí misma para desarrollar sus potencias o facultades, o si queda inactiva, o imposibilitada de ejercerlas, sin la ayuda de los sentidos corporales? Los *semi—materialistas* dicen que el alma es esencialmente activa, y ejercería, aunque



invisiblemente, su actividad, aun sin ayuda de los sentidos.

El suceso de que hablo es un *sueño*; pero ¡qué sueño! Yo creía que los sueños de Quevedo y los de Torres eran mentiras forjadas por aquellos bellacones; pero ya he visto por experiencia que los mundos de la imaginación son infinitos como el espacio en que están diseminados los mundos de la creación.

Y por esta experiencia me he adherido a la doctrina espiritualista. La siguiente relación, *si fuera creída*, convencerá a mis lectores de que *el alma se basta a sí misma sin necesidad de los atributos corporales*.

CAPÍTULO I

*Donde explico lo que me dispuso la imaginación.
Comienzo a soñar. Congreso de los jóvenes.*

En una de las últimas noches, concurrí a las siete de ella, a una animadísima tertulia de jóvenes, entre los cuales se hallaban algunos ancianos, de éstos que nunca envejecen de humor, quiero decir, de éstos que siempre están más contentos que unas pascuas, más petimetres que un *Lovelace*, más chistosos que un perro con tres patas, o un burro sin orejas; en fin, uno de estos proyectos, que pretenden y merecen ser llamados *ex—jóvenes*, y no viejos.

Se habló de todo; se murmuró y se elogió a los ausentes, se trató de lo malo que estaba la *época*, y por fin se vino a conversar de política.

Pero advierto que no fue de esta política rastrera, impropriamente llamada política, de esta chismografía en grande escala, que tiene por objeto desconceptuar por sistema cuanto se hace, a fin de que nada se haga, y después desconceptuar el que *no se hace nada*; de esta política que sólo sirve para indicar que las pasio-



nes de partido son la más deplorable aberración de ideas en la sociedad. En la tertulia de que hablo se trató de política, de legítima y verdadera política, de política en principios, en tendencias, en convicciones, con sus aplicaciones razonadas al orden del día, lo cual entiendo que se llama *opinar*.

Había un joven de mi edad que sostenía que la juventud, enseñoreada del poder, haría mucho por el progreso del país. Los viejos negaban absolutamente el aserto, y sostenían que no haríamos sino disparates.

Yo dije: —“Sin embargo, la historia nos ofrece a millares ejemplos de que las naciones que más han figurado en el mundo, han debido el apogeo de su gloria a héroes jóvenes. Muy joven Sesostris hizo sus numerosísimas conquistas, y elevó el Egipto al cenit de su prosperidad. Anibal, de edad de veinte años, hizo temblar a la poderosa Roma; y Escipión, de pocos años más que él, fue quien la salvó, después que los generales más experimentados habían sufrido la mengua de ser derrotados por el joven cartaginés. Alejandro el grande, de edad de diez y ocho años, manifestó lo que era y lo que había de ser, rompiendo el temible *batallón sagrado* de los atenienses. Pero ¿a qué ir tan lejos? ¿De qué edad fue Napoleón, Napoleón?”

Los ancianos me habían dejado hablar sin chistar siquiera, y ya yo creía que se quedarían con un palmo de narices; pero uno de ellos tomó la palabra, y repuso:

—Aun dado el caso, hijo mío, que los tiempos fueran los mismos, y nuestras costumbres y circunstancias idénticas a las de los antiguos ¿sientes en ti, o ves en derredor tuyo un genio privilegiado como los que nos acabas de citar? Además, los primeros hombres que, viviendo en tiempos en que se hacía la guerra por instinto y por pasión, eran educados expresamente para la guerra. Pero aquí ¿qué joven puede decir que ha sido formado para el mando? “Si quieres paz, se decía en aquellos tiempos belicosos, está preparado para la guerra.” Y prepararse para la guerra no tenía nada de difi-



cil, pues era fanático el amor a las armas en aquellos tiempos. Pero *a otros tiempos, otras costumbres*; y nosotros debemos decir: "Si quieres triunfo en la guerra, gobierna bien en la paz." *Por lo que respecta a Napoleón, no debemos tomar un fenómeno tan extraordinario para comparaciones de ninguna especie. Oigamos lo que dijo de él el inmortal Chateaubriand el año 1830 en la Cámara de los Pares: "De ces hommes fanatiques, l'histoire ne nous presente que trois ou quatre. Dans quelques mille ans, votre posterité pourra voir un autre Napoleón, quant a vous, messieurs, ne l'attendez pas." Y en nuestro pobre país no hay pelagato de juventud que en cuanto lee la *Revolución francesa o los girondinos*, no se crea allá, en su delirante cascumen, tan grande hombre como Napoleón. ¡Mentecatos! Demostrad siquiera el valor de los hombres comunes, y procurad el honroso título de *defensores de la Patria*, el cual os sentará más bien que el de *sus mandatarios*. El gran guerrero se puede manifestar desde la primera juventud (y ni aun esos vemos entre ustedes); pero ¡qué raro es un gran sabio joven! Aníbal y Escipión mandaban ejércitos desde muy jóvenes; pero estaban subordinados a los Senados de Cartago y Roma, compuestos de ancianos; porque el consejo y la sana razón, se encuentran en la senectud, o al menos en la edad viril; y nunca en la adolescencia."

Yo repliqué como pude, pero me taparon la boca diciéndome:

—"Amiguitos, antes de pensar en gobernar la República, debéis consultar vuestras fuerzas, para ver si sois capaces de defenderla en los casos de peligro. ¡Esperad a que vengan los haitianos, y ensayad! Entre tanto procurad imitarnos, aprender y escarmentar en nosotros."

Por fortuna dieron las nueve en esto; y yo salí de mi embarazosa posición diciendo que me iba a dormir.

Retiréme, y con efecto, después de haber cenado con algún apetito, me acosté. Di unas cuantas vueltas en



la cama, reflexionando sobre lo dicho y oído, y a poco me dormí profundamente.

Entonces mi alma, agitada por las impresiones, empezó a obrar poderosamente *sin la ayuda de los sentidos*; y he aquí la chistosísima y disparatada comedia que se presentó en mi exaltado cerebro, con los actores de que plugo echar mano a mi acalorada fantasía.

Soñé que yo, humildísimo secretario archivista del Senado Consultor de la República, y muy más humilde servidor de mis lectores, en compañía de mi inseparable colega Manuel de Jesús Heredia, sentados ambos delante de una mesa de mármol negro redonda, formulábamos una Circular, concebida en estos términos:

“Amistad y Revolución”

“Nosotros, los que suscribimos, invitamos a todos aquellos que se dijeren amigos nuestros, y por cuya vista pasare la presente, a reunirse en el patio *poligénico—irregular* del palacio nacional a las ocho de esta misma mañana, para tratar allí asuntos de alta y patriótica importancia. Y en fe de adhesión a nuestro llamamiento, invitamos asimismo a los amigos que esta vierén, a poner sus firmas al pie de la presente. — Manuel de J. Heredia. Manuel de J. Galván.”

Encontramos a manos al portero de la agonizante Sociedad Amantes de las Letras, y como mi colega es presidente de ella, le encajó la Circular con la recomendación de recoger las firmas de los socios. —A poco rato volvió con su encargo desempeñado; y nosotros dos nos fuimos al lugar indicado en la consabida Circular.

Llegados allí, y sonada que fue la hora prefijada, se metieron de rondón, uno a uno, dos a dos y tres a tres, los jóvenes que componen la agonizante Sociedad de Amantes de las Letras. —Además, venían con ellos otros muchos *que se dicen* amigos de los Redactores de *El Oasis*. Ni nosotros, ni ninguno de esos héroes, alcanzamos a la edad de 22 años.



Cuando estuvimos reunidos sobre dos docenas de semi—hombres, tomé yo la palabra, y hablé a la juventud de esta manera:

—Jóvenes que me oís: Un pensamiento regeneradoramente patriótico, nos ha inspirado lo que hacemos mi colega y yo. ¡La patria no marcha, la patria está parada, la patria muere! Decrépita a los doce años, su fin está cercano si no introducimos un poco de ardiente sangre juvenil, en sus exhaustas venas. Nuestra es la empresa, démosle clima; pero no con la fraticida espada de la guerra civil, nosotros no debemos hacer una Revolución, sino por la fuerza de la palabra, por el irresistible ascendiente de su persuasión. Hablemos a nuestros gobernadores, hagámosles ver que para la salud y el progreso del país, es necesario que se haga a un lado lo antiguo, lo vigente; y que todo sea de la más flamante novedad.

Esto dije, y entusiastas aplausos acogieron mi alocución.

CAPÍTULO II

De cómo hicimos la Revolución y nos apoderamos del Poder.

Nos dirigimos incontinenti al salón donde celebra sus sesiones el Senado Consultor; estaban todos los honorables Senadores reunidos; y echando de menos a mi humilde persona, habían mandado al portero a procurarla. Cuando me vieron, el honorable Bobadilla me reprochó mi chocante inexactitud. Heredia tomó la palabra, y con una voz sonora y retumbante, que recordaba la del enano de la venta, dijo:

—Ilustres Padres Conscriptos: Julio César se movió con su ejército de Ariminum contra Roma, en contesta-



ción a la orden que el Senado Romano le intimó de que licenciase sus soldados antes de entrar en la Ciudad eterna. Carlos XII prometió mandar una bota a los Senadores de Estocolmo, para que los gobernase. Napoleón 1º destruyó el directorio, y su sobrino Luis dio el golpe del dos de diciembre. Nosotros no haremos nada de eso, *no queremos* ni destruirlos, ni humillarlos. Sólo venimos a deciros con todo respeto, que nos desocupéis esos puestos en que os encontráis, para imprimir a la marcha de los negocios públicos el sello de la apatía, compañera inseparable de la ancianidad. Dejados esas poltronas senatoriales a los jóvenes, que haremos mucho, y daremos a la República toda la lozanía de nuestra juventud.

Los honorables Senadores al principio se miraron como aturdidos, y me pareció que el Sr. Presidente extendía la mano a la campanilla, sabe Dios con qué objeto; pero luego oyeron a Heredia con la mayor benignidad, y cuando acabó de hablar, el honorable señor Bobadilla, tomando un polvo y haciendo una cortesía, se levantó y dijo:

—Pues amiguitos, a tan concluyentes razones no tenemos qué objetar. Si ustedes creen que no servimos para nada, ahí está mi puesto, mis colegas supongo que me imitarán.

Todos saltaron de sus sillas, como si éstas tuvieran el asiento de fuego, y se fueron a colocar con la mayor humildad en los bancos del pueblo.

Mis compañeros me proclamaron presidente del honorabilísimo Senado Consultor, y yo me rellané en la poltrona que acababa de abandonar el digno señor Bobadilla.

Lico, mi colega, no quiso aceptar la Vice—Presidencia; dijo que él se reservaba para lo que más tarde diría.

Nombramos de Senadores a Eugenio Perdomo, Manuel García, Manuel Santamaría, Apolinar de Castro,



Federico Pérez y Javier Machado (estos dos son Copistas de la Corporación).

Compuesto ya el Senado, y presidiendo yo en el augusto santuario de la libertad, convenimos en nombrar Secretario archivista de la Corporación al ex—presidente Bobadilla; y Copistas a los señores ex—vicepresidente F. X. Abreu, y ex—secretario Felipe Perdomo. A los demás los despachamos diciéndoles que por entonces no los necesitábamos, a excepción del vate Morales, al cual dejamos de *Portero*.

Levantamos un acta, la cual dicté yo al Copista honorable Abreu.

Después regañé al archivista honorable Bobadilla, porque no hacía trabajar como era debido al Copista honorable Perdomo.

En seguida tuvimos una discusión, y resolvimos transportarnos al Palacio de Gobierno, para apoderarnos del Poder Ejecutivo.

Fuimos los nuevos Senadores con toda gravedad, seguidos de nuestro Secretario, Copistas y amigos. A éstos los capitaneaba Heredia.

Llegados a Palacio, dimos orden al archivista señor Bobadilla de que leyese nuestra acta de pronunciamiento. Él obedeció, y no bien estuvo impuesto el P. E. de lo que solicitábamos, sin chistar siquiera, y como movidos por un mismo resorte, se levantaron todos sus miembros, nos ofrecieron sus asientos, y esperaron con modesto talante nuestras órdenes.

En un santiamén, hicimos maravillas. Nombramos nuestro P. E., de los Secretarios y escribientes que allí mismo había, los cuales se habían adherido a nuestros deseos. Por consiguiente, el amigo J. Ignacio Pérez, actual Secretario del P. E., quedó nombrado Presidente de la República. El señor general M. de Regla Mota aceptó sin vacilar el nombramiento de *Secretario*. Se le hizo que nos diera una muestrcita de su letra, puso en un papel: "*La iglesia en manos de Lutero*", y nos gustó mucho su elegante manera de llevar la pluma. Lo



felicitamos y él recibió con gratitud nuestros afables cumplimientos.

Del mismo modo quedó Heredia nombrado Ministro de Hacienda (que era para lo que él se había reservado); el señor Manuel J. Delmonte quedó de meritorio en el mismo Ministerio; Heredia le dictó un oficio para el Contador General, a fin de que éste liquidara todas las cuentas de la República, y le tuviese listo el efectivo o balance en caja.

Fue nombrado Rafael Leyba Ministro del Interior y Policía. El señor Manuel Lavastida, su Copista.

El señor Antonio Madrigal, por ser hombre muy mayor de edad, quedó colocado de portero.

A Eulogio Fiallo le cupo la Cartera de Guerra y Marina. El General A. Alfau quedó de oficial 2do.

Federico Ramirez obtuvo la Cartera de Justicia e Instrucción Pública; el señor Tejera recibió un despacho de Copista, para no me acuerdo qué tribunal.

Las Relaciones extranjeras nadie las quiso. Yo no sé por qué pudo ser.

CAPÍTULO III

*De algunas medidas provisionales,
y de cómo formulamos nuestra Constitución.*

Dueños absolutos de hacer los que nos diese la gana de esta Patria tan querida con verdadero afecto de unos pocos, tan querida por interés particular de muchos, y tan aborrecida de los mamantes a quienes les quitan las sabrosas tetas; hicimos tanto y tantísimo, que difícil será narrarlo con toda la fidelidad que desearía el Soñador; y mucho más difícil dejar de pasar por alto algunas circunstancias del caso.

Sin embargo, continuó mi relato, confiado en la paciencia y credulidad de mis carísimos lectores.



Se adivina que todo lo revolveríamos en la Capital. Mientras se formulaba nuestra Constitución, el P. E. se mantenía haciendo remociones. Los jueces cambiaban los trenes con los copistas y alguaciles. Los furrielles tomaban el mando de las compañías. La Comandancia de Armas se encomendó a Juan Francisco Demallistre, éste dijo que no la aceptaba, porque él no era hombre de armas tomar. —Se la dieron entonces a José María Bonetty, y el General Contreras quedó allí escribiendo bajo sus órdenes.

No me acuerdo si idénticas remociones se hicieron hacia el Este de la República, pero en las fronteras se colocaron al frente de los soldados que las guarnecían, muchachos que no llegaban a diez y ocho años.

Los miembros del Poder Legislativo, por nuestra parte, no nos quedábamos atrás. Un día, al entrar al salón de las sesiones, vimos con escándalo que la Cámara de Cuentas permanecía en su primitivo estado, dejando al señor Francisco Cruz Moreno de Archivista, al señor José Román de Copista, y a Mr. Lovelace de Mensajero. —El joven Alejandro Román pasó a presidir la Cámara, la cual compusimos de *muchachos*, y quedó de este modo dictando oficios y dando órdenes a su papá.

Nuestras sesiones legislativas hicieron una impresión en mi memoria, que nunca se borrará. —¡Cuántas proposiciones distintas! ¡Cuánta algazara! ¡Cuánto barullo, santo Dios!— Éste quería que se comenzase por aquí, aquél que por allí, el otro que por allá, y aqueste que por acullá. De esto hacían acaloramientos y disputas; de esto el si yo trabajé más que tú, o tú trabajaste más que yo; si se me daba atender con prioridad a cualquier otro, o si me tratan como a un perro. —Entre los siete Senadores, no había dos que pensaran de acuerdo. Manuel García quería que se comenzase por dar una resolución que reformase la Imprenta Nacional, dando crecidos sueldos a los empleados de ella, y nombrando Director a su hermano Rafael, el cual no alcanza los 17 años. De aquí venía el nombrar al pobre Don



Benito, como viejo al fin, Portero; y a José de Jesús sacarlo de allí, como joven al fin, y colocarlo *aunque fuera* de Gobernador Político de la Capital. (*Todos éstos son empleados de la Imprenta Nacional.*) Pérez quería una ley que favoreciese las diversiones públicas, y autorizase la vagancia. En esto nos pusimos de acuerdo, pero lo dejamos para más tarde. Pérez se puso bravo porque no se hizo inmediatamente. Santamaría quería que los quitasoles fueran exonerados de pagar derechos, para comprarlos él más baratos, y poder pasar el santo día resguardado del sol en medio de la plaza de la Catedral. Perdomo quería que se hiciera una ley que designase el traje de los Senadores; y opinaba porque fuese de colores escandalosos (*ojo a sus pantalones y a sus chalecos*); en fin, sería cuento de nunca acabar, el detalle de los diversos pareceres que allí se daban combate. Por último, después de larguísima debates, convinimos en formular una Constitución, la cual sufrió algunas discusiones, y quedó sancionada en la forma siguiente:

AMISTAD Y REVOLUCIÓN

República Pueri-crática

Nosotros los Legisladores del pueblo dominicano, inspirados de Dios para echar abajo los viejos, y suscitados por él para sacar el país de su letargo, etc., etc., etc.

En el nombre del Dios *de todos*, de cristianos y judíos, de mahometanos y protestantes, de cuáqueros y mormones, hacemos el presente pacto fundamental de la Nación, al cual de antemano juramos acatar, y hacer con todas las fuerzas de que somos capaces.



CONSTITUCIÓN

Capítulo Único

Art. 1ro. Todo individuo, varón o hembra, que pasare de la edad de treinta años, será deportado para la vecina Isla de la Mona.

Se exceptúan, de esta disposición los empleados públicos, a nuestro servicio en funciones de subalternos.

Art. 2do. Queda abolido el matrimonio, y la poligamia se declara en vigor. Por si alguno no entendiere: todo hombre tendrá cuantas mujeres le plazcan, y toda mujer cuantos hombres fueren de su agrado.

Art. 3ro. Todo el mundo tiene la facultad de conspirar y revolucionar, que esto es lo que se llama libertad.

Art. 4to. La libertad de la prensa es ilimitada: todo el mundo puede decir cuanto piense y cuantas claridades quiera, sin previa censura, ni posterior represión. *(Este artículo fue propuesto por mí.)*

Art. 5to. En cuanto el Representante de una Nación extranjera se propase con el Gobierno, se le aplicarán cuatro palos, y se le declarará la guerra a la Nación que represente. *(Idem.)*

Art. 6to. El Poder Legislativo gobierna al Ejecutivo, en tanto que el Poder Ejecutivo quiera ser gobernado por el Legislativo.

En caso de duda, cada cual se atenderá a lo que le dicte su voluntad.

Art. 7mo. El Poder Judicial estará subordinado a los demás, y hará justicia a aquél a quien le recomienden los otros Poderes; es decir, que juzgará *por sí solo*, conforme a las indicaciones de aquéllos.

Art. 8vo. Quedan absolutamente licenciados el Ejército y la Armada. Se pondrá charreteras todo el que a bien lo tuviere, para lucimiento de su persona.

Art. 9no. La importación de pólvora, cañones, fusiles, sables, pistolas y pertrechos de guerra de todas



clases queda prohibida, como contraria a la humanidad. Se declara libre de derechos la de licores fuertes, lo cual es una prueba evidente de nuestro amor *al progreso*. Es libre asimismo la importación de libros y láminas *divertidos*, y que alegran la vista o cualquier otro sentido.

Dada en Santo Domingo &c. —firmados.— El Presidente, Manuel de Jesús Galván. —El Vice-Presidente, Manuel García. —Manuel María Santamaría. —Javier Machado. —Eugenio Perdomo, Secretario.

Acuérdome que nuestros empleados de mesa al oír formular la prohibición de la entrada de armas, y la disposición de la fuerza armada, nos dirigieron dolorosas miradas, que tenían la expresión de la ansiedad de quien ve su cabeza en riesgo de correr una tempestad. El Archivista Bobadilla no pudo contenerse, y levantándose preguntó con timidez:

—Y si vienen los haitianos ¿con qué nos defendemos?

—Con discursos y proclamas, señor Archivista, ¿lo entiende? —le repliqué yo con arrogante voz—. Y otra vez, repuse, guárdese usted de tomarse la libertad de hablar en donde los padres de la Patria discutimos los grandes intereses de ésta; su deber es leer, escribir y callar.

Después que el Copista Abreu puso en limpio la Constitución, y el Copista Perdomo la asentó en el libro, quisimos mandarla al P. E. para que le pusiese el *exequátur*, pero entonces echamos de menos al *Mensajero*. Convinimos en nombrar para tal empleo al ex-honorable Rocha, y lo mandamos buscar con el Portero ex-honorable Morales.

A poco vino el ex—honorable Domingo de la Rocha, aceptó su empleo de Mensajero dándonos las gracias, y fue a llevar la Constitución.

Luego hicimos traer un *piano—forti* a nuestra sala de sesiones, el cual hicimos pagar al momento del Tesoro público; el Portero vate Morales fue a procurar al



pianista Aristides Bonelly; pusimos a tocar a éste en cuanto llegó polkas, mazurkas, valeses, etc. y con cerveza, champagne, y vinos de todas clases, que costeó el Erario (porque el Ministro de Hacienda Heredia no nos ponía dificultad), armamos la más infernal orgía que puede haber en la imaginación.

Después acordamos ir al Palacio de Gobierno, para ver si el P. E. había sancionado nuestra Constitución.

Ibamos dando traspieses.

CAPÍTULO IV

*De cómo gobernábamos la República,
y de cómo marchaban las cosas
bajo nuestra ilustrada y progresista Administración.*

En grandísimo estupor estaban todos los habitantes de la Capital, mirando las diabluras que nosotros hacíamos; y aunque el pueblo dominicano es algo apático en esto de asistir a los actos públicos que conciernen a sus intereses nacionales, durante nuestro gobierno nunca faltaron centenares de individuos que, por curiosidad, fueron a admirar el cataclismo gubernativo que nosotros habíamos originado.

Los primeros días que tuvimos el poder absoluto, los empleamos en dar proclamas en la plaza de armas, a la cual asistía una infinidad de curiosos; en dar espléndidos bailes y convites, de los que resaltaban algunos trastornos en la marcha ordinaria de los asuntos, y en nuestras pobres cabezas. Enamorábamos a toso y velloso; y como las muchachas veían que hacíamos un papel tan brillante, nos prodigaban sus preciosos favores con la mayor afabilidad. Todo era vida y dulzura, todo era flores, retratos al daguerrotipo y billetitos perfumados; los salones de áureos palacios resonaban con una armoniosísima música, y se encontraban adorna-



dos tanto ellos, como los ministerios, de preciosísimas niñas y hermosas mujeres, que iban a rendir sus homenajes a los jóvenes y galantes mandatarios.

Reinaba la mejor armonía entre los dos poderes; y cuando nosotros los del Poder Legislativo, íbamos al Palacio de Gobierno, el Ejecutivo nos recibía con festivas y bulliciosas aclamaciones, o viceversa.

Voy a dar algunos concisos detalles sobre el modo con que despachaban los asuntos los señores Ministros.

Para el efecto, es de advertir que tres de ellos, Fiallo, Leyba y Ramírez, son aficionados a la filarmonía, pero Fiallo y Leyba pertenecen a una Sociedad filarmónica y Ramírez a otra. Como las dos Sociedades son furibundas rivales, los tres ministros tenían unas disputas terribles, sosteniendo cada cual la preeminencia de su respectiva Sociedad. El ministro Fiallo, para hacerle fiero al ministro Ramírez, hizo al Ministerio de Guerra el lugar de los ensayos de su Sociedad filarmónica. Y he aquí que todo el día estaban los conciertos perennes en el Ministerio. El oficial 2do. señor Abad Alfau lo veía todo sin chistar, y con la pluma en la mano, desde el rincón en donde tenía su escritorio.

El ministro Leyba quiso arreglar la policía y destruyó el Ayuntamiento porque no se ocupaba de nada. Este ministro hizo algo bueno, y es de sentirse que lo que hizo fuera en un *sueño* mío, y no en toda y despierta realidad. Llamó un día a Félix Manchego, y le dijo que ¿cómo siendo ya tan viejo permanecía a la cabeza del cuerpo de policía? Félix alegó que él no era viejo, enseñó una fe de bautismo que lo hacía aparecer de 22 años, y por esto quedó en posesión de su destino. Ya trataban de dárselo al apuesto joven Alejandro Licairac.

El ministro de Justicia Ramírez no se aquietaba porque los asuntos judiciales marchasen mal. Decía que si los asociados no fueran bellacos y malos, no necesitaría de leyes la sociedad; y que así, el que saliera per-



judicado que sufriera con paciencia. Y se mantenía comiendo *bulgados*, plato muy de su gusto, con el Fiscal de la Suprema Corte, señor Blas R. de Bonilla, y el presidente de la misma Corporación, señor José Quezada.

El ministro Heredia hacía diabluras. Un día que dictaba una Circular a su copista Delmonte, dirigida a los Administradores de Hacienda de la República, improvisó sin sentirlo el siguiente cuarteto:

“Vengan cuartos acá, nada de chanza;
cuartos quiere el ministro, sin remedio;
su caja particular no tiene un medio,
y su *patria*, señores, es su *panza*.”

El pobre escribiente Delmonte le observó con todo respeto que los versos no eran propios para los comunicados oficiales. Heredia le replicó:

“Usted es un pobrete. El poeta hace versos en cualquier lugar en que se encuentre. Ovidio cuando niño hablaba en verso insensiblemente; y regañándole su padre por esto, le hizo en *verso* el juramento de no hablar más en verso

“Juro tibi, pater, nunquám componere versos.”

Y así sucede a todos los grandes poetas.

El Copista se quedó callado, no sé si le satisfizo la réplica.

Heredia siguió haciendo mil calaveradas. Los cien mil pesos fuertes que tiene la nación depositados en Santomas, los hizo venir dizque para tenerlos a *mano*. Su copista Delmonte, cuando escribía bajo su dictado el oficio que ordenaba la venida de esos fondos, usó del atrevimiento de hacer a su jefe Heredia no sé qué observación de fondo; Heredia le dijo con muy mal tono:

—Escriba usted lo que le ordeno, y no me venga con observaciones que yo no le he pedido ni puedo pedirle.



Y cuidado con repetir el libertinaje de hacerme reparos cuando yo le dicte alguna comunicación. Y luego me dijo a mí en reserva:

—¿De qué vamos a echar mano el día que no tengamos qué comer ni con qué hacer nuestras agradables ribotas? Vengas cuartos, el que viniere detrás, que arree.

Yo aprobé tan sabio parecer.

CAPÍTULO V

*De cómo se nos oscureció tanto la atmósfera,
que no nos veíamos ni las manos.*

Toda la República estaba patas arriba (perdóneseme la metáfora). Nuestra Constitución se ejecutaba al pie de la letra, las tropas estaban disueltas, los Tribunales cerrados a la justicia y abiertos al desorden, las arcas nacionales entregadas al pillaje. Las altas Corporaciones trazaban el mal ejemplo, prostituyéndose en los más vergonzosos bacanales: nosotros calificábamos de *vida y animación de la patria* estas convulsiones de su postrera agonía. Y mientras estábamos sumidos en ese piélagos de placeres y de excesos, todo se conjuraba contra nosotros; y al cómico sainete que representábamos, se le acercaba un fin dramático, a paso de gigante.

Lo primero que del mando nos punzó desagradablemente el corazón, como una aguda espina, fue la noticia de que los haitianos se movían contra la República. Quedamos como heridos del rayo al recibirla, y no sabíamos qué hacer.

Uno de nosotros dijo: "Nombremos un Libertador" — y muchas veces lo repitieron. Nos acoplamos de que efectivamente, *Don Pedrito* se había quedado en su lugar, y a nadie se le había ocurrido removerlo.



Entonces nombramos al joven señor Manuel J. Alfau, *libertador de la Patria*.

Manuel Alfau tomó la palabra, y rascándose la oreja, dijo:

—Señores: yo acepto el insigne honor que ustedes me hacen; pero ¿quién le echa el cascabel al gato? ¿Quién va al Prado¹ a notificar al General Santana mi nombramiento?

—Iré yo, dijo Lico Heredia; y además, le notificaré que a él lo hemos nombrado Secretario de usted.

Todos aplaudieron la energía del Ministro Heredia.

En esto vinieron a dar la queja a Fiallo, Ministro de Guerra, de que el Copista Juan Contreras le había dado un cocotazo al comandante de Armas Bonetty, y que éste no había podido castigarle por no haber ni un soldado de guardia.

El Ministro Fiallo montó en grandísima cólera, y llamó al Oficial 2do. Abad Alfau para que escribiese bajo su dictado ciertas órdenes al efecto de castigar a Contreras.

El Oficial 2do. con la noticia de la venida de los haitianos, ya no estaba de humor de jugar, y comprendió el significado de la insubordinación del Copista Contreras. No se movió de su rincón, y cuando el Ministro volvió a llamarlo, le contestó brevemente:

—Vaya usted noramala.

El Ministro y todos nosotros nos quedamos estupefactos. El Copista Abad Alfau llamó a un dragón que pasaba a caballo, le dijo no sé qué en secreto, y el dragón partió a escape; desde los balcones de palacio lo vimos pasar la barca, y tomar el camino del Prado.

Nuestro Archivista Bobadilla, nuestros Copistas Abreu y Perdomo y el Secretario del P. E. Regla Mota, se dieron miradas de inteligencia que nos metieron en mucho cuidado.

1. Residencia del Libertador en la provincia del Seibo.



Recibimos en este momento correos de los jefes de fronteras José A. Bonilla y Enrique Galicia. Nos instaban a que mandásemos un hombre de *prestigio y valor*, para que hiciese marchar los soldados contra el enemigo, pues no había gente con qué pelear, nadie quería obedecerlos, se reían de ellos en cuanto abrían la boca para dar una orden, y el enemigo ganaba terreno.

Los Senadores y los Ministros del P. E. nos miramos consternados. Nuestros escribientes se miraron con semblante inquieto. Heredia y yo, que causamos todo ese conflicto, dijimos al Ministro de Guerra y Marina que nos hiciese disponer un buque de la Marina de Guerra, y viese modo de soltar el violín, empuñar la espada, e ir a batirse con los haitianos. Fiallo dijo que él haría lo que pudiera para disponer un buque de los que dejó el huracán del 26 de agosto, y embarcamos todos en él; que por lo que respectaba al cuento de ir a batirse, él no lo haría, pues ni había pertrechos de guerra, ni hombres, ni dinero; ni él era Ministro de Guerra para batirse, sino para divertirse.

Al bullicio y alegría que reinaba al principio de nuestro Gobierno, sucedió la impotente calma que precede siempre a la tempestad.

CAPÍTULO VI

Desenlace. De cómo el oficio de gobernante, debajo de muy pocas flores tiene muchas espinas

El desaliento más grande reinaba en nuestros pechos. Tristes, abatidos y aun llorosos, no osábamos mirarnos unos a otros, y si lo hacíamos era para reprocharnos mutuamente el mal común. Sobre Fiallo era sobre quien más llovían las invectivas y las miradas a través, como si él, el pobre, hubiera estado más obliga-



do que ninguno a conservarnos el pacífico goce de nuestros *babilónicos* placeres.

Reunidos los dos poderes, no resolvíamos nada, ni pensaban sus miembros más que en su seguridad personal. Algunas excepciones había, no obstante, que discurrían el tomar medidas para salvar el país: entre éstas naturalmente figuraba yo.

De nuestro atontamiento nos vino a sacar la llegada del general Bonillita, que jadeando, lleno de polvo y sudor, se presentó en Palacio, y cayó como una bomba en medio de nosotros, anunciando que los haitianos lo habían derrotado con sólo presentarse, que él y sus soldados habían emprendido la fuga perseguidos por el enemigo, y que éste se debía encontrar en aquella actualidad en el pueblo de Baní, a una jornada de la Capital.

¡Júzguese de nuestro terror! Todos a una voz dijimos: “¿y qué hacemos?, y a esta pregunta, hecha en coro y como de concierto, cada cual respondía a su manera, formando el mayor desconcierto de pareceres.

“¡Huyamos! —¡Peleemos! —¡Un barco! —¡Un caballo! —¡Soldados! —¡Marineros! —¡Ciudadanos! —¡Vestidos de mujer! —¡Cañones! —¡Sitio! —¡Fuga! ¡montes! ¡botes! —¡Patria! —¡Curazao! ¡Santomas! —¡A los fuertes! —¡A los consulados!”

Tales eran nuestras exclamaciones; pero nadie escuchaba a nadie, y por tanto, nada podía concertarse. En esto algunas voces de la calle hirieron nuestros oídos: todos corrimos para el balcón, unos para ver lo que era, y otros para tirarse por él y huir, creídos de que ya los haitianos habían entrado en la Ciudad degollando gente. Pero lo que vimos fue una multitud de personas del pueblo, que habiendo trascendido lo que pasaba, y temerosas de perder la pelleja, gritaban que por qué no se resolvía nada, que si la República era *juego de niños*, porque con todo se podía jugar, menos con las cabezas separadas de sus troncos por el hierro de los mañeses.



La multitud gritaba con toda la fuerza de sus pulmones; ¡Santana! ¡Venga el libertador Santana! —Nosotros nos acordamos entonces del paño de lágrimas de la Patria, y nos dijimos más o menos:

“Mandémoslo a buscar, porque es ya la única esperanza de salud que nos queda. ¡Él nos ha sacado más de una vez de apuros, y quizá nos sacará de éste!”

Entramos a la sala donde habían quedado nuestros escribientes. Echamos de menos al copista Abad Alfau. Los demás celebraban un conciliábulo: nosotros les anunciamos que íbamos a mandar a buscar al Libertador.

“¿Y el Libertador que ustedes nombraron, dónde está?” —nos preguntaron con mucha soflama. Nosotros bajamos los ojos avergonzados; porque nuestro libertador Manuel Abreu estaba tan aturdido como nosotros. El pueblo alzaba más y más el grito, y tenía todas las trazas de amotinado.

Ibamos a insistir en procurar al verdadero libertador, cuando el son de una trompeta nos llamó la atención; y distinguimos al general Santana montado en un caballo blanco, y acompañado del copista Abad Alfau y del hermano de éste, Felipe, que fue uno de los Senadores que despedimos *por no necesitarlos*.

Llegaron donde todos nosotros, que estábamos reanimados con la vista del Libertador. Santana nos dirigió un saludo, y acercándose nos *pidió permiso* de ir a vencer al enemigo. Nosotros *se lo acordamos*, después de un momento de deliberación.

Al punto toda la Ciudad tomó un aspecto verdaderamente bélico. Tres cañonazos de alarma resonaron; el toque de la generala despertó el dormido valor de nuestros patrióticos soldados; y acudieron todos los que la oyeron a colocarse bajo las siempre gloriosas banderas nacionales.

Ese mismo día salió Santana al frente de dos o tres mil hombres, a oponerse a la marcha triunfal del enemigo.

A los tres días supimos que en un sangriento combate dado en las inmediaciones de Bani, los haitianos



habían sido completamente arrollados. Celebramos la noticia con un baile, un banquete, y un concierto dado por Fiallo y su Sociedad en el Ministerio de la Guerra.

El día que llegó Santana vencedor, fuimos a recibirle a una legua de la Ciudad, y llegamos con él a la Plaza de Armas. Él tomó allí la palabra y nos dijo:

—*Valientes y dignos* mandatarios de la República: las aclamaciones con que el pueblo me honra, pertenecen a ustedes. Ustedes son los salvadores de la Patria; yo no soy sino el brazo, y ustedes la cabeza. No he hecho sino obedecer sus sabias órdenes; sus proclamas y discursos son lo que todo lo han hecho; ¡vivan, pues, los *padres de la Patria!*

Todos comprendimos que el Libertador quería burlarse de nosotros; parece que él lo advirtió, y repuso:

“Yo me vuelvo a mi retiro; ya la Patria está segura; cuidado con volverla a perder”.

Esto dijo, y se retiraba; pero nosotros, que ya habíamos visto con toda claridad que era muy ridículo el papel que hacíamos, prorrumpimos en desaforadas voces, diciendo:

—¡No, no; no queremos mandar más! Tomen el Gobierno los ancianos, nosotros no lo queremos, conocemos nuestra impotencia, y que no somos aptos sino para divertirnos y ribotear.

Nuestros Copistas y escribientes celebraron nuestro arrepentimiento, y después de haberse reído largo rato de nosotros, tomó el honorable Archivistista Bobadilla la palabra, y con majestuoso porte y mesurada entonación nos moralizó en los términos siguientes:

—“Jóvenes dominicanos, los que os decís amantes del progreso y de la ilustración, los que os decís amantes de vuestra patria, y de su adelanto: la rudísima lección que acabáis de recibir, os indicará sin duda la vía que debéis seguir para cooperar de una manera eficaz a la prosperidad de vuestro país; ¡nada de locuras! ¡nada de ambición! ¡nada de ridículos delirios! Dejad marchar la patria por el camino que le ha graduado



la sabia madre de la providencia; no la precipitéis, o no entorpezcáis su marcha progresiva, no obstante que pausada. ¡Estudiad! Aprended en el presente, para vuestra mejor utilidad en el porvenir. El buen patriota, el ciudadano útil, es aquel que sirve a su país con celo y exactitud en cualquier lugar que se le señale, séase muy humilde, séase muy elevado. Tan útil es a su patria el pobre soldado que con su arma al brazo cumple exactamente las ordenanzas en su hoja de centinela, como el político hábil que con su mano segura la guía por medio de mil tropiezos y la coloca en el rango de las naciones civilizadas. Obedeced, pues no puede ordenar, quien no sabe obedecer. Morigerad vuestras costumbres, haceos morales y virtuosos, desterrad la embriaguez y demás vicios vergonzosos de vuestras diversiones, y habréis avanzado mucho en la senda del progreso. Y el porvenir será vuestro, porque los hombres del presente no somos eternos. ¡Esperad! y Dios os sea en ayuda”.

Viejos y muchachos, todos llorábamos al concluir el noble anciano su discurso. Era un cuadro verdaderamente patético. La emoción me hizo despertar de mi larguísimo sueño, y cuando volví a la realidad, el corazón me palpitaba con fuerza tal, que el pecho era demasiado estrecho para bastar a sus precipitados latidos.

CONCLUSIÓN

Apéndice o Aclaraciones

Los rigoristas se estarán riendo de mí. Dirán que es imposible que yo soñara tanto, a menos de dormir un *siete durmiente*. Si ellos se rien de mí, yo me río de ellos, pues bien se ve que ellos no han leído en el *Quijote* el sueño que el caballero andante tuvo en la cueva



de Montesinos. Yo los envío allá, y los echo a pelear con Cervantes y sus comentadores.

Pero en todo caso, si ~~no~~ me cree nadie; si todos dicen que yo no pude soñar tanto, ni tener un sueño que abrazase un lapso de tanta extensión, ¿a quién ofendo con tan inocentes mentiras, en la hipótesis de que yo me declarase embustero?

Otra —Algunos filósofos y disputadores me negarán mi proposición, y dirán que el alma no se basta para el desarrollo de sus facultades; que mi sueño los confirma en la contraria creencia, pues todas las imágenes que en él se me representaron, fueron impresiones transmitidas a mi cerebro *por los sentidos*; y que nada de eso habría soñado, si no hubiera tenido un conocimiento material y sensible del *Senado Consultor*, del *Poder Ejecutivo*, de *muchachos mentecatadamente ambiciosos*, etc. etc. —a este argumento, como no me gusta disputar, nada tengo que responder; recaigo en mis anteriores dudas, no me coloco en sectas de *materia-listas*, ni de *espiritualistas*, porque eso huele a *espíritu de partido*; y creo a puño cerrado en lo que me manda la Santa madre iglesia. Advierto que todo esto no es *en sueño*, sino muy despierto.

El Oasis, 2 de diciembre de 1855.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Letrillas



PROGRAMA

Señores, vuestra atención
el que suscribe reclama,
que vais a oír el programa
de nuestra publicación.

Tiene ya la Redacción
tal copia de materiales,
que mil cosas esenciales
de por fuerza callaremos,
y muy concisos seremos
en nuestros editoriales.

Artículos de costumbres
tendremos tan excelentes
que a más de cuatro insolentes
daremos mil pesadumbres.

Compraremos por azumbres
el *estro* en las pulperías,
y tan lindas boberías
inspirados de él diremos
que al cabo conseguiremos
que os aburráis de poesías.

Hemos de ser como ovejas
(sin cuernos) con las bonitas;



tendrán paz las señoritas,
y guerra a muerte las viejas.

A alguno entre las orejas
daremos de cuando en cuando
al *pedantismo* zurrando...
lo que será caridad
pues de toda la ciudad
se nos va ya enseñoreando.

Tenemos un críticón
que escribir sátiras puede,
y que en lo agudo no cede
ni a Gerundio, ni a Bretón.

También hay otro bufón
que escribe a lo tabernero
en estilo bandolero;
tiene un artículo que
si Mesonero lo ve
le da envidia a Mesonero.

¿Y letrillas? ¡Virgen Santa!
Tenemos aquí un Quevedo
que en lo que le reza un Credo
un letrillazo nos planta.

También un cisne que canta,
si se ofrece, una elegía,
y que "ser grande" debía
tan sólo por ser sobrino
de aquel que cantó divino
"Al Niágara" y "a María".

De lo serio nada digo
que a lo serio no me avengo,
a lo serio miedo tengo;
lo serio no habla conmigo.

Seramente soy amigo
de embromar la gente seria;



la seriedad es materia
de hacer serias reflexiones,
y están serios los glotones
cuando es seria la miseria.

Así *mucho* prometemos
y *a nada* nos obligamos,
complaceros deseamos
y disgustaros tememos.

Como perros sudaremos
por sólo haceros reír;
pero debéis *exhibir*
la *pecunia numerata*
porque sin esa post-data
dejaremos de existir.

Plantados ¡pardiez! estamos
en posición peliaguda,
no pedimos vuestra ayuda
mas tampoco la rehusamos.

Con franqueza nos brindamos
a vuestra disposición
podéis traer *sans façon*
o mandar... un peso duro
que os ganaréis de seguro
a toda la Redacción.

El Oasis, 26 de noviembre de 1854.



CONTESTACIÓN

A mi amigo Antimenes

Yo bien fuera, colega adorado
a ese Edén primoroso, encantado,
de la paz y la dicha mansión.
Y pues dices que el alma se inspira
con el aire que allí se respira,
allá fuera con un guitarrón;
que es en verbo de cosa que suene
la dulcisora alhaja que tiene,
este amigo tan pobre y fatal.
Porque lira, ¡de dónde, hijo mío?
¿El que está con el vientre vacío
va a tener ese don celestial?
Pero basta; volvamos al grano:
en la palma pondré de la mano
para hablarte mi buen corazón.
Quieres tú que yo vaya; yo ídem,
pero muchas razones lo impiden,
o mejor una sola razón.
Ese es un lugar de recreo,
¡tú lo dices, y bien! yo lo creo,



y quisiera sus goces gustar.
Con las flores vistosas que dices
yo quisiera halagar mis narices
y un ojal de mi frac adornar.
Pero ¿a quién con tu música vienes?
¿A quién, mi querido Antimenes?
¿Al contrito y pelado Enmanuel?
¿A quién tiene mohosos los dientes
y ya no escribe a sus deudos ausentes
porque a veces le falta papel?
Casi siempre sin un real estoy
y por eso, Antimenes, no voy
a cantar punto y llanto a Bani.
Yo consigo mis cuartos sudando;
¿debo ir a gastarlos paseando?
¡Pas si bête, yo me estoy bien aquí!

*Santo Domingo,
20 de noviembre de 1854*

El Oasis, 26 de noviembre de 1854.



LETRILLA

Garrotazo, y tente tieso.

BRETÓN

Puedo sufrir con paciencia
la crítica de peritos;
y que espulgue mis escritos
un hombre de inteligencia
y discreto;
pero si a roso y velloso
nos desuella un... envidioso,
me lo tiraré al coletto.

Hagan trizas crudamente
nuestros versos, bien está,
nadie bravo se pondrá,
con tal que sea cuerdamente
y en secreto;
pero si de literato
quiere echarla algún pazguato,
me lo tiraré de coletto.

Ya viene la tempestad
con horrisono rumor,



y amenaza en su rigor
a toda la sociedad:

¡oh qué aprieto!

Mas si el público me alienta,
vive Dios que a la tormenta
me la tiraré de coletto.

A todo hombre de bigote
lo miro con deferencia,
pero, por lucir su ciencia,
no nos traiga al estricote:

que un folleto

le soplo a cualquier barbado
en este caso, y cuidado
si me lo tiro al coletto.

Sabed que es ley del embudo
que criticársenos pueda,
pasa el sabio, pero queda
todo necio bigotudo.

Yo prometo

que si algún tonto de allende
pasar lo angosto pretende,
me lo tiraré al coletto.

A nadie aplausos pedimos,
mas tampoco nos es grato
que censure un mentecato
lo poquito que escribimos.

En un panfleto

al que dijere de envidia
que "El Oasis" le fastidia
me lo tiraré de coletto.

A vosotras, ¡oh divinas
conciudadanas amadas!
aunque tengáis entabladas



relaciones clandestinas,
 os respeto;
 pero si con felonía
 me tratáis, en cualquier día
 también os tiro al colete.

Pero, viejas, ¡no temáis!
 con vosotras yo no puedo;
 ¡sois el diablo! ¡os tengo miedo!
 Al mismo diablo espantáis.

No me meto
 con viejas, no, no señor,
 aunque azucen mi furor,
 no me las tiro al colete.

El Oasis, 3 de diciembre de 1854.



*A LA MEMORIA DEL ILUSTRE
CORONEL DON ELÍAS PIÑA, MUERTO
EN EL ATAQUE DE BÁNICA 1848*

Dejadme saludar la sacra tierra
que guarda los despojos de un valiente;
dejadme humedecer con llanto ardiente
la tumba del gran rayo de la guerra;

De aquel que quien aun el nombre aterra
al haitiano feroz, toque mi frente
el sucio que bebió su sangre hirviente
y tanto honor y tanta gloria encierra;

que si es ¡oh Piña! de tu patria triste
tan grande la pobreza que le impida
llorar los manes del que da su vida

en su defensa como tú la diste;
de tu valor en justa recompensa
todo patriota tu memoria inciensa.

El Oasis, 3 de diciembre de 1854.



CONTESTACIÓN JOCO SERIA

A la casi-letrilla de Cástulo¹

¿Conque a mí, Cástulo amigo,
te diriges con tu llanto;
y el consuelo que mendigo
lo mendiga tu quebranto
buscando en un pobre abrigo?

¿Me envidias el instrumento
destemplado, disonante,
en que mis males lamento,
males que son lo bastante
para aburrir a un jumento?

Mientras que en lira sonora
exhalas tus tristes quejas,
de zurrar viejas ahora
la noble misión le dejas
a un guitarrista... que llora!

A mí, que muero viviendo,
y que vivo renegando,
de mis entrañas comiendo
pues qué comer va faltando,
me echas también tu... remiendo!

1. Seudónimo de Nicolás Ureña de Mendoza.



El bello encargo me das
de que azote a los pedantes;
y de que zurre además
las *maduras*, vigilantes
de las *frutas en agraz*.

Dudando de tu amistad
al ver tal consejo estoy;
pues tendré la enemistad,
si a los pedantes les doy,
de casi media ciudad.

Son, por cierto, dura cosa
las oscas de tus aquejas,
si es cantidad numerosa;
pero, Cástulo, ¿y las viejas?
¿Hay plaga más tormentosa?

¿Con qué cristiano no acaba
tan terrible batallón?
¿Qué mozo de juicio traba
combate con tal legión?
¡Esto solo me faltaba!

Los tábanos, es verdad,
que me pican como avispas
y es tan grande su crueldad,
que cuando me clavan, chispas
percibo en la oscuridad.

Pero a veces los acoso
y ellos toman su portante;
y alzo la frente orgulloso
echándola de elegante
de currutaco y de hermoso.

¡Mas las viejas, vive Cristo!
¿Cuándo cesan sus furores?



No hay más *tu tía* por lo visto,
o no meterse en amores
o andar con ellas muy listo.

Yo las odio cordialmente,
eso es verdad, sí señor;
pero las temo igualmente;
y por solo ese temor
no las ataco de frente.

De mejor gana embistiera
al alferez Gabrielito;
Y tal tollina le diera
que invalidado el maldito
del grado se dimitiera.

* * *

Pasas después a exhortarme
a que obsequie la hermosura,
y que a las de fea figura
también procure ganarme.

Con gusto haré lo primero
ya que tanto lo desees;
pero amigo, con las feas
ningunos albores quiero.

Bien que, soy tan infelice
que toda fea, flaca o gorda,
con mil caricias me desborda,
y *amigo suyo* me dice.

Mas si llego a saludar
una bonita muchacha,
mosquimuerta y vivaracha,
me dice: "Vaya a pasear."



Toda hermosa me alborota,
soy de las bellas amigo,
y no hay bella que conmigo
no retoce a la pelota.

Las adoro con fervor,
y, según yo me imagino,
son el don más peregrino
que a la tierra hizo el Criador.

¡Oh criaturas adorables
de perfecciones modelo;
preciosas hijas del cielo,
mujeres bellas y amables!

*Que emparedado en un nicho
el ingenuo varón muera,
que de vosotros zahiera
el más mínimo capricho.*

Desde quince a veinte y cinco
hacéis nacer la alegría;
y no hay un alma tan fría,
que al miraros no dé un brinco.

De veinte y cinco adelante
—en desarrollo completo—
infunde amor y respeto
vuestro imponente talante.

Pues en tan preciosa edad
adoración merecéis,
y reinas me parecéis
en su regia majestad.

Pero llegáis a cuarenta,
—ya no hacéis liga conmigo—



tenedme por enemigo,
que os declaro guerra cruenta.

Y de vosotras reniego,
y aunque me sonriais,
y dulces me prometáis,
a vosotras no me allego.

Y aclaremos más la cuenta
para mí, que soy un lince,
lo mismo es la fea de quince,
que la vieja de noventa.

Pues no quiero que haya duda,
ni que nadie se alborote,
cuando yo coja el garrote
y a entrambas a dos sacuda.

Pero te pido perdones
por digresión tan difusa,
que si en mi edad te supones
te se ha de alarmar la... musa
al hablar de camisones.

El punto más delicado
voy a tratar de tu escrito,
que es donde me has encargado
que evite lo que yo evito
con más asco y más cuidado.

Temo más a la política,
que almorzar bollos de arsénico,
pues mi salud es raquítica,
y aquella, en estilo higiénico
es atmósfera mefítica.

Atérrame un diplomático
como una fiebre lientérica;



que más de un paso dramático,
he visto en más de una América
por un diploma... autocrático.

Yo que soy tan macarrónico
y así, tan antigramático,
no trataré ni aun lacónico
asunto tan simpático
en mi guitarra anti-armónico

¿Qué importan rusos y aliados
qué importa Sebastopol,
a quien canta en español
pasacalles resalados?

Que esté *acordada y completa*
mi guitarra, es lo que quiero;
y a ver cómo al mundo entero
no se lo lleva Pateta!

Dé melancólicos gritos
Antimenes en su lira
a pesar de que se inspira
engullendo pastelitos.

Como pasteles sin cuento
para formarse *ilusiones*,
aunque le roan los ratones
el engrasado instrumento.

Porque, Cástulo, es patente
que para hacerse dichoso
se requiere o ser vicioso,
o a cuanto hay indiferente.

Que el que no es vil, egoísta,
adulador y canalla



lejos de la dicha se halla,
de ser feliz mucho dista.

Por eso, amigo, tomemos
el partido más prudente,
riamos... y ría la gente,
que todos así reiremos.

Siga en paz dando Celiar²
a las musas mojicones,
que si mete los... pulmomes,
por fin ha de superar
el parnaso y sus peñones.

Y... adiós, llorón tabanista,
¡enjambre de moscas fieras!
ya para cuando te mueras,
te tiene la tumba lista,
este tu amigo de veras.

El Oasis, 17 de diciembre de 1854.

2. Seudónimo de Pedro de Castro hijo.



PRELUDIOS

Alegre cásase
la niña Brígida;
pero su cónyuge
es cuarentón.

Esto paréceme
oveja cándida
que busca estúpida
al feroz león.

* * *

Es eclesiástica
doña Telésfora;
no pro católica
vocación

Que ella es tan mística
y tan beatífica
porque ama al músico don Ramón.

El Oasis, 24 de diciembre de 1854.



LETRILLA GUITARRO-FILARMÓNICA

*Lo que canto en mi guitarra lo
sostiene mi tizona.*

Con mi guitarra
yo voy a ver
si en *ut mayor*
hago hincapié
y a los *bemoles*
pongo al revés.
Los *sostenidos*
tiemblen también
que voy a echarles
a todos hiel
quiero minarles
su solidez,
y los *becuadros*
restablecer.

Que aunque dijeren:
“Ese Enmanuel
que tanto canta
no canta bien”,
poco me importa
—lo que pueden creer



pues en cantando
lo que yo sé,
mil cosas buenas
han de saber;
que yo sé *mucho*
¡oh sí, pardiez!
soy como el *Figaro*
de Beaumarchais.

Tiemble el bribón inmoral
célibe, fraile o casado,
que en practicar se ha gozado
la seducción criminal.

 Mi crítica machacona
le dejará caer la garga,
si es viejo, con la guitarra,
si es mozo, con la tizona.

Tiemble la vieja importuna
que ya fuera de combate
a las jóvenes maltrate
envidiando su fortuna.

 A tal *Dueña Quintañona*
le cantaré cual chicharra,
primero con la guitarra
y después con la tizona.

Tiemble el necio *detractor*
de toda *naciente empresa*
que cuando ve que *progres*
se cambia en *animador*.

Pues de pedante blasona
yo zurraré a tal panarra,
primero con la guitarra
y después con la tizona.



Tiemble el vil adulator,
y tiemble la *literata*
que critica ¡mentecata!
mis *preludios* con furor.

Con tan triste fanfarrona,
he de jugar a la barra,
con tizona y con guitarra,
con guitarra y con tizona.

Tiemble el vicio en general,
tiemble la pedantería,
que es lo que en esta *folía*
no está en tono natural.

Y óigame toda bribona
óigame todo bribón:
cuanto cante el guitarrón,
lo sostendrá la tizona.

31 de diciembre de 1854.



QUEJAS DE LA TUMBA CONTRA EL MERENGUE

*Haced lo que yo mando
y no lo que yo hago.*

Varios predicadores.

La tumba, que hoy vive desterrada
por el torpe merengue aborrecible;
que en vil oscuridad yace olvidada,
llorando su destino atroz, horrible;
ya por fin, penetrada de furor
expresa de este modo su dolor:

“Progenie impura del impuro averno
hijo digno del diablo y de una furia,
merengue, que aún siendo niño tierno
te merengué en sus brazos la lujuria,
tú, villano, que insultas al pudor.
dame mi cetro, infame usurpador.

“Y a vosotros, vasallos rebelados
contra la legítima Señora,
que de mis nobles filas desterrados
al inicuo Satán servís ahora;
mirad que es vilipendio despreciable
bailar ese merengue detestable.



“¿Qué parece don Jorge Fandanguillo,
ese *merengueador* de tanta fama,
cuando arroja a los aires un tobillo
y con furia echa mano de su dama?
¿No os recuerda la libica serpiente
que acomete a su presa ferozmente?

“En punto puesto ya de caramelos
¿no os parece don Jorge cosa fea
cuando eleva las ancas a los cielos
y en un mismo lugar se remenea?
¿Do está pues el pudor, do la moral
si reina esa zandunga criminal?

“Mirad al *caballero delicado*,
al *Quijote que agravios ha desfecho*
de *Ingenuo* y de *Celiar*³ muy olvidado
empuña una mujer pecho con pecho!
¿Cómo es que el que *tuertos endereza*
compone de dos cuerpos una pieza?

“Mirad al rapazuelo descarado
que de una matronaza respetable
se aferra con grande desenfado
y con desfachatez intolerable.
¿Quién al chico inspiró tal osadía?
No es del *merengue* la pasión impía?

“Decid, *merengueadores*, ¿no os enfada
cuando dais con parejas zandungueras,
pensar que alguna hermana o hija amada
a otro prueba que es ágil de cadera?
¿No tenéis corazón, no tenéis alma
para sufrir ese agujijón en calma?

3. Seudónimos de Eugenio Perdomo y Pedro de Castro hijo, respectivamente.



“En tiempos de mi fausta monarquía,
cuando el cetro del baile yo empuñaba,
la decencia tal zurra no sufría,
pues *de lejos* entonces se bailaba.
Pero ¡hoy! ni los árabes beduinos
son, como ese merengue, libertinos.

Todo aquel, pues, que ya mi falta llore,
el que abomine esa zandunga infame,
aquel que tanta indignidad deplora,
es tiempo ya de que conmigo clame:
“Que el bárbaro merengue desaparezca
y la tumba otra vez se restablezca”.

Tal fue de *La Tumba* el manifiesto;
sepa a quien le pique en las orejas,
sepa que a mí también me cae todo esto;
yo encuentro fundadísimas sus quejas,
mas *La Tumba* es quien dice lo que dije
nadie, pues yo no soy, riña conmigo.

El Oasis, 14 de enero de 1855.



SERENATA

A Rosina

¿Quieres tú que te olvide, mi Rosina,
me exiges que sea falso, inconsecuente,
que mande al corazón bárbaramente
a extinguir la pasión que lo domina?

Eso no puede ser; tu voz divina
que siempre escucho humilde y
obediente,
ora, Rosina, es débil e impotente;
y en resistirla el corazón se obstina.

No me ordenes absurdos semejantes:
no me ordenes que deje de quererte,
pues tu poder a tanto no es bastante.

Mándame, si servida quieres verte,
a amarte cual no amó ningún amante,
y te he de obedecer hasta mi muerte.

El Oasis, 23 de septiembre de 1855



SERENATA

A Rosina

Endimión, que en sus canciones
de Rosina ponderara
la hermosura,
en los tiempos de ilusiones,
en los cuales naufragara
su cordura.

Agora que no domina
a su alma noble y sincera
la pasión,
ante el balcón de Rosina
entona de esta manera
su canción:

No creas que vengo, Señora,
por el amor conducido
a deleitarte el oído
con mi vihuela sonora.

No creas que dure el encanto
ni que dure la ilusión
ni que procure en mi canto
demandar tu compasión.



No, Señora, de mi amor
no te haré sencilla ofrenda,
que ya se cayó la venda
de tu joven trovador.

Ya veo quién eres. ¡oh Rosa!
hipócrita, desleal,
que ocultas tu infamia odiosa
bajo aspecto celestial!

Yo tu torpe felonía
vi con toda claridad,
y veo que es coquetería
toda tu amabilidad;

pues la empleas con el primero
que se llega donde ti
y más solícito esmero
pones a otro que a mí.

Prodiga tu infame amor
a ese otro, si lo quieres;
porque ya sabe quien eres,
tu ex-amante trovador.

Da los besos delirantes
de esos tus labios traidores
a tantos otros amantes
que a tu amor son acreedores.

¿A tu *amor*? Y tú comprendes
la elevación del amor!
¡tú, señora, que te vendes
al más reciente postor!

¡Anda! anda! ¡desdichada!
¡busca un prosaico querido,
que algún día, desesperada,
llorará lo que has perdido!



¡Anda! que voy a aspirar
una fresca y linda flor;
una virgen que de amar
sea capaz a un trovador!

Oyóse en esto a Rosina,
Que se asomó a su balcón
cautelosa:
y cuya voz argentina
esto dijo a Endimión,
armoniosa:

Vete; vate, vate, vete;
no me cantes ya más arias
lárgate, tonto *zoquete*
que me aburren tus plegarias.

Vete, no me cantes más;
Endimión, vete por Dios,
mira que ya son las dos!
¡otra noche volverás!

Déjame dormir un rato,
no me hables más de tu amor;
¡habrá ser más mentecato
que un amante trovador!

Así dijo; y con presteza
cerró la belleza impura
su balcón;
bajó la altiva cabeza
y lloró con amargura
Endimión.

Lloraba, el pobre, ¿por qué?
¿Qué sería lo que causó ese llanto?
Yo tan solo afirmaré



que Rosina no sintió
su quebranto.

El Oasis, 7 de octubre de 1855.



AMOR Contestación

A F.

Si es cierto que tu pecho no conoce
de afecto que turba los sentidos,
de blanda pena o acerbo goce
de que mil otros viven poseídos;

Si tal dicha disfrutas, caro amigo,
procura con cuidado conservarla,
pues una vez perdida, yo te digo
que es inútil volver a procurarla.

Guarda, guarda tu paz, que no es el alma
como el mar, que en borrasca se enfurece,
y recupera su quietud y calma
y cuanto el vendaval desaparece.

¡No, por cierto; qué enorme diferencia
¡Infeliz del incauto o del audaz,
que aventure por toda una existencia
las flores de su dicha y de su paz!

¡Yo de incauto pequé, cual mío arrepiento!
¡cuál deploro mi falta de experiencia!
¡AY! cuánto he sentido y cuánto siento
la por siempre fatal inadvertencia!



Mas tú advertido estás; joven, cuidado
huye presto del amor, cual de un abismo,
en cuya sima siempre está abrigado
el desamor de todos: aun de sí mismo.

20 de junio 1856.

El Oasis, 22 de junio de 1856.



LA PURA VERDAD

Cuento epigramático

Es *don Sancho* un mocetón
que, aunque tiene buena traza
desciende de cierta raza,
de que *Gesta* es patrón;⁴

Y *Miguelito* un muchacho
que aunque de buena estructura,
tiene siempre en figura
cierto aircito de empacho.

Don Sancho, que es elegante
y es suelto, y es bien plantado,
quiso tratar al cuidado
como a un pobre vergonzante.

Armóle bulla y jaleo
hallándose en un concurso,
y adelantó su discurso
hasta tratarlo de *feo*.

Miguelito, que no es tonto,
y tiene sangre en las venas,

4. Gestas es el nombre del mal ladrón. (Véase el Evangelio).



se quitó al cabo de buenas
y le replicó muy pronto:

— “Todas tus provocaciones
nada, chico, significan,
ni me dañan, ni me pican,
mientras que tú... ¡hum! te expones...”

— “¿A qué me puedo exponer?”
Don Sancho le preguntó.
— “¿A qué? a que te diga yo
lo que te pueda doler”.

— “¡Anda, feo!” — “¡Anda, ladrón!”
— “¿Qué has dicho? — “Lo que has oído,
y que es vicio que ha tenido
toda tu generación”.

A uno de los concurrentes
Don Sancho se dirigió.
Y le dijo: “¿Usted oyó?
Lo que él dice es variedad;
y no alcanza a los insultos
que yo a él...” — “Mas sin embargo;
dijo el otro; —eso es amargo;
porque es la pura verdad”.

19 de julio de 1856.

El Oasis, 20 de julio de 1856.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Artículos y textos satíricos

aprudenciaba tanto cuanto me era posible, extractaré algunas de las conferencias que por causa de la tormentosa palabrilla "Oasis" tuve con algunos eruditos de pergamino.

La escena primera nos la proporciona Don Pánfilo Hormiguilla, hombre grande que cree hombre desde que tiene gran barriga, y que por no sé qué fenómeno de metafísica, tiene domiciliada su alma en el vientre, tal es el conato que pone en alimentarla con sendas tajadas de jamón. Este llega a mí con patriarcal autoridad, y me dice:

—Perillán, con que quisiste o quisieron tú y tus compañeros poner en confusión la gente con su "Oasis"; pero yo se la degollé. Oasis es el nombre de una ciudad de Asia.

—Ne sutor ultra crepidam —le respondo volviéndole la espalda.

—Es usted una bestia —me replica cortésmente.

—Estimando... bastábame tener la figura corporal de usted.

La escena segunda es con un almibarado joven a quien siempre ha agradado mucho el mar... visto desde tierra; este llega como puñalada de pícaro y me agarra con fuerza por un brazo diciéndome:

—Señor Oasis, su periódico tiene el nombre de un buque pirata...

—Ne sutor ultra crepidam —le interrumpo desasiéndome de sus garras y dejándole con un palmo de lengua afuera.

Aquí llega un boquirrubio. Voy a tener un lance apretado, porque este se tiene por su talento universal: razón tiene, pues sabe todo la sabible; es decir, leer, escribir, las cuatro cuentas, su tinturita de francés, habla mucho de París, aunque poco de Santo Domingo, de gramática castellana... cero, y esto, vive Dios, es saber mucho. Oigámosle:

—¿Con que su periódico se llama *laguna*, amigo?

—¿Por qué lo dice usted?



—Porque Oasis es el nombre de una laguna de la Rusia meridional...

—Ne sutor... ¿usted me querrá hablar del *Palus Meótides*?

—No señor; ¿me tiene usted por tonto? ¿qué cosa es *Palus Meótes*?

—Ne sutor ultra crepidam —le dije esta vez enterito, soltando una carcajada.

—Usted es un bruto.

—Gracias; *bestia* que usted lo diga.

Ahí viene el insigne don Cosme Galicano, esto sólo me faltaba; ¿con qué vendrá a salir?

—Salud, *Dómine*.

—Bienvenido, don Cosme (¡cuando le habré enseñado yo el latín!)

—¿Cuándo sale el segundo número de *pájaro*?

—¿Cómo pájaro?

—¿No se llama así su periódico?

—¡Otra y te pego! ¿quién ha metido a usted eso en la cabeza, hombre?

—¡Quién me lo va a meter! Mis estudios de francés.

—Explíqueme ese busilis, si lo tiene a bien.

—Volantiers, y silogisticamente: *Oiseau es pájaro* en francés, *Oasis* es igual a *Oiseau* luego Oasis es pájaro.

—¡Vaya un modo particular de argüir! ¿Quién ha hecho a Oasis igual a Oiseau?

—Yo, por etimologización.

—Me olvidaba de lo que debí haber respuesto a usted desde el principio.

—¿Qué?

—Ne sutor ultra crepidam.

—Otro tanto digo yo a usted, por si acaso; y le quiero añadir en castellano (dijo, abriendo un jeme de boca), que cuando un hombre como usted no sabe francés, no se debe meter en escribir para el público.

—Agradezco su consejo, don Cosme, pero una cosa medio parecida significa “ne sutor ultra crepidam”.

Y me dejó don Cosme muy satisfecho de sí mismo.



Di un resuello tan gordo cuando me vi libre de él, que súbitamente sanecé de un catarro que me tenía interceptada la comunicación de la nariz.

Pero ¡santo cielo! ¿qué veo? La torva nube que arroja pedantes fríos está ahí, cortándome el paso; por fortuna, disputan entre sí sobre el significado de Oasis, don Cosme y don Pánfilo casi se quieren arañar... Vamos, ahora cambian el sistema; ya unos a otros no se dicen brutos y animales, y bárbaros; a mí es a quien ahora embrutecen y animalean y barbarizan a pesar de su Babilonia de interpretaciones, se ponen todos de acuerdo para desfogar su ira sobre mi pobre pellejo. Pero ¿esa gente no ve que yo la estoy oyendo? Me critican en grande; pero... yo me río: esto me recuerda una estrofa de cierta *poesía amatoria* que dediqué a dos *señoritas amigas mías*. Dice así:

Dos niñas que en su cabeza
se tienen por dos huries,
(aunque hablando con franqueza
parecen dos manaties),
con caridad me critican

más caribes que un ají:
ellas me critican ¿sí?
Pues por Dios que no me pican.
¿quién echó el primer envite
en el truquiflor? Yo fui:
Pues que tomen su desquite;
la mano me tocó a mí.

Lo que significa que ya yo fui delante, y que el que da primero da dos veces.

Pero el temporal arrecia, me tratan de egoísta y convienen dizque en asentarme una paliza. No será el primer asunto literario que se ventile a garrotazos. Esto me huele a malo. Yo voy a ver si con una estratagema desarmo esos energúmenos.



—¡Hola! ¡Señores, qué bulla! ¡qué algarabía! vamos, calmaos. Decidme la causa de vuestra excitación.

—La causa, señor don Jerigonza —dice don Pánfilo— es que tratamos de imposibilitaros de volver a poner su confusión a los que saben más que usted. Prevenga la cholla y espaldas para recibir la más descomunal paliza que se habrá aplicado a un Redactor de Germanías.

—¿Qué Germanías? —replico yo con algún recelo, aunque aparentando seguridad—. Ustedes se alborotan de poca cosa; verán por qué trivialidad se han estado devanando tanto los sesos.

Oasis ni es nombre de ciudad, ni de barco pirata, ni de laguna, ni de pájaro. Oasis significa un espacio de terreno fértil...

—¿No lo dije yo? —grita uno— ¿que era terreno fértil?

—Y yo.

—Y yo —claman todos a una voz.

—¿De modo, señores, que no necesitan ustedes de mi explicación?

—¡Oh! ¿cómo no? —dice don Pánfilo, ya más molesto.

—Pues oigan ustedes: Oasis significa espacio de terreno donde hay vegetación, aguas, etc. y por consiguiente que puede habitarse, en los desiertos. (¡Atención!) Ni por egoísmo ni por las demás zarandajas habríamos dejado de explicarlo; sino porque ustedes hablaban de ello como quien sabía su significado. (¡Es verdad! ¡Es verdad!); si nos los hubieran preguntado desde un principio, hace tiempo que lo supieran. (¡Bravo, bien!); pero ustedes todos son unos pedantes que la quieren echar de sabios. (Sensación. El orador juzga prudente escabullirse de la tribuna).

Sálgome con efecto a la calle, dejándolos todavía estupefactos con mi último golpe de elocuencia y me topo por mis pecados con don Diego Buenapunta, individuo que tradujo su nombre, vida y costumbres, del francés al castellano, pues se llamaba Jacques Bonpoint, era *matelet* en francés (que así se dice marinero en



ese idioma) se levantaba temprano y comía poco, en francés por supuesto. Ahora se llama don Diego Buenaventura, es caballero (de industria), se levanta tarde y come que parece salido de la Florida, todo esto en castellano, pues. Nunca son fieles las traducciones.

—¡Eh, eh, señor redactor —me dice en tono sarcástico, (porque hasta ni sé qué cosilla suya tradujo en castellano “derecho de insolencia”) con que se han medido los “Amantes de las Letras” a periodistas; ¡bravo! pero si quieren saber cuál es mi aviso. Les diré francamente que busquen lunetas (por anteojos) hechos exprés para vuestra edad, porque *ca ne vient pas lunetas de hombres agés* (por maduros de edad), *á jeunes gens de veinte años*. Métanse ustedes en lo que puedan comprender.

—Ne sutor ultra crepidam —le dije yo, a pesar de que casi era lo mismo que él me acababa de decir.

Y así mismo a todo el que nos dijere “Métanse en lo que esté a su alcance”, le contestaremos “Ne sutor ultra crepidam”, y tendremos la ventaja de decírselo en latín.

El Oasis, 3 de diciembre de 1854.



LA PEDANTERÍA Y LOS PEDANTES

Por no tenerles a mano, no empuño ahora los artículos de costumbres del celeberrimo Figaro, del jocosero Fray Gerundio o del locuaz Curioso parlante, pues me cercioraría de que estos señores hubiesen tratado o dejado de tratar la materia de que voy a ocuparme; pero el que no tiene libros en que leer, se conforma o está obligado a conformarse con los que ha leído; y yo, siguiendo esa lógica, me atengo a mi memoria en este punto, y entablo con ella este u otro diálogo parecido: —Dime, memoria (que por no ser pedante no te digo Mnemosina), ¿Figaro escribió alguna vez de los pedantes? —No. —¿Y Fray Gerundio? —Tampoco. —¿Y Mesonero? —Tampoco. —¿Y Villegas, o alguno de la cáfila literaria de Madrid? —No, no, no, mil veces no. Otrosí, que alguno de ellos, si mal no me fundo, ha descrito en muy enérgicas, aunque breves pinceladas, uno que otro pedante literario, que es lo mismo que si dijéramos la escoria de la canalla en la República pedantesca.

—Muy bien; pero ¿y los pedantes políticos, aristocráticos, diplomáticos; de los pedantes entre-metidos y



los pedantes entre-sacados y otros grandes dignatarios de esa República; de los pedantes enamorados y pedantes extranjerizados y otros miembros subalternos del pedantismo, no han dicho nada?

—No me acuerdo; y si lo han hecho solo ha sido como tenues sombras de cuerpos opacos reflejados en una cámara oscura; quiero decir, muy superficialmente.

—Cuerpos opacos y oscuros son todos los pedantes, pero dime: de la esencia refinada del pedantismo, de las mujeres y muchachas pedantes ¿qué han dicho?

—Solo han dicho que necesaria y forzosamente han de ser todas feas.

—¿De modo que decirle a una muchacha pedante, y decirle fea es una misma cosa?

—Por supuesto.

—Por menos que dijo el pobre Ingenuo de algunas de nuestras adorables conciudadanas lo quisieron arañar.

Y se acaba el diálogo con mi memoria, del que saco yo las consecuencias siguientes:

1a. Ninguno de esos capataces de la literatura española ha tratado a fondo un asunto que vale la pena como es este; luego o no han podido, o no han querido hacerlo, pues no creo que ellos dejaran de percibir un objeto tan abultado de por sí.

2a. No han podido: ¿por qué? ¿Será por falta de fuerzas? ¡Queah! ¡no! Luego es porque donde ellos escriben los pedantes no necesitan sino una jabonadura, así, de refilón.

3a. Luego los pedantes del gran mundo no son pedantes incorregibles y engraidos como los pedantes de este mísero mundillo.

4a. ¿Por qué son menos engraidos los del gran mundo? Porque los de allá, en cuanto les cogen el andar sufren las rechiflas y el vejamen del pópulo-bárbaro, y así el pedantismo no tiene lugar de entrárseles mucho, pero ¡acá! El que no es pedante no vale un pito.



Para prueba de ello, tenga la bondad el lector de pasear en espíritu por nuestra arruinada, ruin o llena de ruinas Ciudad; lo que no le costará mucho, pues con tal que siga leyendo mi artículo ya va ese espíritu conmigo, aun cuando permanezca inmóvil. Tomemos primeramente la calle más populosa, y observemos.

¿Por qué pasa ese joven de buena figura saludando al corrillo que está sentado en una puerta a la izquierda, y ni uno solo le contesta? ¿Es muy despreciable ese joven, o muy respetables los del corrillo? —Nada de eso, señor, el joven no es pedante y los del corrillo lo son.

Este otro corrillo de noveleros a la derecha lee *El Oasis*. El bigotudo lector ridiculiza cuanto hay en el escrito. —¿Es alguna autoridad literaria del país? —No, es el Pedancio de Moratín. La crítica de esos señores no quita un solo cabello al pobre papelucho.

Allí hay un hombre que habla con otro en tono de arrogancia. Por lo visto lo insulta, pues prodiga las palabras obscenas e injuriosas. Su interlocutor lo escucha con aire de moderado y porte sumiso. Sin duda que el arrogante es algún famoso militar retirado, y el otro algún cobarde bribón. —No señor, se equivoca usted, el que insulta no ha disparado un cartucho nunca, y el insultado se ha batido más de una vez; lo que hay es que el primero es un pedante que la echa de bruto, y refiere una de sus imaginarias hazañas al otro que le escucha con desprecio.

¿Y aquel que en las Cámaras casi siempre da su parecer sentado y en tono decisivo, mientras que los demás se ponen de pie para hablar; que va y secretea con el honorable presidente? Ese debe ser el dómine del Congreso, algún *factotum* parlamentario. —¡Que-ah! ¡Señor! nada menos que eso; no es sino un solemne pedante, que tiene al pobre presidente y demás miembros mortificados.

Vamos a donde las muchachas. ¿Por qué al llegar esa preciosa señorita todas las otras se ponen de tan mal gesto? ¿Acaso la que llega ha dado que decir de su



conducta, puede contaminar a las demás? —No señor, no señor; ella las hace morder ajos porque no es pedante, es decir, fea, y todas las otras lo son.

¿Y por qué doña Jaramilla murmura tanto a doña Carolina, diciendo que no sabe hablar español? ¿Por ventura doña Jaramilla habla muy bien la lengua de Garcilaso y de Cervantes? —Nada de eso, nada de eso: doña Carolina con su ser de origen francés habla mejor el español que doña Jaramilla: solo que aquella no es pedante (no es fea), y la otra, con todo su dialecto sibilítico, es una pedante de siete suelas.

Lector o lectora que conmigo en espíritu has caminado, examínate a ver si hallas en ti identidad con alguno de los tipos que he delineado, y corrígete. Hombre, tan pedantesco es echarla de sabio, como echarla de ignorante, tenlo sabido. Mujer o muchacha, ni gazona ni hipocritona, ni descocada y mentecata; coged un término razonable para que no deis que decir a los Ingenuos; y todos perdonadme la moraleja; dejad descansar el espíritu de las impresiones recibidas en el paseo que le he hecho dar, y dejadme a mí descansar también de pedantes machos y pedantes hembras, de los que el Omnipotente Jehová por su infinita misericordia o Satanás llevándoselos a todos al infierno me libren por todos los siglos. Amén.

El Oasis, 10 de diciembre de 1854.



A MARCO AURELIO

Artículo joco-serio y prosi-poético

Tu epístola, mi querido Marco Aurelio, vino a tiempo de revolver uno de los problemas más difíciles, y que justamente revolvía yo allá en mi caletre; este era el de ¿dónde encontraría quien sirviéndome de socio en la crítica de las *malas costumbres*, también me acompañase en los percances que me proporciona la peliaguda tarea de escritor público?

Llegó tu epístola, mi querido Marco, y me dije lleno de júbilo “¡he aquí mi nombre!” Y no se entienda por esto que no marché en armonía con mis demás colegas los Redactores; no señor, estamos muy de acuerdo: lo que hay es que ellos *por prudencia*, quieren evitar pleitos, y trabajo me cuesta colocar algunas verdadillas en *El Oasis* porque ellos casi siempre temen *las results*.

Pero ya podré hablar con alguna libertad, pues estamos juntos *Marco Aurelio* y *Enmanuel*: los dos *satillos retozones*, como hay quien nos diga por esos barrios; y de consiguiente, daremos candela y cantaremos la palinodia de acuerdo, para soportar de acuerdo también cualquier mal resultado.



Cuando uno se ve aislado, se desanima; y ya yo estaba para dejar caer la guitarra que tan buena voz tiene y que todavía no ha hecho sino preludiar; porque hazte cargo, en cuanto uno quiere hablar conforme a la razón, todo el que no la tiene se le pone por la proa. Para ejemplo, te referiré lo que actualmente me pasa. No bien salieron los dolorosos quejidos de *La Tumba contra el Merengue*, que todos los cofrades de este último me han puesto de vuelta y media. Uno de esos furiosos *merengueadores* que quieren soltar la rabadilla bailando un merengue, he sabido que estaba formando un *complot* con algunos patanes de su calaña, dizque, decía, "para excluir al *Vate* Enmanuel de los bailes por un tiempo." Yo no sé si se habrá organizado la conspiración por fin; pero en todo caso, sepan todos mis antagonistas que me gusta más calentar oreja con cuatro verdades, que bailar treinta merengues, y que aunque me eche de su *paraíso* no me faltarán *glorias* donde colocarme.

Pero no obstante, amigo mío, tengo recelo de que así que vean que no me apuran con su proyecto, pasen a las vías de hecho, y por eso acepto con reconocimiento la oferta que me haces de defenderme a fuego y sangre, etc. etc.

Con tu apoyo, perfeccionaré a zurriagazos el *Arte de Amar*, que está aquí viciado y corrompido, gracias a los que aman a la *Polichinela*.

Porque el amor, como todas las grandes pasiones, puede enaltecer al que le siente, y hacerle capaz de acciones heroicas, tanto más brillantes, cuanto que amar de por sí revela una alma de temple elevado.

Pero en las personas que o por costumbre o por plagio de modelos imperfectos exageran todas las cosas, el amor toma formas tan abultadas, tan enormes, que se transforma en pasión ridícula, y entonces le llamo yo *El Amor Polichinela*.

Tú sabes que el amor como *en todas partes*, aquí se nos presenta bajo dos aspectos (porque en Santo Do-



mingo, para hablar con más propiedad que el Cólega Ingenuo que dice que *todo es malo*, hay de todo *bueno y malo*); bajaba las formas de un hermosísimo niño, púdico, adorable y delicado, que nos hace sufrir gozando, y amar nuestros sufrimientos, o bajo las del ya enunciado Polichinela. Yo, que hace mucho tiempo he tomado por norma de mi conducta la risa, no veo con repugnancia al grotesco Polichinela, que por esos mundos de Dios, anda hecho señor de muchos aristocráticos corazoncitos de quince hasta veinte y cinco años, antes al contrario, le sigo la pista con ahínco, porque sus ocurrencias me caen en gracia. Esta costumbre me proporciona lindos ratos y mucho material para mis meditaciones filosóficas, como juzgarás por las muestrecillas siguientes:

Entre las niñas que sueltan la palabra *mi cortejo* de la boca, se distingue mucho la intrínseca señorita doña *Culebrina Espíritu puro*. Mi amigo don Eugenio Zarramplón me dijo el otro día (ella debe saber cuál), que iba adonde ella para invitarla a un baile que se proponía dar la noche siguiente. Yo, que me las pelo por ver las *patas de gallo* con que siempre sale la falange del Sr. Polichinela, le seguí como quien no quiere la cosa, y escuché el jocosísimo diálogo siguiente:

- Salud, doña Culebrina.
- Servidora, don Eugenio.
- ¿No está en casa su papá?
- Sí señor, está allá adentro;
- ¿conque tiene usted un baile?
- Para convidaros vengo.
- Pues ese es trabajo inútil, yo no voy ni por un pienso.
- ¿Qué dice usted, señorita?
- Tal desaire no merezco.
- Le digo que yo no voy
- porque no va mi cortejo.*
- Pues quédese usted al diablo.
- Váyase usted al infierno.



Salió mi amigo Zarramplón echando pestes, y se encontró conmigo que me desternillaba de risa, en vista de su mal lance; me suplicó que le diera a doña Culebrina *un latigazo* en *El Oasis*, lo que hago gustoso sin poner nada *de mi peculio*, sino refiriendo nada más, por lo que convendrán muchos en que *El Oasis* es el consuelo de los afligidos.

Al otro día me sucedió en el baile de mi amigo Zarramplón otro lance (por causa del amor Polichinela), en que tuve la desgracia de ser paciente y no espectador, como en el antecedente, y que voy *a referir* también sin añadir una coma. Saqué a Doña *Leonor Bocacerrada* a bailar una mazurca, y concluida que fue, como oí que se aprestaban a bailar una cuadrilla, le supliqué que bailara conmigo. Allá va el dialoguito a que me dio lugar mi pretensión:

—Yo le estimaría infinito,
preciosa Doña Leonor,
que usted baile conmigo
de pareja, el rigodón.

—No es posible, Señor mío.

—Si U. me hiciese el favor
de exponerme los motivos
de tan terminante *no...*

—Que *mi cortejo* me dijo
al entrar en el salón,
que ni con el mismo Cristo
transformado en bailaror
bailara yo de seguido...

—Tiene U. mucha razón.
Mi solicitud retiro.

—Es justo que siendo yo
su corteja, mi amor fino
le pruebe con sumisión.

—De tal sumisión me admiro,
es muy sumiso su amor.

—*Mi cortejo es Don Faustino...*

—Me alegro mucho y... adiós.



Me informé de quién era *Don Faustino* y me lo indicaron: era un chico peli-rubio, y estaba apoyado en una pared mirando con los ojos celosos a Doña *Leonor*. Al verle dije en mis adentros: ¡Que este pilluelo rivalice a uno en los bailes! ¡Santo Dios! ¡la ventaja de *tener cortejas... polichinélicas!*

Yo no las tengo, ni las quiero. No quiero tiranizar a nadie, ni que nadie me tiranice a mí. No quiero que hablando de mí, diga ninguna mi cortejo no quiere esto, mi cortejo no quiere estotro. No quiero ser como *Don Simón Flaquiciano*, que porque se casa con Doña *Micaelita Bruti-tonta* es el Nerón de toda la casa, cuida y apacienta a su futura cuñadita, y no permite que se le brinde asiento sino a quien él quiere.

Complázcanse mutuamente los amantes; muy bien: yo elogio esas pruebas de amartelamiento; pero no se ponga a todo el mundo en tal confianza, ni mucho menos se quieran paliar malas-crianzas con una orden cortejil, que esto a nadie le sienta bien, y sólo sirve para dar qué decir a los criticones.

Yo soy uno de ellos, mi querido Marco Aurelio, y lo tengo a mucha honra, porque de nosotros es la gran misión de echar fuera tan ridículos abusos. Lo que yo no pueda criticar por falta de tiempo, te lo recomendaré a ti, y empiezo por recomendarte “las exigencias de *las cortejas*”, que requieren un capítulo aparte, como también a nuestros señores músicos que en vez de emplear sus talentos en componer tonadas nacionales, las malgastan en majaderías o tonterías como el *¡Ay, Cocó!* *Los pastelitos*, *El Morrocoy*, *La Juana Aquilina*, *La Cadena*, *El Carlito cayó en el pozo*, etc. etc.

Pues a mí me gustaría muchísimo, más que así como los filarmónicos Yankees han compuesto un *Washington Gallop*, a la memoria de su grande y heroico libertador, nuestros filarmónicos compusieran una *Don Juan Sánchez Ramírez polka*, o un *Don José Núñez de Cáceres wals* etc., pues esto siquiera recordaría las gloriosas eminencias de nuestra patria, y no sería malversar tan lastimosamente mis sobresalientes genios.



Pero en fin, querido Marco Aurelio, tú y yo haremos por corregir, ya que no podemos abolir tantas impropiedades. Dios lo quiera.

El Oasis, de enero de 1855.



DON ARÍSTIDES

Don Aristides es un joven cuya existencia, sin saber definir por qué, me trae siempre a la memoria o las novelas de Paul de Kock, o el célebre *Barbero de Sevilla*. Todo en Don Aristides es amable, encantador; cualquier sandez en su boca hace reír, no por el mérito de la cosa, sino por la gracia que sabe poner en todas sus anécdotas y palabras Don Aristides.

Su vida es la más amena que puede vivirse en Santo Domingo; y al ver la indolencia con que deja Don Aristides correr el tiempo, al reparar que nada da cuidado a Don Aristides, me atrevo a asegurar que ni en París viviría mejor.

Hay un no sé qué en toda su persona, en sus costumbres, en sus modales, que cuando hablo con él me parece que no estoy en la ciudad de Santo Domingo, sino en una capital europea.

En fin, si yo fuera un *Beaumarchais* o un *Paul de Kock*, no dejaría de hacer de Don Aristides un gracioso *Figaro*, o un amable *mi vecino Raymundo*.



Son infinitos los episodios que de Don Aristides pueden referirse: él ha pedido niñas en matrimonio, si se las han concedido ha dicho: “*Tant pis pour elle*”, y no le han vuelto a ver el pelo en la casa de la novia; si se las han negado, se ha puesto a tararear un motivo de la norma, y se ha ido diciendo: “*Tant pis por elle*”.

Pero la última de sus hazañas es celeberrima.

Se encontraba el otro día en casa de una señorita a la que llamaremos Doña Virginia. Don Aristides siempre ha estado enamorado de ella, pero muy a lo platónico. Presente estaba, el día de que hablamos, en la misma casa, la vecinita Doña Martina, criatura que muy ligeramente creyó que las visitas de nuestro héroe a su vecindario no tenían otro objeto que ella. Don Aristides no sabía cómo sacarla de su error, y declarar su pasión a Virginita. Aquel día, después de haber tenido entretenida a la concurrencia con sus chistes, se quedó repentinamente callado; todos notaron su silencio, y dijo uno: “Don Aristides está muy pensativo”.

—“Yo adivino *lo que él piensa*”, dijo doña Martina.

—“Se equivoca usted, señorita, aquí nadie tiene *el derecho* de adivinar mis pensamientos, sino Doña Virginia”.

Esto dijo don Aristides y salió triunfante.

Con que, ya le conocéis, caros lectores, y yo espero que más de una vez le volveréis a ver en las Variedades.

El Oasis, 9 de septiembre de 1855.



DON EMILIO Y LAS MUJERES CIENTÍFICAS

Nunca he visto un tipo más a propósito para las Variedades que Don Emilio, ni una escena más digna de que el público la saborée, que la que tuvo lugar entre este primer galán, y una familia dominicana, que tiene en su seno una literata, una filósofa y una doctora en Derecho.

Don Emilio es un frenético aprobador de cuanto le dicen: no sostiene una opinión, así sea esta opinión que su padre era un hombre de bien; y lleva tan adelante su manía de complacer y de no chocar, que quisiera introducirse en el alma de sus interlocutores, adivinar sus pensamientos, y pronunciar, haciendo dúo, las palabras que le son dirigidas.

Pero como esto sería el *máximum* de la perfectibilidad de perspicacia, y no sería dable a la naturaleza humana, Don Emilio se conforma con repetir, como un eco, las últimas palabras de su interlocutor, cuando las pausas e inflexiones de la voz de este, dan cabida a sus sanciones positivas.



Se cuenta de él, que cierto día le dijo uno en conversación: —“Fulano insultó a mi padre y para mí es un canalla”—. Y Don Emilio, conforme a su mala-maña, iba repitiendo los finales, de lo que resultó que dijo:

 Mi padre..... es un canalla...

Don Emilio se encontraba de visita en casa de la familia científica, la otra prima noche. Un testigo ocular que estaba en un rincón, como quien no veía ni entendía, me refirió su conversación, con lo que pasé un rato muy divertido.

Se trata de *El Oasis*: Don Emilio nos aparenta, a sus Redactores, la mejor voluntad; pone en las nubes lo que escribimos por malo que sea, y parece (interparéntesis sea dicho) que respeta el formidable látigo que ve pendiente de nuestra mano.

Pero la familia *científica* no es *antipática*, porque en nuestras tendencias *políticas* no ven nada de *ginecocrático*; al contrario, saben que detestamos las mujeres *retóricas*, las *filósofas* y las que estudian derecho. (Y que se traguen esa *cáfila de esdrújulos*, ya que me ponderan de esdrújulista.)

Saben, además, que detestamos las mujeres *briganas*, las que se ocupan de política en vez de sus quehaceres domésticos, y las revolucionarias, y ellas tienen todas estas reservadas.

 Y va de cuento.

La literata se llama Antigua, la filósofa Maura, y la jurisprudencia Damiana.

El ejemplar de *El Oasis* que tienen entre manos es el Núm. 10. Anatomizan su editorial.

 Dice:

Doña Antigua.— Esto no tiene gramática.

Don Emilio.— No tiene gramática.

Doña Maura.— Esta cita del autor francés no tiene ninguna filosofía.

Don Emilio.— Sí, tiene filosofía...

Doña Damiana.— Estos rapaces no conocen los derechos de los pueblos.



Don Emilio.— Los derechos de los pueblos...

Doña Antigua.— Consecuencia muy poco lógica es esta del retrato.

Don Emilio.— Del retrato...

Doña Maura.— Aquí habla de *señoras malas*, eso debe ser por nosotras, pero yo soy filósofa.

Don Emilio.— Por nosotras... filósofa...

Doña Damiana.— Están metiéndose en hablar de Derecho, sin conocer ni aun su pergamino...

Don Emilio.— Derecho... pergamino...

Doña Maura.— ¡Mentecatos! ¡Están muy engreidos!

Don Emilio.— ... *catos*... engreidos...

Doña Antigua.— Están muy preñados de orgullo.

Doña Maura.— Si parieran en proporción a su barriga...

Doña Damiana.— Como hubiera parido yo si hubiera llegado a tener hijos; pero Minerva y Venus no son amigas.

Doña Maura.— Y como pariera yo si me llegara a casar.

Doña Antigua.— Y yo.

Don Emilio.— Y yo.

Doña Antigua.— ¿Y usted no es casado, Don Emilio?

Don Emilio.— Oh sí, Doña Antigua.

Doña Maura.— ¿Y por qué no pare ya?

Doña Damiana y Doña Antigua.— ¡Ja ja ja ja ja!.. ¡je je je je je!... ¡ji ji ji ji ji!... hombre.

Don Emilio.— ¡Qué ocurrencia!

Se prolongó la conversación, y recayó naturalmente sobre política.

Después de haber disparatado por más de un cuarto de hora, dijo Doña Antigua:

—En fin, la República debía ser gobernada por nosotras.

Don Emilio.— ¡Sí, por supuesto! Y los hombres no debíamos ocuparnos sino de lavar la ropa, fregar los platos, y hacer el demás *menage* de casa, para que



ustedes pudieran representar y gobernar la Nación debidamente.

Cuando el amigo que esto nos refirió, oyó proclamar tan vergonzosamente el régimen ginecocrático, por una boca masculina, dio las buenas noches y se fue, temeroso de que Don Emilio llevase la *complacencia* hasta el extremo de ponerse en faldetas, y soportar cuatro nalgadas de aquellas manos femeniles.

El Oasis, 16 de septiembre de 1855.



LOS INDISCRETOS Y YO

No me gusta hablar de mí, porque sé que todo el que toma por texto de un Tratado a su querido *yo*, al principio de su obra aparece como un egoísta, por el medio como un mentecato, y al fin como fastidioso.

Y *yo* puedo conformarme con que me crean egoísta y mentecato, pero me desesperaría saber que fastidiaba a nadie.

Y por eso escribo *yo* de cuando en cuando algunas zurras que ponen lazarinos a mis antagonistas, porque sé que para *mi* y malicioso público, desde que hay *zurra*, ya no hay *fastidio*.

Y por eso difiero *yo* de la opinión del Sr. *Longinos*, cierto *elegante* que se pica de entendido; y que en la plaza de la Merced, el día de la celebración de nuestra Patrona, decía ante un corrillo de legos que nuestro periódico no era interesante, ni tenía artículos *de fondo*; porque para el Sr. *Longinos*, los artículos de más fondo son los que más fastidian.

Y después de todo este prólogo, hecho para hacer



ver que tengo a la vista todos los reproches que se me puedan dirigir por la fatuidad de hablar de *mí*, voy siempre a hacer emplear en *mi* humildísimo cadáver la honorifiquísima atención de *mis* amables lectores.

Yo tengo un genio, o aparento tenerlo, el más complaciente: me gusta sonreír con todos, celebrar las sandeces que son dichas con la intención de que los oyentes las celebren; presto atención a los salvajes que, como el Sr. *Longinos*, se dan los aires de ser sujetos de erudición, aunque no hablen sino barbaridades, ni escriban para el público, no por modestia, que ya de esta fruta no produce el país, sino por no desengañar, poniendo en evidencia su estolidez, la estúpida credulidad de los que los miran y escuchan como oráculos infalibles.

De esta especie hay muchos doctorzuelos en Santo Domingo; ellos *me* conocen, y *yo los conozco*; y para armonizar el bien de su pellejo, con su reputación inmerecida de inteligentes; se *me* venden por muy buenos amigos cuando están en *mi* presencia, y en cuanto doy la espalda, y se encuentran ellos a sus anchas en los clubes de legos, destrozan *mi yo* literario con audacia y gravedad que mueven a risa.

Otros elogian enfáticamente a Fray Gerundio cuando se ven conmigo, creyendo picar mi amor propio con sus elogios al crítico español, los muy imbéciles no se imaginan que con esto me dan un grandísimo gusto, pues es para mí una prueba de que criticándose puede conseguir la inmortalidad; y me estimulan a esforzarme en imitar al ilustre Lafuente, aunque sea cogiendo un zurriago y descargándole despiadadamente sobre las espaldas de los *estimuladores*.

Si Lafuente supiera que era elogiado por tales cerdos, estoy seguro de que arrojaría la pluma de despecho.

Pero de *mi* vida periodística nada *me* causa más enfado que la pésima costumbre que hay aquí de querer saber quién es el autor de cualquier artículo que



vea la luz pública. Hay gañanes que se dirigen a *mí* muy orondos, a preguntarme: ¿Quién es *El Corresponsal de Ban!*? ¿Quién es *Antimenes?* ¿Quién es *Rodulfo?*, etc.

A propósito, este Rodulfo que tantas náuseas causó con sus *delirios* de nefanda memoria, tenía la conciencia de lo malo de sus artículos a *Betsi*, y por consiguiente no quería ser conocido de nadie, salvo de los Redactores de *El Oasis*. Un grosero indiscreto me puso sitio por saber quién era Rodulfo, y yo, hostigado por sus preguntas, le soplé el embuste de que era mi amigo Don Eugenio. El preguntón se fue contentísimo, y a pesar de sus promesas de no pasar adelante la confidencia, lo dijo inmediatamente a unas amigas, estas a otras, y estotras a otras, hasta que todo el bello sexo estuvo entendido en que Don Eugenio era el lloronísimo *Rodulfo*. Llega el asunto a oídos de D. Eugenio, el cual había sido el primero en ridiculizar al delirador, los delirios, y la *Betsi* que los inspiraba. Monta en cólera, y con razón; averigua quién le ha levantado el testimonio, se tira de los cabellos, patea, y quiere hasta proponerme duelo cuando se cercioró de que yo le había hecho semejante favor. Solo se calmó cuando le prometí que destruiría esa creencia propagando que el autor de los delirios era el amigo Bonetty.

El más insoportable de los preguntones es el joven *Burringa*, a quien no sé por qué, se le ha metido en la cabeza que tiene derecho a la confianza Redactorial. Este quiere saber todos los secretos de *El Oasis*, a quién alude esto, quién hizo lo uno, quién hizo lo otro. Y aunque yo le dé de cuando en cuando algunas réplicas rudas, tales como: "Sr. *Burringa*, el que escribe bajo un seudónimo, o bajo el anónimo, o bajo una inicial misteriosa, razones tendrá para no querer que se sepa su verdadero nombre." "Señor *Burringa*, Ud. me fastidia, me abrumba la paciencia", aunque yo le dé semejantes respuestas, el Sr. *Burringa* vuelve a poco a fastidiarme con sus preguntas.



Y hay muchos por el estilo del Sr. *Burringa*.

Yo deseo de todas veras que se dejen de querer saberlo todo, les suplico encarecidamente que no me vengán a cargar, a aburrir, con su impertinente curiosidad: hoy se lo suplico, y más tarde sabe Dios si estaré de humor de hacer atender a mi súplica de un modo que ellos no soñarán siquiera... escribiendo una circular con los nombres y apellidos de los averiguadores, los más indiscretos, los más groseros, los más majaderos.

El Oasis, 30 de septiembre de 1855.



ENMANUEL NOVELISTA

¡Este es gallo!
Ubeda.

Extraños caprichos asaltan a veces al hombre que por menos caprichoso se tiene!

¿Creerán mis lectores (y por lo poco que me conocen deben saber que soy enemigo de llorar), que hace cuatro o cinco días se me puso escribir una sentida novela, tan patética y romántica, que arrancase lágrimas de ternura a las mismas piedras? Pues esta idea fue mi favorita hasta ayer; la acariciaba, o mejor dicho, la añoraba en mi mente, no la separaba de ella un momento, y por decirlo así, fue durante tres días la *estrella polar* de mi imaginación.

Ahora que el hechizo ha perdido su influencia sobre mí, no me canso de reírme como si me hiciesen cosquillas, al recuerdo de los muchos proyectitos que contenía en sí, y de que se hallaba preñado aquel enorme proyecto.

Y como yo no soy egoísta, quiero hacer partícipes a mis caros lectores de las más chistosas de las ridiculeces que durante tres días con sus noches estuvieron hospedadas en mi cerebro.



La razón natural y el ensayo que yo hice dictan desde que uno consiente en escribir una novela, forma un *plan*, que encierre todos sus episodios. Para las novelas, como todo lo que se desea que salga bien, es necesario un *plan*, bien combinado, se entiende, que si no, con la novela puede suceder, lo que con otras cosas que se emprenden sin plan acertado, *¡que fracasan!*

Pero mi plan se reducía a *imitar* los mejores novelistas que había leído, y por tanto tenía como brújulas que me guiasen en mi novelesco piélagos, las obras de Walter Scott, E. Sue, Fenimore Cooper, Paul de Kock, Dumas, etc., etc.

Comiencen mis lectores a reírse: el héroe principal de mi novela era *yo*, ¡Enmanuel! La dificultad estaba en el *carácter* con que me había de *revestir* (porque como no soy hipócrita, digo francamente que el *carácter* se reviste o se muda, como una levita, una toga o una casulla); tan pronto me venía el pensamiento de hacer de mi individuo un hombre extraordinario, un Calvino, un José Bálsamo, un Monte Cristo, o un *Lord Ruthwens*, como el de presentarme tal cual soy, un hombre como otro cualquiera, pues Antimenes no anduvo exacto cuando describió mi carácter; y perdóneme Antimenes.

Pero en fin, me decidí a no aparecer ni como muy original, ni como muy ordinario. Me proponía en cierto lugar de mi obra, dejarme insultar por un cobarde al que de un solo bofetón podría poner en vergonzosa fuga, y en otro proporcionaría una violenta escena con el hombre más bravo de la República; nos batiríamos, y de un pinchazo le sacaría yo un ojo; de otro le abriría un ojal en la barriga, por donde arrojará las tripas y la vida. ¿Qué tal?

Como la mayor parte de las novelas comienzan por dar el número y la calle de una casa, yo me vería muy perplejo, porque las casas de la ciudad no están numeradas! pero para salvar el inconveniente empezaría mi relato por decir:



En una casa... *cerca de Regina*... o daría otra seña parecida.

Ultimamente, mi plan era este:

Yo no me casaba con nadie, ni estaba enamorado de nadie. No me iba a *revestir de un carácter maléfico*; y como quería imitar, haría de un protector de la *inocencia* contra el *crimen*, de la hermosura de una preciosísima criatura, contra la envidia de unas tías feas, viejas, intrigantes y que vivían roñosas por no haber logrado un *Juan de Buen-alma* que las sacara de penas.

Creo que con darme yo un carácter tan noble, no me ridiculizaría, pues he reparado que no hay joven, por feo, flaco, contrahecho, vil, malvado y miserable que sea, que cuando lee los Misterios de París, no quiero coger los modales y las costumbres que Sue da al príncipe Rodolfo, o cuando lee a Monte Cristo, no quiera prestar a su repugnante fisonomía la fría y melancólica expresión del semblante de Edmundo Dantés.

Sigo la exposición de mi plan, ya queda poco.

La *criatura angelical* que yo tomo bajo mi protección, concertaría matrimonio con un *individuo* a quien amaba. Las dos tías le tienen tendidas redes al individuo, para ver si lo pescan para una de ellas, o para las dos... ¿quién sabe?... es la única áncora de salud que les queda para salir del celibato; y solteras viejas y feas, vive Dios que equivalen a... ¿a qué? a muebles inútiles o embarazosos; y ellas más querrían embarazarse a sí mismas, que embarazar a los hombres.

A pesar de todas las intrigas de las harpías, como a gente enamorada no hay diablo que la sujete, al fin se casan mi protegida y mi galán.

Creerán algunos que ya casados los amantes, se acaba mi novela; pues se equivocan, que ahora entra el verdadero interés, la acción más animada, la inventiva dramática de mi obra.

Las viejas se proponen turbar la dicha de los casados a fuerza de chismes. Los pobres jóvenes no saben



qué hacer para librarse de la *enredada* atmósfera que respiran, *¡y aquí entro yo!*

Cojo a las viejas de mi cuenta, las intrigo, les meto chismes, las hago espiar, contrarresto sus infernales planes, me río de ellas y las fatigo... Cuando ellas descubren quién es el combatiente que les hace la guerra, se desalientan, y en su furor exclama una de ellas:

¡Enmanuel no sabe de gramática!...

Lectores queridos, mi plan estaba tan bien organizado, que dándoles vueltas y revueltas en el entendimiento, cuando llegué a este lugar y buscaba su completo desenlace, me pareció que era verdad todo mi tejido de embustes, que oía una de las viejas clamar con voz cavernosa:

¡Enmanuel no sabe de gramática!...

Y fue tal mi incomodidad, tanto lo que se afectó mi amor propio de escritor público (que no hay cosa más susceptible), que un raptó poderoso de ira me hizo levantar a agarrar un garrote, con el intento de ir: *A una casa cerca de Regina*, como dije al principio de mi plan, y entrar a palos con las antiguas señoras tías que en ella había imaginado, para explicarles con la técnica de un gramático, que *palo* es del género masculino, y *costilla* del femenino.

Pero al salir de mi casa con tan perversa intención, el aire de la calle refrescó mi acalorada cabeza; comprendí que era una especie de exaltación febril lo que había tenido; y desde el momento renuncié a planes de novelas que tanto excitan el cerebro; reflexioné que las cabezas de los novelistas estarán siempre calientes como hornos, y que algo deben tener de locos. Volví a entrar, pues, en mi casa, riéndome de un capricho tan extravagante, que por poco hace de mí un *orate*. Todavía me estoy riendo... ¿Si a los que me han leído les sucederá lo mismo? Lo que me atrevo a asegurar es que no habrá faltado quien rabie con el relato de mi quijotesca manía.

El Oasis, 4 de noviembre de 1855.



CHISMES Y ENREDOS

Los físicos atribuyen los huracanes al concurso de diferentes vientos que convergen a un mismo punto; los físicos y los que no lo somos sabemos que los huracanes hacen siempre daños, pero no sabemos si los vientos hallan placer o disgusto en su reunión, si se juntan a conversar alegremente entre sí, o a reñir a guisa de enemigos implacables.

Como viene bien a mi comparación, me inclino a creer que los huracanes son efecto del *humor sociable* de los vientos.

Así cuando dos o más literatos que escriben en el género crítico, se juntan a charlar, a reír y a pasar el rato *divertido*, los pobres pellejos de algunas víctimas sufren tal tunda, que quedan en completo estado de curtimiento. ¡Tiembra, oh prójimo que me lees, cuando veas reír de buena gana a dos escritores satíricos!

Tal es el efecto que producen mis frecuentes conversaciones con Antimenes. Cuando él me visita a mí, o yo lo visito a él, o ambos nos encontramos en la calle,



tomamos por divisa la máxima siguiente, de cierto autor espiritual:

Los tontos están en este mundo,
para nuestras pequeñas distracciones.

Divisa de que no separamos la vista un solo momento, y la cual es la clave de nuestros ratos divertidos.

Hace pocos días que produjimos un torbellino de los más furiosos, pues estábamos tan en cáscara, que Antímenes podía pasar por *ábrego*, yo por *austro*, y el famoso Marco Aurelio, que nos hacía tercio, por *aquilón*.

Bramábamos, pues, como braman esos tres demonios en la tempestad.

Zumba Antímenes: Enmanuel, vengo a recomendarte a la familia * * *, que vive en la vecindad de una casa que yo frecuento, es de las que más se ocupan de las vidas ajenas. Házmeles una caricia en el primer artículo que escribas para las Variedades.

Bufa Marco Aurelio. Esas malditas mujeres sé que se han ocupado de murmurarme sin piedad, diciendo que distinguían *mi voz* en medio de cierto zafarrancho que se armó una noche. Podían, las que aman los placeres mundanos, reparar que los insomnios y bacanales les tienen las caras pálidas y arrugadas como momias egipcias, y dejarse de bochinchas, y la que frecuenta los sacramentos (a excepción del séptimo), debía no pensar más que en vestir santos, y no en celar de *motu proprio* a D. David, no tomar cuenta, cuando se halla en cierta estancia de las inmediaciones de la Ciudad, de las operaciones amoriles de las jóvenes. ¡Espantajo! ¡Fantasma! Liebre por lo ligero cuando corre, y dromedaria por lo flaco y escuálido de su cadáver.

Rajo yo. Vamos, mi querido Marco, cálmate y no te exaltes tanto; nosotros tenemos la ventaja de hacer rabiar al que nos diere gana y quedarnos frescos.

Antímenes. ¿Frescos? Te equivocas. Hay algunas víctimas que, no hallando otro recurso, se echan una man-



ta a la espalda (si son mujeres), o toman el sombrero (si son barbones), y salen por esos mundos a guisa de pregoneros, a combatir con su acerada lengua a *El Oasis* y sus Redactores. Es verdad que en cuanto asoma uno de nosotros se callan, pero esto no quita que el otro día Doña N. te pusiera como un suelo en casa de Don K...

—Yo. Sin embargo, hay otros que cuando ven nuestro fuego nutrido, piden cuartel, cuando no se rinden a discreción.

—Antimenes. No hacen sino mudar de táctica: cuando les concedemos una tregua o un armisticio, nos dan las gracias a nosotros, pero a nuestra espalda dicen que les hemos dado satisfacción, y que no nos atreveremos a escribir más contra ellos.

—Yo. Pero ¿y lo escrito? ¿Quién lo borra?

—Marco Aurelio. Por eso deben Udes. decir siempre: "Me ratifico en lo dicho."

—Yo. Eso lo digo yo siempre; tú sabes que por carácter, y por conciencia propia, nunca me desligo de lo que una vez he dicho, ni me retracto jamás.

—Antimenes. Yo soy lo mismo. Por eso no he querido dar a la prensa un articulito corto, en que imponía al público del siglo XIX. Es uno de los *misterios de Santo Domingo*, pues también hay misterios, aunque no sean tan complicados como los de París. Pero si lo publico, tal vez habrá quien quiera hacerme retractar de ello, porque como me ven chiquito...

—Marco Aurelio y Yo (con mucho interés) ¿Qué misterio es ese? Cuéntanos.

—Antimenes. Que entre algunas dominicanas es tal el deseo de maridos, y de maridos extranjeros, que ya no se paran en pelillos; si ellos no les dicen "—q—", lo dicen ellas a los otros. Si hay quien les diga que ese no es el uso, responden que nuestro siglo es de progreso, de mejoras, y que es menester combatir una preocupación que ha hecho tantas mujeres desgraciadas, que tantas pasiones profundas ha hecho devorar en martirizador silencio. *Doña Carlota Carujo* es una de las que



así raciocinan: se ha enamorado perdidamente de la prolongada nariz y el coco pelado de Mr. Fortunè, cierto francés que está aquí hace algún tiempo. Con arrumacos, majarete, piñonate, y otros chismes, tenía oculto el anzuelo que debía atragantar a *Mr. Fortunè*; por su fortuna este traslució el negocio, y quiso evitar la tentación retirándose de la casa de Doña Carlota; pero esta moderna Dido, más esplendorosa que la de la antigüedad, no se puso a llorar desesperada la fuga de su Eneas, sino que trató de volver a traerlo al traidor alcance de sus ojos negros, y al muelle halago de sus sabrosos dulcitos. Al efecto escribió algunos billetes a *Fortunè*, entre los cuales se encontraba uno que principiaba por decir: "*Querido amor: usted es un falso.*" Pero reflexionando que más efecto haría en el infiel un billete amoroso escrito en su idioma natal, empuñó un diccionario, buscó significados, coordinó frases y por fin dijo al francés:

"Cher amour: vous etez un faux."

Marco Aurelio y yo reímos de todo corazón, y encontramos muy buena la muestrecita de francés. Todos convinimos en que no hay maestro que haga adelantar *las discípulas* más pronto que el amor.

Como habrán visto mis lectores, el viento que con menos furia combatía, y que más respetaba la reputación del prójimo, era yo. La tempestad fue calmando por grados, hasta que cada viento se recogió a su eólica gruta. Yo he querido conservar el recuerdo de esta inofensiva conversación de amigos, consignándola en *El Oasis*, del mismo modo que sobre los verdes oasis del desierto dejan impresa su huella de desolación los huracanes que con frecuencia turban aquellos vastos arenales.

El Oasis, 18 de noviembre de 1855.



LA VANIDAD

Si la ignorancia puede conducir al crimen, la vanidad por su parte nos conduce al ridículo.

Pero en medio de la risa a que regularmente excita un hombre en vano, una reflexión triste se desliza en la imaginación, y turba la hilaridad en que nos pueda poner la vista de acciones nacidas de un fondo de necia presunción.

La vanidad es hija de la ignorancia, y a más de los suyos propios, tiene todos los vicios de su madre.

Luego, si la ignorancia puede hacer criminal a un hombre, la vanidad le puede hacer incurrir en crímenes también.

Y a la verdad: todo hombre vano es ambicioso, porque teniéndose en mucho, pone la codiciosa vista en las esferas superiores a las que cree poseer suficientes títulos para poder aspirar.

Todo hombre vano es envidioso, porque teniéndose en mucho, no puede soportar la vista de las comodidades de otro, no puede soportar los aplausos que se tri-



buten a un mérito que por mucho que sale a la vista, no puede nunca convencerse de que sea superior al suyo.

Y la ambición y la envidia son amplias puertas abiertas en el principio de la senda de los más negros crimenes. Son puertas, pero que con solo pisar su siniestro umbral, ya está uno comprometido para siempre y sin poder retroceder, en la terrible senda a que tienen su salida.

Por eso el hombre vano, que ve con desagrado y lastimando el duro freno de la envidia el bienestar de los demás, procura vengarse de la sociedad que hace justicia al verdadero mérito, mordiendo sordamente y *queriendo lucir en las tinieblas*, a los que en un rango superior al de él, están fuera del alcance de sus envenenados tiros; los cuales, dirigidos francamente y en pleno día, podrían volverse contra la mano traidora e indigna que los asestara.

Por eso el hombre vano puede ser calumniador.

Por eso vemos al hombre vano con desprecio y con horror...

El Oasis, 9 de diciembre de 1855.



EL OASIS, SUS VÍCTIMAS Y LOS QUE QUIEREN SERLO.

*La luna sigue su curso
aunque los perros le ladren.*
R. del C.

El Oasis de hoy no es ya un periódico que se llama simplemente *El Oasis*. —Oasis lo llamamos nosotros sus Redactores, muchos de sus suscriptores, todos aquellos que nos encargan alguna sátira contra cualquier pobre diablo, y se lo guisamos en una letrilla o en una variedad, por complacencia. Para estos no es tan solo un Oasis de verdor y frescura, es un paraíso, un edén, una gloria; es, en fin, un periódico por donde puede uno corresponder públicamente a un halago privado, y satisfacer los pequeños resabios de su amor propio.

Por esa larga familia de los *tirados* o de los *estirados*; de esos pobres que tienen las orejas como brasas, los ojos como chispas y las narices como fuelles; esa familia califica, de muy distinto modo el pobre papelucho. —Para ella no es Oasis; es *fogón*, *chispero*, *piedra infernal*, *avispa*, *látigo*, *pasquín*, etc. Y todo ¿por qué? Por algunas simples caricias que les deslizamos de cuando en cuando en nuestros momentos de buen humor; o por algunas pequeñas contradicciones de pareceres, o



porque leemos como en un libro abierto en el corazón de un mentecato, o de un fatuo, o de un muchacho intranquilo, al que procuramos traer a la razón. Por eso es, queridos lectores, que nos dan tan mala fama, no vayáis a creer que es porque nos metemos en vidas privadas de nadie, ni insultamos a nadie; ¡Dios nos libre!

Y tan es como lo decimos, que ya hemos caído en el cantar de algunos tercios: se las pelan por figurar en periódicos ciertos pobretes; y viendo que no nos ocupamos de ellos ni aun para ridiculizarlos, recurren al expediente de causarnos cualquier pequeña mortificación, o incomodarnos, para ver si nos excitan a que los hagamos bailar en el público. ¡Esto parece increíble!

Los *pulleros*, *indirecteros* o *chufleteros*, pertenecen a esta especie de pólipos sociales. A mí no me maravilla que apelen a expedientes tan miserables, individuos miserables también, de cualidades o de inteligencia, pues cada combatiente se adapta a su estatura, o a sus fuerzas; pero que *hombres tenidos por cultos*, como dijo un fabulista, o que quieren pasar por tales, las empleen contra nosotros, pobres muchachos, ineptos, incapaces, que no escribimos sino variedades, que no vemos más allá de nuestras narices, *ni en el porvenir* (del cual nos reímos, como muchachos al fin); que hombres de *una fuerza atlética*, de una erudición *sin límites...* como la nada (que cabe en cuatro letras), nos acribillen a pullazos, a chufletazos, ¡oh, esto es inicuo, esto es detestable, esto nos hacer llorar... de risa!

Todo este preámbulo trae en pos de sí, y arrastrando por los cabellos, una anécdota en que por desgracia mía desempeñé un papel no muy insignificante, pues fue nada menos que el de servir, junto con Antimenes, de blanco a los despiadados tiros de un ser *antipático*, en esencia y en presencia. Describiré esta, y por mi narración se juzgará si aquella no lo es también, y en muy superlativo grado.

Don Facundo Caña es un joven como de 25 años de edad; su figura más tiene de lagarto que de hombre:



largo, flaco y espeluznado, ojos saltones, zancudo y con la boca de oreja a oreja, andar pausado, voz y modales acaimanados, y otros mil primores de igual naturaleza; todo esto hace del físico de Don Facundo la figura más grotesca y extravagante. Su vestir está en correlación con sus dotes naturales: usa una casaca de faldillas tan largas que le azotan las pantorrillas, lo cual figura el rabo de un lagarto a que se asemeja, los calzones a media pierna, la cual, compuesta de pellejo y hueso, sale a lucir en cuanto el pantalón se levanta, o la rasgada media se rueda. Entre la pretina y el estomacal chaleco, hay un espacio suplido por una camisa no muy aseada. En lo único en que tiene esmerada presunción, es en anudarse bien su enorme corbatón y en llevar muy tiesos dos colosales cuellos que le cubren a medias dos orejas más colosales aún.

Había tenido relaciones con una señorita de origen francés llamada Doña Micaela *Canout*; y trató de casarse con ella; pero como el apellido de la señorita se pronuncia Canut, y algunos españolazos a los nombres acabados en t le añaden una o, por lo cual habrían dicho *Canuto*; como Don Facundo se llama Caña, y las esposas añaden a su apellido de familia el de sus maridos, se rompió el proyectado enlace, por no proporcionar que la pobre señorita, tomándolo por esposo, viniera a llamarse *Doña Micaela Canuto de Caña*.

Ya conocen mis lectores al héroe de mi historia; o a lo menos tienen ya antecedentes que no dejarán de prevenirles en su favor.

Antimenes y yo nos aburríamos el otro día como dos lores repletos de oro y de placeres; pero, bien entendido, nos aburríamos porque no teníamos ni lo uno, ni, por consiguiente, podíamos procurarnos los otros; razones por las cuales estamos saboreando el fastidio de *esta Patria*. De repente se levantó Antimenes y me dijo:

—Vamos conmigo.

—¿Adónde?

—A casa de *Doña Epitafía* —me respondió Antimenes.



—¡Ave María purísima! —exclamé aturdido—, ¿quién es esa señora?

—Doña Epitafia Funeral —me dijo mi amigo—, la esposa de *Don Lépido Catafalco*, y la madre de las dos señoritas bellísimas llamadas *Doña Lápida* y *Doña Funesta*.

—¡Jesús! —le dije— ¡encomiéndome a Santa *Bárbara*! ¡Qué nombres! ¡Santo Dios! Vamos a ver qué gente es esa; hasta creo que te chanceas.

Nos encaminamos a la casa de la familia lúgubre; y por el camino iba yo pensando en los nombres que acababa de oír, y mi amigo riéndose de mi estupefacción.

Llegamos, y al entrar vi que nada había de fúnebre allí, sino los nombres de los habitantes de la casa. Saludé a Doña Epitafia, y a Don Lépido Catafalco, que me recibieron con la mayor amabilidad, gracias a la pomposa recomendación que de mis buenas prendas les hizo Antimenes. En una poltrona estaba sentado, o mejor dicho, doblado en tres, un individuo que ni siquiera se movió para contestar nuestro saludo; reconocimos en él al Sr. Don Facundo Caña.

Llamaron a las Señoritas por los nombres de *Lápida* y *Funesta*; vinieron, y no me quedó duda de que así se llamaban. Quedéme absorto.

Las dos criaturas eran a la verdad hermosas, amables y espirituales; tres cualidades no muy comunes por cierto... en nuestras niñas, y perdóneme la grosería el bello sexo.

Yo, aunque atónito al oír *funesta*, *lápida*, *catafalco*, funeral, etc., procuré arrojar lejos de mí las ideas sepulcrales, recobrar mi buen humor, y entablar una conversación animada. Al efecto me dirigí al Sr. Caña, y le dije lo más cariñosamente que pude:

—Amigo Don Facundo, lo encuentro a Ud. algo triste; sin duda el doloroso recuerdo de Doña Micaelita viene a turbar los momentos de dicha que una persona del talento de Ud. debe naturalmente encontrar en esta tan amable compañía.



—A mí no me entristecen recuerdos —me replicó D. Facundo, abriendo un sepulcro por boca—; lo que me pone triste es la vista inesperada de objetos o personas, que tal vez no me agradan mucho.

Sentí la pulla, y me dije en mi interior: —parece que este mentecato quiere echar la gente de la casa ajena. ¡Egoísta! ¡Bruto!

Antimenes se inclinó a mi oído, y me dijo:

—¿Has comprendido la indirecta? Es por nosotros... ¡Miren qué *ente* de echar chufletas! —Yo me reí.

Don Facundo lo observaba todo, y parece que se molestó con mi risa. Incorporóse gravemente en su asiento, y tomando la palabra dijo:

—Hay gente que se engríe con mucha facilidad; y se cree con derecho de mortificar a todo el mundo, porque dos o tres salvajes soporten sus impertinencias; pero a veces... donde se cree que hay *tocinos*, no hay ni *estacas*.

—¡Qué refrán tan de mal gusto! —me dijo Antimenes al oído; por lo cual me reí de nuevo.

—¿Quieren Udes. ver una letrilla que tenía hecha para que me la insertaran en *El Oasis*? —dijo el Sr. Caña levantándose repentinamente.

—Sí, Sr. —respondimos en coro Antimenes y yo.

El héroe se acercó a la luz, sacó un papel y nos leyó con voz ronca y lenta lo siguiente:

¿Quiénes son esos pedantes
que le echan de escritores;
y quieren criticadores
insultarnos arrogantes?
¿Quiénes son?
¡San Ramón!
Si me caen en las garras
me han de pagar la de marras
pues los pongo
más blandito *que un mondongo*.



—¡Qué letrilla tan sucia! qué prosaica, Sr. Caña —dijo Doña Epitafia.

—Ya un amigo me había dicho que eso de *mondongo* no era muy propio; razón por la que desistí de publicarla —dijo el Sr. Caña en tono un poco embarazado.

—¿Y a quién va dirigida? —le pregunté yo con intención.

—A nadie —dijo Don Facundo, aparentando indiferencia.

—¡Yo lo creo! —repuso Antimenes.

Los amos de la casa apenas tomaban parte en la conversación, yo traté de generalizarla diciendo:

—¿Le gustan a U. los versos, Sr. Don Lépidio?

—Me gustaban —dijo Don Lépidio—, pero desde que Don Facundo me lee los suyos, no puedo soportar la poesía.

—Ya nos vengó Don Lépidio —me dijo Antimenes.

Don Facundo hizo como que no había oído ni entendido. Estaba absorto en grandes reflexiones. De repente nos preguntó:

—¿Trae algo interesante el *libelo infamatorio* del próximo domingo?

—¿Qué libelo, Señor? —le interrogué yo algo picado.

—No... lo dije de chanza... el periódico de Udes.... *El Oasis*.

—Lo único importante que hay, dijo Antimenes, es un artículo contra los que nos echan indirectas a sus Redactores.

Don Facundo no pudo ocultar su emoción al oír esto; se turbó, balbuceó algunas palabras; y luego guardó silencio.

Yo dije entonces:

—*El Oasis* no ha infamado a nadie; muchas veces hemos delineado algunas caricaturas de capricho; y ha habido quien se ponga a gritar: "Mírenlo bien, ese soy yo; ahí me han retratado a mí!" Y tanto lo han vociferado, hasta que al fin los han creído. Otras veces hemos fabricado espejos fantásticos, como *el drama*, *el sueño*;



y al acercarse muchos han visto al inocente vidrio reflejar sus fisonomías. A la verdad, algunos de estos (y no sé si entre ellos figurará Don Facundo), a fuerza de observar una conducta tortuosa y enigmática, hallándose en tertulia con nosotros, a fuerza de echarnos cariñosas sátiras y amables indirectas, nos han obligado a ocuparnos real y efectivamente de exponerlos *a la mofa* del pueblo (no ni nunca *a su desprecio* o *a su odio*, aunque tal vez lo podríamos con muchos de nuestros antagonistas), pero si los hemos zaherido, sus *pullas* han tenido la culpa; porque, amigo, al fin y al cabo, nosotros no somos de palo.

Nosotros hemos arrojado el guante más de una vez, muy bizarramente, contra los que nos hacen el honor de echarnos sus indirectas. Penoso nos será descender a un terreno tan inmundo como el de las chufletas simuladas; ¡pero a no ofrecérsenos otra cosa! Quizás tengamos que emplear aunque con repugnancia, las viles armas que emplean nuestros adversarios, para atacarnos. ¡Y cuidado, entonces! Pero, o no se nos ataque cobardemente, o acéptese con toda franqueza el gaje de combate que noblemente hemos ofrecido. ¿Por qué no lo aceptan? ¿Es verdad, Don Lépidio?

Este me respondió:

—Usted tiene sobradísima razón. El que tiene indigestiones causadas por artículos de *El Oasis*, debiera desahogarse con una crítica razonable, la cual no dudo que Udes. soportarían, pues no los creo muy presuntuosos. Pero Udes. tienen justos motivos de molestarse con los míseros que tal vez aguijoneados por el deseo de figurar en sus letrillas, los hostigan con sátiras en las tertulias a que tal vez van Udes. a buscar una distracción inocente. ¿Por qué hablarles de periódicos, variedades, libelos, etc., si Udes. no provocan esas conversaciones, quizá por no humillar a algún pobrete que los ve con secreta envidia escribir para el público, escriban bien, o escriban mal? Porque la cuestión no estriba en si Udes. lo hacen bien, o si lo hacen mal, sino



en que el hipo del siglo es *figurar*, todos nos las pelamos por hacer papel, por hacer ruido, aunque sea por medio de calaveradas; y a fe que habría entre nosotros muchísimos *Erostratos*, si muchísimos tuvieran el valor del que incendió el templo de Diana.

Yo quedé encantado de oír a Don Lépidio Catafalco expresarse tan a plomo. Sus hijas sonrieron maliciosamente mirando a Don Facundo. Este se quedó mohíno y abochornado; y nosotros nos despedimos de la familia fúnebre, la cual nos hizo prometer que volveríamos a visitarla. Cuando salimos a la calle, me dijo Antime-nes:

—No hagamos nunca caso de pullas. Despreciémoslas porque el que nos ataca indirectamente, *tiene miedo* de hacerlo a lo caballero. —Y a los groseros, recítémosles este juguete:

Porque quiere don Henrique
 figurar en las letrillas
 promete que las costillas
 romperá a quien lo critique;
 ¡Alfeñique!
 Los *entes* de tu jaez
 tras de su ridiculez
 parapetados están;
 ahí se quedarán;
 y de rabia morirán
 ramplamplán.

El Oasis, 16 de diciembre de 1985.



ARTÍCULO SIN EPÍGRAFE

Tentado estuve de titularle *El amor*, pero como ya esa es una materia tan tratada y retratada; tan sopeada de poetas, filósofos, moralistas y hasta teólogos; como no ha habido en el mundo hombre que empuñe péñola, cuyos primeros pensamientos originales no hayan sido inspirados por el amor; últimamente, como ya ese asunto fastidia, porque lo han hecho fastidioso nuestras niñas cacareando sus picardigüelas y haciendo señitas galantes a la faz del mundo; nuestras ancianas, refiriendo entre suspiros de a puño las aventuras de que fueron protagonistas en una época ¡ay! más felice, pero la cual época ¡ay! no volverá; no, no, no; como lo han hecho fastidioso sobre todo los *jóvenes* mayores de cincuenta años, que en esto de galantería les suople el valor lo que les falta de fuerzas; y parece que dicen como la guardia imperial de Napoleón el Grande: “Muerdo, pero no me rindo”; por todos estos motivos, queridos lectores, me he resuelto a no titular mi artículo *El amor*, y he preferido dejarle sin epígrafe.



Y bien visto, no es un lazo que tiendo para hacer caer en él a los lectores que ven esta materia con repugnancia; porque mi artículo no es todo amor: en él se trata de uno que padece de mal de amores; el cual es mi amigo Heredia (alistas Antimenes); y de otro que trata de consolar al llorón, burlándose de su debilidad; ¡y ese soy yo!

Es el cuento, que el jueves pasado fui a visitar a aquel pobrete. El público ha sido impuesto por él de antemano de que yo he recibido varias visitas suyas, es justo que yo le pague siquiera una públicamente. Pues señor, me doy con mi hombre de flato ese día. Echado patas arriba en una hamaca (mueble indispensable en esta zona tórrida para los literatos), derramaba copiosísimas lágrimas, y ponía un gesto como de quien acababa de probar vinagre. Enternecíme por de pronto, y aun me asusté al verle tan afligido creyendo que alguna grave desgracia habría caído sobre él. Le pregunté con solicitud cuál era el mal que le abrumaba; y bebiéndose las lágrimas me respondió con voz compungida:

—¡Ay, amigo!... ¡Esa Elmira!... (*llorando*) hiji... hiji... hiji...

—¡Vete al infierno, hombre! —le interrumpí dando un gran resuello—. (Si supieras qué susto me has dado! ¡mal haya sea tu amor!...

—¡Ay Manuel! ¡No puedes figurarte cuán desgraciado soy!

—¡Quita allá, hombre! ¡Eso da vergüenza!

“¡Llorar por amores! ¿En qué tiempo crees que estamos? ¿En la Edad Media? ¡Te engañas! En los tiempos que corren, el amor se hace a puñetazos, o a carcajadas... El que más se ríe de las mujeres es el más favorecido de ellas. Al que les llora lo hacen rabiar. Un sujeto he conocido que traía al retortero muchas chicas tan bonitas como tu Elmira; las cuales peleaban por él; y él ni hacía versos, ni gastaba papel y retórica en decirles que las adoraba; ¡cuanto esperaba para sus conquistas era la risa!



“Toma tú su ejemplo, ríete de Elmira, hazle muecas, salúdala diciéndole: ¡Adiós, chatica!; en vez de églogas o silvas, sóplale cuatro letrillas en las que le digas coqueta, casquivana, mentecata, fea y otros requiebros por ese estilo. Hazla reírse aunque sea haciéndote su bufón, y el triunfo es tuyo.”

Heredia se serenaba por grados. Yo lo advertí, y quise darle un golpe decisivo.

—Hablemos de *El Oasis*. Yo estoy haciendo una canción patriótica para alentar a mis conciudadanos al combate. Ocupate en ayudar la Patria de ese modo, hombre; y no estés cantando amores en tiempo de guerra; que eso es muy impropio. Escucha:

¡Ciudadanos! la garra terrible
que amenaza a la patria
de civismo un baluarte invencible
con los pechos heroicos formad!

—¡Huy! ¡qué malo está eso! —me interrumpió Heredia—. ¡Un baluarte para una garra!... ¡Jesús! Y además, ¿por qué no dices miremos y formemos, eh? ¡Con que mandas a los otros a que vayan a trabajarse y tú mientras tanto nada más que escribiendo editoriales!...

Pues mira que te pueden decir lo que le dijeron al otro: “Estamos sobre las armas para defender la Patria, y no necesitamos de excitaciones.”

Yo me incomodé un poco con la indiscreción de Heredia, y le dije:

—Bien sabe Dios y bien saben tú y muchos que mi deseo es servir a mi Patria en el lugar donde más le valen los servicios de sus hijos, y que yo estaría gusto con el ejército, haciendo himnos guerreros, y entonándolos como Tirteo a los tebanos al marchar al combate, pero...

—¡Hombre! ¡qué ridículo estás! —me dijo el tunante Heredia—. ¿Por este estilo te has montado? Conque te ha cogido hoy fieramente con el heroísmo, y el patrio-



tismo y ... pues vete a pelear, hombre; porque si no creeré que perteneces a la categoría de los Herodes que ridiculizaste en aquel drama; te me estás pareciendo al inmortal Don Tristán...

El buen humor que yo había hecho nacer en Heredia, me iba ya poniendo de mal humor a mí. Reparé que había ido más lejos de lo que quería; y por consiguiente traté de retroceder. Con este objeto le dije:

—Heredia, dejémonos de bromas. Si mi canción patriótica no te gusta, no la publicaré. Pero en su lugar voy a ver si me salgo con unos versos amatorios que desde hace tres días estoy revolviendo en el magin... Se trata de unos consejos a ti, respecto de Elmira...

Heredia se puso muy serio, y guardó silencio.

Yo me acerqué a una mesa, tomé los enseres de escribir, púseme a exprimir la vena por espacio de media hora; y al fin produje los conceptos siguientes, a que no sé si me atrevo a llamarles

Oda

A mi amigo Heredia.

Ese abundoso llanto
que viertes por la bella despiadada,
cuyo rigor es tanto
que mira tu quebranto
sin darte de consuelo una mirada;

enjúgale animoso,
y entrega esa hermosura sin clemencia
a olvido desdeñoso;
pues en ver tu dolencia
ella goza maligna complacencia.

Estatua de diamante
sin duda, ¡pobre amigo! es esa dama;
pues la voz suplicante



desoye que la llama
y trémula de amor, por un *Sí* clama.

Que tu orgullo ofendido
el llanto seque de tu faz altiva,
pues yo juzgo perdido
el incienso ofrecido
ante las aras de una diosa esquiva.

.....

Leía yo en patética y conmovida voz mis versos, cuando fuertísimos sollozos me interrumpieron en esta sazón. Alzo la vista, y veo de nuevo a Heredia sumido en amargo lloro. Pero esta vez no emprendí consolarlo, no fuera a sucederme como la de marras, me levanté, cogí mi sombrero, y salí contentísimo de que mi estratagemma me hubiese dado tan buenos efectos. Ni me digné despedirme del compungidísimo Heredia.

Júzguese por aquí de lo insensato, lo necio y mentecato que es un joven de todas veras enamorado. Sin ninguna duda, no hay cosa que más embrutezca al hombre que el amor.

He acabado mi artículo, y ahora caigo en que debía haberle puesto por epigrafe "Peripecias".

El Oasis, 23 de diciembre de 1855.



MELANCOLÍA

Se me pregunta por qué estoy frecuentemente pensativo, y como absorto en profundas reflexiones. También se extraña ver que repentinamente paso de la tristeza a la alegría. Las personas que me notan este proceder, convengo en que se interesan por mí, no sé si en mi mal o bien; perdónenme si les respondo: que no es un mal circunstancial el que me arroja en el abatimiento, sino que este es la obra de muchos sufrimientos. No es un pesar el que a veces me hace no prestar atención a las jocosas palabras de un charlatán, o no abrir los ojos con curiosidad sobre objetos dignos de ella. Es la pérdida completa de todas mis ilusiones mundanas y de felicidad. Es el vacío que esta pérdida ha dejado en mi alma, porque aunque las ilusiones son *nada*, el alma se alimenta de ellas.

¿Qué es ilusión? Preguntadlo al amante que se adormece muellemente en los brazos de la esperanza; preguntadlo al ambicioso conspirador que sueña con un trono caído a sus pies; al joven sediento de gloria, que se lanza con ardimiento a los combates; al literato que



emprende la escabrosa ascensión del Parnaso, en cuya cumbre entrevé la fama, dispuesta a atronar al mundo con su nombre; preguntadlo a todos ellos y os responderán: *Ilusión es... creer en lo que no existe*; porque ninguno de ellos cree que marcha en pos de una ilusión. Preguntadlo al voluptuoso que como el *zumbador*, haya profanado la corola de mil flores, y saboreado su delicioso licor; al rey poderoso que se abrió el camino del trono por un crimen; al héroe que después de cien combates ha conseguido en vez de una corona de laurel, una de espinas. Al pobre literato que después de haberse torturado la imaginación en rendir culto a Apolo y sus hermanas, en vez del renombre que esperaba, ve a la crítica feroz cebándose cruelmente en los productos de su cerebro. Todos estos os responderán: *Ilusión es... el amor, las riquezas, los tronos, la gloria, la fama... No hay en el mundo nada que no sea ilusorio.*

Pero regularmente estos hombres, filósofos por experiencia, cuentan grandes padecimientos morales. Diez mujeres falsas, bastan o sobran para desacreditar el amor y el bello sexo, su santuario. Cuatro tentativas de asesinato son suficientes para que un usurpador no halle reposo en la regia púrpura, ni vea su trono sino como un asiento de fuego. Una mordedura de la envidia detiene el carro triunfal del héroe. Y si al relatar una estrofa el literato percibe dos risitas comprimidas entre sus oyentes, quiebra para siempre con las ninfas a quienes tributa adoración.

Yo agradezco a la Providencia que me diera un espíritu poco susceptible a ilusionarse. A esto debo el no haber necesitado rudos desengaños para ver claro, y a los veinte años, los dos ídolos de la juventud Amor y Libertad, no son para mí sino dos ilusiones a cuya fuerza de fascinación deben su ruina los Amantes y los Liberales.

La fecunda imaginación de los poetas antiguos no podía menos de dejarnos dos lecciones saludables sobre el amor y la libertad: para todo podría hallar ejem-



plos en los antiguos; pero por ser conciso sólo aplicaré ejemplos mitológicos a estas dos ilusiones gigantes.

Ixion se enamora de Juno: Júpiter lo advierte, y para cerciorarse forma de una nube la imagen más perfecta de su esposa, la presenta a Ixion, el cual ebrio de placer, goza la nube como si fuera verdadero objeto de su amor. Júpiter indignado lo entrega a las furias infernales que lo atormentan con sus serpientes, sus teas encendidas, y el atroz suplicio de la rueda. ¡Pobre Ixion! ¡iluso, desgraciado!

Otro ejemplo sobre la Libertad. Icaro, a quien su padre había puesto unas alas de cera para escaparse juntos de Creta, donde estaban presos por Minos, al ver la facilidad con que hiende los aires ayudado de la ingeniosa invención de Dédalo, quiere enseñorearse de los elementos; no obstante las advertencias de su padre, remonta hasta el Sol, y derretidas las alas por el calor de aquella atmósfera, cae para no volverse a ver, en los abismos del mar que hoy lleva su nombre. Los liberales son Icaros, que en lugar de dirigirse al Sol, se dirigen a un fantasma ardiente, y cuando creen cogerlo, se encuentran con las alas derretidas, y caen en el piélago de las persecuciones, muertes, miserias y proscripciones.

En tiempo he conocido yo lo falso de las cosas que se consideran como felicidades en el mundo. En mi tempestuosa vida privada, en la constante adversidad que me acompaña desde que nací, he aprendido dos cosas útiles: a despreciar los bienes y reírme de los males temporales; he aprendido a verlo todo como un verdadero estoico.

No obstante, creo que la filosofía a que yo arreglo mis impulsos naturales, es una secta del estoicismo, o el estoicismo exagerado. No diré que sea desconocida, pues habiéndome impuesto en ella la naturaleza, por medio de la misantropía, es de creerse que casi todos los misántropos y desgraciados practiquen la misma secta filosófica que yo.



Tampoco diré que la felicidad se encuentra en el desprecio de los bienes y males terrenos. No; tal vez es el estado más triste a que puede llegar el hombre, pues ya antes he dicho que el alma se alimenta de ilusiones, perdidas éstas, el alma languidese, y... ¿me atreveré a decirlo?... parece que muere para el cuerpo.

Sí, muere para el cuerpo, porque el alma revela que está en la morada carnal por medio de sus potencias, y el hombre desengañado, para quien no existe el estímulo de las ilusiones, deja enmohecer las potencias de su alma, las deja dormir en la apatía e inacción.

Infeliz del mundo sin ilusiones, mil veces infeliz si todos los hombres fueran estoicos a mi manera! por fortuna no a todos los toma la adversidad tan a su cargo como a mí.

Yo nací con una alma sensible, apta para recibir todos los reflejos de felicidad a todas las impresiones de desdicha. Si la felicidad hubiera sido mi Mentor, no habría un ser más iluso que yo.

Nacía amante a la libertad. Si el dinero y el poder me hubieran recibido en sus brazos al nacer, sería hoy el más frenético liberal que hubiera, pues mis sentimientos no me habrían enseñado que verdaderamente libre es aquel que no necesita de nadie, y puede ser útil a todos.

Fui idólatra de la Amistad, y quemé incienso en las aras del Amor. Muy pronto conocí que la Amistad es una diosa aérea, sin forma, que estuvo en el mundo en el siglo de oro, pero teme emporcarse si viene acá abajo, ahora que nos hallamos en el siglo de estiércol. El amor! Pobre de mí! la más traidora de todas las ilusiones. Busqué en él la dicha, y el vicio me hizo hallarlo asqueroso. Después volvía a amar, y la virtud fue quien se tomó a su cargo hacerme sufrir.

Así, las más sagradas afecciones, los más puros impulsos, no existen para mí. La imaginación, no existen para mí. La imaginación, que a pesar de todo emprende su vuelo tan pronto a un Edén poblado, de huns



y de delicias, tan pronto a un espantoso abismo de males y desdichas, es la que presta a mi rostro los resplandores pasajeros de la más inefable felicidad o las siniestras sombras de la desesperación, como el artista que sabe transmitir a un instrumento sus impresiones melancólicas o alegres. Pero no tengo ilusiones, y una vez tranquila la imaginación, recaigo en mi indiferencia habitual, como el instrumento que dejado por el músico, no produce sonidos patéticos ni vivos, y recae en su normal inanimación.

El Oasis, 6 de enero de 1856.



A DELICIO¹*Solución de la Charada inserta en el Núm. 32*

Perdona, Delicio amigo, la semi-incivilidad de responder en prosa a tu epístola, cuando tú me acondicionaste una cáfila de asonantes en lio bien medos y, concertados; pero tú debes suponer que alguna causa poderosa me impele a desviarme de las reglas establecidas, pues ¿a quién le falta la voluntad de quedar airoso ante el público? Mas yo por esta vez me resigno a quedar por un lego de solemnidad; y al concluir la lectura de este trozo de elocuencia, comprenderás cuál es el motivo de que yo no haya *medido mis palabras* en la contestación que te hago; pero mientras llegas allá acuérdate de que “las musas no acuden cuando las llaman, sino cuando ellas están de humor de acudir”.— Esas chicas son un poco voluntariosas.

Por vía de prefacio también te advierto que estás equivocado en la diferencia que haces entre *antaño* y

1. Seudónimo de José Francisco Heredia.



ogaño; y es de sentirse que un joven de tanta viveza espiritual como tú, juzgue las cosas por las señales exteriores.

Vamos a la charada.

Cualquier lerdo, al través del galimatías de *demócratas, globos, empiro* ..., ve la palabra astronomía en tu acertijo; y esto sin gastar *medio siglo* como buenamente anunciabas; pero ¡oh amigo! quién te hubiera dicho que esa inocente palabra iba a producir los comentarios políticos y malignos que ha producido! Tú estás en gravísimo peligro de ser remitido a esta Capital con las manos liadas como nuestro adorable tocayo Jesús entre los fariseos, la noche del famoso beso de Judas; y para hacer cesar tu admiración, te voy a explicar el busilis, que sin duda te habrá puesto en más confusión que no estuve yo al leer tu *charada* por primera vez.

Has de saber que nuestra Capital es hoy de por sí un *logogrifo* complicadísimo: las conjeturas más extrañas se hacen sobre lo más sencillo, o lo más inocente, porque este público es muy malicioso!... Y aquí todos queremos pecar por exceso de malicia, mejor que por exceso de confianza... Pues bien, ¿qué ha resultado con tu charada *Astronomía*? Que casi todo el público (el público que la ha descifrado), dice que alude a cierto personaje de la capital. Yo no sé en qué se fundan, pero los que así piensan la resuelven de la manera siguiente.

La primera sílaba *as*, dizque quiere decir que el personaje en cuestión tiene los cuatro *ases* de la baraja: el de *oros*, porque está vendido a Soulouque, el de *espadas*, porque es un enemigo implacable de la República, el de *copas* porque... suele hacer *libaciones* en honor de...; y el de *bastos* por su *estrambótica* figura. ¡Mira qué público tan diabólicamente bellaco!

La 1ra. y la 2da. *Astro*, porque dizque él busca constantemente en ellos (los astros) el horóscopo fatal de la República.

La 2da. y 3ra. *trono*, porque dizque él es un pania-guado del de Puerto Príncipe (Haití).



La 4ta. y última *mía*; porque dizque como está recibido en el vulgo cuando un malvado comete una iniquidad decir: "Hizo una de las suyas"; el personaje susodicho cuando a nuestra República le sucede cualquier desgracia, la contempla regocijado y dice: "Esa es una de las mías"; como dizque decía a sus solas en el principio de la invasión haitiana.— ¡Mira qué público tan disparatero!".

La 1ra. y la 3ra. asno, porque dizque el sujeto tiene la costumbre que cuando están en cierta *disposición de ánimo* tienen los jumentos, de hacer morisquetas al cielo.

Con que, Delicio amigo, ya estás impuesto del compromiso en que te hallas, toma tus medidas para desviar el peligro. Por no arriesgarme a interpretaciones tan descabelladas, no haré yo nunca charadas, sino cantaré claro como el gallo que hizo llorar a San Pedro.

Quedo tuyo de todo corazón.

El Oasis, de febrerro de 1856.



BOSQUEJO

Hay en esta ciudad una señorita de *buena familia* (aunque muchos de sus individuos tienen muy sucias las uñas); esta tal es célebre y generalmente conocida como la campeona más denodada de la infausta *causa bucanera*, celebridad que ha adquirido con su exaltación en las cuestiones políticas, las cuales discute con el tino y acierto de un papagayo, la circunspección de una vendutera, y el decoro de una borracha. Pocos hombres hay en esta pacífica población que la igualen en vehemencia y fuerza de elocución, cuando con ojos furiosos, nariz dilatada, boca contraída y contorsiones de endemoniada, clama contra la *tiranía*, según convienen los revolucionarios en llamar la justa represión de sus desórdenes; y con el aire de una poseída del espíritu malo, sacerdotisa de Plutón, sibila y pitonisa de Satanás, lanza apóstrofes más sangrientos y fulminantes que la terrible declamación que Corneille pone en boca de Camila contra Roma, después de la muerte de su amante. “¡Ah infame, tirano! (dice a gritos, ya aludien-



do a éste, ya a aquel hombre de bien); después que le lavé los pies con mis propias manos, y le corté los callos con mi propio cortaplumas! ¡Qué pago! ¡No consentir que pillen la Hacienda pública de mis parientes y amigos! Si no me conformara sólo con matarlo a pellizcos." Y otras cosas por este estilo, y algunas por cierto estilo más propio de bocas de soldados y marineros, que de los pulcros labios de una bien parecida señorita.

La tal muchacha, que aunque muy viril de lengua, en el fondo, figura y construcción, es mujer, tuvo en una época la idea de pescar a cierto nene que de ganso no tenía ni las plumas. Nuestra heroína concibió y acarició con júbilo en su mente el pensamiento de llegar a ser *madama*, para de este modo salvar la débil valla que se oponía a sus tendencias político-callejeras; esto es, que gustándole en supremo grado decir las verdades del barquero a los mandatarios de su país, quiso adquirir el carácter de mujer casada, con lo cual satisfaría dos pasiones que la hostigaban: la pasión de marido, y la pasión de *politiquear* con todo desenfreno. A este fin desarrolló un vasto plan de intrigas, cundió mil especies maliciosas por toda la ciudad, puso formal asedio a su *futuro*, el cual, cuando visitaba su casa, era el objeto de la más tierna solicitud, y cariñosos obsequios. Por lo que toca a coquetería, demás creemos decir que nuestra amazona cuidó de emplear una crecida dosis en todas sus acciones y palabras, lo cual no es extraño, pues nadie ignora que la coquería es un traje que la mujer desnuda o viste a su acomodo, que todas saben ponérselo a tiempo, y que según eso, en ellas la política no sofoca nunca al amor, pues por el contrario, cuando se ve el fenómeno ridículo y extraordinario de una mujer joven lanzando filípicas amargas contra los gobiernos, y tratando la cosa como un hombre de Estado, se puede asegurar que su corazón, el primero, ha estado por mucho en esa singular inversión de los *principios naturales*, y que esto regularmente es uno de los prodigios del amor.



El galán (volviendo a nuestro asunto), que era sa-gaz, comprendió muy pronto los planes que sobre él se formaban, y aunque la criatura moderaba delante de él sus arranques de patriotismo, para no espantarlo ni quitarle la ilusión, él, que la conocía de antemano, comparó las cosas con toda madurez, pesó el pro y el contra, y se convenció de que en este caso la política traía por la mano al amor. "La Señorita M*** (decía) querrá casarse conmigo para declamar contra Pedro o Antonio con toda desvergüenza, y que no digan, (La Señorita M*** está como carta de ex comunión"; sino "*La mujer de su marido* está como una energúmena, etc."; y como el marido seré yo, Sancho, Pedro o Antonio, agraviados por la boca de mi mujer, es claro que tomarán razón con mi pobre Yo. ¡Qué libre está don yo de caer en ese abismo! "Y nuestro hombre se propuso a todo trance contrastar las tentativas de la especuladora divinidad.

¡Cuánto trabajo le costó! La muchacha, tenaz como martillo de herrero, desplegó toda su táctica cuando su instinto le dijo que la presa se le iba de las manos; y como por sus anteriores intriguillas, toda la ciudad contaba con verla en estado de gracia con el futuro, (pues ella no había omitido medio alguno para propagar su soñado matrimonio) he ahí que se encontraba ella en un negocio de ataja pollos, pues ya no sólo el primitivo interés de ser casada la movía, sino el más imperioso y grave de no quedar en ridículo a los ojos del mundo, pues el mundo estaba informado por su propia boca de que ella se casaba con él, y sería muy feo que con esto se quedase mirando bizco. Así fue que se valió de mil tretas superfinas y sabe Dios cuánto hizo porque el ingrato Eneas que la esquivaba la condujese al altar. Pero el Eneas, que no era tan salvaje como el de la reina Dido, ni huyó de la tierra, ni accedió a lo que tanto se deseaba de él. Para salir del conflicto, de la noche a la mañana se casó con otra!

¡Triste desengaño para la nueva desventurada Dido!
¡Casado su Eneas! ¡casado con otra por huir de ella!...



¡Ah! ¡Cuánto proyecto desvanecido, cuántas ilusiones perdidas, cuánta risa y escarnio caídos sobre su pobre pellejo!...

No obstante todo, queridos lectores, la heroína, aunque tan desesperada no se ha metido a *buen vivir*, y lo único que ha producido ese chasco es que ahora, en vez de estar tendiendo lazos amoriles, ha renunciado a las flaquezas de mujer, por entregarse en cuerpo y alma a los asuntos públicos del país. —Con este método despelleja grandemente a todo el que vale algo y no obtempera con las ideas de ese partido de *desfalcadores públicos* decaídos de su aptitud de pillar, y que manifiestan su roña dándose pomposamente el título de *descontentos* y de partido de oposición; pero es muy probable que Dios la castigue de sus disparatadas y malévolas murmuraciones, dejándola en el celibato por siempre jamás. —Amén.

Lectores, si este artículo no vale gran cosa, tiene a lo menos el mérito de ser histórico; quiero decir de ser un *bosquejo* sacado de cierto original. Si nos apuran la paciencia un poquito, tal vez os presentaremos algunos cuadros más en lo sucesivo, y quién sabe si os ponemos ante los ojos algunos retratos al daguerrotipo. Pincel y colores no faltan para retratar la *verdad* tal como podría reflejarla un espejo; y de las intentonas contra el pintor, cualquiera que sea la vileza y felonía que se empleen, reímos de todo corazón.

El Oasis, 11 de mayo de 1856.



LANCE VACUNO

En tardes pasadas aconteció un suceso chistosísimo, que arrastró en pos de sí el rompimiento de unos amores, y cuyo relato creemos que hará asomar la risa a los labios del más adusto lector.

Don Martín y Don Héctor son dos calaveras que andan siempre juntos, regularmente a caballo, y que tienen a toda la ciudad asombrada con sus travesuras.

La tarde de que hablamos salieron según su costumbre a pasearse extramuros de la ciudad, y se encontraron con un Señor muy conocido, tan apuesto, que en su magnífico corcel, y la gracia con que lo maneja, traía a la idea la estatua ecuestre de Pedro el Grande.

Formalizáronse los dos tunantes al reunirse con el gallardo Don Manuel (así se llamaba el caballero); y hablaron con él de caballos, su pasión favorita. De la conversación resultó que, habiéndose tratado del ejercicio de *colear* reses, Don Manuel, invitado por los otros dos a que diese muestras de su afamada habilidad, sin



poner dificultad se disparó como una saeta en persecución de un toro que pacía mansamente por allí. El animal, viéndose atacado por el jinete, echó a correr; Don Manuel lo persiguió, le empuñó el rabo, arregló su carrera, y a los tres pasos derribó al toro con la más brillante destreza.

Don Martín y Don Héctor aplaudieron frenéticamente al bizarro colector, y no pensaban en imitarlo; pero en esto el primero alcanzó a ver de paseo por allí a la linda *Panchita*, muchacha que le ha robado el corazón hace tiempo; y leyendo en los ojos de su amada la admiración por el rasgo de destreza de Don Manuel, quiso Don Martín a fuer de galante disputar a aquél los honores del triunfo; por lo cual, clavando las espuelas hasta los botones en los hijares de su jaco, se precipitó atrevidamente sobre una inofensiva y raquílica vaca, con la que, al verla tan mísera y flaca, creyó Don Martín lucir una habilidad que no tenía.

La vaca, espantada por el ataque de Don Martín, echó a correr del lado donde se encontraba Panchita. Don Martín, ya cerca de la muchacha, llegó a atraparle el rabo, y tiró al pobre animal con toda su fuerza; pero resultó que habiendo tomado mal sus medidas, perdió el equilibrio en la carrera, y no pudiendo contenerse, en vez de echar al suelo a la delgadísima vaca, ésta lo echó a él de su caballo, de bruces, y le hizo dar la caída más triste y ridícula que puede dar un hombre enamorado.

Todos los circunstantes prorrumpieron en estrepitosas carcajadas al ver la malandanza de Don Martín; y cuando éste se levantó sacudiéndose el polvo y buscando con la vista a quién provocar a duelo por aquella risa bestial e impertinente, halló que hasta Panchita, en vez de compadecerlo e ir a su socorro, se apretaba con las manos el vientre, riéndose de su amante con las mejores ganas del mundo.

Don Martín se levantó corrido, y lleno de vergüenza montó otra vez, y entró por la puerta del Conde, acom-



pañado de las rechiflas de la multitud. Panchita desde entonces no lo ha vuelto a ver por dos razones, la primera porque el galán no se atreve a presentarse; la segunda porque ella ha dicho de modo que él lo sepa, que no quiere amantes que se dejan echar al suelo por vacas flacas.

El Oasis, 8 de junio de 1856.



UN DÍA CAMPESTRE

Esta emperrada ciudad, por muy patriota que sea el que habla, fuerza es convenir en que a cualquiera aburre, con sus chismes perpetuos, sus eternas costumbres monacales, sus sempiternas mujeres malcriadas y feas, y duraderos elegantes acurrados con sombrero *Sebastopol*, y con fraque de mangas campanudas.

Ergo por lo tanto, varios jóvenes que se dicen más provistos de sentido común que la generalidad, suelen irse al campo a pasar los domingos y días de fiestas; y allí se canta, se salta, se brinca, se hacen salvas al aire dizque cazando palomas, y se dan las coas de los..., o se pasa el tiempo en unas mil bellaquerías, sin que nadie diga a nadie: Negros ojos tienes".

Entre los susodichos varios, los nombrados Martín, Héctor, Melchor, Cresbindo, Fidel, Ernesto y otros más, organizaron para Corpus próximo pasar una partida de paseo a una estancia de estas inmediaciones hicieronme el honor de contar conmigo.

Desde por la mañana a las seis tomaron la ruta, cargados de pan, queso, jamón, salchichón, vino, bran-



dy y otros muchos inocentes artículos comibles y bebibles destinados a llenar la panza y facilitar la digestión.

Yo no quise ir con ellos desde el amanecer, por no dejar de oír misa; pues no quiero que ignoren mis lectores que soy un católico de principios muy rígidos. Fui pues, a eso de las once del día, y encontré a toda mi gente cantando en coro la Marsellesa y digo en coro por decir en algo, pues nunca he oído ni espero oír mayor discordancia de voces. Estaban almorzados, y se oían allí formando el más grande desconcierto voces repletas, voces ahitas, apinartarias, avinagradas, y achispadas.— yo me uní a ellos, y por consiguiente, también había una voz ayuna.

Se cantó el

Nous entrerons dans la carriere

Quand nos ainès n'y seront plas;—

y acabada la estrofa entre mil bravos y palmoteos que nos prodigamos generosamente a nosotros mismos, se encaró conmigo el imponderable Don Martín, y me hizo esta importantísima cuestión.

—¿Tú has almorzado?

—No: le respondí tristemente, contaba con llegar a tiempo; pero Uds. han estado muy de prisa.

—Héctor, Héctor, clamó Don Martín Manuelillo no ha almorzado, el pobre! Vamos a proveer a su necesidad.

Y juntos él y Don Héctor fueron y no procuraron un plato con la espina dorsal de un pescado, la rabadilla pelada de un pavo, y dos o tres huesitos de puerco.

Todos rieron copiosamente a mi costa, y yo procuré sobrellevar la chanza como Dios me ayudó.

Uno de los presentes; a quienes todos llamábamos el Musié, vino con su escopeta y me la disparó junto al oído. Reí también de esta chanza, pero me costó más esfuerzo; y quedó en mi ánimo una predisposición a no divertirme, y por el contrario, a darle un tornisco al que volviese a usar conmigo una grosería.

Por mi fortuna el joven Eresbindo, cuyo carácter excéntrico y porte apasionado despiertan serias ganas de



reír en todo el mundo, atraído con un robusto suspiro la atención de sus camaradas, y lo cogieron de blanco.

¡El pobre! Ese día será para siempre memorable en los fastos de su biografía. Cayéronle encima como los romanos a la toma de Sagunto. El travieso Don Martín dio el ejemplo diciéndole afectuosamente y con tono patético:

—¿Suspiras, Eresbindo? ¿Qué te aflige? ¿Eres desdichado con la pasión que abrigas por la Sra. D...?

El joven se estremeció al oír esta última pregunta, que podía comprometerlo seriamente, pues la Sra. D... era casada.

—¡No hombre, dijo Don Héctor, si él está tan favorecido...! esa hermosa Señora quiere con ciega idolatría a este rapaz...

—¡Señores míos! —dijo Eresbindo con énfasis caballeresco; —hay cosas sagradas, a las cuales ningún hombre de honor debe permitir que se toque. Así, yo les declaro que habrá de batirse conmigo el que me vuelva a pronunciar el nombre de esa persona, a la que yo venero y nunca me permitiría...

Una salva aturdidora de silbidos y carcajadas interrumpió al joven en su peroración.

—¡El místico!

—¡El platónico!

—¡Il trotatore!

—¡El paladín!

—¡El caballero de la *folla-mellada*!

—¡Y de la liga encerotada...

—¡*Honi soit qui mal y pense!*

—¡Qué camello! ¡Qué burro! ¡Qué unicornio!

Tales fueron los epítetos y aclamaciones que se dirigieron al pobre Eresbindo. Este no podía contener su cólera: trataba de hablar, pero la gritería no lo dejaba. Al cabo, sofocado por la ira echó mano de una escopeta y apuntó con ella a Don Martín, que era quien más lo acribillaba a insultos y agudos silbidos. Pero no bien hizo esta demostración hostil el desgraciado Eresbindo, que todos los que le rodeaban se apoderaron de él,



lo desarmaron, le ataron con sus pañuelos las manos, y tendiéndole en el suelo comenzaron a hacerle cosquillas, hasta que la víctima, no pudiendo defenderse de esa extraña impresión que, mortificando, mueve no obstante a una risa loca, prorrumpió en carcajadas debatiéndose entre las garras de sus verdugos. Estos, viéndolo reír, lo creyeron aplacado, y le desataron dejándolo completamente libre.

Entonces Eresbindo, que sólo había reído a la fuerza, y en quien por lo mismo la cólera había adquirido mayor intensidad, empuñó un guijarro, y lo disparó a la cabeza de Ernesto, abriéndole un boquete de media cuarta.

Ernesto cayó aturdido; todos al verlo arrojando en abundancia su sangre fuimos a su socorro. Eresbindo se calmó con este espectáculo, y fue también a asistir al herido. Gracias a estos cuidados, Ernesto recobró sus sentidos, y se encontró ya vendado y curado cuando volvió en sí.

A excepción de Ernesto, que estaba fuera de combate, y de mí, que en vez de divertirme con estos desórdenes estaba mortificadísimo, todos volvieron a la carga con Eresbindo, que, escarmentado de los excesos de cólera, sólo decía de cuando en cuando:

—¡Caballeros... Por Dios... no me embromen...!

A todas estas, yo que estaba casi en ayunas deseaba la hora de comer. Llegó esta, y se puso la mesa bajo unos frondosos árboles, cubierta de mamjares que habían podido despertar el apetito de un anacoreta, y que exasperaron el mío a un grado canino.

Sentámonos todos con el más grandes regocijo a la mesa, y particularmente yo, llevaba la esperanza de poder desquitarme con los platos de las pasadas incomodidades y pendiente ayuno, porque me sentía unas feroces ganas de comer. Pero ni con todas estas pude gustar *los placeres del campo*, pues no bien se había servido la sopa, que era de fideos, cuando Don Héctor hizo una sucia comparación entre la suya y ciertos insectos que se crían en el cuerpo humano, y que por respeto a



los lectores no miento aquí. Todos acogieron con la mayor hilaridad el chiste, pero yo procuré en vano luchar con el asco, los fideos no me pasaban de la garganta.

Embestí con otros platos, pero era imposible que quien tuviese orejas para oír, y estómago propenso a revolverse con las imágenes desaseadas, comiera dos bocados en medio de los asquerosos propósitos que allí se tenían. No quedó enfermedad contagiosa que no saliese a colación: el agua era *los trasegados depósitos de un opilado*; el vino y demás bebidas espirituosas los *chisguetes espumantes que lanza el vientre de un Hidrópico, cuando le clavan la lanceta*; la mantequilla... pero ¿a dónde vamos a parar? Lo cierto del caso es, que viendo yo cómo se aprueba allí el vocabulario de la porquería y de la suciedad, me levanté despechado, con náuseas, y sin haber podido comer ni cuatro bocados.

Púseme a observar, para ver si con esto me distraía de mi mal humor y a la verdad, nada podía ser más curioso que aquel espectáculo.— La mesa estaba rodeada de una docena de caníbales, que comían con apetito y demostraciones más propias de antropófagos que de gente civilizada. Los cubiertos andaban escasos, y aquello era una continua rebatiña de tenedores, cucharas, y cuchillos. Algunos, con las mangas recogidos en el codo, embestían con toda la mano a los platos, y salpicaban de salsa a sus vecinos. Los propósitos más escandalosos e impuros se tenían allí. —“Pásame aquel plato de ratones en escabeche, decía uno —Deja ver a qué sabe esa ensalada de lagartijas”, decía otro.— “¿Y aquella culebra frita?”— “¡Sabrosos están estos gargajos!” exclamó Don Martín, embocándose una cucharada de ostiones.

Pero lo que más me provocaba a risa era oír de vez en cuando al filósofo Eresbindo, que con la mayor satisfacción del mundo se frotaba las manos y decía: —“¡Si no hay placer como la libertad campestre! ¡Oh campo y soledad! paraíso del sabio, mansión de la filosofía.”

Se levantaron de la mesa al cabo de dos horas de retozo, despilfarro y nefanda conversación. Entablaron



una discusión política que duró media hora, en la que se agitaron unos cuantos pareceres, distintos, y se dijeron muchos disparates; lo cual nada tiene de extraño, pues en las discusiones políticas no es necesario para decir despropósitos acabar de levantarse de una mesa donde se haya bebido con alguna profusión.

Últimamente, tocaron a la crónica escandalosa de la Ciudad; y aquí fue Troya, Don Martín habló de no sé qué madre infame, que para retener a un amante que la abandonaba le había prostituido a su hija. Todos a una se horrorizaron de semejante inmoralidad, y echaron de menos los tiempos de la inquisición.

—“¿Cómo se llama esa madre?” —preguntaron a Don Martín.

—“La *Señora doña X****”, contestó el interpelado.

—“¡Miente Ud!” gritó con voz atronadora un joven de los presentes— “Esa mujer es mi madrina de bautismo, y no consentiré que un insolente la ultraje de una manera tan indigna”.

—Caballero, repuso fríamente Don Martín, yo no miento jamás.

—Pues repito que U. ha mentado, —insistió temerariamente el joven.

—¡Pues toma! —dijo Don Martín, dándole un soplamesos cuyo sonido repitieron los ecos del monte.

Agarráronse ferozmente a darse puñadas y mordiscos, se hicieron trizas los vestidos, acudieron unos a la defensa de Don Martín, y otros a la de su antagonista; y se armó una zalgarda de voces, insultos, palos, pedradas y escopetazos, que el diablo no sabía de aquello. Viendo esta barahunda cogí mi caballito, montéme en el apresurado, y me volví para mi chismográfica y fastidiosa ciudad de Santo Domingo, dejando a los Sres. aficionados a los *placeres campestres* que los saborearan a sus anchuras.

Por el camino hice reflexiones que merecen ponerse aquí por conclusión. —El campo es muy plácido, su



tranquilidad calma las pasiones, endulza los pesares, y alivia el ánimo; pero bien entendido, el campo en su estado natural, con sus flores, su soledad, sus árboles, su sencillez, su vida inocente y frugal, sus aves que cantan y animales que pacen pintorescamente, su verdor, y todos esos objetos de la creación que hacen elevar el alma a Dios, y olvidarse del mundo, sus pasiones y su ruido. Pero el campo como lo entienden ciertos filósofos a la moda. El campo para ejercer sin trabas el libertinaje y la golosina!... ¡El campo para trasplantar a él la chismografía, la murmuración y los demás vicios de la ciudad... ¡Ouuf!! El campo entonces no viene a ser sino un infierno humanado.

Y con estos pensamientos hundía yo las espuelas en los hijares de mi caballo, no creyendo alejarme bastante pronto de aquella estancia, en que había parado un día de ayuno y de incomodidad.

El Oasis, 22 de junio de 1856.



VUELO DE TORTUGAS

*“Yo vi volar un cangrejo
con alganas y aparejo”*

Anónimo.

El epígrafe de este artículo encierra no un pensamiento falso, sino un completo absurdo. Las tortugas no vuelan: esto nadie lo ignora, aunque no haya leído a Bouffon; pero como se nos hacía preciso echar mano de un título que a tiro de ballesta significase cierta clase de hombres que vamos a delinear, nada hallamos que llenase este fin tan a la medida de nuestro deseo como hacer volátiles las tortugas.

Si un anfibio tan poltrón como lo es este animal, emprendiese el disparate de elevarse en los aires, ¿qué sucedería? Que al menor impulso que diese a su mole por salir de la esfera terrestre, volvería a caer pesadamente, y por fuerza habría de desistir de la empresa a poco de ver infructuosas todas sus tentativas. Pero por desgracia *el hombre*, este ser perfecto, obra la más esmerada del Creador, posee en compendio todas las cualidades (buenas y malas), de los brutos; es una completa enciclopedia corregida y aumentada, de ellas. Por lo tanto, ¿qué hay de extraño en ver a un hombre que teniendo la ferocidad del tigre aparenta la mansedum-



bre del cordero? ¿Qué ver al pérfido enemigo, que quisiera nuestra total ruina, agasajarnos blanda y traidoramente, para sólo *enseñarnos las uñas* cuando nos tenga en la disposición del grupo de Laocoonte, envueltos todos nuestros miembros por sus *nudosos* anillos e impedida nuestra acción por el abrazo sofocante de sus brazos descarnados como los de un esqueleto? (Se entiende, si nuestro hombre en cuestión es flaco, nosotros detestamos la gente flaca, y por eso suponemos escuálido a nuestro *mito*).

Nada de extraño tiene: es muy natural en el hombre el ejercicio de las malas cualidades de los brutos; porque esta obra magnífica, perfecta e inmejorable del Creador, este portento de fuerza e inteligencia, esta noble criatura hecha a *semejanza de su Hacedor*, comúnmente se compone y descompone, aritméticamente hablando, de todo lo que hay de malo en los irracionales, e item más, de algunos instintos que no se encuentran en ningún animal que no sea el hombre! Así, nosotros, los reyes de la creación, tenemos recopilados a más de nuestros propios defectos, los defectos de las otras criaturas de distinta especie.

El infame abuso de la fuerza bruta, la rapacidad del lobo, el instinto sangriento, aunque cobarde, del tigre, la hipocresía, y astucia de la zorra, la ambición, el odio, la envidia, todo se encuentra en el hombre, todo germina en él, a pesar de los mil obstáculos que a esos destructores elementos opone una adelantada civilización!...

Pero insensiblemente nos desviamos de nuestro propósito, y moralizamos terriblemente. ¡Buenos bostezos habrá dado ya el lector! ¿Cómo ha de ser? ¡Ve uno tantas cosas, tantas cosas que mantienen la bilis y la hiel en continuo movimiento! ¡Y no puede uno desahogarse sino en abreviatura! Por eso hacemos tantas paradas en el camino.

Decíamos que las tortugas no pueden volar; pero que por desgracia el hombre sabe hacer de todo. Así es



que vemos con frecuencia a este o aquel haciendo *piniños* y batiendo contra los costados sus alas pelonas, para lanzarse atrevidamente a la región etérea. Algunos hay que toman sus medidas prudentemente, y en vez de hender el aire *aleteando* con sus débiles brazos, se meten en un globo aereostático, y hételos dueños del espacio, cerniéndose sobre las ciudades, valles, montes y ríos con la misma seguridad que la gaviota. ¡Entonces sí es el hombre digno de admiración! Entonces sí, que está en la mente de todos los espectadores este pensamiento dominante: ¡Oh hombre! ¿qué es lo que tú no puedes?

Pero hay hombres-tortugas, que no tienen más que espíritu; y eso, un *espíritu* turbado por el necio orgullo y la ridícula vanidad. Estos hombres se engrienen facilísimamente; confían en una fuerza que no tienen, y en vez de poder elevarse en esa atmósfera tan límpida, tan ligera, en cuyo horizonte no se percibe *ni una nube*, el desdichado recibe inesperadamente el castigo de su imprevisión: no bien se ha lanzado, cesa la seductora calma que lo engaña, el aire se hace pesado, la atmósfera se carga; y nuestro hombre, débil y extenuado, cae en hondonadas de donde no puede salir; y si sale, es sucio de lodo, y siendo el blanco del ridículo y de la mofa de la multitud...

Y el que lo ve, el que lo vio, el que contempló su anterior boato, arrogantera y prosopopeya, dice tristemente: ¡Qué pequeño, qué mísero y despreciable es el hombre... aún el que por más sabio se tiene!

Y he aquí lo que calificamos de vuelo de tortugas.

El Oasis, 29 de octubre de 1856.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Teatro



LAS CONSPIRACIONES VISTAS DE UN LADO

*Drama que no peca de fastidioso ni largo,
y en el cual no entran mujeres sino en
alegoría, o detrás de bastidores.*

PERSONAJES

Don Tristán, movido por la envidia.
Don Quijote, movido por la fatuidad.
Simón, movido por el arranque.
Pascual, movido por la ignorancia.

La escena pasa... no sé dónde.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un alambique.

ESCENA PRIMERA

*Simón que está montando sus piezas y pascual
con un jarro en la mano.*

Simón.— Te aseguro, Pascual, que ya la vida se me hace insoportable. Ya ves cómo sudo, pues estoy seguro que cuando llegue a casa no encontraré un bocado, aunque fuera de jabón, para mitigar mi debilidad. Allí



solo me esperar llorismas de mis hijos, pleitos de mi mujer, y guerra cruel y sangrienta de mis acreedores. ¡Esto es trabajando como un perro toda la semana!

Pascual.— Pero ¿qué quieres, hombre? Sales los sábados en la noche con el fruto del trabajo de toda una semana, y a un albur en casa de Patricio.

Simón.— Tú tienes razón, Pascual, ese es mi flaco. Yo comprendo que el juego me mantiene el arranque espeso; pero ¿qué hacer? por distraerme un rato es que entro en jugar.

Pascual.— Pero hombre, pudieras distraerte como yo, que paso mis primas noches oyendo al amable D. Tristán, el cual me encanta con su conversación. ¡Vaya un muchacho bizarro, Simón! Si lo oyeras cuando se pone a hablarme de *política* ¡cómo se calienta! ¡cómo se vuelve candela! Nos deja embobados a mí y a mi sobri-nita Micaelita... ¡Aquello es mucho cuento!

Simón.— Varias veces he oído a D. Tristán, y no me parece tan encantadora su conversación. Pero en fin, como Micaelita tiene unos ojitos... que queman, quién sabe si D. Tristán se *expirará* a su vista.

Pascual.— Sea como fuere, Simón, aquello encanta. Te aseguro que ese muchacho me dice: "Amigo Pascual, tírese en un despeñadero", lo hago sin vacilar; (*bajando la voz*) y tal vez muy pronto llegará el caso de probarle de todo lo que soy capaz por él.

Simón.— Pues yo, Pascual, por nadie soy capaz de nada; por unos cuartos, lo soy de todo. Nada me importa de las bellas pláticas de un D. Tristán, si no me da lascra.

Pascual.— ¿Cómo que no da? Si sus ideas se realizan, dará y mucho. Por ahora lo promete, y sus promesas bastan para que yo viva descuidado, y mecido por lisonjeras esperanzas; porque estoy seguro de que las cumplirá.

Simón.— Pero ¿y qué ideas son las que tiene D. Tristán?

Pascual.— (*En voz baja*) Terribles. Figúrate que a un mozo da su mérito, que tiene siete cortejas, que



baila como una lavandera, camina como un eunuco y vive como un sultán, no le puede agradar que lo tengan *arrimado*; es decir, fuera del gobierno.

Simón.— ¡Huum!

Pascual.— Por tanto, él está decidido a hacer una diablura, y la hace. Ya tiene muchísima gente dispuesta a *dar el golpe*, tiene a Joaquín...

Simón.— ¿El cojo?

Pascual.— El mismo... A Timoteo...

Simón.— ¿El sordo?

Pascual.— Sí; y en fin, a una porción. Las ventajas que D. Tristán ofrece son inmensas: empleos, dinero, festines, bailes, etc., y como él es tan bizarro, yo estoy seguro de que lo cumplirá. Conque... Si quieres ser de la partida.

Simón.— (*Pensativo*) Pues mira, Pascual, yo estoy apurado, el arranque me conoce. Pero no me decido a nada todavía, porque es preciso pensarlo mucho: ¡conspiradores están sujetos a penas muy fuertes!... Sin embargo, yo los ayudaré en lo que pueda, tentaré los ánimos y te daré la razón.

Pascual.— ¡Bravísimo! Dame un apretón. Echemos ahora un trago. (*Beben de una botella que trae Simón.*) Ahora me voy adonde D. Tristán, para que te ponga en la lista de los indecisos. (*Vase.*)

ESCENA SEGUNDA

Simón, solo

Sí; es preciso que yo me decida a salvar las dificultades de mi situación a todo trance. No puede ser que viva perseguido de acreedores más tiempo. Voy a conspirar. Armo un desorden, si ganamos los de D. Tristán, despacho noramala a todo el que cobre, y soy capaz de



darle hasta un garrotazo. Si perdemos... ¡Qué diablo! me meto en una *Casa de Beneficencia*, donde se come y se bebe como a cuerpo de Rey, me largo al extranjero en un magnífico buque,* y dejo a mis acreedores colgados de un garabato (*Saltando de alegría.*) Pues ¡que viva la patria! Viva D. Tristán. (*Cae el telón.*)

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la casa de D. Tristán.

ESCENA PRIMERA

D. Tristán, D. Quijote, ambos vestidos con suma coquetería.

Don Tristán.— Sí, querido D. Quijote, el tiempo feliz se acerca de que nuestra suerte puerca nos deje libre el gañate. Los patriotas verdaderos, que hoy viven en nulidad, de la santa libertad, nos harán los Cancerberos. Y un gobierno formaremos, adecuado a nuestras panzas; y a Dios tiernas alabanzas, entonces entonaremos.

Don Quijote.— (*Con fatuidad*) Yo, si atendiéndose al mérito, y a las prendas relevantes, que en mí poseo fulgurantes, justicia me hacen, Tristán, dándome algunos cuartitos con que lucir mi elegancia, y poder pasar por Francia, y ver a Roma y Milán; quedaré contentísimo... Otrósí, que cuando vuelva me entreguen *verbigratia*, la Cartera de Relaciones Extranjeras; que verán Udes. entonces dar prestigio a la República; y pasar notas diplomáticas dignas de escribirse en letras de oro, y cuando se ofrezca recibir potentados o embajadores, llevar el cuello de la camisa estirado con gravedad, y el vestuario negro abotonado hasta la garganta... en fin, ¡ya verán, ya verán!



Don Tristán.— Sí, amigo mío, es preciso que nos despecuecemos por armar la camorra y echar al infierno los viejos que hoy gobiernan... *recedan retera...* ¿No es fuerte lástima que los jóvenes no podamos ser Ministros, ni Presidentes, ni Legisladores, ni Jueces, ni nada? Yo, por ejemplo, que cuando releo una epístola amatoria que acabo de escribir a mi Eduvigis, hallo en ella conceptos tan sublimes que a mí mismo me entusiasman, ¿por qué diablos no de ser Ministro o Presidente para desplegar a los ojos de la Nación entera en una Memoria o en un Mensaje, mi prodigioso don de escribir? Yo, que cuando hablo enardecido con la copa de champagne en la mano, a mis amigos los C... obtengo infinitos aplausos de ellos, ¿por qué no he de hacer en el campo de la Tribuna las evoluciones estratégicas de mi elocuencia? ¡Oh, esto es insoportable! (*Llévase las dos piernas a la frente y patea con rabia. Sale Pascual, y Tristán se tranquiliza. Don Quijote se queda pensativo.*)

ESCENA SEGUNDA

Los precedentes; Pascual, corriendo.

Pascual.— Don Tristán, otro pájaro en la trampa, Simón el alambiquero; pero ese debe ir en la lista de los *indecisos*.

Don Tristán.— Siempre conté con él.

Don Quijote.— Dime, Tristán, ¿todo está ya prevenido?

Don Tristán.— Todo. Solo espero la llegada de Bartolo el Napolitano, que como él es tan guapazo, dirigirá las operaciones militares que ni el Gran Capitán... porque yo para eso de pelear sí que soy poco a propósito. Es tanto lo que me altero, lo que me enardezco en tratán-



dose de batirme, que me dan temblores y no puedo moverme para adelante... ¡como son tan nervioso!...

Don Quijote.— Y yo también. Pero te hice mi pregunta para ver si te habías acordado de hablar (*con misterio*) a la Casa de Beneficencia.

Don Tristán.— ¡Ah! ¡cómo no! lo primero que hice... ¡que yo soy bobo!

Pascual.— Dígame, amigo D. Tristán, ¿qué cosa es la Casa de Beneficencia?

Don Tristán.— Un establecimiento fundado por una nación magnánima y poderosa, para dar abrigo y protección a los perseguidos por opiniones políticas.

Pascual.— Y si en vez de *opiniones* son *conspiraciones*, ¿también abriga y protege?

Don Tristán.— Entonces con más razón; principalmente la que tenemos aquí.

Pascual.— Bien. Es cuanto quería saber.

Don Quijote.— Y en resumidas cuentas, ¿cuándo damos el golpe?

Don Tristán.— Yo espero a Bartolo para mañana. Si llega nos vamos tú y yo a la puerta de la Casa de Beneficencia, para si aconteciere cualquier eventualidad, y establecemos a Pascual de Telégrafo para transmitir nuestras órdenes a Bartolo. Si este triunfa... ¡viva D. Tristán! ¡viva D. Quijote! ¡los héroes, los libertadores! y quedamos cubiertos de gloria. Si la cosa fracasa, lo que dificulto, porque el gobierno duerme y nosotros estamos despiertos, no hacemos más que ¡chupulum! y buenas noches!

Don Quijote.— ¡Magnífico plan! ya ansío por ver su realización. ¿Quién no envidiara nuestra suerte si triunfamos? Y aun si sucumbimos, ¿qué mayor gloria para nosotros que ocupar la pública atención? El gobierno echará proclamas diciéndonos desafectos. Todos los corrillos se ocuparán de la conspiración de que eran cabezas D. Tristán y D. Quijote... Las muchachas dirán: ¡los pobrecitos!, ¡tan buenos mozos! ¿y el día en que salgamos por la boca de la barra? ¡Adiós, patria



adorada! ¡Camilo! ¡Anibal! ¡El Cid!... o más cerca de nosotros... Guillermo Tell, Juan de Prócida... conspiradores ilustres... ¡Vuestra gloria será menor que la nuestra!... ¡Napoleón! ¡Kossuth, Garibaldi! vuestros adioses a la patria serán menos expresivos que los nuestros! ¡Con qué orgullo estrecharemos en nuestros brazos, allá en extranjera tierra, al moderno Temístocles, al Alcibiades de nuestros días! ¡Oh, gloria! ¡Oh, delicia! ¡Ya tardo en saborearte!

(Suena un silbido y cae el telón.)

ACTO TERCERO

El teatro representa la puerta de la Casa de Beneficencia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

Don Tristán (embozado) y D. Quijote de casaca, guantes, varita, etc.; en fin, de todo paquete.

Don Tristán.— Mucho se dilata esta vez Pascual. ¡Temo alguna catástrofe!

Don Quijote.— ¡Huum!

Don Tristán.— Pero, ¡qué diablos, el puerto está a la vista!

Don Quijote.— Sí, pero no me gustaría que tuviéramos que entrar en él... quién sabe cómo tratan en esta Casa de Beneficencia a los refugiados, en el artículo de boquis.

Don Tristán.— ¡Qué hombre! no sabes lo que estás diciendo. Si se come ahí opípara, sardanapálica, heliogabálicamente. Calcula que el Director del Esta-



blecimiento halla así su... en fin, hazte cargo que luego se pasan esas cuentas allá, a ultramar... y por ejemplo... un almuercito que costó en suma cien papeletas, figura por cien francos. Conque así, está en el interés del Sr. Director tratarnos bien, y recibir gente en el establecimiento sin pararse en pelillos.

Don Quijote.— Vamos, eso me tranquiliza.

ESCENA ÚLTIMA

*Los dichos, Pascual, jadeando
y sin poder casi hablar.*

Pascual.— ¡Estaa..mos peer... didos! Los Ayudaan...tes deee plaa...za corren a escape. Soldados poor toodas paartes. ¡Huyamos!

Don Tristán.— (*Aterrrado*) Y ¿cómo ha sido eso? Explicate, ¡debe haber habido traición!

Pascual.— (*Más calmado*) Sii, yo sospecho de ese p... de Simón.

D. Tristán y D. Quijote.— ¡Infame!

Pascual.— Yo lo vi hablando con Minieel.

Don Tristán.— ¡Minieel está en la danza! ¡huy! Metámonos pronto. (*En ademán de entrar en la Casa de Beneficencia. Don Quijote lo sigue.*)

Pascual.— ¿Y yo? ¡Infeliz de mí! ¿Y yo? ¿Dónde me meto?

Don Tristán.— Aquí también, ven, síguenos.

Pascual.— ¿Y me recibirán? a mí, tan sucio, tan canalla, tan despreciable, tan insignificante, tan pícaro...

Don Tristán.— Sí, Pascual, todas esas cualidades no existen, porque has conspirado. Ya eres un grande hombre. Y aquí reciben a cualquiera en cuanto dice: ¡Señor! ¡yo soy conspirador! ¡He tratado de alterar la tranquilidad pública para pillar y matar! No se requiere más que esto, conque ven con nosotros.



Don Quijote.— ¡Viva la Casa de Beneficencia!
Don Tristán.— ¡Viva la filantropía del Director!
Los tres.— ¡Viva el foco de la ruina nacional!
(*Entran todos y cae el telón.*)

El Oasis, 12 de agosto de 1855,





Prosa periodística



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



EDITORIALES DE *EL OASIS* (1854-1856)

La favorable acogida que ha encontrado entre la gente sensata el número primero de nuestra publicación, y los repetidos aplausos con que la han recibido, los que deseando cooperar, tanto a la perfección moral e intuitiva del país, como a la civilidad de sus maneras, se esfuerzan por alentar el entusiasmo de la juventud, dando impulso a toda empresa, que como la nuestra, lleve estampado el sello de la nacionalidad y del patriotismo; a la vez que nos dan fuerzas para sobrellevar la dificultosa tarea que voluntariamente nos impusimos cuando nos arrojamos al escabroso terreno del periodismo, nos llenan de la más orgullosa satisfacción, haciéndonos comprender que por fin ha asomado ya el progreso en el horizonte literario de nuestra patria en despecho de las oscuras nubes que por más de cuatro lustros le ofuscaban.

Grato debe ser, a la verdad, para todo aquel que animado por sentimientos nobles, sienta latir de contento su corazón al contemplar las glorias y adelantos



de su patria, y a quien los conflictos de esta arrebatan una lágrima de dolor, el ver que las ideas grandes, las ideas sublimes y las ideas fecundas, encuentran eco entre los hijos de la Antilla predilecta del inmortal Colón y que no obstante los escollos con que regularmente tropieza la civilización en todo país naciente, en el nuestro marcha a pasos acelerados, sin que se le antepongan, ni la influencia tremenda del hábito, ni los bárbaros resabios de la ignorancia.

Si la emulación que tan noblemente se ha despertado en el ánimo de nuestros conciudadanos continúa, si la juventud dominicana, llamada por tantos títulos a representar en el mundo un papel importante, lejos de atender al estrepitoso ruido que forman las grandes evoluciones que con frecuencia se operan en el mundo de los hechos, se dedica exclusivamente al cultivo de las letras; no dudamos que en breve tiempo lograremos ver introducida en nuestro país la lucha y el movimiento de las ideas, y entonces unidos por las indisolubles ligaduras del patriotismo, propenderemos, si bien no a reconquistar el poderío que en materia de conocimientos ejercieran en remotos tiempos nuestros abuelos y que el despótico dominio de una nación inculta hizo desaparecer cual humo, al menos a elevarnos al nivel de las demás naciones hispanoamericanas. Tal es el constante anhelo de la sociedad, tal el pensamiento que la anima y el único objeto que nos ha impelido a empuñar en tan verdes años la péñola de escritores públicos.

Nuestros favorecedores pueden permanecer convencidos de que agotaremos todos nuestros débiles recursos por conseguir la realización completa de tan plausible designio, sin que jamás se nos vea infringir el programa que nos hemos trazado, ni menos abandonar cobardemente la tribuna periodística sin haber conquistado antes un beneficio que poder legar a las generaciones venideras.



Reciban también esos señores la sincera expresión de nuestra gratitud, especialmente aquellos que demostrando decididas simpatías por nuestra empresa y deseos tan sólo de cimentarla con la mayor solidez, se han suscrito a nuestro papel por un número excesivo de ejemplares y vivan pues satisfechos de que rasgos de nobleza tan ejemplar, no pueden pasar desapercibidos por jóvenes que aunque inexpertos, pueden apreciar el mérito y aplaudir las acciones nobles y generosas.

3 de diciembre de 1854.





Si a los innumerables escollos con que naturalmente tiene que tropezar toda empresa naciente, añadiéramos también la escasez de recursos con que cuenta la “Sociedad de Amantes de las Letras”, para llevar a cabo la realización de las grandes ideas que se propone desarrollar, acaso desalentados abandonaríamos la escabrosa senda, que bajo los más bellos auspicios hemos principiado a transitar, si el acceso de un sentimiento superior a toda consideración, no viniera a desvanecer nuestros recelos, robusteciendo con mayor firmeza nuestro anhelo por contribuir a la cultura del país donde nacimos. Tal es el amor patrio; sentimiento cuyo imperio en el corazón del hombre, a la vez que debilita la influencia de toda pasión mezquina, consolida la nobleza de los demás sentimientos, socavando las bases de la perfidia y quebrantando las cadenas del egoísmo.

Si bien podemos vanagloriarnos de no haber tenido que superar grandes obstáculos al poner en práctica la instalación de nuestra Sociedad, ni menos podemos lamentar la falta de apoyo de parte de los hombres inteli-

gentes, no se nos escapan, sin embargo, las dificultades que se nos presentarían necesariamente al abordar nuevas empresas, si no apeláramos a la cooperación de todos los amantes del progreso, y a la paternal protección de nuestro soberano gobierno.

La Sociedad, impelida por el deseo de dar impulso a la ilustración de la juventud nacional, más bien que arrastrada por la ambición de conquistar la gloria de haber sido útil, pretende hoy dar un paso más en la vía de la civilización, estableciendo un TEATRO, que aunque no iguale en lujo y magnificencia a los que existen en las opulentas capitales de las naciones de Europa, llene al menos la necesidad que en la nuestra se hace sentir, de un sentimiento tan fecundo en resultados ventajosos e importantes.

Al reconocer la realización de este pensamiento, creemos que el público, convencido de la grande utilidad que reporta a una población el espectáculo de la escena cómica y dramática, no vacilará un instante en brindarnos la constante ayuda que desde este instante solicitamos y que el gobierno tampoco tendrá inconveniente en prestarnos su protección, consumando de esta manera un nuevo hecho que ilustre sus actos y transmita su nombre a la más remota posteridad.

El primer inconveniente que se nos ha presentado, ha sido la falta de un local que llene nuestros deseos. Esperamos que el Gobierno, accediendo a la solicitud que le hemos dirigido, nos facilitará la casa que un tiempo fue Cárcel pública, y que hoy tanto por su construcción, cuanto por el lugar que ocupa debiera ser el Teatro de la Capital.

En última: quedan sometidos a prueba desde este momento, el patriotismo de los dominicanos, la benevolencia de los extranjeros y el buen deseo de nuestros gobernantes. ¡Felices nosotros si podemos alcanzar la dicha de proporcionar a los vecinos de esta ciudad un lugar de instrucción y de recreo!

17 de diciembre de 1854.





Cuando impulsados por un acceso de patriotismo, concebimos la idea de construir un teatro, no se nos ocultaron las grandes dificultades que necesariamente tendríamos que vencer antes de realizarla, ni menos, los tropiezos a que habría de esperarnos la escasez de recursos con que contábamos. Si la confianza que en aquellos momentos nos inspiraran varias personas respetables, y nuestro anhelo por contribuir al progreso y engrandecimiento del país no nos hubieran alentado, acaso desanimados habríamos desistido de llevar a cabo nuestro proyecto, privando de esta manera a la juventud dominicana, de un punto de reunión donde pudiera instruirse recreándose y recrearse instruyéndose, y arrebatando además a los miembros que forman la Sociedad, la gloria de haber podido destruir la antigua preocupación de que en Santo Domingo nada se realiza, ni nada es duradero.

Si bien entonces reclamando la ayuda de los amantes de la ilustración y apelando a la de nuestros gobernantes, a despecho de las oscuras nubes que ennegrecían el horizonte de nuestro porvenir, nos arrojamos

con denuedo a luchar con los inconvenientes que pudieran presentárenos, ¿con cuánta más razón no lo haremos hoy, que vemos que la atmósfera principia a serenarse, y que las tenebrosas nublazones que la ofuscaban, comienzan a desvanecerse con la misma celeridad con que se deshacen las olas cuando impelidas por el viento, se precipitan agitando los mares a estrellarse contra la arena?

En efecto, el apoyo con que felizmente podemos contar y las halagüeñas esperanzas que nos ha hecho concebir la favorable acogida que ha encontrado nuestro propósito, tanto entre los dominicanos, cuanto entre los extranjeros residentes en esta ciudad, han robustecido con tal solidez la resolución que habíamos formado de realizarlo a despecho de cuantos obstáculos pudieran oponérsenos, que hoy no podemos menos de asegurar a nuestros conciudadanos, que dentro de muy poco tiempo le veremos completamente realizado, y que la Sociedad entonces, se esforzará por complacer a sus favorecedores, dando con frecuencia representaciones, que a la vez que sean amenas e instructivas, tengan por objeto un fin patriótico y humanitario.

Así pues, no desmaye la emulación que tan noblemente acaba de despertar nuestro proyecto en el ánimo de los que anhelan por la perfección moral e intelectual del país: continúen pues, prestándonos la ayuda y protección que han principiado a dispensarnos, que nosotros, aunque demasiado jóvenes aún, no obedecemos a otro impulso que al del más acendrado patriotismo, y estamos dispuestos a propender por cuantos medios nos sea posible a la propagación de las luces en nuestra patria; a la civilidad y perfección de sus maneras y costumbres, y a todo cuanto pueda elevarla al nivel de la civilización moderna; convénzanse pues, nuestros conciudadanos, de que sin emulación no hay estímulo, sin estímulo no hay adelanto, sin adelanto no hay mejoras, y sin mejora, todo progreso es ilusorio.

14 de enero de 1855.





Parecería extemporáneo y ajeno de nuestro propósito que hoy ocupásemos la atención de nuestros lectores, reproduciendo en este número lo mismo que dijimos cuando establecimos las bases de nuestra publicación, si solamente se atendiera a que hubiésemos encontrado despejada de obstáculos la escabrosa vía que hemos seguido desde que emprendimos nuestra carrera periodística; pero si lejos de esto, se toman en cuenta, más que otra cosa, los sinsabores que pudiera proporcionarnos la inserción de un escrito cualquiera y la indecisión en que nos pusiera en el número anterior la del último trozo del sublime escrito con que honrara un compatriota nuestro las columnas de este papel, fácilmente se comprendería la necesidad en que nos encontramos de dar algunas aclaraciones con respecto al programa que nos hemos trazado, aclaraciones que si bien no pueden reportarnos grandes ventajas, podrán siquiera impedir que en lo adelante tenga-

mos que tropezar con escollos, que aunque no sean del todo insuperables, puedan al menos entorpecer la regularidad de nuestra marcha.

Cuando atendiendo a nuestra inexperiencia, “al ardor e inconsideración de nuestros veinte años” y a lo que es más poderoso aún, al poco conocimiento que en edad tan temprana necesariamente habríamos de tener del hombre y de las cosas, renunciamos disfrutar de la hermosura y serenidad con que atraen al hombre las halagüeñas perspectivas que a veces engalanan la atmósfera en el mundo de los hechos, por temor de experimentar los fuertes sacudimientos que con frecuencia se sienten allí, operados por el desenfrenado torbellino que produce el choque de las pasiones, y nos apropiamos el mundo de las ideas; distaba bastante de ser un acto de resistencia de nuestra parte, antes bien podría calificarse de ambición, si en vez de considerar la escasez de los recursos intelectuales con que podemos contar, se atiende a que el único móvil que nos impulsa es nuestro decidido amor al progreso y la ilustración.

Al lanzarnos al terreno del periodismo reservándonos la región de las ideas, no dejamos de comprender, como dice un célebre autor: “que así como el mundo de la realidad que lo simboliza, el mundo de las ideas es el teatro de una lucha enconada, de una porfiada guerra y de revoluciones continuas”; pero como quiera que esas luchas, esas guerras y esas revoluciones se desmoronan y desaparecen fácilmente, cuando los principios que les sirven de cimientos carecen de solidez, y que la razón ejerce en ellas la más poderosa supremacía, no pudieron menos de armarnos de valor las esperanzas que concebimos de salir airosos en todas nuestras tareas, contando siempre con la colaboración de nuestros amigos y con la de todos los que cultivasen las letras.

Precisamente al abordar una empresa tan riesgosa animándonos el deseo de poner en evidencia la juven-



tud dominicana y hacer lucir las inteligencias que posea el país, habíamos desmentido los principios progresistas que acabáramos de proclamar, si lejos de examinar tan sólo el mérito literario de una producción cualquiera, que en vez de herir directa o indirectamente la susceptibilidad de algún individuo, u ofender las reglas de la moral, ya sea atacando nuestros principios religiosos, o ya detractando los actos de nuestros gobernantes, sea por el contrario amena e instructiva; nos detuviésemos además en atender a consideraciones cuya observancia no podría menos de hacernos aparecer como retrógrados, más bien que demostrar que marchamos a la par con la civilización moderna. Así, pues, jamás podríamos rechazar una producción nacional que a nuestro corto entender, pudiera probar la existencia de capacidades ilustres en nuestra patria, sin violar los sagrados compromisos que voluntariamente nos impusiéramos cuando determináramos redactar esta publicación.

Sin embargo de enorgullecernos la idea de que hasta aquí no hayamos pensado siquiera, en infringir el programa que nos trazáramos al aparecer por primera vez en la escena periodística y no obstante alentarnos la confianza en que estamos de que nuestros sentimientos, no podrían permitir nunca que incurriésemos en semejante atentado; ese mismo empeño y esos mismos sentimientos nos obligarían a abandonar el terreno de la discusión, antes que obedecer a otro impulso que no al del deseo que hasta aquí hemos demostrado por encaminar nuestro país por la vía del progreso y de la ilustración.

24 de enero de 1855.





PRENSA EUROPEA

Aunque dista bastante de pertenecer a nuestra misión como periodistas, el derecho que hoy nos arrogamos, al proponernos sin titubear, desvanecer ciertos errores que con respecto a nuestro país han cometido, tanto los redactores de *El Correo de Ultramar* como los de *El Eco Hispano Americano*, creemos que como dominicanos no podríamos prescindir de hacerlo, sin desmentir impúnemente ese anhelo que con tanto afán hemos demostrado, de propender de la manera que nos permitan nuestros verdes años a la felicidad común de nuestra cara patria. —Esta idea, robustecida por la satisfacción en que nos encontramos de que, ni nuestros gobernantes, ni los demás dominicanos, podrían jamás, atendiendo únicamente a la pureza de nuestras intenciones, tachar nuestro proceder, nos ha revestido de valor e impulsado a llevar a cabo nuestro propósito.

Habríamos deseado al decidirnos a dar este paso, haber podido denunciar ante la opinión pública el origen de donde emana con tan imponderable afluencia,

esa asombrosa corriente de mentirosas patrañas con que los Sres. Redactores de dichas publicaciones, hacen aparecer a nuestro país envuelto en un estado de complicación y gravedad, desventajosamente superior al que ofrece la Cuestión de Oriente; pero vagos y estériles han sido todos nuestros esfuerzos por conseguir; inútiles los medios que hemos puesto en acción y completamente burladas las esperanzas que concibiéramos de haber podido lograrlo.

Sin embargo, fieles en nuestro propósito, ajenos de toda pasión mezquina y desnudos de toda intención dañada limitaremos tan sólo a bosquejar a nuestros lectores en estas líneas lo que hayamos podido sacar en limpio, o mejor dicho, lo que hayamos podido deducir de nuestras más profundas reflexiones.

Es incontestable, que o bien esos periódicos marchan bajo la poderosa influencia de un interés sórdido y rastroero que les impele por conveniencia propia, a exagerar con sus inciertas noticias el estado de cualquier país, o bien la deformidad de sus extravagantes columnas, obliga a sus redactores, a llenar los vacíos que pueda dejar la escasez de materiales, con noticias improvisadas, tomando por norma un país lejano; o como es factible, carecen de datos fehacientes al insertarlas y se exponen a socavar los cimientos de una nación y a entibiar las relaciones amistosas que esta conserve con las demás del universo, por inexactitud o falta de actividad de parte de un corresponsal cualquiera. —Si lo primero, los Redactores de los periódicos a que aludimos, no comprenden la sagrada misión que desempeñan, misión de orden en que semejante a la del sacerdote que le está encomendado velar por la salud y conservación de las almas, están obligados a alimentar a los pueblos propagando sanas doctrinas y conservar en ellos la mayor unión y armonía, y entonces desmerecen, pues secundan planes proditorios y dejan de ser imparciales; si lo segundo, profanan la libertad de prensa, convirtiéndola en vil juguete de su sed ardiente de



oro y de riquezas; y si lo tercero, son culpables también, pues se cuidan poco al elegir un agente, de que este individuo reúna o no las dotes que necesariamente habría de poseer para que pudiese comprender a fondo la gravedad de su encargo.

Al hacer estas reflexiones, está muy distante de nosotros la idea de suponer que las noticias que con escándalo de la opinión pública aparecen en las columnas de *El Correo de Ultramar* y *El Eco Hispano Americano* sobre Santo Domingo, les hayan sido comunicadas a sus redactores por los corresponsales que poseen en esta ciudad, pues felizmente tenemos la honra de conocerles y podemos asegurar que ambos son hombres de consideración y respeto, incapaces de cometer acciones tan degradantes. —Tampoco nos atrevemos a asegurar, que esas noticias hayan dejado de llegar de algún modo al conocimiento de esos periodistas, ni menos que estos las hayan inventado para ocupar los vacíos que pudiera dejarles en sus columnas la falta de otras materias de que ocuparse. —En tan críticas circunstancias, comprendemos perfectamente que no estamos en actitud suficiente para poder avanzar un hecho de semejante naturaleza; estamos convencidos de que a nuestra edad, ni siquiera por conjeturas nos sería dado suponer la realidad de ese mismo hecho, supuesto que carecemos de la madurez y experiencia que requieren asuntos de tan trascendental importancia; pero al mismo tiempo comprendemos también, que está a nuestro alcance asegurar, como lo hacemos, que existen en los periódicos a que nos referimos noticias muy alarmantes sobre Santo Domingo; noticias que lejos de ser verídicas, no merecerían siquiera que fuesen refutadas, si por la perversidad de ellas, no temiésemos que perjuicios que no está demás procurar evitarlos.

Con el deseo únicamente de pintar la poca seguridad con que se vive en este país y queriendo atribuir a nuestros conciudadanos un espíritu turbulento y quisquilloso que afortunadamente les es desconocido, ve-



mos que *El Correo de Ultramar*, exagera de tal manera un acontecimiento que no pasó de ser otra cosa, más que una riña entre dos jóvenes, que le hacen aparecer con un colorido político en extremo alarmante, abultándole hasta el extremo de pintarle casi como un asalto a mano armada contra la seguridad de un individuo pacífico. —No es de extrañar que esta noticia haya sido insertada a pedimento de uno de los protagonistas del drama, si se atiende a que siendo su padre Agente de dicho periódico en esta isla muy fácilmente podría haberlo hecho, supuesto que se ausentaba del país y debía serle indiferente que este sufriera o no. Además, es probable también que lo hiciera llevado únicamente por el deseo de prepararse una buena posición social en otro país, pues no deja de ser un precedente sobremanera lisonjero, ver que la prensa de Europa se ocupe de los tropiezos que da en América, un joven que apenas cuenta veinte y dos años; edad en que no le es dado al hombre sofrenar las pasiones, ni menos evitar las locuras del amor.

Si bien fue grande la sensación que produjera en nosotros, observar, que haya armado ruido en Europa, un asunto que, en este país, apenas salió del estrecho círculo de admiradores de que regularmente se encuentra rodeado el hombre cuando se haya halagado por las riquezas; no fue menos nuestra admiración al leer en el número 25 de *El Eco Hispano Americano*, lo siguiente:

Santo Domingo.—Cartas de la Capital con fecha 7 de noviembre, presentan a este país envuelto en una doble crisis interior y exterior. El Presidente había disuelto el Congreso Nacional, al cual ha sustituido un Consejo de notables; y aun se añade que iba a darse nueva Constitución. Háblase de Imperio, de Presidencia vitalicia y de Dictadura. La crisis exterior se refiere naturalmente a los designios manifiestos ya, de los E. U. sobre aquella parte de la Isla de Haití, tan interesante por su posición geográfica y por su codiciado puerto de Samaná. Estos proyectos de los americanos ha-



llan contra sí la enérgica protesta y resistencia de los dos Cónsules inglés y francés llegados allí de Puerto Príncipe y trayendo a su seguimiento la escuadra anglo-francesa que estaciona en las Antillas. La correspondencia añade que también se esperaba de un momento a otro un enviado extraordinario de España.

Dejamos a la consideración del lector que tome en cuenta la *mucha exactitud* de la mayor parte de las noticias anteriores, pues nuestra misión no nos permite traspasar unos límites que necesariamente nos harían descender al terreno de nuestra política local; terreno que desde nuestra aparición nos vedamos por ser demasiado escabroso para nosotros.

Creemos haber hecho un bien al país haciendo cuanto ha estado a nuestro alcance por evitar que en el extranjero llegue a formarse una idea tan triste de nuestra patria, y aunque extrañen algunos que nos hayamos atrevido a tanto, estamos en la satisfacción de que muchos aplaudirán nuestro arrojo.

28 de enero de 1855.





Por más que pretendiéramos ocultar los sinsabores que hayamos tenido que sufrir, durante el corto lapso de tiempo que ha transcurrido desde que principiamos a desempeñar nuestra misión periodística, no podríamos alcanzarlo nunca, sin que los hechos desmintiesen cuantas razones pudiéramos aducir en nuestro apoyo. —En efecto, no parece sino que está decretado que la prensa en Santo Domingo deba tener que luchar, además de los erizados escollos que en todas partes le oponen, para interrumpir su marcha, los que avezados con el crimen y la deshonra, temen que los rayos de luz que de sí arroja esta palanca removedora de la civilización moderna, les hagan aparecer ante la sociedad desnudos de todos los alicientes conque encubren su maldad, también con la inevitable dificultad de tener que complacer a un público difícil de comprender y cuya exagerada volubilidad, a la vez que bastaría tan solo para hacer que fracasasen cuantas empresas pudieran ponerse en planta, sería capaz de desalentar al entusiasmo y helar al más ardiente patriotismo.

Apenas aparecimos en la escena; apenas enarbola-
mos nuestro estandarte de orden y progreso, cuando
tuvimos que principiar a escudarnos de los tiros que
comenzaban a asestarnos la envidia y la maledicencia.
—Unos en su satánico furor en oponerse a cuanto pue-
da tender a la perfección del país, calificaban de
pretenciosa nuestra misión; otros, menos engreídos pero
más malévolos, nos tachaban de que invirtiésemos en
sandeces y discusiones frívolas, el precioso tiempo que
debiéramos emplear en materias, para ellos sobrema-
nera importantes, mientras que para nosotros no pa-
sarían de ser en extremo perjudiciales, y no faltó quien
en su depravado odio y desenfrenada antipatía por todo
lo que es nacional, tirase de despecho nuestro papel,
porque no podía soportar que el más acendrado patrio-
tismo fuese el único móvil que nos guiara al imponer-
nos voluntariamente, una tarea tan dificultosa y tan
llena de inconvenientes. ¡Criminalidad atroz! ¡Horrible
perfidia, casi sin igual en los fastos de la historia!

Más tarde, deseando ser útiles al país, aprovecha-
mos la favorable ocasión que nos presentara la prensa
extranjera y sin atender a otra cosa que a nuestro amor
a la patria; sin consultar más intereses que los de nues-
tra nacionalidad, y sin más ambición que la de contri-
buir con nuestro débil contingente a vindicar la con-
ducta de nuestros conciudadanos, impúnemente ultra-
jada con los escandalosos hechos que acababan de
imputárseles, nos resolvimos a tomar parte en esta cues-
tión y desmentimos unas noticias que eran en extremo
alarmantes, creyendo más bien obtener aplausos, que
merecer rechiflas. ¡Pero cuán vanos y cuán estériles
son los esfuerzos que hace el hombre por descubrir los
ocultos arcanos del porvenir! Nuestra conducta en es-
tas circunstancias, lejos de proporcionarnos el éxito
que nos propusimos, sirvió para encender con más vi-
veza la rabia de nuestros detractores. ¡Imbéciles! —Nos
imputan que hemos infringido nuestro programa; que
nos hemos desviado de la línea que nos trazáramos,



abordando una materia que nos estaba estrictamente vedada. ¿Creen acaso los que así piensan, que habiendo renunciado voluntariamente mezclarnos en la política, esencialmente en la local, hemos abdicado nuestra nacionalidad? ¿Creen también que hemos renunciado a la vez, el derecho que como dominicanos tenemos, de mantener la reputación y buen nombre del país? ¿Se figuran tal vez, que podríamos haber permanecido como mudos espectadores en una cuestión en que nos va en gran parte el éxito de nuestro porvenir?

Es incierto que los tipos de la imprenta nacional nos hayan sido concedidos por nuestro soberano gobierno, con la expresa condición de que sólo nos ocupásemos en hacer versos y criticar costumbres, pues en materia de condiciones solamente nos han sido exigidas las siguientes:

1º Que no insertarán comunicados ni editoriales que establezcan polémicas ni personalidades, que den por resultado la división entre las familias dominicanas.

2º Respetar la política y los actos del Gobierno, los de los gobiernos extranjeros y autoridades legítimamente constituidas.

3º No tratar cuestiones religiosas.

He aquí las únicas restricciones que se nos han impuesto, restricciones que nosotros mismos exigimos y que serán en adelante nuestro programa político, programa que jamás infringiremos, pues solo es nuestro anhelo, mantener el orden en nuestra patria y propender a su futuro engrandecimiento y al sostén de su nacionalidad e independencia.

11 de febrero de 1855.





Una vez lanzados al terreno de la discusión, dispuestos como dominicanos a levantar el guante que a cada momento nos arrojan los enemigos de nuestra nacionalidad, toca a nuestro deber en calidad de periodistas oponer tenaz resistencia a sus descabelladas pretensiones, formando una valla insuperable donde vengan a estrellarse los tiros que en su rencoroso furor pretenden asestarnos por medio de la prensa extranjera. —Así, pues, provistos de valor se nos verá a cada paso entrar de lleno en materia, a despecho del furioso torbellino que pueda producir la lucha de mil pasiones encontradas, confiados en que esas mismas noticias, perversas siempre, de que se ven hoy sembrados los papeles extranjeros, son otras tantas armas que para nuestra defensa nos prestan esos hombres vencidos a la ambición ajena, y que si bien los hechos desmienten de una manera incontrovertible la infalibilidad de esas bastardas y aborrecibles ficciones que en su demencia inventan, no está demás que nuestra menguada pluma

procure probarlo con razones ante el mundo imparcial, único juez competente, del que podremos obtener un fallo irrevocable que deberá servir de desenlace a tan enmarañado embrollo, desenlace que, propagándose por todos los ámbitos del universo entero, irá transmitiéndose de tradición en tradición a la más remota posteridad.

Es infalible y detenerse a probarlo sería malgastar el tiempo, que hay un propósito en desacreditar nuestra República y hacerla perder el prestigio de que goza entre las naciones civilizadas; ya sea porque su engrandecimiento destruya para siempre planes proditorios, trabajosamente formados por imaginaciones exaltadas con el furor de ver por tierra ilusorias esperanzas, concebidas con procaz orgullo; o ya porque quiera socavarse las bases que consolidan la nacionalidad, entibiando las relaciones amistosas que conserva con los demás Estados, y privándola de adquirir nuevas amistades, y con ellas más solidez y mayores ventajas.

Échese una ojeada a las columnas de *El Correo de Ultramar* de fecha 15 de enero último, y veráse cuán bien fundadas están nuestras sospechas, y cuán absurdo sería dudar que ese papel sirva de eco a los que ven su ruina en el progreso del país. —Afortunadamente las mal zurcidas mentiras con que intentan desprestigiarnos, traen envueltas en sí mismas su mejor refutación, y revelan cuán bajos son los hombres que las dictan. —Dígalo si no la última imputación que escandalosamente nos hizo dicho periódico; dígalo si no la falta de justicia que con tanta malignidad lamenta, y dígalo en última, la exagerada relación del asunto del capitán Beckley.

Con solapada intención fingen que tan bien mirados por nuestro gobierno son los franceses como los ingleses, y que solo los americanos son los que obtienen sus favores. —¿A tamaña imprudencia, que podríamos contestar que fuese bastante para confundir a esos ciegos instrumentos, que impulsados por la vil influencia de



egoístas perversos, se complacen en detractarnos y envilecernos? ¿Qué razones podríamos aducir para contrarrestar unas patrañas tan mal disfrazadas? —Necesariamente habremos de imitar a un compatriota nuestro, cuando en idénticas circunstancias, buscando argumentos con que poder destruir las ideas absurdas de nuestros enemigos de Occidente, prefirió a fútiles contestaciones *mostrarle las llagas y guardar un silencio despreciador*. Así nosotros, solamente presentaremos en nuestro apoyo la prisión del capitán americano Beckley y la causa que le fue pasada en el Tribunal de Justicia Mayor de esta Capital, todo en castigo de una ofensa hecha al comandante Puvois del vapor de S. M. B. *Argus*; porque creemos que esto es bastante para convencer a los que no se dejan arrastrar por el impulso de las pasiones.

La estrechez de nuestras columnas no nos permite extendernos como deseáramos y según el extenso campo que nos presenta la prensa extranjera; sin embargo, fieles en nuestro propósito tomaremos la pluma cada vez que creamos ser útiles al país y siempre que como en estas circunstancias creamos necesario nuestro contingente, para impedir que minando con lentitud los cimientos del edificio que con tanto afán han fortalecido en los campos de batalla nuestros valientes soldados, logren nuestros enemigos ver que se desmorone cuando debiera mostrarse más sólida e indestructible.

18 de febrero de 1855.





¡EL 27 DE FEBRERO!

En este memorable día hará época la bizarra independencia del pueblo dominicano; en este día feliz, día lleno de gloria, casi sin igual en nuestros fastos históricos, hará época la heroica decisión que un puñado de verdaderos patriotas tomara al sacudir para siempre el bastardo e ignominioso yugo que por más de cuatro lustros pesara sobre los hijos predilectos del inmortal Colón; ese fue el grandioso día en que los fundadores de nuestra nacionalidad, a despecho de mil inconvenientes, venciendo dificultades sin cuento y luchando con la perfidia y con la traición; sordos a los ladridos de la maledicencia, y obedeciendo únicamente al impulso del verdadero honor nacional, y al sentimiento del amor puro a la patria, dieron al mundo el ejemplo de cuanto es capaz un pueblo, cuando despertando del letargo en que por tantos años yaciera sumergido, se decide a desterrar de su seno el dominio intruso de una nación extraña, y a entrar en el rango de las naciones civilizadas.

Once años han transcurrido ya desde el instante dichoso en que nuestros intrépidos libertadores dieron el grito de

SEPARACIÓN Y LIBERTAD;

grito que esparciéndose por todo el territorio de la parte española de la isla de Santo Domingo, despertó un pueblo que yacía oprimido bajo el peso del más degradante vasallaje y aletargado con el ruido de las cadenas con que le atara la más cruel e inculta de las naciones; y grito en fin, que levando en masa una población entera, formando una sola familia resuelta a combatir la tiranía, constituyó un estado libre e independiente. —Desde entonces data nuestra existencia política, desde ese momento principiaron nuestras glorias y entonces fue cuando los dominicanos tuvieron patria por la vez primera. A tantos años de esclavitud y sumisión como habían experimentado, siguiéronse días de entusiasmo e independencia, y ese mismo pueblo que pasivo soportara siglos enteros el dominio de diversas razas, abriéndose paso por la senda de la libertad, logró inscribir su nombre en el catálogo de los pueblos libres; de esos pueblos que han comprado su libertad a costa de sangre derramada por sus valientes soldados en los campos de batalla, y hoy presenta lleno de orgullo ante el mundo civilizado una República bien constituida, adornada con los laureles de la victoria.

Así, pues, creemos que todos los dominicanos llenos del más patriótico júbilo habrán de celebrar el día 27 de Febrero, con toda la pompa y solemnidad con que las naciones cultas celebran el aniversario de su independencia y que el gobierno no dejará también de prestar su cooperación para que en ese día todo sea entusiasmo y todo alegría; para que tomando el patriotismo nuevo ensanche, hagan todos en las aras de la patria el sacrificio de pasiones mezquinas; para que hagan también abnegación de fútiles resentimientos, y formen todos una sola masa que unida por los lazos del



honor nacional, propenda por cuantos medios le sea posible el engrandecimiento de la República. ¡He aquí la verdadera manera de celebrar un día tan grandioso y tan brillante! ¡He aquí una manera muy fácil de dar mayor solidez a nuestra República! ¡Felices entonces nosotros, si mirando abrirse un nuevo porvenir para nuestra patria, ocupados todos en proporcionarle mayor nombre y mayores ventajas, continuamos recibiendo los beneficios que la Divina Providencia se ha dignado derramar sobre este pueblo con tan admirable profusión!

25 de febrero de 1855.



CRUELDAD PÚBLICA

En estos últimos días, parece que algunos enemigos encubiertos de la Administración, de esos espíritus intranquilos que se complacen en perturbar el orden público, porque entra en sus miras particulares el no conformarse con el buen orden, y el vivir sumisos a la Autoridad, y a las leyes; o tal vez, ningún resto de los facciosos del 25 de marzo, que no han sabido apreciar los rasgos de clemencia que con ellos ha usado el Gobierno, ni el favor que se les hizo en no perseguirlos, y dejarlos tranquilos en sus casas, comenzaron a divulgar ningunas noticias alarmantes; pero el Gobierno que vela por la seguridad pública, y que bajo su responsabilidad está obligado a garantizar las personas y propiedades, tomó algunas medidas que indicaron su vigilancia, y recordó a los militares, que siempre han cumplido con su deber, la obligación en que estaban de velar por la tranquilidad, para no ser seducidos por los que se valen de diferentes pretextos para engañar a los incautos, comprometiendo el nombre de personas muy



respetables, que son el más firme apoyo de la Autoridad y de la Ley. Esto bastó para que el siguiente día seis individuos se refugiasen en la casa del Sr. Cónsul de S. M. B. en esta ciudad, sin que nadie sepa hasta ahora la verdadera causa. Sin duda su conciencia les acusa de algo; porque ni las autoridades los han perseguido ni contra ellos ha habido ni hay causa abierta, al principio de procedimientos.

Este hecho es demasiado singular, y llama la atención de los buenos dominicanos, que ven con pena el que se repitan escenas de esta clase, que no pueden menos de consternar a los habitantes honrados y laboriosos, interrumpidos en sus negocios y proporcionarnos un descrédito. Parece que hay un plan combinado para hostilizar la Administración, para poner trabas a todas las medidas de progreso, para inspirar desconfianza en todas las clases de la sociedad, y hacer creer que el Gobierno no goza de popularidad. —Lo que se ha hecho muy notable es que el Sr. Cónsul haya dado asilo a estos individuos, y que de buena fe haya creído que por *opiniones políticas se encuentren sus vidas en inminente peligro*. No pudieran estos individuos haberse valido de un pretexto más especioso. Suponer que por *opiniones políticas* estén sus vidas en inminente riesgo, es hacer un ultraje muy gratuito al Gobierno. ¿Por opiniones políticas, cuando en este país se habla y escribe con toda libertad? ¿Por opiniones políticas, cuando no salen de la esfera de meras opiniones? En todas partes se respetan las opiniones: las opiniones nunca pueden calificarse de crímenes; cuando no sacan sangre ni rompen huesos, y dejan de ser opiniones, cuando hay un concierto de medidas tendientes a transformar el orden público, la seguridad del Estado, o cuando se pretende introducir en él la guerra civil y armar los ciudadanos unos contra otros. Ya entonces, no son meras opiniones políticas; son crímenes previstos por las leyes; y es muy de extrañar que estos hombres encuentren asilo en las casas de los Sres. Cónsules; porque,



sin entrar en la cuestión de si estos disfrutaban del derecho de asilo, este nunca se da a los malhechores, ni a los que atentan contra la seguridad del Estado; y los gobiernos en tal caso, pueden, según el derecho internacional, tomar medidas para examinar hasta qué punto debe respetarse el asilo, tratándose de delitos de Estado; y dar órdenes para rodear la casa del Ministro, insistir en la entrega del reo, y aun extraerlo por fuerza.¹

El Gobierno es el único a quien puede pertenecer el examinar si los asilados son o no culpables; porque él es quien está encargado de la seguridad pública, y de la ejecución de las Leyes. De otra manera aquellas quedarían sin efecto, y si diese gana a los Cónsules, paralizarían su ejecución, sin embargo de que todos, todos debemos estar sujetos a las Leyes de seguridad y de represión, y violarlas o eludirlas, es ponerse en estado de guerra con la sociedad, la cual entraría en el caos de la más horrorosa anarquía.

En materia de tanta trascendencia sería de desear que los buenos patriotas, los amantes del orden y de la seguridad pública, los que aman la Patria, esa Patria que tantos sacrificios ha costado, se lanzasen con sus ilustradas opiniones, para dilucidar una cuestión que a todos nos interesa y para que nos unamos al Gobierno, a fin de sostener las Leyes y los principios que rigen generalmente, en cuantos lugares es conocido del Derecho de Gentes.

Esperamos además que los encargados de mantener ilesos la dignidad y el honor de la Nación, cumplirán con sus sagradas obligaciones, con el decoro y energía que la ocasión requiere.

12 de agosto de 1855.

1. Bello. *Derechos y funciones de los Agentes Diplomáticos*. Cap. I, Sec. 8 y 9.

Vatel. Libro 4º. Cap. 6º y 75. *Idem. Idem*. Cap. 7º y 15. *Idem. Idem*. Cap. 9º y 98.





Tenemos reconocido por un axioma, que “todos pueden hablar y escribir mucho; pero que el privilegio de hablar y escribir con juicio, ha sido acordado a muy pocos.” Por consiguiente, no vacilamos en creer que nosotros, cuando hablamos y escribimos, seamos desgraciadamente del número de los que hablan y escriben *sin juicio*.

Pero si hemos formado este de nosotros, es porque la desconfianza que tenemos de nuestra corta edad e inexperiencia, nos dicta que prevengamos los malos efectos que pudiera producirnos una ciega, ridícula y exagerada presunción de nuestras pobres fuerzas; no es por lo tanto ese concepto una confesión arrancada al arrepentimiento de nuestro proceder, ni del sistema que hemos adoptado desde los primeros números de nuestro periódico. Arrepentimiento no es, no puede serlo, porque hemos procedido según las indicaciones de nuestra conciencia y de nuestro deber. Y los desagradados que tal conducta pueda proporcionarnos, solo obtendrán de nosotros lo que el hombre que no tiene que reprocharse

acuerda a los males que le suscita la envidia: ¡el desprecio!

¿De qué podríamos arrepentirnos? ¿Y por qué? ¿De haber hablado a favor del orden, y de haber ridiculizado a los amantes de la bambolla? No, al contrario; esto nos tiene satisfechos de nosotros mismos. —¿Nos arrepentiremos por las mordeduras que los malos nos den? Tampoco; porque si son malos, su desaprobación es un aplauso; y nunca, jamás queríamos merecer sus felicitaciones.

Y malos son, a fe, los que nos muerden; porque habiendo nosotros siempre hostilizado a los malos, y nunca a los buenos, malo debe ser todo el que en el diseño reconozca su retrato.

Pero en fin, señores malos (y señoras malas), ¿de qué os quejáis? ¿De que todo vuestro ser está dominado por el infernal espíritu de partido, y el nuestro no? ¿De que vuestras acciones y palabras respiran odio al orden y amor a la licencia, y nosotros acatamos la autoridad bajo la cual estamos obligados a vivir, y sin la cual no puede haber *Sociedad*? ¿De que lo poco que hemos aprendido nos haga raciocinar en el sentido de que “si todos los asociados no ayudan al mandatario, inútiles serán los esfuerzos del mandatario por el progreso de la asociación”, mientras vosotros, señores malos, raciocináis en el de que “si no hostilizamos, si no creamos dificultades y derrocamos el poder, no haremos lo que nos diere la gana”; y vosotras, señoras malas, en el de que “si no cae fulano, no vendrá Zutano”?...

Pues bien, si de esto os quejáis, gritad en-hora-buena, que vuestras quejas y gritos nos honran. Y si no pensar, sentir ni obrar como vosotros es *no hablar ni escribir con juicio*, rogamos a Dios de todo corazón que nos vuelva locos...

Un autor francés ha dicho: “El desorden de la multitud, ha hecho siempre desear, preferir, reclamar la dictadura; y los grandes ambiciosos, los Cromwell, los Bonapartes, no han faltado jamás.”



“¡Más vale el orden inflexible que la licencia; pues cuando cae cual es Señor, todo el mundo es esclavo!

Tales principios, tales ideas están indeleblemente grabados en nuestra alma; consecuente con ellos ha hablado siempre *El Oasis*. Y no, gracias al cielo, porque deseemos, ni remotamente, un César, un Cromwell o un Bonaparte para nuestra pobre patria, pues hombres de tanto peso serían carga abrumadora para sus débiles fuerzas. Y no tampoco, gracias al cielo, porque nuestra multitud esté en desorden, y se necesite para curarla de la enfermedad política un remedio violento. No, ¡pardiez! Nosotros execramos todo lo que huela a absolutismo, y rendimos fervoroso culto a la sacrosanta libertad! Tampoco nuestro pueblo está en el caso de que se le apliquen aquellos dos pensamientos tristes y aterradores, si bien acertados, para todo republicano; pues su mayoría continúa en el sendero del orden y conoce su utilidad, su necesidad. Hemos hablado siempre conforme a ellos, porque tememos para nuestros caros compatriotas el contagio de un mal de que por desgracia se han manifestado ya algunos casos en nuestro país. Este mal es la demagogia, madre del espíritu de partido, y abuela de la anarquía.

Si combatirla es carecer de ²juicio, repetimos que queremos ser tenidos por locos.

2 de septiembre de 1855.

2. Lo repetimos, podemos no hablar con madurez y juicio, pues que a veces se califican de madurez y juicio la hipocresía, el solapamiento y las máscaras políticas de los camaleones que siempre quieren estar a dos aguas. Pero si haber manifestado con patriótico denuedo nuestras opiniones políticas nos ha granjeado algunas antipatías (lo que no dudamos de varios de nuestros conciudadanos). no puede nadie ver con secreto terror a *El Oasis*; porque nunca se hayan permitido sus Redactores personalidades de ningún género. Hemos atacado a algunos hombres públicos, porque la conducta de estos está bajo el dominio de la prensa, y como patriotas y periodistas los juzgamos y los califi-





camos. Hemos delineado algunas grotescas caricaturas, de pura invención, y sin un original efectivo; si alguno ha tomado nuestros mamarrachos por su retrato, culpe al efecto de óptica y no al pintor. Pero siempre hemos respetado y respetaremos los misterios de la vida privada, y no tema ni espere nadie verse atacado en su honor por hechos de su vida privada en las columnas de nuestro papel.



Las columnas del *New York Herald* de 19 de agosto, abiertas a fuerza de oro al salvajismo asolador de las pasiones, traen inmerso un artículo que bajo el epígrafe *Nuestra correspondencia con Santo Domingo*, atropella implacablemente la reputación de nuestra República, y de su administración actual.

Grandísima ceguedad sería necesaria, para no ver de dónde nos viene el golpe, y para no conocer en el pretendido corresponsal del *Herald*, una de esas víboras que, cual la de la fábula, matan siempre al hombre incauto que las abraza en su seno; para no ver en el anónimo autor de ese escrito, un cobarde impostor, que al fulminar las calumnias más groseras, trata de salvar a toda costa las apariencias que puedan ponerle en manifiesto, y atraerle el condigno castigo de los calumniadores, que es el despecho general; y por eso se finge corresponsal, no siendo sino un remitente ordinario, que tiene quizás pequeñas pasiones de satisfacer pequeñas calenturas en su lar.

Comienza ese fárrago de mentiras por hablar de la cuestión *suscitada por el Agente Consular de España*, tan dichosamente terminada por la venida del Sr. Brigadier Monterola. Dice que no podemos alabarnos de los artículos *anónimos* con que las *prensas* de aquí persisten en envilecer a este funcionario; que hay falta de cortesía y hospitalidad en abusar de él, encubiertos con una máscara, etc., etc. Muy a pechos se toma la defensa del Sr. Agente Comercial, el *corresponsal del Herald*, pero miente desfachatadamente al decir que se le ha envilecido, y que se ha *abusado* de él; y todo esto encubiertos con *máscaras*, ni *bajo anónimos*. Los que como buenos dominicanos hemos atacado las pretensiones injustas que más de una vez se han tenido, queriendo abusar de nuestra condescendencia, lo hemos hecho muy en pleno día, y con nuestros nombres que representaban una responsabilidad voluntaria, al frente de lo que escribíamos. Si se creían infundados o calumniosos nuestros ataques, un Jurado de Imprenta habla y hay que establecido, y a un Ley de Imprenta estábamos y estamos sometidos. ¿Por qué no se obró? ¿Por qué no se obra?

Dice más adelante el injurioso fárrago, que la prensa¹ está vendida al poder. Esa es una vil calumnia, pues no se puede vender a nadie quien arrostra la animosidad de hombres engañadamente tenidos por omnipotentes. *La prensa* no ha incensado al poder, ni a nadie". Hasta ahora solo hemos hecho *reprochar* indirectamente al Gobierno, que empleara hacia ellos una tolerancia que fortalecía a ese error, y conducía el país a un precipicio espantoso. Porque somos dominicanos, y no queremos que nuestra nacionalidad venga a ser un

1. La prensa en este caso es *El Oasis*. Con orgullo lo decimos, es el único periódico dominicano que se ha ocupado en tratar materias de tanta importancia para nuestra existencia política, como fueron las cuestiones con el Sr. Agente Español, y el Sr. Cónsul de S. M. B.



padrón de infamia de que hayamos de avergonzarnos ante las demás naciones civilizadas.

Pero en cuanto hay quien habla en el sentido de apoyar al Gobierno, y de flustrar la opinión pública, no falta quien lo presente como un miserable capaz de venderse, porque si se deja creer que habla según sus convicciones, se creará también que el Gobierno tiene popularidad; y hay quien le convenga hacer creer que no la tiene.

La dichosa correspondencia describe al país en miserable estado, abrumado de males, de miseria, de falta de policía, etc.; y todo lo atribuye a la apatía, ignorancia y servilismo de nuestro Senado Consultor.² Habla de este en términos de taberna, y ataca sin piedad todas las leyes y resoluciones que da; la hiel de la envidia resalta en la forma con que se expresa sobre la concesión temporal de la Isla Saona al General Libertador. Nosotros preguntamos: ¿le atañe acaso al exótico articulista que la República se arruine con rasgos de munificencia nacional? ¿Qué le va ni le viene? ¿Está llamado por ventura a calificar como árbitro competente los méritos de nuestros grandes hombres? Aun el título de Libertador se lo disputa al General Santana, pues dice: “El Libertador, como se dice el actual Presidente.” —Parece que el *Corresponsal* ignora que no es él quien *se dice* Libertador: que la Nación agradecida a sus eminentes servicios y sacrificios personales, ha querido recompensárselos en parte confiriéndole ese título, y haciéndole espontáneamente los presentes que tantas cosquillas hacen, y tanta saña despiertan en el articulista. Parece que ignora que en este hombre, que según él, *no tiene otra recomendación que su valentía personal, y como sus amigos piensan un buen deseo*, reside la garantía de nuestra independencia, porque él y

2. Son tan indecentes los términos con que se expresa el articulista respecto de nuestro digno Poder Legislativo, que no merecen los honores de la refutación.



sus bravos son quienes la sostienen en los casos de peligro, y no las halagüeñas y nunca realizadas promesas de... los que se corresponden con el *New York Herald*.

Insiste mucho también el virulento artículo, en atacar las Leyes de Conspiradores y de Pasaportes.³ Sobre la primera, cuanto podamos decir se lo tendrá dicho todo el que vea en las conspiraciones, y *en los que las fomentan*, la verdadera ruina de la patria. Sobre la segunda, basta decir que en la mayor parte de los países cultos son muy rígidos en esa materia; que en la mayor parte de los Estados de Alemania, en Bélgica, Francia, España y otros países ilustrados, las instituciones sobre ese punto son tan rígidas o quizás más que entre nosotros.

Dice que *hay naciones* que no exigen pasaporte; pero la excepción no puede formar regla.

Atribuyo a suspicacia, a temor de una Administración que vacila⁴ en su poder agonizante, la justa severidad de nuestra Ley con los que vienen del extranjero sin pasaporte,⁵ aparentando ignorar que por mucho que deseemos una inmigración, no puede convenirlos la de vagos y criminales fugitivos de la policía de las islas circunvecinas. Bien sabe el que tal escribe, que nuestro gobierno tiene su sostén en la opinión pública, pues muy pocos descontentos hay, y aun entre ellos, no creemos que haya uno tan vil, que cuando se ataca nuestra nacionalidad, no deponga sus pequeñas pasiones para solo acordarse que es Dominicano. Pero, ¿qué más prueba de que el Gobierno es fuerte, que la que dan sus propios enemigos, tomando por consolación de su im-

3. Aquí se ha oído a ciertos pasajeros echar mucho contra esta última, ¡hem! ¡hem!...

4. ¡Hola! ¿con que vacilas, eh? ¡Qué fácil se ve lo que se desea! No tenga U. cuidado, señor Corresponsal que:

*Para la Pascua le haremos un chupetín
ya sea de Bretaña, ya De brin...*

5. ¡Son tantos los chascos y clavos que hemos llevado! ¡tantos los petardos que nos han pegado!



potente rabia y de sus pérdidas esperanzas, el expediente de atacarle a manera de insectos despreciables, con picaduras que no causan escozor, como lo ha hecho el Señor *Corresponsal del New York Herald*?

Lo que más nos indigna del roñoso enemigo de nuestra República es que tiene la pretensión de hacer creer que es hijo del país, quien tira a desconceptuarlo tan indigna y calumniosamente. No, no es Dominicano ni puede serlo un miserable cuya pluma va guiada por la envidia, la mentira y todas las pasiones que degradan al hombre. No hay dominicano que haya aprendido a hacer la guerra en la escuela de la bajeza, de la cábala y de la intriga.

Y a más de todo, habiendo hablado nuestra prensa sin máscaras ni embozo, el articulista encubierto bajo un nombre supuesto⁶, echa en cara el pretendido anónimo con que hemos escrito en los editoriales de *El Oasis*, cuyos autores no podían ser más conocidos.

No contradiremos en lo sucesivo en nuestra calidad de Redactores, es decir, con el frente noblemente presentado al enemigo, artículos que por su impudente falsedad, por lo indecente de sus ataques, y por ser su autor desconocido, tienen todas las cualidades de pasquines o de libelos infamatorios, por lo cual no pueden inspirar sino un profundo sentimiento de soberano desprecio a todo el que les haga el honor de fijarles la atención.

7 de octubre de 1855.

6. El de *Thomas Bob*, que es como se firma, con el ridículo intento de mortificar al honorable Sr. Don Tomás Bobadilla, miembro de nuestro Senado Consultor, pero para *Thomas Bob*, si vuelve, tenemos en Ocoa a *Roberto Torres*.





Hoy vamos a hacer una declaración de suma importancia, provocados por los absurdos escritos que sobre nuestro carácter se han adelantado a hacer algunos mal intencionados. Si tan solo se tratase de simples rumores, como los que las mezquinas pasiones de un corto número de envidiosos hacen cundir por *aquí*, no nos dignaríamos desmentirlos en un editorial, pues estando ellos mismos persuadidos de que mienten, todo el castigo que impondríamos a sus diatribas sería tocarles como de paso en una letrilla, o en un artículo de nuestras variedades; lo que ellos no dejan de temer mucho, pero como hemos visto figurar los erróneos conceptos de que tratamos en dos periódicos extranjeros, como comprendemos que se oculta una siniestra intención en producirlos, bien que les consideremos *simples remitidos*, queremos con una simple aclaración, anular los malos efectos de su *simple* malicia.

Se califica a *El Oasis* de periódico semi-oficial. Esto es de todo punto falso. Nosotros no tenemos nada de

oficial. Nuestro papel es una empresa enteramente particular; y no es la primera vez que lo decimos, la responsabilidad de lo que en él se dice, es *exclusivamente nuestra*.

Si no escribimos contra los hombres de la Administración actual, es porque no somos sus enemigos; y por tanto no podemos ir, con una injusta y fingida oposición, a mentir sentimientos y pareceres que no se abrigan en nosotros.

Cuando escribimos es *muy espontáneo*; y protestamos que los miembros del Gobierno ven nuestro periódico cuando lo ve el público; ¿y puede calificarse a *El Oasis* de periódico semi-oficial?

Los enemigos de la República tratan de cundir estas especies con un objeto que conocemos, pero que nos place callar. Lo nuestro es con el de disimular la cobardía; pues sintiéndose sin fuerzas para atacarnos, aunque les sobran las ganas, dicen que no lo hacen porque *El Oasis* está muy apoyado. Declaramos a estos Sres. que el apoyo con que contamos para defendernos de ellos, son las *letrillas* y las *variedades*.

De estos mismos son los que pretenden que hay prevenciones entre nosotros y *El Dominicano*. Tales prevenciones no existen sino en los deseos de los malos. Si nosotros disintieramos del parecer de *El Dominicano* en cualquier cuestión de común importancia, lo diremos francamente; como no dudamos que él lo hará a su vez, si se ofrece, pues así lo declaró en su proemio. Pero hasta hoy ni de una parte ni de la otra se ha manifestado que profesemos principios opuestos. La mejor armonía reina entre los Redactores de aquel periódico y nosotros al menos ni en público ni en privado; se nos demuestra lo contrario por parte de aquellos Sres. Y mientras no se ofrezca causa imperiosa, no iríamos a trabar una polémica con ellos, tan solo por satisfacer a los antojadizos.

28 de octubre de 1855.





Hay personas tan rígidamente sujetas por su conciencia o las reglas generalmente establecidas, tan esclavas de las formas sacramentales, que no alcanzan la posibilidad, o tal vez la forzosa necesidad de una excepción, y para ellas el más mínimo deslinde de los principios generales, toma las chocantes proporciones de una infracción escandalosa a la razón, o al deber, o a cualquiera otra cosa digna de acatamiento, y que se roce con la materia en cuestión.

Si siquiera oyen decir estos tales, "situación excepcional", nublan las cejas como si oyeran proclamar de voz en grito el imperio absoluto de las pasiones sobre la Sociedad.

Muy noble es el sentimiento que produce esta aversión, pero tiene mucho de exagerado; nosotros no lo compartimos por consiguiente, aun reconociendo que tiene un origen noble, porque nada compartimos de creencias y opiniones, cuando les traslucimos en nuestro limitado alcance algún defecto; y en nuestro limita-

do alcance es defecto, y grande, la exageración, cuando se trata de opiniones y creencias; y aun cuando se trata de otra cosa cualquiera.

Nosotros creemos, pues, religiosamente, en las situaciones excepcionales.

Con tanta más razón, que nosotros, en nuestra clase de redactores, y en la consideración del estado de nuestro país, nos creemos en una de esas situaciones.

Porque sabemos, aunque no sea sino porque lo palpamos, que en nuestro país todo falta, que su atraso es grande, las necesidades públicas son muchas, y esta falta, y este atraso, y estas necesidades son más y más sensibles, mientras más y más consideramos que por los elementos naturales con que contamos, por los recursos inmensos que la exuberancia de vegetación de nuestro suelo se pueden sacar, en vez de esta inercia, esta examinación que nos rodea, debería reinar por todas partes la vida, y el más envidiable bienestar.

Porque sabemos además que si se da un lugar preeminente a la prensa en los destinos del mundo, es porque a ella le toca disipar las tinieblas de la ignorancia y establecer el reino de la ilustración en el orbe entero, porque ella debe predicar el trabajo, el progreso, en suma, el desarrollo material de la riqueza de las naciones. Debe no tan solo predicar *el fin*, porque eso sería casi ridiculo, en atención a que por instinto todos los seres racionales tienen el adelanto, sino los medios, los caminos, los trámites y prácticas más adecuadas para la plena consecución del objeto.

¡Tan sagrada es la misión de la prensa! ¡tan ardua la profesión del periodista!

Aplicando, pues, la regla, todo escritor público debería contraer incesantemente su atención sobre el marasmo actual de la República, y escribir de continuo en el sentido de remedar los males, de dar salud al enfermo, vida al esqueleto; o hablando en el sentido natural, según lo dicho, todo escritor público dominicano debería hacer indicaciones a los que dirigen los



destinos del país, que tendiesen a reanimar la agricultura, a *crear* la industria, a importar entre nosotros el trabajo, a *desterrar* para siempre el ocio y la pereza, a alentar, premiar, conservar y hacer fructificar la virtud, a perseguir, castigar, expeler o extinguir el crimen y los vicios.

Tal es la regla general y absoluta de que a primera vista parece que no deberíamos desviarnos.

Pero si con el sacrosanto fuego del amor a la Patria y a la libertad, se considera la situación de nuestra República, si con ojo inteligente se examinan las abominables asechanzas que casi por dondequiera se tienen tendidas a su independencia, o a su integridad, si se toma en cuenta que existir es lo primero, y que nuestra existencia es insegura por todos conceptos, se comprenderá que hay *situaciones excepcionales*, que la República se ve menudo en ellas, y nosotros, sus hijos legítimos, que amamos la patria con la pureza y el desinterés de afecto de la adolescencia, nos vemos también en situación esencialmente excepcional.

No negaremos que bajo cierto respecto nos conviene más esto que otra cosa, pues así, por solo los impulsos de nuestro corazón, nos hallamos capaces de desempeñar con más facilidad nuestro papel. En el estado de cosas actual, estamos íntimamente convencidos de que los buenos Dominicanos *debemos ser conservadores*, y apenas podemos ser *progresistas*.

¡Hay ya tanto que hacer con lo que tenemos entre manos! ¿Cómo podríamos crear, si a duras penas estamos criando lo creado?

Mientras nuestros enemigos de Occidente, que conservan todos sus bárbaros instintos de su primitivo origen, tengan el arma al brazo y permanezcan en su actitud hostil; mientras todo nos indique que ellos conservan la absurda esperanza de reducirnos otra vez a su ominosa servidumbre, no obstante los brillantes escarmientos que han experimentado en los campos de batalla, ¿cómo podríamos decir, sin ridiculizarnos, que



en vez de soldados, sean todos los Dominicanos agricultores o industriales; que en vez de la lanza, empuñen la azada, y en vez del cañón, arrastren la carreta o el arado?

Todos dirían cuando más: “¡qué bien dicho está eso! ¡qué racional! ¡qué de acuerdo con las doctrinas de los publicistas! pero, ¡qué discordante con los males que nos apremian!”

Y mientras hablásemos de todo eso, y de la necesidad de perseguir a los vagos, todos estos dirían: “eso no habla conmigo, porque yo soy soldado”. Y los Alcaldes se rascarían las orejas.

Y con nuestros bellos discursos sucedería lo que con nuestra legislación local, que de hecho está casi en receso. Dígalo sino la ley de Ayuntamientos; es muy buena, llevada a efecto daría cuanto se puede apetecer; ¡pero no vemos reunirse el Ayuntamiento! Todo es efecto de nuestra situación excepcional: ¡qué vamos a hacer!

En la infausta retirada de Moscú (año 1812) al pasar los franceses cierto desfiladero en que había grandísimo riesgo, la guardia imperial colocó al Emperador a su centro, para hacerle de este modo con sus cuerpos un baluarte. La música empezó a ese tiempo a ejecutar una sonata, cuya letra principiaba por estas palabras:

*¿Où peut-on-être mieux
Qu'au sein de sa famille?*¹

Napoleón la interpretó diciendo: “No, hijos míos, tocad más bien

Veillons au salut de l'Empire”²

Mientras la salud de la República corra algún peligro, mientras tengamos al frente y a la espalda los

1. ¿Dónde puede uno estar mejor que en el seno de su familia?
2. Velemos por la salud del Imperio.



haitianos y sus intrigas, construyamos sólidas fortalezas para defendernos heroicamente, y dejemos para tiempos de bonanza y de paz, el levantar edificios suntuosos o de mero lujo.

11 de noviembre de 1855.





Los principios que proclamamos, o hablando con más propiedad, los humildes conceptos que consignamos en nuestro número anterior, creemos que están apoyados por el testimonio material e irrefragable de los hechos. Sin embargo, volvemos sobre la materia para no dejar oscuro ni sujeto a siniestras acepciones ningún punto de nuestra profesión de fe periodística. Nuestro pasado editorial se refería a la existencia de las situaciones excepcionales, y a que nuestro país, por diversos conceptos, se encontraba en una de ellas. Antes de emitir nuestro juicio sobre las necesidades que juzgábamos de más intimidad, o antes de explicar el sistema que tenemos adoptado, y el cual se encuentra en proporción directa con la situación en que juzgamos al país, sentamos nuestro parecer sobre la prensa y el periodismo. Según lo dijimos allí, así lo sentimos; y a reglas tales sujetaríamos nuestra pobre pluma, a no temer que pecaríamos de extemporáneos en nuestros escritos. La extemporaneidad consistiría en tal caso, no en

preconizar los grandes principios que, según creemos firmemente, nos son *hoy* inaplicables; sino en tratar de ellos en tiempo y razón en que, como los presentes, males de grandísima y vital importancia nos hostigan; y en que, descuidando estos, cuyo remedio urge, concretásemos nuestra atención a divagar mentalmente por las esferas de lo imposible, a indicar los medios de conseguir el *sumo bien*, sin cuidado de contrarrestar los *males sumos* que nos abruman; lo cual sería adormecer la imaginación en dulces ensueños, en deliquios vanos, que traerían consigo el descuido de lo urgente, que podrían calificarse de *castillos en el aire*; y sería en fin, invertir el orden natural de las cosas, que, conforme al sentido común, deben siempre *comenzarse por el principio*.

Bajo esta significación dijimos en nuestro número pasado, que los buenos dominicanos *debíamos* ser conservadores, y apenas *podemos ser progresistas*. Nosotros sentíamos que esto se interpretase como una adhesión nuestra al sistema estacionario; como una ojeriza al progreso; como un pronunciamiento por el estado de inercia; y de consiguiente, por la consunción gradual de las naciones.

Esto sería el colmo de la injusticia, y hacer la mayor violencia al sentido de nuestras palabras. Nosotros amamos de todo corazón el progreso, creemos que la misión del hombre sobre la tierra es el adelanto; que el país que no avanza, retrocede; pero creemos también, porque todo nos lo dice, que antes de emprender vuelo hacia las vastas regiones del progreso y el adelanto, debemos tomar posición segura, y medir con ojo escrutador el espacio que intentamos recorrer, el espacio que intentamos dejar: debemos tener fija la vista en el punto al cual nos dirigimos, sin olvidar por esto nuestro punto de partida. Para buscar la riqueza es necesario que adoptemos un temperamento tal, que no estemos en riesgo de perder algo más precioso para los pueblos que el oro y la opulencia. Hoy somos pobres, pero



independientes. El primer paso que debemos dar en la senda del progreso, es consolidar indestructiblemente nuestra independencia. Por hoy, esta es la primera cuestión; sin resolverla, todos los demás propósitos serán un hacinamiento de problemas que intrincarán de más en más y sin ningún provecho las ideas del calculador. Será soñar que asistimos a un banquete espléndido, para despertarnos hambrientos y sin qué comer. Será hablar para gastar.

Y opinamos así, porque estamos persuadidos de que todo el que se diga *progresista* entre nosotros, estará en la triste situación de verse bautizado con un nombre de ninguna significación, y que no imprime carácter, porque se opone a ello el materialismo de las circunstancias del día. Sacamos nuestras deducciones de *actualidad*; en nada nos referimos a *lo porvenir*.

¡Bien haya el patriota optimista que entrevé muy próxima la prosperidad de la República, el tiempo feliz en que a la sombra de la paz y de la ilustración, encarnen vigorosamente los pensamientos progresistas! Nosotros creemos cercana esa suspirada época, aunque solo nos lo diga la ilusión del deseo; y hasta allá seamos *conservadores*, pues mengua sería que si estamos en la imposibilidad de hacer medrar la cosa pública, no hiciésemos cuanto esté a nuestro alcance porque no se menoscabe. Para ello no se necesita sino unión y orden. Unámonos y sacrifiquemos los resabios de nuestra ambición, o de nuestro orgullo, en las aras de la libertad común.

18 de noviembre de 1855.





La *Gaceta de Gobierno* correspondiente al día 4 de los corrientes al tratar de la invasión haitiana toca ciertas cuestiones de muy serio interés, referentes a la mediación europea. Con efecto, cuando al amago de Soulouque responde la República con ponerse en guardia, y los dominicanos todos con la acostumbrada abnegación patriótica de abandonar sus hogares, sus familias, sus comodidades, sus intereses todos, y ponerse sobre las armas para contrastar heroicamente las tentativas haitianas, es muy natural que algunos vean con sorpresa que en medio de los preparativos de ataque por parte de los haitianos, y de defensa por la nuestra, la mediación permanece exánime, y como si no existiera. El estado de cosas del día hace presentir como cosa infalible que Soulouque invadirá, la República castigará otra vez su atrevimiento, y la sangre correrá en los mismos campos de batalla que tantas veces han sido el teatro de nuestras glorias nacionales. —¡Y qué! ¿Llegará tal caso, y los agentes de la mediación pre-

senciarán impasiblemente el desacato de los haitianos hacia dos naciones mediadoras, sin reprimir su atrevimiento? Sorprendente será, pero muy mal auguramos del silencio que a pesar de los aprestos que hacen los dos beligerantes, el uno para invadir, el otro para defender su legítima independencia, guarda la mediación. Si Soulouque invade, será señal de que él no cuenta ya con la intervención de las potencias europeas en la guerra. A los agentes de estas tocaría hacerle sentir lo contrario. ¡Qué extraño, o qué ridículo sería que un negocio en que han figurado oficialmente y con tanto ruido por espacio de seis años la Francia y Gran Bretaña, se arreglase sin hacer cuenta de ellas, y de una manera tan contraria a las miras pacíficas y humanitarias, que ellas han manifestado!

No sabemos por qué canal se han recibido las noticias de la invasión enemiga; pero nos inclinamos a creer que la voz de ¡alerta! haya sido dada por algún amigo de la República. El Gobierno parece que no duda de su veracidad; y tanto él como todos los dominicanos en general, con fe en la victoria y brío en el corazón, se previenen a defender el país de las tentativas de sus enemigos; *sean estos quienes fueren, y vengan aquellas de donde vinieren*. Pero querriamos saber positivamente si hay mediación, querriamos verla obrar, si es que existe; y no oír a cada paso esta problemática pregunta: *¿Y la mediación?* Pregunta que todos se hacen y que nadie satisface; pregunta a la cual quisiéramos encontrar quien nos respondiera categóricamente.

Vengan o no los haitianos, queremos saber a qué debemos atenernos; pero quisiéramos saberlo con tiempo, de antemano. La República está en una actitud imponente, el General Libertador al frente de soldados decididos, e inflamados de patriótico ardor. Todavía Soulouque no ha pisado nuestro territorio, y aun es la sazón oportuna de que obre la diplomacia. ¡Suene el tiro de un fusil haitiano en las fronteras, y entonces, será tarde!...

9 de diciembre de 1855.





A pesar de que tanto *El Oasis* como los demás periódicos de la Capital han hablado lo suficiente sobre la mediación y las tentativas de invasión por parte de los haitianos, no está demás el que insistamos en tratar estas cuestiones, si consideramos su importancia y trascendencia. Si tanto se anhela saber si existe o no la mediación, si como hemos dicho, todos preguntan por ella con el más vivo interés, no es ciertamente el miedo a nuestros enemigos lo que nos mueve a hacer esta pregunta, ni menos la idea de que seamos impotentes para rechazarlos y vencerlos; sino la firme convicción en que estamos de que la incertidumbre en esta materia puede acarrearlos muchos males. Con efecto, no sabiendo si hay mediación, y considerando los dominicanos como un deber sagrado e indispensable el exacto y religioso cumplimiento de los tratados, no se deciden a tomar la ofensiva, no obstante que tienen la posibilidad de hacerlo, y la probabilidad de obtener un triunfo completo y decisivo. Esta buena fe de los dominicanos

es justamente lo que anima a Soulouque a amenazarnos con sus invasiones, seguro de que aunque no las lleve a ejecución, nos causa un mal inmenso, haciéndonos movilizar ejércitos, paralizando los negocios y la agricultura, cuando se empieza a fomentar con tan felices resultados. Por eso es que ansiamos saber si existe o no la mediación. Porque si existe y si puede obrar cuando lo exijan las circunstancias, todos estos males, todos estos trastornos estarían evitados, pues tendríamos la seguridad de que en el caso de que nuestro impertinente agresor osase marchar contra nosotros con desprecio de las potencias mediadoras, los Agentes de estas se lo impedirían y castigarían semejante desacato. Si por el contrario, se nos dice clara y terminantemente que no hay tal mediación, quedaría igualmente el Emperador Haitiano imposibilitado para realizar sus ridículos y ambiciosos proyectos, pues no podría recurrir a los torpes manejos de su infame política para alarmarnos con sus amenazas, temeroso de que la República, perdiendo al fin la paciencia, le hiciese sufrir un descalabro que le sirviese de escarmiento. De uno u otro modo, nosotros comprobaremos el incontestable axioma de que para vencer a un hombre libre se necesitan tres esclavos; porque desde el momento en que el hombre pierde su libertad, pierde la mitad de su valor, según lo ha dicho un escritor antiguo.

Por esta razón poderosísima creemos infalible nuestro triunfo. Nuestros soldados son hombres libres, llenos de patriotismo, que han dado mil heroicas pruebas de su invencible valor; y en fin, hombres que ambicionan y comprenden cuán envidiable es la gloria que alcanza el que muere combatiendo por la libertad de su patria; y las hordas de Soulouque están compuestas por miserables esclavos, que poco les importa el triunfo o la derrota, y que a fuerza de amenazas marchan con repugnancia a ser inmolados a la insensata y frenética ambición de su inhumano Señor.



Convénzase pues nuestro impotente agresor de que su pretensión de someter la República a su opresora dominación, es una quimera irrealizable; porque es del todo imposible que hombres nutridos en el seno de la libertad, puedan degradarse hasta el extremo de doblar la cerviz bajo el férreo yugo de un tirano, cuyos crímenes le hacen odioso hasta a sus mismos compañeros. Pero si ni esta convicción, ni los terribles golpes que ha sufrido en diferentes ocasiones, son suficientes para hacerle conocer esta verdad y persiste en la idea de invadir nuestro territorio, impulsado por su feroz instinto de rapiña y destrucción, encontrará en el valor de los dominicanos una valla que lo detendrá en su marcha y le obligará a volver en derrota para su país, cubierto de oprobio y de vergüenza.

16 de diciembre de 1855.





Siempre hemos encontrado con complacencia inefable, una satisfacción íntima, en aparecer como órganos de la opinión pública en nuestro país: la mayoría de nuestro pueblo, por su sensatez, su amor al orden, su respeto a la ley, es muy digna de que un escritor público procure hacerse la reputación de *eco del pueblo*. Tal es la que nosotros apetecemos; tal es la gloria que codiciamos.

Pero la complacencia y satisfacción de que hablamos deben ser mucho mayores cuando al hacernos eco de la opinión pública de nuestro país, lo somos de los sentimientos más vivos de nuestro corazón, cuando al hablar en nombre del pueblo, estamos de tal modo identificados con el pueblo, que puede decirse que hablamos en nombre de nosotros mismos.

Y en nombre de nosotros mismos hablamos sin duda, cuando hablamos de algo que se roce con el interés del pueblo; pues nos hacemos un honor que por nada cambiaríamos de pertenecer a él. Y hoy más que nunca,

que el pueblo dominicano no tan solo es sensato, amante del orden, y sumiso a las leyes; sino que también se muestra unánimemente grande, patriótico, resuelto a soportar el exterminio antes que la esclavitud, antes que una sola hoja del árbol de su libertad caiga en el lodo..., hoy más que nunca sentimos profundo orgullo de ser del pueblo dominicano; de ese pueblo que, cualquiera que sea su suerte en el porvenir, llenado habrá sus destinos, prósperos o adversos, con todo honor y dignidad.

A la verdad, ¿qué pueblo se ha mostrado nunca más paciente y sufrido en la adversidad que el dominicano? ¿qué pueblo ha usado con más moderación de sus triunfos sobre sus bárbaros enemigos? ¿qué pueblo ha mantenido más ilesas sus costumbres que este, en medio de las orgías sangrientas de Cristóbal, Dessalines y Biassou? Y si tan lejos no se quiere inquirir la índole noble y sana del pueblo dominicano, estúdiasele solamente en los doce años que llevamos de independencia; y se verá por dondequiera la buena fe, el valor leal y sin crueldad, no obstante el inicuo proceder de nuestros enemigos, no obstante el atroz tratamiento que estos dan a los tristes a quienes hacen prisioneros en los campos de batalla.

Estúdiase sobre todo al pueblo dominicano en la movilización actual, en el amago de los haitianos contra nuestro territorio. ¡Cuán espléndido es el cuadro que ofrece hoy la República a los ojos del mundo! ¡Cuán digno de ser contemplado! ¡Cuánto merece que a su vista calle el vil exclusivismo para hacer lugar a la justa admiración que en toda alma noble deben inspirar tantas virtudes!

Mírese a nuestros soldados y a su heroicos jefes acudir con la más ferviente voluntad a la defensa de la nación. El grito de la Patria ha encontrado un eco simpático en el corazón de sus hijos; los cuales abandonan gustosos las comodidades de sus hogares, para entregarse a los rudos trabajos de la guerra, con el ánimo firme de dar a nuestros tenaces enemigos un escar-



miento tan terrible, que por mucho tiempo quede impreso en su memoria con caracteres de miedo y horror; y en los anales de la República como un brillante prodigio del heroísmo y del amor a la libertad. Míreseles querer solícitos asistir a las funciones de sangre por donde creen que se celebrarán más formidables; por donde se creen que se hará necesario que cada dominicano ponga un contingente mayor de constancia, valor y abnegación. Tal es hoy el cuadro general que ofrece la República.

Sosteniendo una causa santa, una causa acreedora a todas las simpatías del mundo civilizado; sosteniendo la causa de nuestra libertad, de nuestro honor, y de nuestra vida; ninguno de nosotros, hoy que la cuestión está a punto de decidirse por las armas, se acuerda de impetrar la compasión o el interés de terceras personas. Dispuestos a ser libres o a morir, consultamos en la contienda nada más que el temple de nuestros aceros, a los que en más de cuatro ocasiones ha debido la patria su salud. De ellos la esperamos hoy, sin contar el número ni las fuerzas de nuestros adversarios; sin arredrarnos las siniestras reflexiones que sobre las entidades *político-morales* que alienten a Soulouque a llevar a cabo su atrevido proyecto, podamos hacer en vista de lo pasado... Nada nos acobarda, porque nada puede acobardar a hombres que engreídos con su independencia, han jurado sepultarse bajo las ruinas de la patria primero que consentir en su más mínima mengua. Acostumbrados a destrozarse y poner en fuga los escuadrones de Soulouque, ningún peligro puede perturbar la tranquilidad de nuestros corazones, si es peligro que se nos viene encima bajo un exterior tan poco imponente ya, porque la experiencia de nuestros infinitos triunfos nos ha enseñado y debe haberles enseñado a ellos que el aliciente del pillaje y de la dominación no puede nunca correr parejas con el denuedo de patriotas y hombres libres, que defienden los derechos más sacrosantos de los pueblos y de la humanidad.

El Oasis, 23 de diciembre de 1855.





Por mucho que se haya hablado sobre la mediación, creemos indispensable el que recalquemos y consideremos bajo sus diferentes fases un hecho de tan suma trascendencia para todos los dominicanos; y que además debe ocupar el prolongado espacio de seis años en la historia de nuestra emancipación.

Desde el momento en que empezaron a difundirse los rumores de que los haitianos se disponían a invadirnos, no tan sólo recordamos la mediación, y confiados en ella pusimos en duda la certeza de esas noticias, sino que pedimos reiteradas veces que se nos contestara pronta y terminantemente si existía o no, y si estaba dispuesta a obrar cuando lo exigiesen las circunstancias. Pero nada absolutamente se nos ha contestado hasta ahora. No obstante todo esto, los dominicanos, queriendo observar religiosamente las prescripciones que les fueron impuestas por las Potencias Mediadoras, solamente se limitaron a ponerse en una actitud defensiva para hacerle frente al enemigo en el

caso, muy dudoso, de que llevara a ejecución sus proyectos de marchar contra nosotros. Ha llegado este caso, con la más grande sorpresa de los que esperaban en la mediación, se han dado sangrientos combates, en los cuales han sucumbido bajo el filo de nuestras armas centenares de haitianos, la sangre enemiga ha corrido a torrentes en los campos de batalla; y los Agentes de la mediación han contemplado impasibles esta lucha encarnizada entre un pueblo pacífico, virtuoso y civilizado, y otro corrompido, bárbaro, que pretende tener derechos sobre nosotros, y cuya insaciable sed de sangre y de venganza le impele a marchar en pos de una muerte segura. ¡Qué hubiera sido, pues, de nosotros, si atendidos a la mediación no hubiéramos tomado medidas para defender nuestra patria de la voracidad de nuestros feroces enemigos!

Podemos decir con orgullo y a la faz del mundo, que la existencia de nuestra patria solamente se la debemos a la pericia e infatigable actividad que en esta, como en otras ocasiones ha desplegado el Ilustre General Libertador, y al indomable valor de nuestros soldados; pues aunque se dice que los Cónsules inglés y francés en Puerto Príncipe han protestado en nombre de sus respectivos Gobiernos contra la marcha de Soulouque, éste no ha hecho ningún caso de la protesta, y con el más soberano desprecio de ella, ha tenido la osadía de pisar nuestro territorio. Así todos los dominicanos esperan los efectos de dicha protesta, todos creen y con razón, que la Francia y la Inglaterra no dejarán sin su merecido castigo el ultraje que les ha hecho el ridículo Emperador de Haití; porque de lo contrario sería exponerse a que se calificara semejante modo de proceder a mala fe o a flojedad de parte suya, lo que estamos muy lejos de sospechar de dos naciones que hasta ahora han manifestado la más decidida adhesión hacia la santa causa que defendemos. Pero sea lo que fuere y haya o no mediación, la existencia de la República está asegurada por el valor de sus hijos, y



podemos afirmar como cosa infalible, que ella sola, y sin más protección que la de Dios, es bastante fuerte para rechazar y vencer a sus enemigos cuantas veces osen invadirla.

6 de enero de 1856.





ACLARACIONES

Como Redactor de la *Gaceta de Gobierno* y como autor del artículo editorial inserto en el número 100 de ella, tan rudamente atacado por los Sres. Ministros de Relaciones Exteriores y del Interior, no puedo menos de sincerarme ante mis conciudadanos de la nota de censura que se ha arrojado sobre mí en mi calidad de empleado del Gobierno.

Creo del caso imponer al público, de que al insertarse en la *Gaceta* los oficios de los Sres. Ministros, no me encontraba en esta ciudad, habiéndome ausentado ocho días antes; y sólo volví el mismo en que salió el periódico oficial bajo mi dirección, con las dos chocantes Comunicaciones que desaprueban mi artículo editorial en nombre del Gobierno. Esto lo advierto, porque así se explica la salida en el periódico que tengo bajo mi dirección, de esa censura injusta e inmerecida por mi parte sin que una post-data mía la acompañase.

Disintiendo del común parecer de que el inocente está defendido sin hablar, yo creo que cualquiera a quien

se acusa de algo debe, si es inocente, alegar algo en su defensa, porque a mi entender el que calla en tal caso no es porque no quiere hablar, sino porque no tiene qué decir.

Según este parecer, yo no dejaré sin réplica o sin aclaraciones la nota por la cual el Sr. Tejera, sin razón ni derecho, me censura, y la del Sr. Lavastida que corrobora todo lo dicho por aquel señor.

La reprensión del Sr. Tejera comienza por decir públicamente, sin rebozo ni rodeos, que en fecha 14 de agosto se dirigió al Sr. Ministro del Interior, rogándole que estableciese la previa censura para todo lo que hubiese de imprimirse en la prensa del Gobierno, o establecimiento tipográfico, como la llama el Sr. Tejera. Semejante pretensión no sé en qué momentos pudo concebirla el Sr. Tejera, si sabe, como debe saberlo, que la Constitución del Estado consagra como principio la libertad de Imprenta, sin previa censura; y que si esta se puede ejercer en algún caso, será en aquellos en que se hable en nombre del Gobierno, y muy justo sobre todo, con los artículos que hayan de ver la luz pública en la *Gaceta Oficial*; ¡pero pretender que todo le fuese presentado! Según eso, se supondría el Sr. Tejera que lo que hubiese de figurar en *El Oasis* también le sería sometido: error de que supongo habrá salido ya, pues le juro que nada de lo que figure en nuestro periódico pasará por su vista, sea de la pertinencia o impertinencia de cualquiera de sus ramos; hasta que no se encuentre bajo el dominio de todo el público. ¡La Constitución nos autoriza!

Está basada la desaprobación del Sr. Tejera en que mi artículo editorial hace alusiones y expresa conceptos, que por las aplicaciones, deducciones o interpretaciones que de unas y otras pueden hacerse, son contrarios a la verdad, contrarios a los sentimientos de la administración del General Santana, contrarios a los intereses políticos de la República.

Sobre todo esto es tal la aglomeración de réplicas que se me ofrece, que apenas sé por cuál comenzar. Sin



embargo, lo destemplado de ese tono me hace aconsejar al Sr. Tejera, que cuando por razones de Estado que él solo se sabe, haya de reprobar a un empleado público, como hombre, tiene delicadeza y pundonor, y no se venga de cuenta de Ministro a desmentirle tan descomedidamente. Es un consejo que siento en el alma no poder darle en otro sentido al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

¿Qué es lo que se me desmiente? ¿Qué tiene mi editorial de contrario a la verdad? ¿Que digo allí determinadamente quiénes son los beneméritos de la Patria, los que la han salvado? ¿Quién quería el Sr. Tejera que fuese ensalzado por las hazañas que contrastaron la formidable invasión haitiana? Si no es verdad que Santana y sus valientes han sido el único escudo de la Patria, será sin duda el Sr. Tejera quien merece los laureles de la victoria.

Que los conceptos de mi editorial son contrarios a los sentimientos de la Administración del General Santana. Si el Sr. Tejera lo hubiera reflexionado bien, no habría empleado tan fuera de propósito la palabra sentimientos mentando el nombre del Libertador. Hubiera hablado ese Señor de pensamientos, de cálculos pero nunca de sentimientos. Yo no voy a hablar nunca en contra de los sentimientos de la Administración del General Santana y voy a decir por qué.

1ro. Porque ni yo, ni ninguno de los míos, ni mis deudos y personas de quienes dependo, ni ninguno de mi familia, en fin, ha traicionado jamás al Libertador de la Patria, ni ha entrado directa o indirectamente en facciones hostiles, que hayan tendido a su ruina y destrucción.

2do. Esa fidelidad ha sido sin adulación; y lo digo porque de un adulador nadie se puede prometer una acrisolada lealtad.

3ro. Porque contra todos los ataques que se han dirigido desde que tengo en la mano la pluma de periodista, a esa Administración contra cuyos sentimientos



dice el Sr. Tejera que he hablado, yo sólo he parecido en la palestra, sin pararme en temores pueriles o en consideraciones de ningún género. Y esto ha ido a tal extremo, que en muchos casos en que el silencio o la apatía del Sr. Tejera en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores ha podido comprometer la dignidad de la Nación, yo me he presentado con mi sola calidad de buen dominicano y representando la opinión de mis conciudadanos, he hecho sin estar obligado a ello, como particular, lo que el Sr. Tejera como Ministro debió haber hecho por obligación.

Y a la prueba. —El Sr. E. San Just notifica al Sr. Tejera una protesta altamente ultrajante para la Nación: y para hacer el agravio más sensible, la hace imprimir; y la desatenta nota corre de mano en mano en todo el público. Todos se maravillan de tanta insolencia; y nada se ha visto que contestara el Sr. Don Juan Nepomuceno Tejera, Ministro de Relaciones Exteriores de la República.

El número 3 de *El Oasis* fue el que tomó de su cuenta rebatir públicamente a los ataques públicos del Sr. San Just.

Cuantos chismes diplomáticos ha habido en Santo Domingo, que pudieran humillar a la Nación, otros tantos ha atacado *El Oasis* abiertamente; y nunca hemos visto una nota enérgica del Sr. Tejera.

Viene Soulouque. Se sabe de positivo. Dizque hay mediación. Esto pone a la República perpleja. Nadie sabe a qué atenerse. Al Sr. Tejera le toca satisfacer categóricamente las dudas de la Nación; y no lo hace, ni lo ha hecho, no sabe nadie si sobre este importante parte ha pedido explicaciones a los Sres. Agentes de las Potencias Mediadoras.

Yo como Redactor de la *Gaceta de Gobierno* y de *El Oasis*, fui el primero que agitó vivamente esa cuestión.

El Sr. Tejera dirá que de lo que haya hecho no me debe cuenta a mí, pero a esto se me ofrece también una cantidad enorme de réplicas, y vamos allá.



Yo soy un nadie para pedir cuentas al Sr. Tejera; pero soy miembro del pueblo dominicano; y como tal tengo derecho, como tiene el pueblo, de querer saber la situación política del país. Esa situación apenas es sabida, si bien conjeturada, de nadie; ¿y por qué? Voy a decirlo.

1ro. Porque el Sr. Tejera se ha llegado a figurar que las Relaciones Exteriores son exclusivamente suyas, no se las da a nadie, no quiere que nadie sepa ni hable de ellas; tanto que siempre anda con ellas debajo del brazo.

2do. Lleva tan lejos su derecho de propiedad, que no se ha presentado la Memoria de ese ramo a los Representantes de la Nación cuando los demás Ministros han dado cuenta de todos los ramos a su cargo.

Por eso es que todos estamos a oscuras en la diplomacia y sólo el Sr. Tejera está iluminado ¿dónde está la memoria de Relaciones Exteriores? Si hubiera sido presentada al Honorable Senador Consultor, todos sabríamos cuál era la política de la República respecto de las relaciones extranjerías; y yo no habría emitido conceptos contrarios a los intereses políticos de la República como dice el Sr. Tejera.

Como dice el Sr. Tejera; pero antes he dicho y ahora repito, como se lo dije a él personalmente, que no está en su derecho para reprobar el lenguaje que yo empleé. ¿A quién ofendí? ¿Dónde están las bases de la desaprobación insignificante para mí, del Sr. Tejera? ¿Qué palabras de mi editorial del 1º. de enero son contrarias a todas esas cosas que dice el Sr. Tejera en su nota desaprobatoria? ¿Todo lo que dije allí palabra por palabra ¿no es la pura verdad? Pues ¿por qué se me desmiente sin ninguna consideración ni miramientos? ¿El mismo General Santana no ha dicho en uno de sus partes: no necesitamos de más paz? Pues ¿por qué si yo lo repito me ha de decir el Sr. Tejera, apoyado y corroborado por el Sr. Lavastida, que yo hablo contra los sentimientos de la Administración? Si digo que la pro-



tección del Altísimo, del Gran Diplomático, del Gran Mediador, de Dios, autor y Señor de todo bien, es la única protección que necesitamos, ¿por qué se me ha de decir que hablo contra los intereses políticos de la República?

Quien ha desempeñado su puesto con todo honor, quien ha llenado siempre sus deberes de Empleado público como yo, no puede tolerar con paciencia que el Sr. Tejera que muchas veces no llena los suyos, se arroge el derecho, que nadie le ha dado de desaprobar altamente mi lenguaje.

Porque esa desaprobación nace, como dice el Sr. Tejera, de que mi artículo editorial hace alusiones, y expresa conceptos que por las aplicaciones, deducciones o interpretaciones que de unas y otras pueden hacerse, son contrarias a la verdad. &. &.

¿Y quién mete al Sr. Tejera ni a nadie en hacer aplicaciones, deducciones o interpretaciones? ¿A quién alude mi artículo? Sin duda a la diplomacia del país, pues que el Sr. Tejera lo reclama como de su pertinencia: pero a esto protestaré que algunos editoriales de *El Oasis*, que se podía prestar mejor a interpretaciones desfavorables para los Sres. Agentes de la mediación europea, más han valido el honor de algunos lisonjeros cumplidos de parte del Sr. Tejera, por lo cual, por vía de paréntesis le doy ahora muy expresivas gracias.

Mi artículo, sin violentar su sentido, no tiene ninguna alusión contra los Sres. Cónsules de las Naciones mediadoras. En él sólo digo, y ahora repito, que de la furia de Soulouque y sus sangrientas huestes, sólo se libró la República por la valentía de sus soldados.

Por consiguiente, no era de la pertinencia del Sr. Tejera, ni tenía yo que someterlo a su censura, pues no hablaba sino de cosas de guerra; y así no tenía ese Señor el derecho de censurarme, ni de querer que yo le someta todos los artículos cuyo sentido le plazca a él violentar para hacerlos impertinente de su pertinencia.



La desaprobación del Sr. Lavastida puede... más, por ser el Ministro de quien más inmediatamente dependo; pero la rechazo también, puesto que se halla basada en los mismos elementos que la del Sr. Tejera: y no la aceptaré, en tanto que no se me explique cuáles son los puntos de mi artículo que permiten esas aplicaciones, deducciones, o interpretaciones de que se habla.

Réstame ahora tal vez lo más importante de las dos notas vejatorias para mí, de los Sres. Ministros. El Sr. Tejera comprendiendo que yo no soy un empleado suyo, sino del Gobierno dominicano, habla en su propio nombre desaprobándome y dice que cree que mi artículo merecía la desaprobación de S.S.EE. el Presidente y vicepresidente de la República, y de todo el Gabinete Dominicano. Yo creo por mi parte que el Sr. Tejera se equivoca, y que conoce y juzga muy mal la noble franqueza de S.E. el Sr. General Libertador al suponer que lo mismo que se ha basado sobre una opinión suya, que sin duda está él dispuesto a sostener, merecerá su desaprobación.

Por lo que respecta a la nota del Sr. Lavastida, con el mayor respeto digo que en ella ha padecido dos equivocaciones: la primera es el hablar en nombre de todos los miembros del Gobierno, desaprobando los conceptos de mi artículo; pues yo sé que eso fue asunto de Ministro a Ministro y que en el Gobierno ha habido quien noblemente se ponga de parte de aquellos conceptos como acordes con la verdad, con los sentimientos de los buenos patriotas, y con la dignidad de la nación.

El otro yerro es allí donde dice el Sr. Lavastida que reiterará sus órdenes (en vez de decir dará) para que sean sometidos a la aprobación del Sr. Tejera, todos los artículos relativos (este no dice pertinentes) a los despachos de su cargo. Recuerde el Sr. Lavastida que cuando recibió la nota del 14 de agosto a que se refiere el Sr. Tejera, me habló de ella extra-oficialmente diciendo que lo que pretendía el Sr. Tejera era... un imposible, porque la Constitución consagraba la libertad de imprenta sin previa censura. Entonces yo le dije:



—...Señor Lavastida, por Dios, ofícieme en el sentido que quiere el Sr. Tejera, y transmitiéndome su oficio: para delatarlo por la prensa ante la Nación, como atentador a una de las pa... libertades.”

Y el Sr. Lavastida no quiso por consideración al Sr. Tejera que ahora de motu propio pone en pública exposición sus pretensiones dictatoriales.

Si yo hubiera delinquido, y se me señalara en qué sufriría, con resignación una reprimenda de quien fuera de derecho y nunca del Sr. Tejera... ¡deberes que tantas enemistades injustas, y tal vez poderosas, me han captado! ¡Eso es insoportable! Si se quiso complacer a alguien, se debió haber echado mano de cualquier otra cosa. ¡Pero yo no puedo nunca resignarme, venga lo que viniere de esta inconformidad, a que mi amor propio y mi pudor sean sacrificados a las condescendencias de nadie!

12 de enero de 1856.





La perfecta tranquilidad que reina actualmente en las fronteras, nos indica que los destrozos recibidos por el enemigo le han quitado la esperanza de efectuar sus proyectos de conquista por ahora. Nosotros creíamos muy posible que Soulouque pudiera reorganizar su batido ejército y volviera a tentar fortuna en nuevos combates. Pero después que hemos adquirido algunos pormenores circunstanciados de las dos acciones que contrastaron y echaron por tierra los ambiciosos planes del Emperador haitiano, hemos mudado de parecer, y dudamos mucho que a aquel le sea posible hacer que las reliquias de su ejército vuelvan el frente hacia las comarcas que habitan y defienden los vencedores de Santomé y del Cambronal.

Nos atrevemos a asegurar sin exageración, que el ejército haitiano ha vuelto a su patria menoscabado de más de tres mil hombres. Además, Soulouque se encontraba en retaguardia, muy cerca del Santomé, cuando los suyos fueron rompidos, muertos, heridos, prisione-

ros o derrotados. A estos últimos fue tal el espanto que los ganó, que se echaron a los montes despavoridos, y aún aparecen diariamente extraviados más cerca o más lejos del centro de su derrota. Algunos han sido encontrados en la orilla del río Jura, cerca del Cuartel General de Azua, desnudos, hambrientos, extenuados; otros se han encontrado muertos de hambre y de fatiga... ¡Horribles frutos de la inconsiderada ambición de su bárbaro Emperador!

Por tanto, creemos que este no osará atentar de nuevo, lo que es por ahora, al dominio de esta bella tierra, tan bizarramente defendida por sus hijos. Las impresiones que él debió recibir en su fuga de Punta de Caña, donde se encontraba cuando los suyos perdieron el combate de Santomé, no deben borrarse de su imaginación muy pronto. Él estaba allí, a la retaguardia de su ejército, contando por seguro el triunfo, y disfrutando de los torpes placeres de la gula y la incontinencia. Cuatro mujeres le servían y acompañaban mientras sus pobres vasallos, escasamente racionados ese día, se hacían matar por él, y se veían bajo el horrible peso de una pelea desastrosa para ellos. El nuevo y miserable Jerjes volvió en vergonzosa derrota a su Imperio, humillado y sin esperanza de rehabilitarse jamás. Para saciar sus brutales y degradantes pasiones, sin duda alguna se empleará ahora en agravar la tristísima suerte de sus desdichados siervos.

La superioridad material y moral de la República sobre el Imperio, queda incontestablemente sentada; y nuestro turno es llegado de tomar la actitud de preponderante respecto de Haití. ¿Qué puede impedirnoslo? ¿Quién puede desmentirnos? Una breve ojeada sobre lo pasado basta para convencer a todo el que dude de que somos más fuertes que los haitianos. Después del lamentable 26 de marzo, en que por las disensiones y maquinaciones intestinas hizo la Nación gastos muy considerables, vino el temporal del 26 de agosto, que tantos estragos hizo y tantas pérdidas ocasionó. Estos



dos golpes parece que deberían haber dejado a la República vacilante y en completa ruina; y por consiguiente en la incapacidad de oponer una poderosa resistencia a la invasión enemiga. Pero con asombro se ha visto que en cuanto se tuvo noticia de esta, los recursos sobraron, y tan infatigable actividad del Gobierno, y la incontrastable energía de S. E. el Sr. General Libertador, provocó a todas las necesidades, hacen frente a todos los peligros. El día 26 de noviembre, se expidieron las órdenes de que la República entera se aprestase a la movilización; el 28 salió el Libertador para Azua, y desde entonces se comenzaron los envíos de tropas, municiones, y pertrechos de boca y de guerra: el 22 de diciembre, cuando el enemigo se presentó a dar combate, ya teníamos cubriendo las fronteras del Sud, un ejército de 9,500 hombres, y en las del Norte, otro de más de 10,000; mientras que Soulouque necesitó de cuatro meses para poder movilizar el ejército invasor. Esta diferencia se explica muy fácilmente por el patriotismo de los dominicanos, y por la convicción que traen siempre los haitianos de que sólo vienen a encontrar derrotas cuando marchan contra nosotros; convicción ya tan poderosa, que se ha visto con sorpresa que sus numerosos ejércitos no han tenido banderas en ninguna de las batallas, pues los jefes haitianos, previendo sus descalabros, las ponen en seguridad, y no las arriesgan en el combate a la mengua de ser cogidas y de venir a servir de trofeos de guerra a nuestros bravos...

Es de notarse también, el orden que ha presidido a nuestra movilización, y cuán bien abastecido se ha encontrado y se encuentra el ejército. Sobre esto son superiores a todo elogio. Indisposiciones de S. E. el Sr. General Libertador, secundadas por las acertadas medidas y actitud del Señor Vice-Presidente de la República, y de los Señores Ministros de Guerra y de Hacienda. Hombres, provisiones de boca, pertrechos de guerra, vestuarios, todo ha sobrado, y nuestro ejército, después de la prodigiosa campaña de quince días en



que ha fracasado Soulouque, se encuentra en el estado más floreciente, y en aptitud de emprender mucho, y de hacer maravillas.

Hemos visto la protesta que los Sres. Cónsules de Francia y Gran Bretaña hicieron contra la invasión de nuestro territorio por los haitianos. Esto nos hace ratificarnos en que las Potencias mediadoras están en el caso de castigar severamente a Soulouque; pues nadie puede dudar que una vez lanzada aquella protesta, si los Sres. Cónsules hubieran tenido alguna fuerza a su disposición, la habrían opuesto a las pretensiones del haitiano. Por consiguiente, para su reivindicación es de esperarse que esas potencias hagan mucho en lo sucesivo, ya que hasta aquí nada material han hecho contra gente que, como los haitianos, sólo entiende la razón a latigazos. Los gastos que ha hecho la República no se deben perder de vista en cualquier acomodo con Soulouque: nosotros estamos hoy en aptitud de dictar la ley, y por tanto, preferimos (los dominicanos) el estado de guerra, a transacciones en que no se haga cuenta de nuestros enormes sacrificios. Pero ésta se hará sin duda: nos complacemos en ofrecérselo de las Potencias mediadoras; los esperamos de todo corazón de los vencedores ejércitos dominicanos.

13 de enero de 1856.





Las noticias recibidas por la vía de Santomas y las que dan los prisioneros cogidos en los últimos días, están conformes en la descripción que hacen del lastimero estado de los negocios de Soulouque. Si merecen aquellas nuevas entera fe, la República no puede desear más de lo que tiene conseguido; pues Soulouque está, según ellas, en la situación más comprometida; la división y las deserciones tienen debilitado su ejército, cuyo descontento lo acalla el bárbaro fusilando gente. —La discordia asoma su horrible cabeza por todos los puntos del Imperio, y los partidos renacen con nuevo furor—. El emperador Faustino acosado por todas partes, busca su salud en la fuga, y si ésta se le imposibilita, probablemente tentará la fortuna con alguna resolución extrema, que le aconsejará su desesperación.

Repetimos que si todo esto es cierto, como lo dicen las probabilidades, la República no tiene más nada que desear, pues su tranquilidad estará segura por bastante tiempo de ese lado, que es hoy el principal objeto de sus aspiraciones.

En ese caso, el resultado de la brevísima y muy gloriosa campaña de diciembre próximo pasado, habrá sido mucho más próspero y fecundo en motivos de satisfacción para nuestra patria, que lo que ella hubiera osado esperar; y todos los dominicanos podremos decir y repetir a todas horas y en cada sazón y lugar, lo que una gran mayoría, si no el todo, piensa en su interior: Que para tener a raya la ambición de nuestros antiguos usurpadores, la República tiene suficientes elementos en la bravura y civismo de sus soldados.

Nosotros no esperamos la confirmación de esas noticias para decirlo, pues esa es una religión en nosotros desde mucho tiempo ha. —Y si hoy se nos anunciase que la Nación haitiana, con el pensamiento unánime de avasallar lo que sus hijos persisten en llamar parte del Este de Haití, iba a precipitarse en masa sobre nosotros, volveríamos a predecir que sus tentativas serían enteramente frustradas, sin que contásemos para este aserto más que con lo mismo que acaba de librar a la República de sus pasados riesgos; es decir, con la energía del Gobierno, el brazo del Libertador de la Patria, y la intrepidez de los héroes del Cambronal y Santomé.

Desengañese el mundo, si acaso está engañado. Los haitianos no pueden vencer a la República. La agitación que reina hoy en Haití (pues agitación es indudable que existe) beligerante que atacaba, y la tranquilidad de nuestro país, beligerante que defendía; dicen muy alto que somos más fuertes que ellos. —Su invasión y sus derrotas prueban que ellos respecto de nosotros son lo que el barro al bronce. El que por error o porque nos quiera mal tenga o acaricie en su mente esa ilusión, abra los ojos y convéznase de lo contrario—. Los que se interesen por nuestra suerte, depongan toda inquietud en nuestra cuestión con Haití; pues nuestros marbetes y lanzas aseguran la libertad de la Patria por ese lado. ¡Nunca seremos vencidos por Haití!

27 de enero de 1856.





Observación



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia





En los días en que la tempestad haitiana se acercaba a nosotros, pues ya lo tenía todo presto para invadirnos el *inmortal Musié Faustino*, se encontraron en esta ciudad algunos pesos de la moneda de Haití, que sin duda se le cayeron inopinadamente a algún “amigo” de la República. No sabemos a punto fijo, (pero lo conjeturamos) quién fue el buen corazón que dispendió tan generosamente un dinero que habría podido ir a comerse en buena paz y compañía en su hermano en sentimientos, papá Soulouque; tampoco sabemos (pero lo conjeturamos también) cuál fue el objeto de esparcir la mezquindad de quince o veinte pesos en nuestra ciudad; pero nos atrevemos a asegurar que en este suceso había connivencia y mucha con la posterior invasión haitiana. Los franceses tienen un proverbio que dice: *L'eau va toujours a la rivière*; y nosotros lo traducimos diciendo: *Todas las aguas van al mar*. Está muy recibido que los proverbios son la sabiduría de las naciones.

Ello fue que se armó bastante algazara con los hallazgos de pesos haitianos; y hubo algunos *lógicos* que hicieron ese asunto premisa de que sacaron por consecuencia que muy pronto seríamos todos haitianos; y que la República les olía a muerto.

Ahora se han cogido *a centenares* o *a millares* monedas haitianas en los campos de batalla; y nadie se ha ocupado en sacar las consecuencias que naturalmente dan las lógicas premisas de las vapulaciones sufridas por las bárbaras legiones de Soulouque.

¿Qué se han hecho los comentadores de desgracias; los pájaros de mal agüero que tanto graznan la muerte de nuestra patria en cuanto se acerca algún peligro? —Se quedaron con un palmo de narices, diciendo adiós a sus más gratas esperanzas, perdidas ya, *y para siempre!*

27 de enero de 1856.





Mucho sentimos que no hubiera podido salir nuestro periódico el domingo pasado, por impedimentos materiales que a ello se opusieron. —Ese incidente nos privó del placer de cumplimentar en tiempo oportuno a los heroicos soldados del ejército del Norte, a estos bravos hermanos nuestros que tan bizarramente han arrollado en la gloriosísima jornada del 24 del pasado, las pertinaces y locas pretensiones del tenaz Emperador de Haití.

Sin embargo, nunca es inoportuno el homenaje al mérito y, nosotros no dejaremos de preconizar, sea tiempo o no, las hermosas hazañas de nuestros hermanos del Cibao.

Malogradas las tentativas de Soulouque por el Sud, a causa de los rudos golpes que recibió su ejército en cuantos combates se atrevió a ofrecer a nuestras heroicas falanges, había retrocedido hacia sus dominios con la desesperación y la vergüenza de sus derrotas en el fondo del corazón. —La República había quedado, si

no del todo segura, al menos reposando sobre los laureles recogidos—. A nuestros bravos compatriotas del Cibao quedábales el sentimiento de no haber tenido participación en el festín de gloria que la ambición haitiana había brindado a nuestra patria; si bien, como hermanos y soldados que defendían una misma causa, podían ver como propias las hazañas del ejército del Sud, y enorgullecerse con ellas, así como hoy estamos ufanos nosotros con el perinclito hecho de armas de Sabana Larga. Pero con el noble y laudable orgullo de los valientes, nuestros conciudadanos del Cibao se encontraban apesarados de no haber compartido los peligros que amagaban a la Patria, ni creían llenado su deber con haber acudido espontáneamente a las armas, en cuanto se vio nuestra independencia amenazada.

Con este generoso pesar, repetimos, estaba el bizarro ejército del Norte, cuando las atrevidas águilas del grotesco Imperio haitiano asomaron la diforme cabeza en la llanura de Sabana Larga. Nosotros nos complacemos en figurarnos a los bravos dominicanos, a los héroes de la Cruz, a los paladines de la libertad, saludando con un grito de agradable sorpresa a las insignias de la barbarie y de la degradación haitiana! Nos complacemos en figurarnos a esos fieros republicanos contemplando con lágrimas de gozo las hordas de la tiranía y del despotismo; de la ambición y de la esclavitud... Pero sobre todo, nos complacemos en figurarnos lanzando a los aires el rugido solemne de los hombres libres a quienes se ofrecen las cadenas de la servidumbre; rugido grave, imponente, aterrador, que sin duda tenía mucho del que el indómito león arroja en los desiertos donde goza de su absoluta y preciosa libertad, a la vista del atrevido cazador que se dirige a su guarida, con el objeto evidente de matar a su hembra y a sus tiernos cachorritos!

Y después ver a ese ejército de héroes moverse y caer sobre sus osados adversarios con el ímpetu y el fracaso con que el rayo fulminado por una nube carga-



da de la electricidad de los sentimientos más magnánimos que pueden hallar cabida en el corazón humano; tales como el del amor a la Patria, amor a la libertad, amor a la Religión, amor a sus esposas, a sus hijos, a sus derechos, a sus haberes, haberes conseguidos en el sudor del rostro, y que la cupidez haitiana tanto codicia...; odio a la tiranía, odio a la barbarie, odio y execración a los acervos y crueles haitianos, a los estupradores y degolladores de las poblaciones del Cibao en los primeros años del siglo, cuando al mando del monstruo, del abominable Cristóbal, inundaron aquellas hermosas comarcas de crímenes y de sangre!

El éxito no podía ser dudoso. Los soldados de Soulouque se vieron cargados por los nuestros con una violencia irresistible. No obstante, confiados en la inferioridad del número de los nuestros, osaron disputarles la victoria, en vez de emprender inmediatamente la fuga en la que siempre buscan ellos su salud. —Esto fue su ruina: atacados de frente y por un flanco, casi envueltos, fueron destrozados espantosamente por los nuestros; y las nueve horas que duró el combate fueron todas de estrago y de matanza—. Cuando se retiraban ya en desorden, les cayó otra tempestad encima: el bravo general Fernando Valerio, a la cabeza de una división nuestra que ardía por combatir, les salió de improviso, e hizo en ellos una horrenda carnicería. Despavoridos, perdidos el tino y la disciplina, se entregaron de todo punto a una desorganizada fuga, en la cual fueron y aún son perseguidos, pues hay muchos de ellos extraviados por aquellos montes. En nuestro poder han quedado innumerables trofeos militares, y un considerable botín—. Banderas con las insignias imperiales, cajas de guerra, fusiles, bestias caballares y una cantidad de prisioneros quedaron en poder de los nuestros: en el campo de batalla y sus inmediaciones tendidos más de dos mil hombres...

Tal ha sido el resultado que ha tenido la invasión de Soulouque por el Norte; resultado que él estaba bien



lejos de prometerse. —En vista de su tenacidad, nos atrevemos a asegurar que este descalabro sea el último, pues los hechos dicen que el bárbaro emperador está resuelto a hacer derramar la sangre del último de los suyos en la inicua y descabellada demanda de nuestro avasallamiento. Que muera el último haitiano, y entonces Soulouque pida la paz, bien podrá ser; que seamos vasallos de ese monstruo, que rindamos acatamiento a su odioso despotismo, eso no! Dios está por nosotros, nuestros brazos son fuertes y nuestros corazones muy nobles para consentir en ello jamás-. Eso no podrá ser, quiéralo quien lo quisiere.

Nosotros saludamos pues, y cumplimentamos al heroico ejército del Norte, y muy particularmente a su benemérito jefe Sr. General Juan L. Bidó. Los ilustres cibaños acaban de comprobar al mundo que la República Dominicana quiere vivir, y vivirá.

MÁS *NEW-YORK HERALD*

Este periódico, al cual provee de mentiras a guisa de noticias algún *haitiano* domiciliado en nuestra ciudad, a juzgar por el lenguaje que se emplea en sus dichas correspondencias siempre que trata de nosotros, trae ahora en su número de 5 de enero inserto el siguiente artículo:

CONCLUSIÓN DE LA GUERRA EN STO. DGO.

Correspondencia del Herald.

Macao.— Santo Domingo Nbre. 29, 1855.— Pronta intervención de los Franceses— Desistiendo de la expedición de Soulouque contra los dominicanos &.&

El emperador Soulouque tan recientemente a la cabeza de un formidable ejército para hostilizar



a los dominicanos, está de regreso para su país, sin haber quemado una sola ceiba contra sus adversarios—. Dos buques de guerra franceses capearon frente a esta plaza¹, en fecha 29 del corriente. El Sr. Comandante de ellos enarboló su pabellón, e inmediatamente saltó a tierra y se puso en correspondencia con el representante de Francia. Un correo fue enviado en seguida al Emperador con despachos sellados, y a la lectura de ellos, Su Majestad Imperial dio órdenes al punto a su ejército para volver atrás.

Según rumores se cree generalmente que la Francia no permitirá que los haitianos invadan o molesten a los dominicanos.

El cólera continúa prevaleciendo² en el litoral de la costa y en el interior, pero raras veces trae consecuencias fatales, cuando los socorros de la ciencia médica son aplicados a tiempo.

Los negocios están muy tristes, pero ahora que la paz está proclamada, se reanimarán y los productos vendrán con abundancia.

Abran la boca nuestros conciudadanos, y los extranjeros que han presenciado los hechos. Ábranla tamañaza los mismos *héroes de por fuerza* a quienes se atribuye la retirada de Soulouque. ¿Quién ha visto du-

1. Frente a esta plaza —El Macao, de donde se fecha la correspondencia, es un lugar desierto, y sólo por burlarse de la ignorancia de los RR. del *Herald*, se podrían acordar de él, y figurar que de allí escribían. Mírese clara la superchería, pues por decir que los buques llegaron frente a la ciudad de Santo Domingo, dicen *frente a esta plaza*, cuando si escribían fuera de ella, en el Macao, habrían dicho naturalmente *aquella plaza*.

2. No sabemos a punto fijo qué puede haber movido a nuestro enemigo a suponer la existencia del cólera en nuestro país, monstruosa falsedad que conjeturamos sería forjada con el objeto de inspirar temores en el extranjero hacia la República, y perjudicar nuestro comercio.



rante todo el tiempo que ha durado la invasión (que ya va para tres meses) buques de guerra franceses, ingleses, rusos, japoneses o chinos en nuestro puerto? ¿No es muy notorio que si los Agentes de la Mediación han querido obrar conforme a la Protesta notificada a Soulouque en Puerto Príncipe *en fecha 8 de diciembre*, la distancia de las estaciones navales de las Antillas, los malos vientos, los extravíos de cartas y otras mil casualidades sin duda alguna que se lo han impedido? Pues ¿cómo se atreve tan descaradamente el Corresponsal del *Herald* a informar a sus inocentes redactores de que *dos buques franceses se pusieron frente a nuestro puerto*; que su Comandante comunicó con el Sr. Cónsul de Francia en Santo Domingo, y otras mil guáchiras parecidas? ¡Qué poca vergüenza!

¡Dizque *papá Soulouque* se retiró porque el Agente de Francia le mandó un Correo! ¡Ea! ¡De dónde podrá haber forjado ese corresponsal una mentira tan de a puño! Pero, ¡tate, tate! El cuento del *Correo* ya caemos en lo que puede ser. El *Corresponsal* oyó sin duda el asunto de los emisarios haitianos que los Agentes de la Mediación en Haití, enviaron a los Agentes de la Mediación en la República, pocos días antes de que se efectuase la invasión. Estos emisarios, Oficiales de Soulouque, que el pueblo Dominicano llamó con justa razón *exploradores*, no obstante la misión que traen de los Agentes europeos por la cual violaron sin riesgo nuestro territorio y pudieron dar cuenta circunstanciada al invasor del estado de nuestras fronteras (¡por tantas cosas pasamos!); estos emisarios, repetimos, son los únicos *Correos* de los Agentes de la Mediación que han visitado nuestro territorio; lo cual no pudo perjudicar a la República Dominicana, que contribuir ni remotamente a su salvación. El Sr. Corresponsal confunde los hechos.

Hoy quieren quitar la gloria de haber corregido la temeridad de Soulouque *sin ayuda de nadie*, a nuestros bravos, a nuestro ilustre Libertador, a nuestros intrépidos soldados!



Pero nosotros no lo toleramos no, ni Dios puede tolerarlo tampoco; así es que cuando en el *Herald* de fecha 5 de enero se publicaron aquellas mentiras, cuando el *Corresponsal* daba a entender que Soulouque había desistido de su empresa por la enérgica intimación del Cónsul Francés, el 24 de enero volvieron los haitianos a tentar fortuna, el 24 de enero se ilustraban sobre la invasión haitiana las fulminantes armas de los batallones cibaños!

Así queda desmentido espléndidamente a la faz del mundo el desvergonzado embustero que quiere atribuir nuestras glorias a otro, lo que según la ingeniosa expresión del vulgo, sería *ganar indulgencias con camándula ajena*.

10 de febrero de 1856.





Cuando al anunciar las dos victorias obtenidas por nuestro ejército el día 22 de diciembre próximo pasado, dijimos que la campaña acababa de inaugurarse de una manera brillante, muchos no hallaron nuestro lenguaje acorde con su parecer, según el cual, la guerra quedaba del todo concluida. —Los sucesos posteriores han hecho ver que efectivamente aquellas dos importantes victorias obtenidas sobre el enemigo, si bien nos prometían una larga serie de prosperidades, mientras el haitiano persistiese en sus ideas de conquista, si bien quebrantaban o invalidaban la invasión, y por eso dejaban de ser el *principio de la guerra*.

Y bien examinado, era hacerse ilusiones la creencia de que Soulouque, cualesquiera que fuesen sus recesos y el grado de escasez de esos, una vez colocado en el compromiso de invadirnos, una vez entrado en la vía que le trazaba su delirante ambición, retrocediese desde el primer contraste, aun cuando ese contraste fuese del calibre de las derrotas del 22 de diciembre.

—El compromiso de que hablamos se lo ha creado el mismo Soulouque: alucinado por su ángel malo, por sus aduladores, o tal vez por embaucadores que apeteciendo nuestra ruina le describían muy fácil la empresa de apoderarse de la República; Soulouque, neciamente confiado en nuestras pretendidas divisiones, marchó en busca de gloria y de conquistas, esperando encontrar entre nosotros quien lo recibiera a brazos abiertos. Ya se ha visto cuán errados eran los conceptos que él emitió en sus alocuciones al pueblo y al ejército haitiano al acometer su empresa; y se ha visto asimismo cuán infundados eran los temores que nuestra suerte inspiraba a los amigos en varias islas vecinas, y cuán insensato el júbilo indecente que algunos miserables enemigos de la República manifestaron al tener conocimiento de los planes de Soulouque, creyendo seguro que en la lucha que iba a trabarse, infaliblemente habríamos de sucumbir. Pero si está demostrado que los haitianos son impotentes para siquiera inspirarnos temor, no lo está que la situación actual tenga un fin demasiado pronto, que es lo que más nos importa. He aquí que cuando con justa razón se considera al pantomímico Imperio haitiano en su agonía por los rudos golpes que le ha descargado el indomable brazo del patriotismo dominicano, el estado de guerra se prolonga indefinidamente, o a lo menos nada nos indica que los haitianos (o mejor dicho, su autocrático jefe) dejen de molestar-nos aún por algún tiempo. Hay, al contrario, probabilidades de que Soulouque, en la comprometida y desesperada posición en que lo ha colocado su malograda expedición, procure sostenerse a todo trance, manteniendo en bélico movimiento los extremos de su Imperio, con la prolongación indeterminada del estado de guerra; porque él debe comprender que su salud sólo depende de que la irritación en que se encuentran sin duda los ánimos de sus paisanos por las calamidades que él ha atraído sobre sus cabezas, permanezcan silenciosas y aterradas con sus feroces *medidas de cam-*



pamento, y no pueda, por tanto, afluyendo al corazón de su Imperio hacer la terrible explosión que habría de dar por resultado la declaración absoluta de que la empresa de la conquista de la parte del Este estaba concluida, sin haber producido más fruto a la ambición de Soulouque, que una abundante elusión de sangre haitiana.

Esa declaratoria no la hará Faustino Soulouque a la faz de su lacerada nación; si no lo obligan a ello. En la impotencia de llevar a cumplido efecto sus primitivos cálculos, Soulouque no dejará de procurar tenernos siempre sobre las armas, no ya aún sólo por ocasionarnos gastos y los demás perjuicios que trae siempre consigo la guerra, sino porque ese estado de cosas es ya el único elemento de vida que él tiene. Así la cesación absoluta de la guerra, repetimos que no puede asignarse a día determinado; porque nosotros no vacilamos en dar cabida a la persuasión de que *el fin de la guerra marcará el fin del luctuoso reinado de Soulouque*; y probablemente Faustino Iro. estará más persuadido de ello que nosotros.

La República Dominicana por su parte, puede sostener la guerra perpetuamente si se quiere, y estar escarmentando las agresiones enemigas todo el tiempo que éstas duraren; pero la República Dominicana, que ha dado golpes de muerte al Imperio de Haití, no puede avenirse (ni aún de una manera tan indirecta y aún tan honorífica como es una guerra desastrosa para los haitianos), a servir de puntal al vacilante trono de Faustino Soulouque.

Para nuestra prosperidad necesitamos la paz, ¿quién lo duda? Con mucha gloria y en ayunas no vive contento nadie. Pero abra el mundo los ojos imparciales sobre nuestra cuestión, y díganos cuál es el camino que la República podía tomar, que la condujera a esa tan ansiada paz. Cuando Soulouque preparaba su expedición, podíamos guardar silencio sobre la inhumana indiferencia de los que le veían obrar, y pudiéndolo, no se



oponían a sus inicuos proyectos. —Podíamos callar, porque tal es el prestigio del fuerte, que hasta sus mismas víctimas perdonan al frío espectador que se deje fascinar por él. Pero ya hoy que ha sido demostrada la impotencia de Soulouque, que se ve de manifiesto que él sostiene la guerra sólo por especulación, y no porque abrigue la esperanza de conseguir su primer objeto, hoy que se presenta a buscar derrotas ya por un punto, ya por otro de nuestras fronteras hoy creemos que está obligado a obrar el mundo, ese mundo que se encuentra metido en nuestro pleito; y si no puede o no quiere obrar ese mundo, debe declarar su nulidad, hacerse a un lado, y dejarnos procurar nuestro bienestar, nuestra quietud y prosperidad, por los triunfos y caminos que se digne franquearnos la Providencia.

Porque la República necesita de la paz, la apetece hoy, como la ha apetecido siempre, testigos de ello los Señores Agentes de Francia y Gran Bretaña. —Este último, que fue el primero que hizo proposiciones de acomodo entre los dos beligerantes ¿qué puede deponer en pro o en contra de los sentimientos pacíficos que siempre han animado a la República? No puede decir sino que el insolente despotismo de Soulouque no se ha prestado a ninguna transacción; porque cuando los Agentes ingleses dieron los primeros pasos al efecto de negociar la paz ¿qué proposiciones hizo Sir Robert Schomburgk en nombre de Soulouque al Gobierno dominicano? Las más menguadas, las más degradantes, las más vilipendiosas: la abdicación de nuestra nacionalidad, la sumisión al dominio de Haití, el sacrificio de los principios democráticos con que a más justo título podemos estar enorgullecidos!

Después por la activa solicitud de la Administración pasada, intervino en nuestra contienda la mediación de Francia e Inglaterra. Pesado no es hablar de mediación, palabra de que deben estar ya fastidiados los que lean los periódicos de nuestro país, y principalmente aquellos que miran tratada esa cuestión de la



manera que ellos menos quisieran, es decir, haciéndola conocer a fondo y poniéndola al alcance del público dominicano. Pero esa cuestión por mucho que haga bozotear a los patriotas, y hervir la sangre de los *filo-haitianos*, es preciso que permanezca en discusión hasta que se resuelva nuestra suerte política, o el *estafermo* se retire de la escena. —Si permanece en ella, preciso nos es examinarle, juzgarle, interrogarle, informarnos de lo que hace, ¡porque nos va en ello mucho! Y de nuestro minucioso examen habrá de resultar una de dos: —si el estafermo se deja examinar mucho tiempo, descubriremos si *vive y hace a nuestra pro*, y entonces habremos de aplaudirle; o bien que no obra, y que si obra es por nuestro mal; y entonces a fuer de patriotas, habremos de procurar su desaparición y designarle a los silbidos del populacho, lo que Dios no permita que llegue a suceder.

Perdónesenos esta digresión, que creímos del caso para hacer convenir a nuestros lectores en la necesidad de decir dos palabras sobre la mediación. —Esta, mejor que nadie, en su calidad de *tercero* llamado a acomodar nuestras diferencias, sabe cuál de los dos beligerantes ataca con insistencia, y cuál defiende la buena causa, quién tiene razón, y quién no la tiene, quién abriga pretensiones absurdas, ambiciosas, exageradas, y quién es el moderado que no quiere sino su independencia y libertad; en fin, la mediación mejor que nadie, sabe quién quiere la paz, quién la ha procurado siempre, y quién la ha rechazado, quién ha optado tenaz y obstinadamente por la guerra.

Los primeros oficios de la mediación, parece que reconocían la preponderancia en Soulouque, y que le acordaban a él la iniciativa en las estipulaciones, pues la negativa del gobierno dominicano a las onerosas proposiciones del haitiano, como que le ataba las manos, y paralizaba sus acciones, tal fue la impasible inercia en que permaneció algún tiempo, como si no allanándose la República a sacrificar su nacionalidad, no hubiese



otra vía practicable de pacificación. —Por último, de consuno los Agentes de las dos potencias europeas, hicieron a Soulouque la famosa intimación de que si trataba de invadir a la República Dominicana, se tomarían medidas coercitivas para impedirselo. Por aquí se colocaron las dos naciones en una posición nueva, y dejaron su carácter de simples mediadoras.

No queremos seguir paso a paso las operaciones de los Agentes de la Mediación (las que han llegado a nuestra noticia); pero el hecho de la protesta notificada a Soulouque por ellos en 8 de diciembre último, contra la invasión de nuestro territorio, es lo que más que nada nos ha movido a hacer esta disertación, pues coincidiendo aquel documento en su texto con las antiguas notas diplomáticas de diciembre del año 50 y principios del 51, en que las intimaciones tenían el tono de amenaza, creemos que esto dice bastante *que la razón está de nuestra parte*, y no comprendemos cómo entendiéndolo así las potencias mediadoras, no se tientan los caminos de un acuerdo; (ya que se emplea con Soulouque *el lenguaje de quien puede usar de la fuerza en obsequio de la razón*), que no tenga por base, como todos los que se han ofrecido hasta aquí, el sacrificio de la nacionalidad dominicana. Nosotros encontramos muy inconsecuente la inacción actual, respecto de las pasadas amenazas a la temeraria ambición de Faustino Soulouque.

Nosotros sabemos que un mediador no es juez, ni puede imponer sus decisiones por la fuerza; sabemos que a todos los argumentos se nos podría responder con esa doctrinita, porque aunque es un poco rancia, todo el mundo sabe que *en caso de necesidad*, se usa como de *cosa nueva*, de aquello mismo que en caso de necesidad ha sido reprobado o despreciado *por viejo*. Pero la mediación europea en la cuestión dominico-haitiana, se ha colocado por sus actos pasados en una situación equívoca; porque si en su calidad de conciliadores, y no siendo jueces, los Agentes de la mediación



no podían herir ¿por qué amagaron? Y si amagaron pudiendo herir, porque sea permitido tratar a Soulouque como merece, es decir, como a un bandido coronado, ¿por qué no hieren, por qué no han herido en tres meses que hace que el forajido Emperador está desafiando, con su desprecio a las amonestaciones diplomáticas, la cólera de las dos preponderantes naciones del mundo?

Esto no podemos comprenderlo ahora, pero esperamos que el tiempo nos lo explicará.—Mientras tanto, en consideración del estado actual de cosas, de que hasta hoy Dios y los valientes hijos de la Patria son los que han defendido nuestra libertad de los embates de la ambición y de la tiranía, la República debiera hacerse cargo, y proceder en consecuencia de este innegable axioma: *En política, lo que no es útil, embaraza.*

* * *

Hemos tenido ocasión de saborear la proclama que en fecha 27 del pasado, es decir, tres días después de su sangrienta derrota en los campos de Jácuba, dirigió el desfachatado Soulouque al pueblo y al ejército, en Juana Méndez, al emprender su retirada para el interior de Haití, decaído por ahora, según parece, de la elevada cumbre de sus más risueñas e insensatas ilusiones. Tiene mucha relación por su tenor y el ridículo descaro de sus conceptos, con la que en el Núm. 26 de *El Oasis* supusimos que el bárbaro daría después de los descalabros del 22 de diciembre.—En ella tiene Soulouque la desvergüenza de decir que lo que más le impulsó a invadirnos fue *la certidumbre de numerosas simpatías en el país, y sobre todo, la inminencia de una invasión extranjera a nuestro territorio.* Lo absurdo de estos actos, apenas permite una refutación: el mundo y la infeliz nación haitiana han visto qué género de sentimientos abriga la República Dominicana y sus habitantes en masa, respecto del feroz y déspota



Soulouque; y los arroyos de la sangre de sus desdichados siervos, vertida en los campos de batalla, han probado tristemente al pueblo y al ejército haitiano, que su jefe, al hablarles, tiene en el corazón la crueldad y la indiferencia de sus sufrimientos, y en los viles labios la mentira.

¡De lindo modo han manifestado *los habitantes del Este* sus simpatías por Soulouque! ¡El miserable! ¿Qué invasión extranjera execraríamos nosotros tanto que gustásemos de que Soulouque, nuestro enemigo capital, acudiera a contrastarla? Además, ¿quién ha oído hablar de invasión extranjera? Si era inminente como dice el bárbaro, ¿cómo es que a esta hora aún no se tiene noticia de ella? Si Soulouque forjó esa mentira por sí mismo no hay para qué replicar; si se lo hicieron creer a él (porque todo puede ser), incurrió en un grosero error al suponer que esto le autorizaba a apoderarse de la República; porque él debía tener entendido que nosotros defenderemos nuestra nacionalidad a todo trance, contra cualquiera que atente a ella, y contra Haití todavía más que contra cualquiera, porque estamos acostumbrados a considerar a Faustino Soulouque como la escoria de los tiranos, y como el ludibrio más monstruoso de los conquistadores.

El desvergonzado se atreve a hacer mención de sus triunfos imaginarios, ¿y hablando a quién? ¡A los despilfarrados restos de su ejército, batido por nuestros soldados en todos los lugares de nuestro territorio en que fijaron la planta! Los desgraciados que escaparon dos meses antes a la matanza de Santomé y del Cambronal, para volver a verse rodeados de la muerte en Jácuba, y escapar de nuevo, gracias a una trabajosísima fuga, oirían estupefactos proferir esas estupidas falsedades, y no creerían a sus oídos ¿qué pensarían en su interior al oírse dirigir el siguiente sarcástico apóstrofe? —“*Volved a vuestros hogares con la frente erguida, pues vosotros, vosotros habéis cumplido vuestro deber*”.



Risa, indignación y lástima, inspira la proclama de Soulouque. Risa por el tono fanfarrón y de jactancia que el mísero afecta en ella: indignación porque no obstante lo que saltan a la vista nuestros triunfos y sus derrotas, osa asegurar que sus águilas vuelven victoriosas, mintiendo con esto a la faz de su ejército, de su nación y del mundo entero: lástima, porque ella nos pone en toda su horrible evidencia la suerte de los tristes haitianos. ¡Los desdichados! Para disimular la vergüenza de sus descalabros, el infame, el execrable Soulouque ha fusilado un crecido número de víctimas, a pretexto de traición. ¡Horrenda falsedad! Y el monstruo en su proclama prostituye además la memoria de aquellos inocentes, atribuyendo a su pretendida deslealtad los reveses que le proporcionó últimamente el heroísmo dominicano.

Soulouque dice que asigna a otro tiempo sus proyectos, que él llama atrevidamente misión. Venga enhorabuena, y cuando guste, que le espera lo mismo que acaba de encontrar; porque veinte y cinco mil dominicanos aguerridos son para el cumplimiento de esa siniestra *misión*, veinte y cinco mil baluartes incontrastables que antes tendrá que rendir, veinte y cinco mil castillos inexpugnables que habrá de derribar.

Para que nada falte a ese movimiento de la imprudencia y de la atrocidad de este fenómeno de maldad, azote de los desventurados hijos de Haití, dice por conclusión: "*Dada en el Palacio imperial de Juana Méndez*" (y Juana Méndez es una población compuesta de pobrísimas barracas); así son todas las verdades de Soulouque, como los palacios imperiales de Juana Méndez.

17 de febrero de 1856.





27 DE FEBRERO

El miércoles próximo celebra la República el aniversario de su gloriosa independencia. Razones muy poderosas imponen al pueblo dominicano la obligación de solemnizar con patriótico entusiasmo y con el más grande júbilo el memorable día en que los hijos de la Patria sintiendo sus corazones inflamados por el sacrosanto espíritu de libertad, y cansados de la abyección y la miseria en que yacían sumergidos, rompieron las serviles cadenas con que los ató la más degradante y monstruosa tiranía. Desde entonces empezó para nuestra patria una era de triunfos y de gloria. Cada dominicano convertido en un héroe, dio una prueba irrefragable de que en medio de la servidumbre que los oprimió por tanto tiempo, conservaron ileso su heroico valor; y abrasados por las brillantes llamas del más acendrado patriotismo, corrieron denodados a defender sus derechos y su libertad. Grandes y prodigiosos éxitos que apenas podrán creerse algún día en la historia, han ilustrado nuestras armas y consolidado nuestra inde-

pendencia. Azua y Beler han servicio de teatro a nuestras victorias, y los campos inmortales de Las Carreras han unido su nombre al del valiente y esforzado Libertador que, sin más elementos que su valor y su confianza en Dios, rechazó y venció al tirano del Occidente que marchaba hacia nosotros a la cabeza de sus asquerosas falanges, y amenazaba arrebatar nos de nuevo la libertad obtenida a costa de tantos sacrificios. La sangre de nuestros enemigos vertida a torrentes en los campos de batalla ha servicio de fecundo riego al árbol de la libertad, y la que nuestros conciudadanos han derramado en defensa de la patria, ha servido de emulación al valor y al civismo de los dominicanos.

La virgen República puede levantar la frente con orgullo y sin temor de que ninguna nube empañe los laureles que la adornan, porque ningún crimen ha mancillado sus glorias. Si alguna vez el monstruo de la discordia ha asomado su estupenda cabeza y ha difundido el terror en el pueblo y penetrado de dolor a los buenos patriotas que ven en las conmociones intestinas la ruina del país, el brazo fuerte del Omnipotente nos ha salvado de sus horrores y ha vuelto a unirnos por los sagrados vínculos de la fraternidad y el patriotismo.

Plegue a su bondad que recordando nosotros el 27 de Febrero de 44, día en que todos los dominicanos con la magnanimidad y elevación que inspira el patriotismo se dieron el fraternal abrazo de paz, relegando al olvido sus rencillas y disensiones, y que con el entusiasmo que nuestras glorias recientes, y el afianzamiento de aquella obra en los campos de batalla deben infundirnos, sacrifiquemos nuestras pequeñas pasiones en el ara sacrosanta de la Libertad, y pongamos nuestro conato común, en el progreso y felicidad de la Patria.

24 de febrero de 1856.





Aunque se comparan frecuentemente los pueblos a los hombres, y se asimilan todas las operaciones de los unos a los otros, no obstante, el hombre, en lo que atañe a sus intereses particulares, tiene una independencia de acción mucho más extensa que la que tiene un pueblo respecto de los intereses de la asociación entera.

El hombre puede proceder con lo suyo, como suyo; y en sus relaciones con los demás, someterse tanto a los impulsos de su corazón, que sacrifique cuanto posea al bien de otro, aunque este otro corresponda con ingratitudes a las demostraciones de la más alta consideración.

Pero los pueblos tienen muchas limitaciones en sus amistades; porque en primer lugar, las naciones no tienen un corazón humano, accesible a los sentimientos de abnegación peculiares a la amistad de los hombres; y en segundo lugar; las consideraciones de un pueblo por otro no pueden ir más allá de lo que convenga a su política exclusiva. En los hombres el egoísmo es casi

abominable, en los pueblos se hace del todo indispensable, y en toda concesión que haga a otro, debe satisfacer alguna exigencia de la necesidad propia.

Así nos lo enseña la historia de los acontecimientos más importantes del mundo político, y aún más diremos, las lecciones de esta misma historia dan por fruto reflexiones muy amargas y dolorosas sobre la moralidad del exclusivismo de los pueblos; porque ellas nos dicen que en el interés de su política los pueblos se llevan de encuentro a la humanidad, o hacen un vil juguete de ella.

Pero sin tomarnos la pena ni darla a nuestros lectores de examinar los diversos actos consumados en distintas épocas por los pueblos preponderantes del mundo, que nos han infundido convicciones tan tristes en política, pondremos por ejemplo que atesten la exactitud de lo que llevamos dicho, a dos pueblos modernos, y que en su formación tienen muchos puntos de semejanza con la República Dominicana, pues como ella sacudieron el yugo de la dominación extranjera para erigirse en naciones soberanas: estos son: los Estados Unidos y la Grecia.

Francia cooperó en parte a la libertad de la América del Norte; pero séase que la Unión considerase que esta cooperación nació más del deseo de perjudicar a Inglaterra que de favorecerla a ella; séase que como todos los pueblos, sacrifique la gratitud a su propia conveniencia, los Estados Unidos demostraron muy pronto que no estaban dispuestos a complacer a su bienhechora, ni mucho menos a esquivar en obsequio de ella ninguna vía que pudiera conducir al provecho de la Nación.

1. Bajo la presidencia de John Adams, sobrevinieron algunas dificultades en Francia, las cuales hicieron temer una ruptura al principio, pero que se allanaron por una embajada; y más tarde como *en el interés de su comercio* la Unión no hizo caso de los decretos de Napoleón que impedían a los neutrales el comercio con Inglaterra, llegó a efectuarse entre las dos antiguas amigas una guerra marítima y de apresamiento, en la que Francia declaró de *buena presa* a más de 1,000 buques americanos, y los Estados Unidos recibieron de Francia en 1835, por estos daños, veinte y cinco millones de indemnización.



Grecia sacudió el yugo otomano, merced al generoso concurso de las naciones más poderosas de Europa: Francia e Inglaterra tomaron una parte muy activa en su emancipación. Y hace poco hemos visto que el Gabinete Ateniense, inconsecuente con los recuerdos de Navarino, y con los ilustres manes de Lord Byron, muerto en Misolonghi por la causa griega; bien porque conserva su odio a los Turcos, bien por favorecer a su correligionaria Rusia, o *buscando su mejor interés*, quiso tomar parte contra las naciones aliadas en la guerra que actualmente divide la Europa; no obstante que su gratitud (si es que existe esa virtud para los pueblos en política), le prescribía encerrarse en los límites de la más estricta neutralidad.

Y si estas naciones, y otras muchísimas, y todas en fin, sólo rigen por su propio interés todas sus operaciones, aún a riesgo de parecer ingratas, o desleales en sus pactos; ¿quién podría reprochar con derecho a nuestra Patria que solicitase su bienestar por donde quiera que lo viese? ¿A quién debe la República grandes favores, para sacrificar a sus consideraciones sus grandes intereses?... ¡A nadie!

Verdad es que se nos hace mucho ruido, se nos carea mucho el interés que varias veces dizque han manifestado por nuestra suerte política algunas naciones extranjeras; se nos vende por favor valioso cualquier agasajo aparente, cualquier anzuelo, una cualquiera, la que más se preste a tal fin, de las fases de la política ajena.— Pero no se necesita un ojo muy perspicaz para ver en todo ello que nuestro bien no le importa un ardite a ningún otro que a nosotros; que, como dice el vulgo, *el que busca conciencias a otro, tiene en vista el provecho propio*; que el francés, es francés, el inglés, inglés, el yankee, yankee, el español, español; y sólo nosotros somos dominicanos.

De aquí la deducción de que no debemos llevar nuestras consideraciones por nadie, más allá de lo que convenga a los intereses de nuestra Patria, para nosotros



lo primero y lo más sagrado.— Día vendrá en que la historia, o las biografías nacionales, denuncien al mundo y a la posteridad los hechos de las grandes figuras dominicanas de la actualidad; y la historia y las biografías serán implacables; y al tonto lo condenarán por tonto, al cobarde por cobarde, y al mal intencionado por mal intencionado.

Hoy la República está esplendente de gloria; pero su suerte no está definitivamente asegurada; y al paso que vamos, cada día recogemos más laureles, pero cada día debilitados de más en más, su mismo peso nos irá abrumando.

¿Dónde pararemos al fin? Cuando llegados a la ancianidad el gran Santana presente a la Patria sus virtudes y su gloria, los héroes que hoy admiramos le presenten sus honrosos ramos de guáyiga y sus nobles cicatrices, pidiendo todos quietud y reposo para su vejez, la Patria entonces no tendrá que dar a los bravos que tanto la han ilustrado sino un doloroso quejido.

Entonces no habrá piedad para esos hombres de necias consideraciones, no debidas a nadie, y tan indignamente prodigadas en perjuicio de la Nación. —La República debe, como lo hará sin duda, entrar de lleno en el gran pensamiento del equilibrio político del mundo; pero antes que por el equilibrio del mundo, debe atender a su equilibrio propio, porque el que sin estar firme y bien parado quiere detener un cuerpo cualquiera en su caída, no hay remedio..., ¡cae con él!

9 de marzo de 1856.





Hay cosas que por frívolas y pequeñas no obtienen una atención recelosa de parte del individuo con quien tienen relación; y no obstante su frivolidad y pequeñez, muchas veces estas mismas cosas merecen la atención que se les niega, porque su trascendencia es mucho mayor de lo que parece a primera vista; y efectivamente llevan un objeto de tamaño importancia, cuando sólo parece que marchan a la ventura, y que son hijas de la ignorancia, o de la casualidad.

En algunos países suelen ser tan comunes los pe-tardos que se reciben, la estrategia que se emplea en las guerras políticas es tal, que se hace imposible el indiferentismo hasta con lo más sencillo, o lo más insignificante; y la minuciosidad, que frecuentemente es ridícula, viene a ser una virtud de la misma categoría de la prudencia, cuando la intriga y la chismografía llegan a ser *resortes de estado*.

Nada es más perjudicial a un país que el entronizamiento de tales sistemas: en vez de caminar

entonces con la marcha noble y rápida del brioso corcel, o de emprender su vuelo a las regiones del progreso con la majestuosa velocidad del águila, los países se *arrastran* con dificultad; y a cada movimiento que hacen, producen un ruido estrepitoso, a la manera de las serpientes de cascabel, o tienen un vuelo siniestro e incierto, como el del taciturno murciélago.

Por desgracia este espíritu es algo de lo que debemos combatir en nuestro pobre país, porque hace rápidos progresos en él. Y ¿cómo podría ser de otra manera? Los países jóvenes son como los niños: a más de los defectos morales con que se forman o nacen, recogen los de los extraños en cuya compañía se crían.

Por todo lo dicho nos vemos en la necesidad de fijar hoy la atención en una circunstancia que no *parece* digna de ella; pero que efectivamente lo es. —Durante toda la espirada semana ha cundido la especie de que, unas *severas amonestaciones*, hechas por persona muy autorizada a los Redactores de *El Oasis*, a propósito de no sabemos qué artículo, habían dado un golpe mortal a nuestro periódico, cuya publicación había cesado. La salida de este número dice muy alto que no es cierto lo de la suspensión de *El Oasis*; —y por lo que respecta a lo demás, desmentimos formalmente a todo el que se haya complacido en divulgar tamaña falsedad, cuyo objeto nos es bien conocido. ¡Qué triste consuelo se procuran los enemigos de *El Oasis*! Una vez que se ven en la material imposibilidad de dañarle, apelan hoy a los degradantes medios de que arriba hemos hablado, esparciendo mentiras que sólo les han de servir para poner en evidencia su mala voluntad, y la impotencia en que están de llevarla a cabo.

Nuestro periódico cuenta hoy ni más ni menos con los mismos elementos de existencia que siempre ha tenido: estos elementos son la franqueza, el celo por todo lo nacional, el odio a los enemigos del país, y el mejor deseo por el bien de este. Aún hay más: hoy estamos dispuestos a hacer la guerra implacablemente a todo



mal dominicano que se preste vilmente a servir de instrumento de hostilidad contra su nación.

Es falso pues, repetimos, que *El Oasis* haya pensado siquiera en morir. Todo lo contrario, los *hermanos* que tan mal lo quieren lo verán todavía en campaña, si Dios nos ayuda, por algún tiempo, constante con los principios que siempre ha sostenido; teniendo por divisa el *orden y el patriotismo*, siempre batiéndose a muerte por la independencia y soberanía nacional, siempre ansiando por el progreso y mejor—estar de la Patria, y siempre repitiendo: *Lo dicho, dicho*.

30 de marzo de 1856.





La *Gaceta de Gobierno* correspondiente al 1ro. de los corrientes, ha explicado bastante por extenso la pretendida ambigüedad del Art. 7mo. del Tratado de la República con España. Sin embargo, de que a más de lo dicho habría muchísimo que aducir en favor de la acepción racional que nuestro Gobierno da al citado Art. 7mo. acepción que se desprende del texto literal del artículo, de la sana razón y del sentido común, sin mengua de los cuales sería imposible entenderlo de la otra manera; no obstante, creemos que aún no es tiempo de afectarnos el pulmón clamando lo que clama más alto que nosotros, o que nos empeñemos por ser claridad a lo que resplandece de por sí con la misma brillantez del Sol.

Nos limitaremos tan sólo a hablar por ahora como hombres del pueblo; y haciendo en lo posible abstracción de la cláusula del Tratado con & M. C., que da lugar o que sirve de base a las actuales diferencias, vamos a hablar según los sentimientos que nos ani-

man, y según los que deben animar a todo patriota, y a todo hombre de honor.

No han faltado algunos naturales que se inscriban en el Registro de la Cancillería del Consulado Español, creyéndose llamados directamente por el Art. 7mo. ya dicho, a adoptar la nacionalidad española. —Sin meternos en reprochar este proceder, pues cada cual es dueño absoluto de sus operaciones, y obra según le dicta su conciencia, no dejaremos de hacer a propósito de esto algunas ligeras observaciones que no tan sólo expresarán nuestro humilde modo de pensar sobre el asunto, sino que estarán en perfecta armonía con el modo de pensar del mayor número de los miembros de la gran familia dominicana.

Suponiendo el imposible de que el Gobierno Español diera al artículo en cuestión la extraña interpretación que ha recibido por parte de su representante cerca del Gobierno de la República, suponiendo que ésta se aviniese a que de su propio seno se le fuesen arrebatando uno a uno todos los hijos desconocidos que la quisiesen abandonar; nosotros, aun así, creemos que el artículo, según tan estupenda interpretación, sólo existiría para un cortísimo número de dominicanos que, desprovistos de todo patriotismo y de sus virtudes inherentes, de ninguna utilidad pueden servir con la cualidad de nacionales a la nación; haciendo esta, por consiguiente, una pérdida asaz insignificante, en la de los que la sirvieran de mala gana. —Pero que los hombres necesarios a la Patria, los que la aman, los que comprenden el inestimable precio de su nacionalidad, los que la defienden en los campos de batalla, y ofrecen generosamente su sangre en aras de la Patria; ¡esos hombres son bastante grandes y bastante nobles para vivir y morir dominicanos!

Ofrézcase a estos hombres la cualidad de españoles, con las muy grandes ventajas que tiene hoy, y aún las que tuvo en las épocas más brillantes de España, en tiempo de los reyes católicos y de Carlos Quinto,



cuando producía a los Córdovas, los Albas, Corteses, Barones, &^a, cuando hacía temblar a todas las otras naciones del Orbe por su grandeza y poderío, y cuando el Sol nunca se ponían en sus posesiones: ofrézcaseles, y es seguro que no la aceptarán, y es seguro que la rechazarán indignados como si se les propusiera un crimen vergonzoso, al proponérseles que se desnuden de sus glorias de trece años, glorias propias adquiridas con su valor y su heroísmo, para adornarse con las glorias prestadas de una potencia extranjera.

Nosotros por nuestra parte vemos las apostasías políticas con la misma repugnancia que las apostasías religiosas; creemos que el ingrato con la Patria en que recibió el ser, el que no conoce la sublimidad del patriotismo, el que voluntariamente se priva del orgullo de decir “soy ciudadano del país en que nací”, arrojando el desprecio de sus conciudadanos, de los extranjeros, y probablemente también el de sus postizos compatriotas; creemos que este es incapaz de toda virtud. Y así piensa, gracias a Dios, la gran mayoría de los dominicanos.

6 de abril de 1856.





En otra ocasión hemos dicho, aunque de paso, que a nuestra República no podía menos de serle de grandísima conveniencia, la conclusión de un tratado con la poderosa y homogénea República de los Estados Unidos de América. Reproduciremos en este lugar el pensamiento que entonces emitimos, y que en nosotros tiene lugar de *artículo de fe política*: “Nadie es útil a otro, si no es movido por su propia utilidad”. —Y con esto a la vista dijimos entonces, y repetimos hoy, que la amistad de los Estados Unidos nos habrá de ser de muy grande conveniencia.

Si así razonamos, no es porque hagamos a la nación americana la injusticia de creer que sólo haya sido movida por miras interesadas al hacernos el honor de provocar un tratado de paz, comercio &^a, con nuestra República, sino porque, aunque bien lo pudiéramos, no gustamos de hacernos nunca ilusiones que excedan a la posibilidad cuando se trata de la conveniencia nacional.

Casi por aquel mismo tiempo se escribía en el *Boston Times*, periódico de aquel país, un artículo que indica a las claras que no íbamos errados al hablar en favor de las entonces pendientes negociaciones. Material y positivamente vemos ya una ventaja de gran consideración para nuestro comercio, en la disminución de los derechos que nuestros principales productos de exportación pagan en aquel país. Esta medida, tomada antes de que nuestro gobierno sancionara el Tratado con el de los Estados Unidos, y por la misma época en que se ocupaba de ello, es un risueño augurio de los muchos beneficios que a nuestra patria habrá de producir la amistad de esa nación que con sólo 82 años de existencia política, gracias al liberalismo de sus instituciones, a la prodigiosa actividad y espíritu emprendedor e industrial de sus habitantes, ha alcanzado una preponderancia tal, que con asombro se la admira hoy compartiendo con los más poderosos Estados de Europa una directa influencia moral y material sobre los grandes destinos del mundo.

He aquí el artículo a que nos referimos:

“Hemos seguido con el más profundo interés la rudísima lucha sostenida por una hermana joven República en las Antillas, muy poco conocida en este país, no porque no merezca nuestras simpatías, sino a causa de la falta de un tratado con los Estados Unidos. Conciudadanos, nos referimos a la República Dominicana. Sus esfuerzos han sido grandes por sostener su independencia y libertad, contra el Emperador Faustino. Las intentonas de los haitianos y demás, para arrojar en un completo olvido a la virgen y benemérita República, son injustas e imposibles, porque ella pelea por la hermosa causa de la libertad. Hemos tenido, no obstante, la satisfacción de recibir con júbilo la noticia de la ilustre victoria obtenida por ella sobre la última invasión



haitiana; pero no convenimos con muchos en que esta será la última tentativa de los haitianos. Los dominicanos deben estar alerta, y nunca abandonar sus machetes hasta no haber obligado al Orangoutan a firmar un tratado de paz. Leyendo el Weekly Herald del 22 de marzo, observamos un proyecto de ley para la libre importación de varios artículos en los Estados Unidos desde el 30 de junio de 1857, entre los cuales se encuentran incluidos los siguientes productos de la República Dominicana: guayacán, caoba, espinillo, mora.

Este proyecto ha pasado a la Cámara de Representantes, y está actualmente en el Senado para su aprobación final”.

20 de abril de 1856.





INTERIOR

La República goza de tranquilidad, al menos en apariencia. El Poder Legislativo celebra diariamente sus sesiones, y a juzgar por sus actas insertas en la *Gaceta de Gobierno*, el lunes pasado (día 21) tuvo lugar una conferencia privada con el P. E., propuesta por el Senado Consultor, con el objeto, según dicen las expresadas actas, de acordar lo más conveniente a las circunstancias actuales y prosperidad del país. —Es evidente que los miembros de los dos poderes están animados del mejor deseo en lo que se refiere al bien público, y que sin un exceso de injusta severidad, es imposible atribuirles las carencias y necesidad de la Patria.

Más de una vez han intentado dedicarse exclusivamente a remediarlas, y más de una vez también ha sido preciso posponer la empresa, para atender a la salvación del país. Entre otras a principios del año pasado es muy sabido que con el único objeto de mejorar la cosa pública, el Legislativo y el Ejecutivo celebraron diversas entrevistas, en las que se acordaron innova-

ciones y reformas que infaliblemente habían de producir grandes ventajas, pero los movimientos de marzo lo entorpecieron todo, o mejor dicho, inhabilitaron al Gobierno a la ejecución de sus acertados planes. Recordamos esto hoy que de nuevo se ocupa el Gobierno en mejorar la situación, como un saludable ejemplo con que alentar al pueblo dominicano a continuar en la vía del orden, que es la misma de la prosperidad nacional, y de la prosperidad de todos los ciudadanos. —Los pueblos antes de declararse enemigos de los gobiernos, deben dejarlos en aptitud de adoptar los temperamentos que más convenientes les parezcan para la salud general, y sólo en caso de que viesen de manifiesto que sólo se trataba de oprimirles, les sería perdurable la murmuración y el desconcepto de la Autoridad, que siempre dan por fruto el desorden y la rebelión. —Esta regla no tan sólo se refiere a los Gobiernos liberales como el nuestro, sino que se extiende a los que tienen una forma monárquica o de absolutismo; y así es practicado por las naciones más civilizadas. ¿Qué pueblo o nación no comprende en el día que no puede encontrar su salud o su bien en la inobediencia a la ley o en la rebeldía? ¿Qué pueblo no reconoce en los que le excitan a la rebelión los rasgos característicos de la venganza y de la ambición? Y ¿qué pueblo se puede prometer nada bueno de dos pasiones cuyos constantes efectos son ruina, lágrimas y desolación? La ilustración del siglo ha hecho pensadores a los pueblos, y en esta materia no hay uno que no comprenda sus verdaderos intereses. En donde no hay erigidos altares a la tiranía, los pueblos no ven en sus excitadores sino facciosos viles e intrigantes, que los invitan al desorden como un suicida invita a otro que no tenga porque matarse, a que se lance con él al abismo escogido para poner fin a sus días. Y aunque en todas partes hay facciosos, en todas partes la mayoría sofoca las facciones, porque su propio interés la manda a permanecer al lado del orden, de las instituciones y de la Autoridad.

27 de abril de 1856.



La alta importancia con que vemos el asunto, nos hace dar el primer lugar en nuestras columnas a la siguiente noticia, que leemos en el *Diario de Avisos* redactada en estos términos:

“El proyecto de ley que declara incompatibles las funciones diplomáticas y las consulares, contiene en resumen: “Pues que según los principios del derecho internacional, los Cónsules están sometidos a la jurisdicción del país en que residen, y pues que imposibilita el ejercicio de aquel derecho a la acumulación en una misma persona de las funciones diplomáticas y consulares, Venezuela estima incompatibles estas funciones reunidas en un mismo individuo, y declara no hacer por su parte semejante mezcla en sus Agentes exteriores, ni admitiría en los de otras naciones enviadas a su territorio”.





Para nosotros que, como los venezolanos, hemos tropezado con dificultades que para un país (principalmente si es país pequeño), surgen del anómalo sistema que trata de abolir el Congreso de Venezuela; para nosotros, que en lo que tenemos experimentado, encontramos una amplia explicación de las causas que han impulsado a aquellos legisladores, esa noticia, como llevamos dicho, es de una eminentísima importancia. En el tiempo que llevamos de existencia política, la historia de nuestra diplomacia, es la misma que la historia de la diplomacia de Venezuela, y la misma que la de todos los Estados jóvenes y pequeños. El hecho en que la legislatura de aquel país se ocupa hoy, de declarar por una ley la incompatibilidad entre las funciones diplomáticas y las consulares, es el efecto de una triste experiencia, la cual es maestra de todos los pueblos y nos da a nosotros diariamente rudísimas lecciones. No necesitamos entregarnos a una larga disertación para evidenciar las razones que puedan haber movido al Con-

greso de Venezuela a tomar aquella sapientísima medida, la cual desearíamos ver adoptada en nuestro país, para ponernos al abrigo de los repetidos inconvenientes que en su marcha política ha experimentado la hermana República de Venezuela, y aún de los que de la misma naturaleza de muchos ya pasados, estamos arriesgados a encontrar en lo sucesivo. Elogiamos con la mayor efusión el uso que por esta vez hace Venezuela de su soberanía, poniendo en práctica un principio que no deberían dejar de practicar nunca los Estados semejantes a nuestra República en elementos de fuerza y poderío.

4 de mayo de 1856.





Con mucha frecuencia nos hemos ocupado en poner a los ojos de nuestros conciudadanos el tristísimo bosquejo de un país entregado al desorden y la anarquía, movido por el impulso de la rebelión y del espíritu de partido, desconociendo, violando y atropellando el orden, los principios y la autoridad legítimamente constituida, para no regirse por otras leyes que las pasiones individuales de innobles amotinadores en cuyos pechos hierve la sed de mando y de venganza. Esta insistencia de parte nuestra no habrá dejado de parecer impertinente, en atención a que la índole del pueblo dominicano no se presta a la suposición de que sus masas pueden nunca obedecer a resortes de sangre e iniquidad. Su mayoría, siempre constante en la senda del orden, no ha podido hacerse la aplicación de los vehementes apóstrofes que la humanidad lanza contra sus perturbadores por boca de sus apóstoles. No obstante, esa insistencia al parecer inoportuna, en nuestro afán de ilustrar al pueblo sobre sus intereses, nos ha parecido

indispensable cuantas veces hemos tocado esta materia; y hoy mismo estamos en la íntima persuasión de que nada que se diga sobre ese importante asunto está de sobra, en la mira y el interés de preservar a los incautos y desprevenidos de las innumerables calamidades que sobre sus cabezas pueda atraer el siniestro influjo de los misioneros de discordia y de la demagogia. Porque estos hombres, por insignificante que sea su número, y mezquinos sus elementos, despiertan siempre nuestros recelos, conociendo, como conocemos, que por lo mismo que son torcidos sus fines, deben ser infames sus medios. Para el logro de sus planes disociadores, tienen que caminar de noche y arrastrando, vestir un manto de hipocresía, y dar a sus acciones y palabras un colorido seductor.

Hablan al pueblo cosas que el pueblo no comprende, pero traen a menudo en ayuda de sus discursos la palabra *libertad*, que tan mágico efecto hace en los corazones generosos y en nombre de ella convidan al pillaje y al asesinato, como si la libertad fuese una divinidad infernal. Tales son los hombres cuyas celadas tememos, y las tentaciones contra que quisiéramos poner en guardia a nuestros compatriotas; por lo demás tenemos suma satisfacción en protestar que respetamos liberalmente las opiniones ajenas, por mucho que difieran de las nuestras; y no pretendemos que todos piensen a nuestro modo; pero no podemos ver sin indignarnos, que se quiera confundir la libertad de pensar con la rebeldía, ni el pensamiento político con el deseo de romper, destruir; asesinar.

Revolución llaman a esto último los facciosos, no siendo sino sanguinario vandalismo y declarado brigandaje. Han echado mano maliciosamente de aquella palabra, para producir luego el dudoso teorema de que "las revoluciones siempre dejan un rastro benéfico en los pueblos"; teorema que sólo puede tener su demostración en las revoluciones santas y regeneradoras, en las revoluciones de principios, y no de personas; aun-



que en rigor estas, como llevamos dicho, no merecen el nombre de *revoluciones*. ¿Qué rastro benéfico puede dejar una sombría maquinación de hombres oscuros contra un gobierno legal, contra hombres prominentes, cuya sangre es necesaria al logro de mil protervos fines? Podían llamarse revoluciones por los principios y por lo grandioso de su objeto, las de los Estados Unidos y de Colombia, cuando dieron el grito de independencia hombres que poseyendo cuantiosas riquezas las sacrificaron por la verdadera causa de la libertad. Lo mismo podría decirse de la nuestra en 1844. Pero ¿pueden mejorar la condición de un pueblo hombres que se lanzan en la tortuosa vía de las conspiraciones con miras de venganza y ambición? ¿Podrán, una vez dueños del poder que tanto desean, dar impulso al trabajo y a la prosperidad pública, ellos que no tienen prosperidad personal porque no les gusta trabajar; ellos que no dejan a los encargados de la salud de los pueblos la tranquilidad necesaria para procurar el bien general; ellos, en fin, que conspiran porque han perdido la costumbre de ganar el pan con el sudor de su rostro, y quieren ser gobernados por quien los deje vivir de la cosa pública?

¡Hablan en nombre de la libertad! Libertad hay en dondequiera que el trabajo es libre, y los ciudadanos no tienen trabas ni restricciones para trabajar y vivir. Pero, ¿qué mucho? En todas partes los bribones han tenido el descaro de cometer los más negros crímenes en nombre de la libertad; y por lo tanto tenemos ese contagio asolador entre nosotros; y no nos cansamos de combatirlo por vía de precaución. Ese es el único objeto que tenemos al repetir lo que tantos hombres grandes han dicho más felizmente que nosotros; a saber: que los malvados seducen a los pueblos con la hipócrita máscara de apóstoles de su libertad, cuando sólo son causa de su envilecimiento. El célebre Irisarri, que tantos casos presencié en las otras Repúblicas Sudamericanas de estas verdades, hablando sobre ese punto dice lo siguiente:



“¿Y quiénes son los que se sacrifican en estos países por la libertad? ¿Serán los asesinos? ¿Serán los perseguidores de los hombres de más mérito? ¿Serán los calumniadores? ¿Serán los que quitan la vida a sus libertadores, sin someterlos a un juicio? Es el pueblo, se nos dice; el pueblo, que no quiere ser tiranizado”.

“¿Y quién es el pueblo? Si él es la muchedumbre de los habitantes, ciertamente no es el asesino ni el perseguidor. Yo puedo certificarlo así, porque me he hallado en medio de los pueblos en que se han cometido estas abominaciones, y no he encontrado entre estas muchedumbres sino espectadores, unos sensibles y otros insensibles a aquellos atentados. Estos pueblos no son sino los testigos de los crímenes que se les imputan. Es verdad que del seno de ellos salen los perpetradores de los crímenes, y las víctimas de los malvados, así como salen del seno de las nubes los rayos que caen sobre la tierra, sin que por eso pueda decirse que son lo mismo las nubes que los rayos. Yo puedo asegurar que ninguno de los asesinatos de que he hecho mención, ninguna de las persecuciones injustas que he referido, han sido obras del pueblo, sino de muy pocos individuos. El pueblo no desmiente estos falsos asertos, porque ningún particular halla expresamente comprometida su reputación en la reputación general, y porque ya se ha hecho entre nosotros el nombre del pueblo el pretexto para cometer todos los actos que no tienen excusa en los particulares. Se dice que tal cosa la hizo el pueblo, como si quisiese decirse que nadie es responsable de ella, porque es de la responsabilidad de todos; y se repite el vago principio de que la salud del pueblo es la ley suprema, para santificar todos los atentados que se cometen a pretexto de proveer a aquella salud; queriendo



hacer saludables los actos más arbitrarios; como si el bien de la sociedad pudiera consistir jamás en faltar a la justicia, o infringir las leyes y burlarse de los principios en que se apoya aquella salud de todos y de cada uno de los que componen el pueblo. La salud de este, que es la ley suprema, consiste precisamente en la estricta observancia de las leyes, y en la entera sumisión a los principios; porque el pueblo no es ni puede ser otra cosa, que la reunión de todos los particulares, como el cuerpo humano es la reunión de todos sus miembros; y si no puede ser útil a este lo que es pernicioso a cada una de sus partes, tampoco puede ser de beneficio a la salud de todos los hombres lo que es dañoso a cada uno de los individuos”.

Y más adelante añade:

“No se diga, pues, que es el celo de la libertad, ni el amor a la República, ni el odio a la tiranía, ni, en fin, ninguna cosa razonable la que pone el puñal en manos de los asesinos, ni la que dicta las calumnias, las injusticias y las persecuciones con que escandalizamos el mundo”.

¿Qué más diremos nosotros después de estas dos citas de un autor extranjero, que habla sobre acontecimientos extranjeros también, de la misma especie de los que tratamos de precaver en nuestro país? Hagan nuestros compatriotas los corolarios que se desprenden de esos razonamientos, y si lo hacen con la calma, prudencia y sana razón que deben dirigir nuestras acciones y juicios, verán que ellos no respiran sino la más evangélica verdad; y por lo que toca a nosotros, no les quedará duda de que al tratar esta materia sólo nos guía una buena y filantrópica intención.

18 de mayo de 1856.





Nuestra situación política tiene hoy la figura de un inmenso polígono, dispuesto de manera que ofrezca al observador tantas fases distintas como lados lo componen. Por consiguiente, nada tiene de extraño que ante la diversidad de sus formas, cada cual aventure un parecer *sui géneris*, conforme al juicio, más o menos lógico, más o menos apasionado, del que lo emita. Sin embargo, nosotros, que estamos acostumbrados a ser en todo, y en nuestras opiniones políticas más que en todo, patriotas esencialmente dominicanos, echamos naturalmente la vista hacia los hombres que están encargados de la suerte del país, para buscar allí el termómetro fijo de nuestra alarma o nuestra confianza; y de la actitud impasible que ellos conservan, sólo deducimos que *nada* hay de nuevo; y que la multilátera figura no deja de ser un cuerpo sólido. Es muy común oír a cada paso este gracioso estribillo, pronunciado con la entonación de un temeroso recelo: "*En las circunstancias actuales...*" Pero ¿qué tienen las circunstancias

actuales? ¿En qué difieren de otras circunstancias cualesquiera? Para nosotros, francamente hablando, son problemas oscuros estas preguntas, pues que concurren a embrollar la sencillez de la réplica cuidados que no sabemos de dónde ni por qué se tienen. Esta ignorancia nuestra nos obliga a abstenernos de emitir ningún parecer sobre la situación, pues existiendo temores, cuyas causas no están al alcance de nuestro conocimiento, guardamos prudentemente silencio hasta que, (continuando nuestras comparaciones geométricas), las *incógnitas*, si las hay, se vayan despejando. Cuando una administración se ha acreditado por su firmeza en los casos difíciles, como lo ha hecho la nuestra en todos los peligros que han amenazado al país, cuando ha sofocado conspiraciones formidables en el interior, y rechazando invasiones enemigas en las fronteras; — esta administración debe dar a los ciudadanos la idea del grado de seguridad de que se disfruta, y solamente cuando ella dé la voz de alarma, pueden ellos creerse amagados de algún inminente riesgo. Al menos así lo creemos; y tenemos por absurdo prestarle las infundadas habilidades que cualquier enemigo se complazca en propagar. Esa situación, que muchos ven como tan complicada, nosotros la vemos como muy tranquila y desahogada. No sabemos que ninguna invasión haitiana se prepare, y aun cuando tal hubiese, por experiencia práctica se sabe que esto no debe amedrentarnos: estamos en la más perfecta paz con todo el mundo; y por lo que respecta a peligros interiores tampoco creemos que existan, y si existen ¿cuáles son? El Gobierno parece muy tranquilo, y no le vemos tomar ninguna medida de esas que sabe emplear oportunamente, a la sola aproximación de cualquier peligro. El ilustre Libertador de la Patria, custodio constante del orden y de las libertades públicas, llegó a esta ciudad el día 29 del pasado, acompañado de su Estado Mayor; y después de su llegada hemos tenido el gusto de verle a caballo pasar tranquilamente la ciudad y sus alrededores, cui-



dándose muy poco, según parece, del siniestro estribillo que tan a menudo se oye en muchas bocas: “En las actuales circunstancias...”

Repetimos pues, que nada vemos al estado actual del país, que pueda inquietar a los buenos ciudadanos. No creemos que la República esté insegura bajo ningún concepto; y en el caso de que alguno tenga por qué temer, nada dice que sean en manera alguna los buenos patriotas.

6 de julio de 1856.





Rara vez ha ocupado *El Oasis* la atención pública hablando de sí mismo; pero hoy nos vemos irresistiblemente impulsados a decir algo sobre la índole de nuestro periódico, y a pasar una breve revista a su pasada existencia, a sus presentes circunstancias; y sobre todo, a la suerte que según prevemos le está próximamente reservada.

Tenemos dicho en otra parte que un objeto puramente patriótico nos puso la pluma en las manos a despecho de nuestra ineptitud, y de los escasos medios que teníamos para cumplir airoosamente nuestro propósito. Ningún aliciente, otro que el de nuestros buenos deseos en favor de los intereses del país, podía estimularnos a emprender un trabajo que, a más de absorbernos tiempo, *no nos podría cubrir ni nuestros gastos de empresa*, como lo comprenderán muy bien cuantos hayan practicado el periodismo en esta ciudad. Y aún menos que todo, no podría convidarnos la idea de hacernos un lugar en el aprecio de nuestros

conciudadanos, pues desde un principio comprendimos que de este lado cuanto podíamos prometernos eran diatribas e injustas animosidades, sin la compensación siquiera de las consideraciones de aquellos, bajo cuyas banderas, según adversas opiniones, nos presentábamos como públicos combatientes.

Extraño es sin duda, en esta época de materialismo pecuniario, y de camaleonismo refinado, que haya quien sólo movido por el sano deseo de *ser útil*, se eche encima cargas pasadas, cuales son las que hoy tenemos auestas por haber sostenido a pesar de pesares esta publicación. A los ojos de algunos, estos quejidos que se nos escapan naturalmente, y que protestamos son dados sin acrimonia hacia nadie, y sólo en un acceso de *buen humor*, parecerán declamaciones melodramáticas, porque concebimos muy bien que haya pobres mentecatos que envidien de todo corazón esto de dar disparates al público en letras de imprenta. Pero apelando de nuevo al testimonio de todo el que haya escrito para el público, es un hecho positivo que a los diez artículos que ha dado a la prensa un escritor bisoño, siente al punto, si no antes, la saciedad de su deseo, y la ilusión queda completamente desvanecida. ¡Cuánto más no será en cincuenta y tantos números que han salido de *El Oasis!* —Es pueril detenernos en semejantes minuciosidades, que nunca habrán fijado la atención de las personas sensatas; pero ¡conocemos tanto nuestra gente...!

Volviendo a algo más serio, los que nos vieron aparecer como sostenedores de *personas*, sin duda estarán hoy desengañados de semejante error, pues nos parece tener bastante acreditado que sólo hemos sostenido, como sostendremos mientras subsista *El Oasis*, el orden de las cosas, pero no a ningún individuo. Cuando hemos dispensado algún elogio, podemos jactarnos a boca llena de que lo hemos hecho impelidos por una justicia incontestable; y en tales términos, que por nuestro lenguaje no se nos puede imputar ni remotamente



la nota, infame a nuestros ojos, de aduladores o cortesanos. Más bien hemos sido tan parcos de alabanzas, que nuestra conciencia de patriotas nos ha reprochado alguna vez el que dejásemos pasar desapercibidos hechos que bien merecían preconizarse, para la mejor honra y gloria, no de sus protagonistas, sino de nuestro país. —Por lo que toca a aquellos ataques que contra algunas personas han contenido una que otra vez nuestras columnas, protestamos y ponemos a Dios por testigo de que, o hemos sido previamente provocados a combate, o hemos tenido la íntima convicción de que la conveniencia material del país nos ponía en la necesidad de hablar, sin pararnos en ninguna consideración. Sobre estos dos casos tenemos que dar dos ligeras aclaraciones: —1ª no se entienda que el primero sea una satisfacción que indirectamente demos a nadie. ¡No! Un bledo nos importan nuestros enemigos personales. —2ª No se crea que estemos todavía dispuestos a meternos a Quijotes de la cosa pública; porque estamos persuadidos de que ella no necesita de nuestro débil concurso, y porque pasó el tiempo de nuestro romanticismo patriótico. Esta enfermedad sólo podrá afectarnos otra vez, en el caso de que se haga general y común; y cuando perdamos el miedo de quedar aislados y puestos en ridículo.

—Hace mucho tiempo que estamos informados de que hay algunos mal intencionados, que tienen la perversidad de atribuir los artículos que de cierto género publicamos, a sujetos muy respetables, y cuya posición da el carácter de serios cargos a esas falsísimas imputaciones. —Nuestro amor propio nada sufre con que *lo nuestro*, salido de nuestra pluma y creado por nuestras opiniones únicamente, se lo achaquen a este o aquel individuo reconocido por una capacidad superior. Antes bien, nos congratulábamos sinceramente cuando se nos imponía de ello, de que nuestros humildes escritos merecieran el muy alto y honorífico favor de ser creídos obra de un Ministro como hay pocos, o de



un sabio Legislador de aquellos que recuerdan la época del esplendor de las luces en nuestro país. Estos personajes, a los cuales profesamos una verdadera veneración, sólo han usado una que otra vez de su influjo sobre nosotros, dándonos consejos y amistosas reprimendas sobre nuestra *fogosidad*. Empero nada habríamos dicho sobre este punto, si no trasluciésemos en esas especies un objeto siniestro, cual es el de coartárenos por ese medio el uso de la *libertad de imprenta*, consagrada entre nosotros por nuestra constitución, y que pone a todos los ciudadanos en la aptitud de emitir sus opiniones séanse acertadas o disparatadas, sobre la política del país. Es una inicua estratagemma decir que nosotros, *los jóvenes Redactores de El Oasis*, no somos autores, sino *in nómine*, de los artículos que en este o aquel sentido damos al público como nuestros. Y para explicarnos más, se quiere dar a esas simples opiniones nuestras, cierto carácter que pueda hacer surgir dificultades de gran volumen para la infeliz República. Pero una y mil veces juramos que lo que aparece en la parte editorial de nuestro periódico, no es sino la opinión exclusiva de nosotros, emitida en uso de uno de los más sagrados derechos de los países republicanos: LA LIBERTAD DE IMPRENTA.

No se nos oculta todo lo que hay de inconveniente para nosotros mismos en nuestro lenguaje franco, pero este nos lo inspira la amarga certidumbre de que diversas circunstancias acumuladas se conjurarán muy pronto contra la marcha desembarazada que hasta ahora lleva *El Oasis*. Entonces deploraríamos no haber enunciado de antemano nuestras desconsoladoras previsiones; y sería tarde, llegado el momento de nuestra desaparición (que presentimos cercano), hasta, para sentar con satisfactorio orgullo lo que todavía hoy podemos decir: "*El Oasis* ha sido constantemente un decidido defensor de los derechos e intereses del país; y en la imposibilidad de seguir el mismo camino, se retira. Deja con pena el campo de batalla, pero sin un solo



remordimiento, y con la conciencia tranquila del que ha hecho cuanto ha estado a su alcance por cumplir dignamente su deber”.

13 de julio de 1856.





Por los términos de nuestro pasado editorial, parece que hay quien haya comprendido que nosotros, desde que tropecemos con los primeros inconvenientes que, según allí nos expresamos, esperamos encontrar, acobardados y puestos en derrota soltaremos la pluma de la mano, y nos confesaremos humillados y vencidos. Desmesurado error del que nos apresuramos a sacar a los que tal creyeren: *El Oasis* no se da por muerto, y sólo quisimos dar a entender en el citado editorial que ningún acontecimiento triste o contrariador nos habrá de coger de sorpresa por falta de previsión. No, en nosotros no existe la predisposición a dejar de escribir a los primeros apaches de las adversas circunstancias. Con nuestro pasado editorial quisimos manifestar a nuestros amigos la posibilidad de que *El Oasis* desaparezca de la escena; y al leernos hoy se persuadirán aquellos a quienes somos importunos, que sin hacernos ilusiones sobre nuestra situación, no nos inspiran grandes temores, y sólo si estamos prevenidos a cual-

quier evento. —Por lo demás, todos deben tener el convencimiento de que estamos dispuestos a resistir y defendernos de cualquier ataque, como también es muy posible que se nos vea atacar, para lo que sólo esperamos una señal. En estos dos casos, como en el de la desaparición de nuestro periódico, tendremos el orgullo de no haber dado lugar a que se nos califique de pusilánimes, imprevisores o confiados. —Mientras veamos que el patriotismo subsiste en los pechos de los dominicanos de más mérito, de aquellos que formaron la Patria y la han ilustrado con sus altas virtudes, nuestra desconfianza y tristes previsiones no pueden tomar las proporciones del miedo. Ténganlo los que proceden mal, los que se deshonoran con pasos infames, y aplauden como triunfo su vergonzosa humillación. Estos, en un momento de loca e indecente alegría, pueden hacerse ilusiones que la calma, la reflexión y un corto tiempo habrán de desvanecer. Nosotros, como Bayard herido al traidor condestable de Borbón, aún viéndolos en la embriaguez de su efímero triunfo, los compadecemos por su deshonor, y futura vergüenza y humillación. Como dominicanos patriotas nuestra conciencia no nos reprocha nada; y esto nos basta para soportar con la cabeza erguida todo lo que pueda venir detrás. Resolución, dignidad y patriotismo, son las armas con que *El Oasis* seguirá combatiendo, sin arredrarse por nada. Dejaremos de escribir cuando nos arranquen la pluma de las manos; y entonces todos podrán decir sin temor de equivocarse, que nuestro periódico se ha hundido en las ruinas de la libertad e independencia dominicanas.

20 de julio de 1856.





EDITORIALES DE *LA RAZÓN* (1861-1864)

Es natural, legítimo y sobre todo necesario que en las circunstancias del día, cuando acabamos de consumir un acto de tan grave trascendencia para nuestro porvenir, como para los destinos futuros de España en América, los dominicanos, verdaderos protagonistas de este drama solemne, en que naciones y pueblos tienen los principales papeles, hagamos oír nuestra voz en favor de los grandísimos intereses políticos, materiales y morales que tenemos empeñados en la cuestión. Nuestra prensa no debe permanecer silenciosa, mientras que las prensas extranjeras disertan con más o menos... (roto)... más o menos equidad, con... sobre el grande acontecimiento que ha trasformado a la República Dominicana en Provincia española.

Esta es la sazón oportuna de las explicaciones: ninguna es superflua, ninguna es inútil, ninguna dejará de producir resultados importantes. La misma España ha sido cogida muy de sorpresa por esta especie de regreso del hijo-pródigo, para que no la interese en su-



premo grado conocer y estudiar las causas de tan inopinada reintegración. Nosotros la hemos devuelto una prenda que se le extravió cuarenta años ha, de que siete solamente hace que ella había reconocido con el mayor desprendimiento la fortuita enajenación. El hecho es sorprendente, en efecto, y quizá único de su especie: la curiosidad universal debe despertarse naturalmente, y fijar sobre nosotros una mirada de recelosa incertidumbre. Todos querrán saber las circunstancias más leves de tan importante suceso; querrán ser informados de los móviles que nos impulsaron a renunciar a nuestra soberanía nacional a favor de nuestra antigua madre Patria, y a hacer de nuestra historia de diez y siete años una página de los anales de España; se deseará saber cuáles fueron las consideraciones que hicieran formar el propósito, cuáles los medios empleados para llevarle a cabo, y cuáles, en fin, las razones que determinaron su realización.

Nadie mejor que los dominicanos mismos, puede dar tantas y tales aclaraciones; nadie tiene mayor deber de satisfacer tan justa curiosidad, ni está en el caso de tener más interés que nosotros, en ilustrar cumplidamente la opinión del mundo sobre esta materia.

Desentendernos de tal deber, desoir la voz de nuestro interés, implicaría por fuerza nuestro propio descrédito, y el descrédito de la obra providencial de que hoy nos felicitamos; porque nuestros enemigos, menos indolentes que nosotros en semejante caso, despechados, como es natural, al ver perdidas sus atroces esperanzas de recrear un día su vista feroz en la ruina que nos preparaban y que entreveían próxima, nos han de asestar, como ya lo están haciendo para desfogar sus iras, los envenenados dardos de la calumnia, desfigurarán los hechos a su antojo; desnaturalizarán sus nobles causas, y tenderán a neutralizar, por lo menos, sus buenos efectos probables. No debemos dormir en una péfida seguridad, mientras nuestros enemigos velan por nuestro mal, y cuando estamos ciertos de que, si



bien no pueden ya pretender despojarnos de los bienes materiales que tan constantemente han codiciado, hoy han de disparar con inaudita furia golpes traidores que tiendan a perjudicarnos moralmente, nada menos que en nuestro buen nombre, nuestra condición política, nuestro porvenir, nuestra historia, en todo lo más precioso y lo más caro que puede haber para un pueblo capaz de grandes pensamientos, y de sentimientos elevados.

No basta obrar bien, no la satisfacción de la propia conciencia para estar tranquilos, cuando peligran la reputación y el porvenir no de un hombre ni de un Gobierno, sino de un pueblo entero. Es preciso que el mundo también se satisfaga, preciso que hagamos nuestros esfuerzos para no dejar la discusión de nuestros asuntos más vitales a gente extraña, y mucho menos a gente enemiga: *dejar hablar los hechos* es ilógico, porque los hechos no hablan, y la acción más inocente, la más bien intencionada, si la malignidad y el artificio las toman por su cuenta, se prestan a los más desfavorables comentarios.

Por otra parte, aún suponiendo que los sucesos actuales de nuestra Patria fuesen tan indiferentes a los ojos del mundo que nadie, fuera de los más inmediatamente interesados; es a saber, *España, Santo Domingo y Haití*, distrajese su atención sobre ellos; aún así, ¿a quién, sino a nosotros los hijos de este suelo, tocaría la aclaración de todo lo incumbente a nuestros intereses patrios como dominicanos, o como ciudadanos españoles? Por su propia naturaleza el hombre tiende constantemente a mejorar de condición, y obedeciendo a esta ley universal, los dominicanos depusieron una autonomía onerosa, abrumadora, ruinosa y frágil para volver al robusto seno de la Nación que les diera origen y ser; han ido con esto en busca del bienestar que vienen echando de menos desde 1822, de la tranquilidad que no podían encontrar en una situación anómala y calamitosa; en busca, sobre todo, de la seguridad y las garantías que no podía brindarles un sistema sin ci-



mientos, un gobierno que no tenía que oponer a los peligros inminentes sino su propia sangre, su patriotismo y su buena intención, elementos insuficientes para el caso; pues bien, ¿no hay más que hacer después de haberse pronunciado por España? ¿No hay más que hacer después de haber usado la bandera y proclamado a Doña Isabel II?...

¡Oh sí! Nosotros tenemos todavía mucho que hacer después de lo hecho; tenemos que ser consecuentes con nuestro honroso pasado, y mostrarnos dignos de un próspero porvenir. Si es cierto que pasó ya el tiempo de los sacrificios infructuosos, de los trabajos y las penas perdidas, de la sangre vertida por resultados estériles; no lo es menos que entramos hoy en una nueva era, en que nos es dado esperar junto con la paz y la prosperidad públicas, junto con el respeto de nuestros derechos y libertades patrias, la justa estimación de toda clase de méritos, la justa retribución de los servicios a la Patria, la justa recompensa de cualesquiera sacrificios, que en lo sucesivo pueda requerir de nuestra inteligencia, de nuestro valor y lealtad, la cualidad de libres y de buenos españoles.

Pedir a la Patria lo que justamente nos corresponde, lo que razonablemente pueda sernos concedido; ofrecerla en cambio nuestros brazos y nuestros pechos para hacer frente a cualquier peligro que en nuestros mares pueda surgir para ella; *mejorar* cuanto posible sea nuestra condición civil, política y moral, para seguir mereciendo la consideración y el respeto de nuestros hermanos y del mundo entero; tales deben ser las aspiraciones de todo corazón dominicano; tales son las que han podido estimular a los hijos de Santo Domingo que escribimos estas líneas, a arrostrar los azares del periodismo, sin vocación para ello, sin la aptitud necesaria, con repugnancia quizá, pero impulsados por el ardiente deseo de cooperar con nuestros débiles esfuerzos a la felicidad de nuestro país.

20 de mayo de 1861.





LA ANEXIÓN ES LA PAZ

¡La anexión es la paz! He ahí una verdad innegable, que se halla en la conciencia de todos y que no pueden menos de confesar aun los mismos enemigos de la anexión.

Preguntad si no al comercio que necesita ver seguridad en sus capitales, única garantía de su estabilidad, a la industria que necesita del reposo público, a la agricultura que requiere una situación por demás pacífica, a las artes que brotan y florecen con la tranquilidad de los espíritus, a las ciencias que condenan y a la vez proscriben así las discordias intestinas como los conflictos internacionales; preguntad, en fin, a los hombres de todas las clases de la sociedad, desde el capitalista al proletario y los veréis conformes y acariciando una misma idea, abundando todos en un mismo sentimiento.

¡La anexión es la paz! Sí, es ciertamente la idea destinada a unir en estrecho vínculo a las distintas

fracciones políticas que consumieran durante largo tiempo la actividad de este pueblo tan rudamente trabajado por las luchas civiles y las guerras con los haitianos, de este pueblo tan sufrido, como laborioso y heroico.

Pero la anexión indistintamente a esta o la otra nación, se dirá, no basta para ello. Nos apresuramos a reconocer este principio. Esta verdad que podemos presentar como axioma. En efecto, había que satisfacer una necesidad moral, una necesidad de los espíritus, fruto de la tradición y de la historia; era la anexión y precisamente la anexión a España. Sí, la historia y la tradición que han conservado siempre entre la masa del pueblo dominicano un criterio público altamente favorable a su antigua Patria, reclamaban imperiosamente la consumación del gran acontecimiento que hoy hace palpar de júbilo el corazón de los hijos de este infortunado país. Razón por la cual, apenas indicado el pensamiento, hemos visto a los partidos deponer sus armas, abandonar voluntariamente sus trincheras y hasta prestar su franca y leal cooperación para llevar a cabo la grande obra de su regeneración, única idea capaz de unirlos y conciliarlos.

No debemos sin embargo, olvidar una circunstancia importante que la historia deberá de tener en cuenta, y que nosotros, meros cronistas, aunque de paso, creemos oportuno consignar. No hay duda que la opinión pública, por esa ley de atracción que como en el orden físico se observa también en el orden moral, se dirigía de consuno hacia donde una fuerza irresistible la llamaba; mas no obstante, como quiera que hubiese un gobierno legítimamente constituido, un gobierno apoyado por el derecho, eran de todo punto necesarios los esfuerzos combinados de los pueblos y del gobierno; más claro, era indispensable la acción combinada y resultante de la opinión del gobierno y del pueblo dominicano. A no ser así, la empresa de que nos ocupamos, hubiera siempre tenido el carácter de un levantamiento y nada más. Afortunadamente, pues, el digno jefe de



la ex-república participaba de las mismas ideas que los pueblos encomendados a su dirección, lo cual le dio por resultado esa conformidad de ideas, mejor dicho, esa perfecta identidad de miras entre estos y aquel.

De suerte que podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que a sus propios esfuerzos cabe la alta honra de haberse inaugurado una nueva era de prosperidad y bienandanza para el pueblo dominicano; de haberse llevado a cabo la regeneración de ese pueblo latino-hispano y que ni aun durante su separación ha desmentido un momento su noble origen.

Mas dejando a un lado el cúmulo de consideraciones que se nos ocurren y sin desviarnos un punto de la cuestión, concretémonos al objeto primordial del presente artículo. Una vez detallados los verdaderos móviles del cambio radical tan pacífica y felizmente operado, fácil nos será continuar probando la proposición que nos sirve de epígrafe.

Sabido es que al primer anuncio de la anexión la demanda de fincas tanto rústicas como urbanas aumentó considerablemente, que muchos españoles vinieron presurosos a establecerse; y nadie ignora que no pocos capitalistas, así comerciantes como industriales, han dado ya circulación y empleo a sus capitales. ¿Qué veían, pues, detrás de la anexión? ¿Qué podían descubrir sino el iris de paz, garantizando en unos sus derechos a las propiedades que han adquirido o trataban de adquirir, en otros la seguridad y beneficios del trabajo y en todos la envidiable y codiciada satisfacción de un estado normal, tranquilo y altamente beneficioso a sus intereses materiales y morales? ¿Pues qué, si la anexión hubiese podido ni remotamente siquiera inspirar la menor idea de turbulencias, el menor presagio de disturbios más o menos seguros, más o menos eventuales, hubieran acaso ni el industrial, ni el propietario, ni el comerciante, ni aun el simple jornalero dejado de sorprenderse? Seguramente que no, pues observamos constantemente que los agentes todos de la



producción, como así mismo los capitales productivos e improductivos huyen en sentido inverso de las agitaciones y revueltas, de todo anuncio de perturbaciones y guerras.

En resumen: la anexión, al reunir en un sentimiento común a los hombres pertenecientes a las distintas fracciones políticas que aquí se agitaban, ha disuelto de hecho los partidos, fundiéndolos en uno solo, llamado pura y simplemente *español*.

La anexión ha dejado entrever e inspirado desde luego una confianza ciega a la industria, al comercio, a la agricultura, a las ciencias y las artes.

La anexión aleja todo temor de discordias en el interior, y la posibilidad de una lucha en el exterior.

¿Podemos, pues, dudar ni un instante siquiera, una vez probados tales extremos, que *la anexión sea la paz?*

23 de mayo de 1861.

I

¡No puede volver en sí el gobierno haitiano del aturdimiento que le ha causado nuestra reincorporación a la madre Patria: lo ve, y aún no lo cree! Mientras que sus periódicos nos disputan acá el derecho de *anexarnos a España*, comenzando por este que no nos atrevemos a llamar argumento: “los dominicanos lo han hecho, pero no querían hacerlo”, y concluyendo por decir que España no tenía más título que Francia, Inglaterra o cualquier otra nación, para posesionarse de nosotros; mientras que trata de reanimar el dormido o amedrentado fanatismo del pobre pueblo haitiano, señalándole los peligros imaginarios que hay para su independencia en el cambio político que acaba de operarse en el Este, sus agentes en Europa dan pasos perdi-



dos, pasos desatinados por destruir, o trastornar a lo menos, la obra providencial de nuestra voluntad y de nuestro derecho.

El señor Dupuy, agente oficial haitiano en Francia, declara al gobierno del Emperador Napoleón que las intenciones del Presidente Geffrard no eran otras que las de *reducir a la obediencia* a la parte del Este de Haití, para poner después toda la isla bajo la dominación francesa. Nuestro ex-compatriota el Sr. Báez, arrojando la vergüenza de secundar al agente haitiano, se presenta igualmente a la palestra, y sin andarse en escrúpulos pide con la mayor frescura al Gobierno francés la anexión de la República Dominicana a Francia.

No es esto sólo: el agente oficial de Geffrard, desechando terminantemente como es de suponer, por el Gobierno imperial, se vuelve hacia España, y solicita "asómbrense los haitianos" el protectorado español para Haití.

Excusado es decir, que el Sr. Báez ha tropezado en su atrevida carrera con el grande inconveniente de esta sencilla pregunta del gobierno francés: ¿con qué carácter hacéis vuestras proposiciones? Semejante escollo, que sólo en la frenética fiebre de sus frustradas esperanzas hubiera podido dejar de precaver cualquiera, ha sido la postrer caída de la ambición del Sr. Báez, quien, como Sísifo con su piedra en el infierno de los antiguos, tres años hace que se obstina infructuosamente por alcanzar un punto inaccesible.

La prensa europea ha tomado por su cuenta el castigo de tanta extravagancia, y tenemos a la vista periódicos españoles que ponen de relieve la incompetencia del Sr. Báez para el papel que de *motu-proprio* ha querido arrogarse en este caso. Dejémosle, pues, agobiado bajo el peso de su ridiculez, pena condigna de su presunción y ligereza.

Volviendo ahora a Geffrard y su gobierno, apenas acertamos a calificar su conducta, en la que, o hay una metafísica superior a nuestra escasa penetración, o más



bien, y es a lo que nos atenemos, hay una discordancia, una contradicción, una inconsecuencia que sólo pueden explicarse por un estado anormal de aquellos mal organizados cerebros. ¡Cómo! ¿Por una parte decís que la dominación *extranjera* en la parte del Este es un peligro inminente para la independencia de Haití, y por otra estáis traicionando esa misma independencia, y la ofrecéis a Francia, a la misma España, a quien la quiere?... Injuriáis en vuestros actos oficiales, en vuestras disparatadas protestas, en vuestros papeles públicos a España, la calumniáis, nos excitáis a que con nuestras *anchas y fuertes manos* destrocemos las banderas de esa nación *aborrecida*, y solicitáis sin pudor y con tales títulos la protección de esa misma odiosa España? Primero queréis apoderaros de la isla entera, para ofrecerla a Francia, sustrayendo así la porción del Este de la dominación española y luego pedís el protectorado a España para la *República de Haití*. Qué lógica es la vuestra ¡oh haitianos! ¿o qué queréis? ¿Obedecéis al despecho, a la ambición o al error? De todo vemos en vuestro proceder, excepto juicio y sensatez, excepto un impulso virtuoso o una sola cualidad digna de aprecio.

¡Y tenía Geffrard reputación de *hombre de talento*! Así mismo la gozaba de hombre virtuoso y de hombre de valor; y su virtud, su talento y su valor se han reducido a engañar a sus paisanos con la oferta de la paz, a fin de que le eligieran Presidente, y continuar la guerra, pero una guerra páfida, guerra de intrigas y de manejos mezquinos, indignos de todo corazón noble y valiente: ¡qué virtud, qué valor y qué talento! Está visto que el Presidente Geffrard, como le describían los enemigos de la República Dominicana (que los tenía numerosos, a más de los mismos haitianos), no era sino un mito, un ente de razón, una creación fantástica, merced a la cual pensaban seducir a los dominicanos, y aminorar su instintiva repugnancia para una fusión execrable, que se atrevían a proponernos como única solución posible al problema de la guerra.



Triunfó la razón, triunfaron las simpatías naturales del pueblo dominicano, a pesar de las tramas y los ardides de nuestros implacables e injustos enemigos. Hoy somos lo que Dios nos hizo, españoles. Tranquílense los haitianos, vuelvan en sí Geffrard y su gobierno; ellos no pueden ser tampoco, aunque quisieran, otra cosa que lo que son, haitianos y *nada más*.

23 de mayo de 1861.



LA SITUACIÓN PASADA Y LA PRESENTE

I¹

Uno de los más grandes perjuicios que la guerra civil hace a la moral pública, es el embotamiento del patriotismo, que, como los otros generosos sentimientos del corazón humano, se descamina por el sendero de perdición que le trazan las pasiones de partido. Cuando estas llevan a los hombres hasta el extremo de tratar como enemigos a sus hermanos, nada extraño es que, haciéndoles perder todo noble escrúpulo, les lleven también a tratar como hermanos a sus más acérrimos enemigos. Esa aberración es natural, y por lo tanto vemos en la historia frecuentes ejemplos de ella.

Como quiera que la repugnancia de los haitianos hacia la guerra, más bien que efecto de una renuncia efectiva de toda pretensión de conquista, no lo era sino del convencimiento que habían llegado a adquirir de

1. La primera entrega de esta serie no ha sido posible localizarla, ya que la colección de *La Razón* disponible en el Archivo General de la Nación está incompleta y en estado de deterioro.



que la fuerza de las armas era un medio ruinoso e inconducente para obtener el suspirado fin, una vez que el nuevo jefe de Haití comunicó a sus amigos el giro inusitado que se había propuesto emprender para realizar los dorados ensueños de la nación haitiana, encontró la más lisonjera acogida y los más fervorosos aplausos de parte de las *notabilidades* de toda clase que aspiraban al engrandecimiento de Haití. Pusieron, pues, nuestros enemigos manos a la obra con todo contento y entusiasmo, y, la verdad sea dicha, con tal eficacia y perseverante laboriosidad, que merecían haber sido aplicadas a mejor causa, para haber sido coronadas con mejor éxito que el que llegaron a alcanzar.

El partido del Sr. Báez, que en Santo Domingo acababa de ser derrocado del poder, había ido en su mayor parte a playas extranjeras, según va referido, seducido por el mismo Báez, a cuya vanidad halagaba sumamente verse acompañado en el destierro, que para sus crímenes fuera ligero castigo, por las víctimas de sus engaños, a quienes en pago de tan monstruosa adhesión, dejó luego sumidos en la más espantosa miseria, sin otros recursos para subsistir que hacerse haitianos, según lo propuso con el más cínico descaro a muchos de aquellos desgraciados.

De éstos, unos, guiados por los sentimientos del deber y del honor, abrieron los ojos y reconocieron el error en que hasta entonces habían permanecido, vituperando enérgicamente la infamia de su execrable tentador; pero otros, sin la suficiente firmeza de carácter para preferir el hambre a la deshonor, o con el corazón más corrompido para prestarse a las sugerencias de la ambición y la venganza, siguiendo los consejos de Báez, se arrojaron ciegamente en brazos de sus enemigos, para hacer junto con ellos la guerra a su patria.

Por premio de su bella conducta, los expulsos que rechazaron las proposiciones de Báez, obtuvieron poco después el permiso de volver a su país: entre nosotros se hallan, y podemos producir su testimonio, si nece-



sario fuere, para probar que el primer traidor de esta serie de traidores, el agente más activo de la política del gobierno haitiano, fue el indigno ex-presidente Báez.

Otra fracción menor de su partido quedó diseminada en el territorio de la República; los individuos que la componían, con muy pocas excepciones, se convirtieron al haitianismo cuando supieron que sus deudos, parientes y amigos habían transmigrado a Haití. Por de contado que el papel que desempeñaban no era de los más pasivos, antes al contrario, se aplicaron a hacer una propaganda activa, que si no produjo los más funestos resultados, fue por efecto del patriotismo que nunca salió de los pechos de la gran mayoría de los dominicanos, y que neutralizaba los esfuerzos de aquellos apóstoles de la traición. Estos eran denunciados con harta frecuencia, y nuestro gobierno, a quien con sobrada razón alarmaban más cada día estos síntomas de disolución nacional, tuvo que tomar en varias ocasiones medidas coercitivas contra los propagandistas, cuyos manejos coincidían con los aprestos belicosos que, a pesar de la pretendida y nunca formalizada tregua, se sabía que estaba haciendo a toda prisa el gobierno haitiano.

Por este tiempo se presentó en nuestra rada una escuadra anglo-francesa. Los cónsules de las dos naciones aliadas, creyendo perjudicados a sus nacionales en una cuestión de intereses, habían roto las relaciones de amistad con la República Dominicana, en nombre de sus gobiernos respectivos, y por tanto venían ahora los buques armados para que con una humillación, preliminar a todo arreglo diplomático, a toda explicación amistosa, se hiciese al país purgar el doble pecado de tener razón y de ser débil.

España tenía idéntica posición que Francia e Inglaterra en esta cuestión, pero procedió de muy distinto modo que sus dos poderosas colegas: en vez de humillar a la angustiada República, la agasajó y consoló; tenía entrañas de madre, era España en fin.

Decir cuánto y cuán siniestramente influyó en la



política de este país el acontecimiento que acabamos de reseñar, sería materia para un abultado volumen, y no para los estrechos límites de esta breve disertación. Basta saber que en estos días murió de una vez nuestra esperanza, el fuego patriótico que ardía en los pechos dominicanos, y que les hacía desafiar la muerte en los combates, se entibió de súbito; porque se nos mataron nuestras ilusiones, se nos mató el inocente y justo orgullo que pudiéramos tener, fundándole en una independencia nacional adquirida a costa de inmensos sacrificios... ¿Qué nos valían estos? ¿qué nuestros presuntos derechos de pueblo libre, independiente y soberano? Todos esos pomposos títulos no eran sino una vana ilusión, un irrisorio sarcasmo, cuyo enorme peso agobiaba a nuestra impotencia y nuestra debilidad.

30 de mayo de 1861

III

Se ve de manifiesto que todo concurría a favorecer moral y materialmente los planes de Geffrard, quien comenzó entonces a concentrar su fuerza de acción en las fronteras, fomentando el merodeo y el tráfico más escandaloso por aquella parte, con menosprecio de la tregua que por la mediación de Francia e Inglaterra había ofrecido espontáneamente a la República. Entonces se pudieron apreciar en su justo valor los móviles maquiavélicos de la tal espontaneidad del presidente haitiano. Las Caobas, San Miguel y demás poblaciones nuestras de la frontera, de que anteriormente hemos hecho mérito, fueron de grande utilidad a nuestros enemigos para esta nueva táctica, y allí se establecieron los agentes de Geffrard, entre los cuales figuraban principalmente los tráfugas partidarios de



Báez. Hemos dicho que de este partido había quedado una fracción diseminada por todo nuestro territorio; pues bien, a pesar de la vigilancia de las autoridades dominicanas en las fronteras, entre unos y otros se entabló una correspondencia incesante: las promesas más pomposas se hacían por los agentes haitianos a aquellos individuos del país cuya ignorancia o perversidad les hacían accesible a la seducción: con un poco de oro se hacía lo demás: establecieron mercados en las referidas poblaciones, en los cuales por un pequeño esfuerzo del gobierno haitiano se vendía muy barato a los dominicanos géneros de primera necesidad, y se les pagaba a buenos precios cualesquiera artículos que llevaban a vender.

La miseria de los habitantes dominicanos de las fronteras aseguraba el éxito a estas operaciones: un agente de Geffrard, o más bien de Báez (más adelante explicaremos este inciso) se allegaba a un miserable labriego, cargado de familia y de harapos, y le decía: "mira, me da pena ver a tu mujer y a tus hijos en ese estado de desnudez, cuando acá entre nos, con muy poco dinero puedes vestirlos a todos, si pasas a Las Cahobas, o a San Rafael, etc." El tentador prestaba ese poco dinero al pobre hombre, quien sin acordarse más de patria ni de política, iba a buscar el remedio de sus necesidades entre los enemigos. Agasajado por estos, y tratado con toda largueza, relativamente hablando, se volvía para su casa bendiciendo a Dios, y a los bondadosos haitianos que con tanto afecto acogían a sus *hermanos del Este*.

La perfidia y la traición iban así ganando terreno rápidamente. En esta obra trabajaban de consuno las lindas frases de Geffrard y el oro de Báez, quien prestó al primero una suma de dinero, fruto de los torpes manejos de su presidencia, para que el haitiano la aplicara a la conquista y destrucción del mismo país que había producido ese dinero. ¡A tales extremos pueden conducir a los hombres la ambición y el deseo de venganza!



El mal cundía, pues, por todas las poblaciones que avocindan la frontera: numerosos robos de ganado vacuno y caballar se hacían a nuestros propietarios por los traficantes, que iban a vender y comprar donde los haitianos; y mientras vendían y compraban se oían llamar *frères*, hermanos, y se veían siendo objeto de las más afectuosas atenciones. Entre el baratillo, el champagne y la cerveza, la política haitiana ganaba prosélitos al extravagante principio de la *indivisibilidad del territorio* como llamaba retumbantemente Geffrard a sus tendencias de dominación sobre la República Dominicana. Crecía gradualmente la desmoralización, los requerimientos de nuestro gobierno a los Sres. Agentes de la mediación eran de ningún efecto, porque los haitianos respondían lo que les daba la gana cuando se les hacían observaciones sobre el tráfico, y llevaban adelante su empresa, como si nada se les hubiera dicho. Por consiguiente, cuando el gobierno quiso extinguir a todo trance estos gérmenes de disolución y de ruina, tuvo que emplear las armas contra hombres que diez y seis años hacía eran dominicanos, leales y patriotas; diez y seis años que se batían mortalmente por la libertad de su patria contra Haití, y que por fin se habían transformado en haitianos, se rebelaban abiertamente contra su gobierno, y empuñaban las armas apoyados por los enemigos naturales de su patria.

Por fortuna comprendió el país toda la extensión del peligro. Por fortuna Santana y su nombre, como agentes de la Providencia divina, eran aun salvaguardia de nuestros más caros intereses. Los esfuerzos sobrehumanos que hizo en esos días el patriotismo de los dominicanos salvaron la situación del momento, pero el país quedó más extenuado que nunca, los espíritus abatidos, el aliento público gastado, el horizonte cargado de nubes, tempestades y rayos, el presente triste y trabajoso, el porvenir amenazador y siniestro, cuadro general que sólo podía infundirnos desesperación, y que



nuestros enemigos contemplaban con semblante satisfecho, y la sonrisa del triunfo en los labios.

3 de junio de 1861.

IV

Hemos sometido a la consideración del lector, en nuestros anteriores artículos, el deplorable estado en que se encontraban nuestros negocios públicos cuando llegó a reconocerse generalmente la absoluta imposibilidad de conservar bajo condiciones tan angustiosas nuestra enferma y mal parada nacionalidad: de las dolencias que la aquejaban hemos anotado las más visibles, las llagas físicas por decirlo así: había sin embargo otras de las que no es del lugar ni del momento hacer mención. Como escritores del día no nos es dable hacer más; toca al historiador de *mañana* llenar cumplidamente este vacío.

Ningún embozo hemos empleado en esta disertación: hemos sacrificado pequeñas consideraciones de política, o más bien de amor propio, a la franqueza y la veracidad: el resultado será que nuestros lectores resuman del modo siguiente la relación que llevamos hecha: *La República Dominicana, bastante fuerte para rechazar repetidísimas veces con las armas en la mano las irrupciones de un enemigo exorbitantemente superior en número, no lo era, no podía serlo contra los elementos combinados de su pobreza creciente, de la desunión de sus hijos, de la perversidad y corrupción de una parte de estos, y de las pérfidas intrigas de sus enemigos.*

Esta declaración no debe sonrojar a ningún dominicano de los que han permanecido fieles a su patria: sirva de bochorno y de baldón a esa insignificante minoría que sin fe en el alma, sin ningún instinto noble



en el corazón, sin juicio siquiera para comprender lo que estaba bien a sus verdaderos intereses, traicionaron todos sus deberes, desconocieron a su tierra natal, se desnaturalizaron respecto de las más sagradas afectaciones del hombre, y renegaron hasta de sí mismos. ¡Locos malaventurados! Así que los haitianos, a quienes sirven de instrumento, se persuadan de la deficiencia de sus recursos; así que vean que sus excitaciones sólo inspiran asco y desprecio a la universalidad de los hijos de este suelo, que han dejado de considerar como hermanos a esos que tan indignamente se llamaron un día dominicanos; entonces ¡los tristes! ellos recogerán el amargo premio de su infame apostasía: sobre sus cabezas caerá la enorme suma de odio y de rencor que todo pecho haitiano ha alimentado durante diez y siete años contra los que el maquiavelismo de su gobierno llama afectuosamente *hermanos* del Este.

No; esa declaración no debe avergonzarnos a nosotros, que a despecho de los haitianos y sus poderosos auxiliares, somos lo que con honor y dignidad podemos ser, lo que la naturaleza nos hizo, lo que nos da cualidad social y nos pone al abrigo de las vejaciones de los fuertes injustos: ¡somos hijos de España!

Avergüencense sí Báez y sus espúreos paniaguados, cuya aberración inaudita les ha hecho vestir el oprobioso sayal de la traición, que, como la túnica de Neso, ni aún con los pedazos de las carnes se les podrá desprender del cuerpo.

Oculden el rostro esos extranjeros que han pagado nuestra franca hospitalidad sirviendo calurosamente los intereses del enemigo. ¡Nobles y generosos extranjeros! ¡Almas elevadas y entusiastas! ¡Entre dos pueblos que se batían el uno por su libertad, por su independencia, por todo lo que puede santificar una causa a los ojos de los justos y de los buenos; y el otro por usurpar, invadir, subyugar, oprimir, incendiar y matar, optásteis por el último! Os sedujo el crimen, el vandalismo, la barbarie, contra la virtud, contra el pa-



triotismo, contra la civilización y las grandes aspiraciones del siglo. Lafayette pasó a América y Lord Byron murió en Grecia: el uno era francés y el otro inglés; ¿por qué pelearon el uno al lado de los americanos, y el otro al lado de los helenos? Pelearon por la causa universal de todo corazón grande, de toda alma filantrópica, de toda naturaleza fina y poética: pelearon por la libertad y la dicha de los pueblos; pelearon contra el despotismo y contra los tiranos.

Pero vosotros, prosaicos, ignorantes y toscos no consultáis sino vuestro negocio: poco os importa la sangre de las víctimas, lo que queréis es oro, aunque sea a costa de la ruina de un pueblo virtuoso. Dispensad pues, enhorabuena, vuestras apasionadas simpatías a los haitianos: ellos son dignos amigos vuestros, porque no conocéis siquiera uno solo de los nobles instintos que enaltecen a la humanidad. Los que sienten arder en sus pechos el fuego sacro de los Lafayette y los Byron, no son, no pueden ser otra cosa que fervorosos y entusiastas amigos de los dominicanos. —En nuestras filas han figurado también y figuran todavía extranjeros que hacen honor a su país—; extranjeros que se han batido con las armas en la mano en nuestros combates, al lado nuestro. Los que ayudan a los haitianos nos han hostilizado y nos hostilizan aun de un modo análogo a la nobleza de la causa que defienden: se han metido entre nosotros como amigos, y abusan de la hospitalidad intrigando y haciendo el triste papel de *espías*.

6 de junio de 1861.





¿DÓNDE ESTÁ EL PARTIDO DE BÁEZ?

Aunque realmente no merece siquiera los honores de la discusión, nos proponemos hacernos hoy cargo de cierta especie tan infundada como repetida por ciertos periódicos cuyas aspiraciones nos son por ventura bien conocidas.

A fuer de escritores imparciales, la primera cualidad que requerimos en nuestros adversarios, la más digna y a la vez más apreciable, es la de ser francos y leales; por eso también, y siguiendo las inspiraciones de una conciencia recta, se nos verá siempre proceder con lealtad y franqueza.

Todo lo que fuere separarnos de este camino, dando unas veces rienda suelta a la pasión de partido, o a resentimientos personales, lo juzgaríamos altamente censurable e indigno de quien se propone guiar e ilustrar la opinión pública en nombre de la sinceridad y de lo que exige el público decoro.

Hechas estas ligeras salvedades y ateniéndonos a nuestro sistema de discusión franca y desembozada,

veamos si es difícil salir airosos en nuestra acometida empresa.

No ofrece seguramente dificultad alguna probar aquello mismo que descansa sobre la evidencia de los hechos. Y no se crea que vamos a remover cuestioncillas de pormenor o detalle, ni sea nuestro ánimo herir susceptibilidades más o menos extrañas, más o menos justificadas; no, nuestra intención es contestar victoriosamente los cargos que se acumulan contra la situación aquí creada, merced al más legítimo, al más digno y glorioso arranque de abnegación y entusiasmo libremente manifestado por el pueblo dominicano.

En medio, pues, de la confusión que tratan de introducir sus enemigos en el vasto campo anexionista, unas veces sembrando en él y a mansalva la discordia, otras exhumando nombres propios y sacando a plaza programas y promesas nunca cumplidos y que además nada significan, séanos lícito repetir la misma pregunta con que encabezamos estas líneas:

¿Dónde está el partido-Baez? Sus panegiristas, llenos al parecer de resolución y valor pero faltos de oportunidad y franqueza, echan a volar un día y otro especies las más infundadas y frívolas, paralelos descabellados e inexactos, ora valiéndose de periódicos encomendados a su devoción, ora abusando de la amplísima libertad de acción que se les concede, ora, en fin, intrigando y agitándose en todos sentidos y en cuantas esferas les es posible y cómodo removerse. ¡Inútil empresa! La conciencia popular que rechaza lo mismo el incienso de la adulación que el ridículo espíritu de partido, la conciencia popular, repetimos, se levanta a manera de un gran jurado a pronunciar su veredicto. El fallo es por cierto muy desfavorable al héroe a quien sus aduladores se empeñan inútilmente en tornarle a la vida, en hacerle revivir, como al fénix de la fábula, de sus propias cenizas.

No seremos nosotros, sin embargo, de los que creen que Báez no haya gozado en algún tiempo de cierto pres-



tigio y ejercido alguna influencia en cierta parte del pueblo dominicano, pero tampoco podemos menos de confesar que esa influencia y ese prestigio se desvanecieron como el humo, tan luego como puso en práctica su *moralidad* política y su *habilidad* administrativa.

¡*Moralidad política* en Báez!, y sacrificaba el bienestar y la prosperidad del país a su ambición personal, arrastrándole hacia la pendiente que debía de conducirle por necesidad a su ruina. Perturbador y convulsionario cuando no ha sido poder, el día que las intrigas o una indulgencia mal entendida le han elevado a la presidencia, no ha reconocido otros principios que la inconsecuencia, ni otros medios de gobierno que el capricho y la fuerza. Esto, como era natural, debía de producir sus resultados, y en efecto, vióse surgir de entre la masa del pueblo dominicano cierto descontento, cierto malestar propio del que, a pesar de los desengaños, no puede acostumbrarse a ser el ludibrio de un hombre inconsecuente, versátil y que conspira abiertamente contra su existencia. La Nación dominicana, pues, a poco que hubiese olvidado su dignidad, corría el grave riesgo de caer o quedar envuelta en la serie de degradaciones que produce y trae consigo el ateísmo político. He aquí a donde nos conducía la política descabellada y torcida del que además dirigía todos sus cuidados, ponía todo su afán en mantener latente la guerra civil entre los honrados dominicanos, abatidos ya con el peso de innumerables sufrimientos.

Sus mismos partidarios exigían de Báez doctrinas y no tumultos, principios y no imprudencias ni luchas estériles, que a la larga debían de convertirse en su principal azote. Mas como quiera que no abandonara aquel su obra de destrucción, los mismos que le defendían le retiraron por de pronto su confianza para más tarde abandonarle y repudiarlo. La separación no pudo ser ni más lógica ni más fundada. Los hombres honrados, pertenezcan al partido que pertenezcan, deben posponer todo interés mezquino a sus principios; ellos y



sólo ellos forman la base, son el alma de su existencia política.

Veamos ahora si a su moralidad política corresponde su *moralidad administrativa*. Repugna a nuestro carácter entrar en detalles acerca de una multitud de hechos que nadie ignora y que tampoco pueden describirse sin que se cubra el rostro de vergüenza. Nos limitaremos, pues, a tratar de ellos en general, hasta tanto que los satélites de aquella notabilidad financiera nos pongan en el caso de ser más explícitos.

El país recuerda todavía con profundo disgusto el sin número de manejos que en mal hora empleara, manejos que tendían a esquilmarle de una vez para siempre sin consideración a un porvenir triste, preñado de lágrimas y miseria, de asonadas y revueltas; sí, el país recuerda con asombro aquella inusitada habilidad con que el ex-presidente, menospreciando sus sagrados deberes y los derechos de aquel, llenaba, sin el menor escrúpulo, sus cajas, dejando vacías las del tesoro. Tal es el secreto de la fortuna rápida de Báez. Después de esto, ¿habrá quien ose desmentir su *moralidad administrativa*?

¡Y quiere establecerse un paralelo entre Báez y el general Santana! ¿Cabe acaso punto de comparación entre el dilapidador que todo lo sacrificaba al más refinado egoísmo enriqueciéndose a costa del país, y el hombre honrado que ha sacrificado una inmensa fortuna en aras del bien público, sin otra mira que atender desinteresadamente al bienestar general?

Si algo vemos de grande y plausible en los antiguos partidarios del célebre Báez, es principalmente esa franqueza con que de él se divorciaron en nombre de la moralidad. Y esa separación existe hoy tan profunda como existía ayer y será más radical a medida que su conducta vaya presentándose más de relieve a los ojos de propios y extraños.

Ahora bien, separadas de Báez las personas más notables e influyentes de su partido, en vista del es-



cándalo promovido por su administración y su política, después que su prestigio ha quedado reducido a la más completa nulidad, después, en fin, que el país todo sellara su frente con el estigma de la inmoralidad, ¿dónde nos será fácil hallar su imaginario partido?

Sentadas, pues, tales premisas, aducidos tales antecedentes queda o no justificada nuestra extrañeza al preguntarnos una y otra vez: *¿Dónde está el partido Báez?* En otro artículo ampliaremos estos datos y daremos una cumplida contestación a *El Eco Hispano Americano*.

30 de mayo de 1861





INVASIÓN HAITIANA

Cada hora que pasa, cada momento que transcurre crece más y más el entusiasmo público. La efervescencia popular parece haber concentrado toda su acción, todas sus fuerzas contra el eterno enemigo de nuestro reposo. Si, el guante que acaban de arrojarnos los haitianos, pretendiendo sin duda hollar nuestra dignidad, al par que ha despertado en el espíritu público todos los sentimientos, todas las pasiones generosas propias de un gran pueblo, ha sido a la vez un llamamiento a nuestro amor patrio.

Los sueños de Geffrard, nuevo *Quijote* de la política haitiana, van a quedar bien pronto desvanecidos. Las bayonetas dominico-hispanas se encargarán de resolver interinamente la cuestión y hacer entender de paso al insigne *desfacedor de agravios*, que se debe respetar a todo trance el derecho de gentes, nuevamente hollado por él y sus sicarios.

Escritas teníamos las siguientes frases, cuando vino a sorprender nuestra leal buena fe la noticia de la invasión:

“La independencia de Haití, —decíamos, en un artículo a que la invasión hizo perder la oportunidad—, queda desde luego garantizada por la conducta prudente que debe observar esta nación; y esto lo habrá conseguido sin más esfuerzo que mantenerse dentro de los límites que prescribe el derecho público.”

A continuación añadíamos:

“Pero si faltando a los más sagrados deberes, si movida por la ciega ambición de reconquistar el Este lleva hoy su temerario empeño hasta querer rasgar, como ya lo hizo en otras ocasiones, este código que respetan todas las potencias, entonces es natural que corra riesgo la independencia de Haití, es decir, los peligros que esta misma nación, merced a sus imprudencias, habrá condensado y atraído sobre sí. Nadie, pues, como la misma Haití, posee para en lo sucesivo, la clave, por decirlo así, de la seguridad de su existencia: sólo esta nación será responsable, por lo que respecta a los dominicanos, de las eventualidades que en contra suya puedan surgir en lo porvenir”.

Y concluíamos con estas palabras:

“Permanezcan por fin los haitianos tranquilos dentro de sus fronteras, devuélvannos los pueblos que se han permitido ocupar y que nos pertenecen, cesen de una vez de hostilizarnos con sus constantes agresiones y tenga Haití la seguridad de no ser atacada por parte de los dominicanos”.

Esto decíamos respecto a la independencia de la vecina república; mas apenas se había secado la tinta con que tales frases habíamos escrito, cuando vino a sorprendernos la noticia de la invasión haitiana que ha llenado de indignación al pueblo dominicano que en masa y sin distinción de clase ni partidos corrió presuroso a rechazarla, y protestar con las armas en la mano.

Ataque tan infundado como incalificable, semejante atentado a mano armada, contra la integridad de nuestro territorio, nos deja ya en plena libertad de obrar. Y si una vez empezada la lucha se viese vacilar o desapa-



recer la independencia de Haití, ¿a quién haría responsable esta nación, sino a su propia conducta, de consecuencia tan desagradable?

Apenas se comprende, si no se atribuye el hecho a un exceso de barbarie, cómo el gobierno vecino pudo arriesgarse a hollar el derecho de gentes, sin otro resultado que atraer sobre sí el justo castigo a que por su infracción se hacía acreedor.

¿Qué pudieron creer los haitianos? ¿Creerían quizá hallar simpatías entre este pueblo siempre fiel y que les odia cordialmente, o pensarían tal vez que se había enfriado en nosotros el sentimiento del honor y del patrimonio?

¡Ilusos! Víctimas de su propia audacia, expiarán en breve el delito que cometieran, sin que les sea posible recurrir a otros medios de salvación que a su propia infamia.

Entretanto avanzad; avance en buen hora Geffrard al frente de sus soldados de papel a dar la anunciada batalla: en el bosque más oculto de nuestro suelo hallará dominicanos que, arma al brazo, le obligarán, mal que le pese, a morder una y mil veces el polvo en represalias de su menguada temeridad.

6 de junio de 1861.





ESPAÑOLISMO Y POLÍTICA DE BÁEZ

Somos enemigos, como habrán podido observar nuestros lectores, de citar nombres propios, y procuraremos descartar siempre de nuestros debates cuanto tiene el más tenue sabor a personalidad; pero como quiera que la rotación de los sucesos reconozca y requiera en casos dados el impulso de ciertos hombres, de aquí que, al hablar de aquellos, tropecemos naturalmente con estos.

Somos así mismo enemigos, por temperamento no menos que por convicción, de todo lo que sea patrocinar intereses bastardos o aplaudir miras interesadas y mezquinas, y nos duele ver a escritores de algún mérito poner su pluma bajo la inspiración y a merced de entidades cuya importancia, por más que se diga en contrario, jamás se conseguirá elevarla una pulgada del suelo.

Hay hombres de suyo tan ignorantes y crédulos que fian el éxito de sus empresas al incienso de la adula-

ción, o tan miserables y raquíticos que abandonan el logro de sus quiméricos deseos a la brecha abierta por los tiros de la maledicencia y de la calumnia. Al número de estos últimos pertenece el ex-presidente de funesta recordación, héroe por fuerza a quien sus escasos encomiadores (no queremos llamarlos partidarios), se esfuerzan inútilmente en presentárnosle como la sombra de Prometeo.

¡Vano empeño! Se podrá divagar y declamar; se podrá meter ruido sacando a plaza un día y otro ilusorias cualidades que Báez nunca ha poseído, pero con todo eso sólo se conseguirá cubrirle nuevamente de ridículo.

¿A quién se le ocurre, por ejemplo, decir que Báez ha sido la representación genuina del *españolismo*, aquí, en Santo Domingo, y *ainda mais* el jefe del partido de *orden*, del partido *moderado*? Especies tan peregrinas no pueden leerse sin soltar la carcajada y a penas merecen otra contestación que la más desdeñosa sonrisa...

Mas ya que la ocasión nos brinda a ello, nos permitimos hacer algunas observaciones sobre el particular.

Si Báez ha sido y continúa siendo todavía el representante del españolismo, ¿cómo el pueblo dominicano lo designa y señala como *afrancesado*? ¿Por qué ni siquiera un dominicano ha fijado sus miradas en Báez al consumarse la reincorporación de Santo Domingo a España? ¿Cómo se explica, por otra parte, que la cólera popular le haya amenazado en distintas ocasiones, por el solo hecho de querer anexar a la Francia el territorio dominicano? Pero no es esto todo: tenemos un hecho reciente que pulveriza los argumentos aducidos en favor de los supuestos sentimientos de aquél. Demasiado sabemos que si preguntamos a sus parciales: "¿Se ha extinguido por ventura en Báez el amor a la patria?", contestarán a voz en cuello con una solemne negativa. "Entonces, pues, añadiremos nosotros, ¿cómo explicáis el *ridículo*, *espontáneo* y oficioso ofrecimiento que de Santo Domingo acaba de hacer a la Francia?" ¿Tiene esto otra explicación que sus cálculos egoístas y un



odio mal simulado a la nación que han aclamado espontáneamente y a pesar de las intrigas del ex-presidente en cuestión? Véase, pues, cómo el tan decantado españolismo de Báez corre parejas a lo más con el españolismo de Geffrard, y no vacilamos en asegurar que ambos se estrecharon más de una vez cordialmente para hundir en el polvo y aniquilar la nación dominicana, salvada, como por milagro, de las acechanzas del uno y de la crueldad del otro.

No es menos graciosa la nota del jefe del partido de orden, del partido *moderado* con que se le reviste.

Parécenos ver al presunto jefe riéndose de sus aduladores, y a éstos, al hacer con cierto aplomo y gravedad artísticos como que deciden en *cátedra*, reírse también para sus adentros.

No podemos, sin embargo, consentir calificaciones que, dejadas pasar en silencio, envolverían una acusación, una calumnia a la nunca desmentida sensatez del pueblo dominicano. Báez, en primer lugar, y como dejamos probado en uno de nuestros números anteriores, no tiene, no puede tener un partido. El hombre que su caída a la inmoralidad política y a la moralidad administrativa, jamás vuelve a ser aclamado por partido alguno que conserve un átomo de honradez. Báez cayó, pues, despeñado entre los aplausos de amigos y enemigos. No queremos inferir la menor ofensa a ninguno de los hombres que le apoyaron mientras creyeron que obraba lealmente y de buena fe: la inmerecida calificación de baecistas envolvería en sí una acusación de complicidad, y acusación semejante declaramos francamente que repugna a nuestro carácter y a nuestros sentimientos.

¿Con qué títulos se pretende hoy, pues, elevar a Báez a la categoría de jefe del partido de *orden* y presentar, por el contrario, al general Santana como cabeza del partido exaltado?

Concluyamos: la traición y el soborno han sido siempre el pedestal, por decirlo así, de la existencia política



de Báez. Vendiendo protección a unos, introduciendo la sospecha y la desconfianza en otros, revolviéndose sin cesar contra todo lo existente que no fuera obras de sus manos, hechura suya, ha procurado sin descanso minar los poderes más legítimos y trastornar y echar por tierra el *orden* a toda costa, sin reparar en la bondad o justicia de los medios. ¿Qué entendéis por *orden*, señores panegiristas, a qué llamáis *moderación*? ¡Así denomináis los despilfarros y manejos administrativos que la moral rechaza y la historia reprueba! ¡Así os permitís calificar esa política de baja ley que se empeña en vivir de agitación y revueltas!...

¿Qué sería hoy del pueblo dominicano si el general Santana no le hubiese emancipado de la insoportable tutela baecista? ¿Y existe acaso punto de comparación entre el despotismo de Báez y la política de conciliación empleada por el gobierno del general Santana?

Báez ha procurado siempre la humillación de sus víctimas y en su estrecha política ha juzgado plausible oírlas exclamar en su despecho:

"Cesar, morituri te salutant;"

a diferencia del general Santana que, en su política infinitamente más expansiva y obedeciendo elevadas miras, sacrificándose a sí propio el primero en aras del bien público, ha reconocido y proclamado a tiempo esta sublime enseñanza:

"Salud populi, suprema lex esto."

10 de junio de 1861.





DIVERSAS FASES DE LA ANEXIÓN

El refundimiento de la nacionalidad dominicana en la española es un acto tan diversamente considerado, apreciado y comentado, que bien merecen una ojeada general los diferentes juicios que sobre él se forman y se emiten con más o menos circunspección.

Los enemigos de la anexión, atropellando por encima de todas las inducciones lógicas, y las más triviales formas del buen sentido, aparentan ver la resurrección del poder español en esta Antilla bajo el aspecto de un monstruo terrífico, armado de pies a cabeza con todos los elementos de ruina y de desdicha para los principios y para los pueblos, y llevando en su vientre, a la manera del caballo artificial de Ulises, la tribulación, el incendio y la muerte. Nuestros anteriores artículos han demostrado cuán infundada es esta opinión, hija solamente de una animosidad irreflexiva y torpe.

Los que así fingen pensar no tienen empacho ni vergüenza al decir: "La anexión ha sido obra de unos po-

cos, el pueblo no la quería, porque no le convenía; se ha especulado con él, se le ha vendido como un rebaño, y los beneficiados serán los que han comprado y vendido." Pero se contradicen inmediatamente añadiendo: "a España no puede convenirle la reincorporación de Santo Domingo a sus dominios." —"Esa *calaverada* del gobierno de Madrid —leemos en un periódico— es más bien un asunto de *glorióle* (gloria fútil, vanagloria) que de ambición." Si es así, diremos nosotros, ¿dónde están los *compradores*? ¿Cómo se promete el gobierno español la *glorióle*, cometiendo la calaverada de comprar la anexión, pues que ésta, según los mismos pesimistas, *no le conviene*?

"Por unas cruces, (dice el periódico haitiano llamado *L'Opinion Nationale*), por vanos títulos, y el nombramiento de capitán general, Santana ha entregado su país a España, etc." Si es por cruces, por títulos y por un nombramiento, por lo que la anexión dominicana ha tenido efecto, volveremos a preguntar nosotros, ¿dónde están los vendedores, dónde la especulación político-mercantil de que hablan los enemigos de la anexión?... ¿Ese prestigio omnímodo que conceden al general Santana los que tan mal raciocinan, no le habría dado resultados más *positivos* aplicado a la explotación del país que suponen ha sido entregado por títulos y condecoraciones? ¿Dónde ven ellos, pues, el beneficio resultante de la compra o de la venta?...

Lo que hay de cierto es que los que de esta manera se expresan son personas que tienen la desgracia de dejarse arrebatar por sus pequeñas pasiones, y de extravió en extravió pasan los límites del delirio y de lo absurdo. Para hacer caer por tierra el mal equilibrado aparato de su malignidad y sus diatribas, no hay cómo señalar con el dedo de la razón las partes defectuosas o viciosas que éstas contienen, comparar sus mismas contradicciones, y dejar luego que obre la sensatez y el juicio público, que siempre acaban por hacer en los edificios de la mentira y la calumnia el mismo efecto que



las trompetas sagradas de Josué en los muros de Jericó.

Hay otro modo bastante generalizado de considerar la anexión, y que, sin proceder de un sentimiento hostil, ni encaminarse a un objeto condenable, no por eso dista menos de la exactitud en la apreciación de las cosas; efecto de sencillos o de ignorancia, que nunca atribuimos a mala intención, aunque altera mucho y muy desventajosamente el fondo del asunto, desvirtuando el pensamiento grandioso y regenerador que le sirvió de norma.

“Santo Domingo —dicen éstos— ganará mucho *materialmente* con la anexión.” Queremos creer que los que así discurren están satisfechos, son amigos de la reincorporación, aun pensando que ésta sólo hará adelantar al país materialmente; pero nosotros que defendemos con todas las fuerzas de nuestra alma el principio de la anexión, lo hacemos creyendo firmemente por nuestra parte que el país ganará *moral y políticamente*, lo mismo que en lo material. Nos empeñamos en vano tratando de adivinar cómo podría suceder de otro modo. Las libertades públicas porque combatíamos diez y siete años hacía, debían resentirse por fuerza del estado excepcional de nuestra existencia política: mientras ésta no se afanzara, no podemos contar con aquellas: conseguido esto por nuestra reincorporación a la madre patria, seguros como estamos de que la magnánima España, al cobijarnos bajo la sombra protectora de su fuerza y su poder, comprenderá su alta misión social y política en este suelo, y no tratará, ni remotamente, de cercenar los derechos que por tantos años de lucha, de trabajos y sacrificios hemos adquirido, y uno de los cuales es el de haber vuelto a su seno porque así lo hemos querido; no podemos atinar, repetimos, cómo sea que el país haya ganado *materialmente* con la anexión, sin que gane también en lo *político* y en lo *moral*.

La verdadera fase la anexión, la única, la lógica, la razonable es aquella donde se ve de una parte un pue-



blo leal, valiente y desgraciado, comparable a un niño arrancado por insidiosos gitanos a las caricias de su madre, volverse un día en solicitud de mejor suerte hacia aquella; y de la otra parte a España, siempre generosa y siempre grande, reconociendo con júbilo al hijo que había perdido, y aumentando así la gran familia española, dar providencialmente un paso gigante en la consideración de las demás naciones, restablecer el respeto de su nombre en estos mares, y colocarse en la vía conveniente para recuperar el influjo que le corresponde, como descubridora y pobladora de la América meridional. Todo es, por consiguiente, elevado y noble en la anexión; el que no lo comprende así es ciego, el que lo comprende y afecta lo contrario merecería serlo.

17 de junio de 1861.





El Courier des E'tats Unis, periódico francés que se redacta en Nueva York, ha publicado una carta de su corresponsal en París, donde éste dice, hablando de la anexión dominicana, que por documentos *muy auténticos* sabe que "hace ya muchos años que convencido con razón o sin ella, el gobierno dominicano, de la indispensable necesidad de un protectorado extranjero, encargó al señor Castellanos que hiciese formales proposiciones a Francia sobre el particular. El gobierno francés creyó que no debía admitirlas, y entonces se dirigió aquél con autorización de Santana, a Inglaterra, que como Francia no admitió sus ofrecimientos." Lo que sigue sobre esta materia tiene el mismo sello de inexactitud que caracteriza el párrafo copiado.

A la lectura de esto, el que, como nosotros, está impuesto a fondo de la verdad de los hechos, se ve en una alternativa dura y desagradable en demasía. O debemos pensar que el corresponsal del *Courrier* ha inventado, o nos entregaremos a la suposición de que los

documentos que él menciona como muy auténticos, son la obra de una indigna falsificación.

Queremos sentar desde luego que en ninguna manera entendemos establecer ni la más remota analogía entre la última de nuestras dos hipótesis, y el respetable nombre del ex representante de la República Dominicana en París, señor de Castellanos; que menciona el Corresponsal del *Courrier*, no pudiendo admitir, ni por asomo, la presunción de que los errores de éste puedan ser, no diremos inspirados, ni siquiera consentidos por aquel.

Rendido este justo homenaje al carácter del Sr. de Castellanos, insistimos en rechazar con toda la energía de nuestra alma los apócrifos informes del Corresponsal del *Courrier des E'tats Unis*; y esperamos que nuestros lectores, si tienen la paciencia de leer esta refutación hasta el fin, declararán con nosotros que tales informes son de todo punto contrarios a la verdad, sin la excusa siquiera de que algo, vagamente parecido, pueda haber dado margen a la suposición. Nada, absolutamente nada; esta no ha sido más que la obra de una ingénita ficción.

El señor de Castellanos fue nombrado plenipotenciario de la República a causa de la ruptura de los cónsules de Francia e Inglaterra con el gobierno de la República, promovida por la innoble cuestión del innoble papel moneda Báez. Era necesario que un agente o representante de la República explicase los hechos a los gobiernos francés e inglés. Para este fin, más bien que para otro alguno, se proveyó del carácter de ministro plenipotenciario cerca de dichos gobiernos al señor de Castellanos.

Pero los informes que los cónsules francés e inglés habían dado a sus gobiernos respectivos sobre la cuestión eran de tal naturaleza, que prevenidos e irritados en el más alto grado ambos gabinetes, se negó el inglés a entrar en ninguna negociación con el Sr. de Castellanos, diciendo que se atenía en este punto a las resoluciones del gobierno francés; mientras que éste por su



parte no quiso reconocer siquiera en el Sr. de Castellanos el carácter oficial de que estaba investido.

Con un celo y una eficacia que le hacen honor, pasó el señor de Castellanos mucho tiempo, más de diez meses, practicando cuantas diligencias le inspiró su buen deseo, por hacer aceptar sus credenciales a los dos gobiernos, y conjurar la tempestad que veía formada contra la pobre República. Pero sus esfuerzos fueron completamente desgraciados, y sólo cuando el nublado descargó, imponiéndose a la débil República con la persuasiva diplomacia de los cañones de una escuadra franco-inglesa todas las condiciones que a los fuertes plugo dictar, sólo entonces fue cuando se reconoció en el señor de Castellanos el carácter de representante de la República; es decir, después que la República había sido condenada sin ser oída.

Precisamente entonces fue cuando el gobierno del país y los dominicanos todos comprendimos cuán precaria era nuestra condición política, como pueblo *independiente y soberano*, y entonces fue cuando todos los corazones se volvieron agradecidos hacia España, que nos había dispensado el más maternal afecto en aquellas amargas y vergonzosas circunstancias.

Por consiguiente, el señor de Castellanos sólo ha entrado en funciones diplomáticas cerca de los gobiernos francés e inglés a principios del año pasado de 1860, cuando la herida que aquellos gobiernos infirieron al amor propio del dominicano chorreaba sangre, y cuando la hiel de un justo despecho estaba en nuestros corazones. El gobierno dominicano acababa de exhalar sus quejas contra aquellos procedimientos inauditos en una sentida y enérgica protesta, —único recurso de su impotencia—; y ese documento refería al supremo tribunal del Rey de los reyes la violencia de que habíamos sido víctimas, al par que excitaba la gratitud de los dominicanos hacia la noble y magnánima España.

Esto fue una especie de programa de la política que se siguió ulteriormente, y que con la ayuda de Dios y el



buen sentido del pueblo dominicano llegó a tener tan feliz desenlace en marzo último. Las relaciones con los dos gobiernos aliados nunca volvieron, nunca podían volver a hacerse íntimas y cordiales. ¿Cómo se habría, por tanto, dado instrucciones al Sr. de Castellanos para que solicitase el protectorado o el patrocinio de ninguno de los dos? ¡Íbamos a pedir, según eso, apoyo para nuestra debilidad a los mismos que nos la habían demostrado de una manera tan dolorosa y cruel!

Creemos, pues, que en ningún discurso razonable puede haber absurdo como el que ha consignado en el *Courrier des E'tats Unis* su corresponsal francés; y que, atendiendo al gran perjuicio que esta maligna especie haría a los sentimientos patrióticos y al carácter consecuente de los dominicanos, se la considerará como uno de los tantos pérfidos tiros que nuestros enemigos nos asestan desde el campo de la calumnia y de la intriga.

25 de junio de 1861.





CARÁCTER GENERAL DE LA ANEXIÓN

Todo es elevado y noble en la anexión, decíamos en uno de nuestros anteriores artículos; y hoy que los hechos están del todo consumados, vamos a tener el gusto de presentar la confirmación de aquella verdad, haciendo el resumen de los rasgos más característicos de la anexión.

Hay, sin duda alguna, elevación de ideas y nobleza de sentimientos en un pueblo que sobreponiéndose a las preocupaciones mezquinas de ese amor propio exagerado que tan a menudo suele extraviar a los hombres, reconoce con el más sano juicio y la más filosófica sensatez los inconvenientes de su situación, presta dócil oído a la voz de su corazón y de la naturaleza, rechaza con enérgica firmeza las sórdidas sugerencias del interés, que inútilmente tratan de estimular la intriga y las ofertas del extranjero, y vuelve resueltamente a incorporarse al gran cuerpo social de cuyo gremio le arrojaran un día, mal de su grado, circunstancias fortuitas, y acontecimientos impremeditados.

Es sin duda elevada y noble la conducta del jefe de ese mismo pueblo, que en vez de trabar o comprimir la voluntad de sus gobernados, para conservar el puesto supremo que ocupa, da una prueba espléndida de que es digno de él, abdicándole para hacerse el primer apóstol de la opinión de su país, descendiendo del rango *soberano*, según los términos del derecho de gentes, para confundirse modestamente en la clase de los subalternos, si es posible que hombres capaces de tanta abnegación estén confundidos jamás, sea cual fuere el lugar en que se hallen.

El ilustre procónsul hispano en estas regiones, con la mirada de águila y la prontitud de resoluciones que son atributos peculiares de la aptitud para el mando, ve que el nombre de España es invocado con fervor por un pueblo hermano, históricamente desdichado, y a todas luces digno de mejor suerte; le ve enarbolar el glorioso estandarte de Castilla con la misma fe con que Moisés alzó en el desierto la milagrosa serpiente de bronce, cuya sola vista devolvía la salud a los moribundos. El digno capitán general de Cuba apercibe los grandes peligros que a ese pueblo amenazan, si se le abandona en tan crítico momento a la ira de sus enemigos y de los enemigos de España; reconoce que el honor de ésta y los intereses de la humanidad están empeñados en el caso; y escuchando la voz sublime del patriotismo y de la hidalguía, rompe denodadamente las estrechas formas que trabaran su acción, y que en el lance podrían hacerse funestas; y arrostrando dudas, despreciando las consideraciones de esa política su puro cálculo, a que otros gobernantes se ciñen tan estrictamente, socorre con mano próspera a los dominicanos, y los pone fuera del alcance de los atentados enemigos.

La Nación española, objeto de una prueba tan honorífica de adhesión y simpatía, se manifiesta desde luego conmovida ante el lisonjero homenaje que a sus recuerdos de ayer y a su gloria de hoy tributa el pueblo dominicano, comprende los deberes que le impone el



carácter que representa en la epopeya del día, y corresponde por su parte abriendo con amor sus fuertes brazos a los que la aclaman como Patria, y reivindican el derecho de llamarse hijos suyos.

Finalmenté, la augusta Soberana cuya mano lleva tan varonilmente el cetro de las Españas, pone el sello de su magnanimidad y de su poder a la reincorporación de Santo Domingo, después que adquiere la certidumbre de que los votos de los dominicanos han sido *espontáneos, libres, unánimes*; repugnando invenciblemente a su noble corazón la intriga y la violencia, *porque*, así lo dice textualmente la exposición de su ilustrado Consejo de Ministros, *nada sólido y duradero puede fundarse, como no descansa sobre las bases del derecho y de la justicia*; palabras sublimes, que todos los hombres de Estado deberían estampar en letras de oro en el techo y las paredes de sus moradas, en el sillón donde se sientan a meditar, y hasta en el lecho donde una conciencia tranquila puede sola proporcionarles el sueño.

Los términos en que el gobierno de S. M. ha declarado a Santo Domingo parte integrante de la Monarquía española, son dignos del alto objeto que los inspiraba; honran a los dominicanos y honran a España.

La historia consignará en un lugar preferente esos documentos, que tan en armonía se hallan con las adelantadas ideas de nuestro siglo; del siglo que ha visto la emancipación de Grecia y de Italia, del siglo en que los gobiernos verdaderamente fuertes son aquellos que emplean, para dominar, los resortes de la convicción, y no de la opresión.

¡El derecho y la justicia! tal es el símbolo de la unión dominico-española, tal es el que proclama el gobierno de S. M.: lema sagrado, que contiene cuanto puede santificar la anexión, y que incesantemente en práctica, ha de ser el vínculo más indisoluble y estrecho, destinado a perpetuar nuestro amor a la madre Patria; la poderosa palabra que imprima el más benéfico impulso



a nuestra riqueza y prosperidad; el blasón más puro del honor, la ilustración y el nombre de España; el mármol más duradero, donde el buril de Clío grabará indeleblemente la gloria del reinado de Doña Isabel II.

27 de junio de 1861.





ESPAÑA Y EL SIGLO XIX

Si según las convicciones que abrigamos y la esperanza que nos alhaga, España, consecuente con los primeros pasos que su gobierno ha dado en la nueva esfera política que nuestra reincorporación le ha creado, continúa haciéndose acreedora a los aplausos del mundo civilizado que la contempla; si, como todo lo indica, la España de nuestra época se propone desmentir victoriosamente las calumnias tradicionales con que los celos de otras naciones han querido manchar su nombre y los altos hechos que la hicieron grande y temida en las épocas pasadas; si tales son, como efectivamente deben serlo, las grandes aspiraciones que germinan en la mente de los hombres de Estado españoles, y el programa de que tampoco se apartarán sus sucesores, no vacilamos en decir que el sendero por donde ha de marchar la política española en lo porvenir es un camino llano y fácil, donde sólo la esperan triunfos, y en cuyo término volverá a encontrar el capitolio de un po-

derío y una fuerza que en tiempos más felices inscribieran en las armas de España esta arrogante divisa: *desde el nacimiento del sol, hasta el ocaso*.

Y no es posible que suceda de otro modo: aun cuando mañana, durmiendo en el Señor la magnánima Isabel II y todos los hombres ilustres que en los últimos años han resucitado a la gloria y a la estimación del mundo el nombre español (empeñado por una serie de seculares desdichas, y sobre todo por la más reciente de una deplorable guerra civil); se quisiese abandonar su elevada política; no es posible, repetimos, que España retroceda ya en la senda de las grandes ideas y de los grandes principios, donde la impelen vigorosamente la civilización del día, las lecciones de la historia, los golpes de la experiencia, y, más que todo, la fuerza poderosa de los acontecimientos, que lógica y prácticamente la vienen haciendo cumplir una evolución penosa, pero progresiva, desde Felipe II y las guerras de Flandes, principio de su apocamiento y decadencia, hasta la monarquía constitucional y la reincorporación de Santo Domingo, principio de su regeneración política.

Sólo el primer paso es difícil en la carrera del progreso y de la ilustración, y a la hora presente, España ha dado no solamente el primero, sino muchos más: si al principio vacilaba entre las arraigadas preocupaciones antiguas y las doctrinas modernas, hoy, que la práctica de éstas recibe una consagración solemne por resultados espléndidos, España no vacilará, ni serán indispensables la elocuencia y las virtudes de los Argüelles y los Mendizábal, para mantenerla apercebida y alerta contra la vetusta y disociadora rutina que desmoronó su poder en los Países Bajos, y le hizo perder las magníficas conquistas de Colón, Cortés y Pizarro.

No es el ruido de sus armas en las tostadas arenas africanas, como lo ha dicho erradamente algún escritor irreflexivo, lo que impresiona la imaginación de los dominicanos, y les determina a dar el gravísimo paso que han dado. Los que tantísima importancia conce-



dan a la parte material de los hechos tienen una perspicacia que nos mueve a lástima: ni hace favor a España que se considere la campaña de África, de donde está separada por sólo cuatro leguas de mar, y en que empleó sólo cuarenta y cinco mil hombres, como un prodigio superior a sus fuerzas, como una empresa homérica, de que nadie la hubiera creído capaz; ni menos hace honor a los dominicanos que se atribuya a una causa tan fútil su determinación de volver al gremio de la madre patria; porque nosotros hemos creído siempre, acá en Santo Domingo, donde no estamos en tal estado de barbarie que desconozcamos de todo punto la Historia; hemos creído siempre que España, cuyos tercios hicieron un día temblar a Alemania, a Italia, al mundo entero; España, que hirió de muerte al águila imperial que expiró en Waterloo, cuando todavía con bastantes recursos y bastante valor para hacer mucho más que habérselas con las espingardas marroquíes; si bien tributamos de todo corazón nuestros más sinceros elogios a los valientes que sobrepujaron con heroica paciencia e imperturbabilidad los azares y peligros de aquella campaña, en que las armas españolas se mostraron como siempre dignas de sus gloriosas tradiciones.

Lo que hay de efectivamente grandioso en la última guerra de África, lo que llama la atención del mundo, y nos hace considerar esa campaña como uno de los títulos más auténticos con que España puede reclamar la consideración y el aprecio del siglo, es el carácter moral de aquella guerra, en donde cada bala española *llevaba una idea*, como ha dicho ingeniosamente un francés, queriendo hacer para las armas de Francia el monopolio de la civilización. España no fue allí a hacer alarde de su fuerza militar, sino del adelanto de sus ideas filosófico-sociales; no fue a conquistar arrasando a fuego y sangre los campos y las ciudades de su enemigo, sino a dejarle, por sus procedimientos humanitarios y verdaderamente cristianos, por el elevado temple



de todas sus hazañas, los gérmenes de la civilización evangélica del día, de esa civilización desconocida a los feroces hijos de Ismael, que, según los dogmas de su alcorán, sólo predicán y *persuaden con el acero y el fuego.

Así, pues, la primera guerra que España emprende en tierra extranjera, desde que el león de Castilla se recogió a su antro con las garras cercenadas en Colombia y México, es una guerra que puede llamarse apostólica, donde se pone de relieve la saludable transformación moral que los principios han recibido en España de ayer a hoy, de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional. La reincorporación de Santo Domingo presenta una nueva etapa a su ilustración, un campo más vasto en que maniobrar, un teatro más cómodo y espacioso en que producirse, un pedestal más alto donde levantar su fama. En vano alzarán el ronco grito los retrógrados, los espíritus mezquinos, los rancios doctrinarios, anacronismos vivientes, réprobos parias entre los pueblos modernos. La sensatez y las grandes ideas están en mayoría; la isla Española será feliz, y España regenerada verá levantarse otra vez más sólido que nunca el gran monumento de su poder en los dos hemisferios.

1 de julio de 1861.





FRANCIA Y HAITÍ

La prensa de Europa continúa con muy notoria insistencia agitando, como un rumor, el pensamiento de que el territorio que forma actualmente la República de Haití, vuelva a sujetarse a la dominación de la Francia.

Nosotros, a quienes desde muy al principio alhagó grandemente este pensamiento, aunque lo acogimos con bastante recelo, vamos a consagrarle algunas líneas, que expresen nuestro modo de ver esta interesante materia.

Creemos desde luego que todos ganaremos en el cambio, la civilización, España y Santo Domingo, el mismo pueblo haitiano, cuyo embrutecimiento le hace juguete de los tiranos y los demagogos, únicos *interesados* que sin duda alguna perderán en el negocio.

La civilización ganará, porque hoy contrasta con ella la existencia política de un pueblo que, desde que se proclamó libre, se cree obligado a regar con la sangre de las matanzas civiles, una vez por lo menos en cada década, el árbol roñoso de una libertad nominal.

Nosotros ganaremos también indudablemente, porque en vez de tener por vecinos a una gavilla de salteadores, prontos siempre a abusar de nuestro menor descuido como lo acaban de hacer ahora en Neiba y Las Matas, y lo han estado haciendo desde el año 44, tendremos allí una colonia regularmente establecida, bajo la custodia de una de las naciones más cultas, a la cual podremos abrir sin desconfianza nuestra frontera y nuestros puertos, para el fomento del comercio, la industria y la prosperidad de la Isla.

Ganará forzosamente el pueblo haitiano, que sólo así puede verse libre de los Toussaint, Dessalines, Cristóbal, Guérrier, Richer y Soulouque, monstruos que, más feroces y desnaturalizados que los lobos, se han cebado en la sangre y la miseria de sus conciudadanos y de sus hermanos, y de los cuales uno solo, en el espacio de un siglo, podría ser considerado como el más duro azote que la cólera divina puede descargar sobre una nación. ¡Y júzguese de las desdichas de Haití! Todos sus jefes, llámense irrisoriamente *emperadores*, llámense, por sarcasmo sin duda, *presidentes* (exceptuando únicamente a Boyer, que fue dilapidador, pero no verdugo); todos han derramado a torrentes, por un horrible instinto de destrucción, la sangre de sus míseros gobernados. Haití ha tenido en el espacio de sesenta años Tiberios, Calígulas y Diocleciaons, en quienes lo grotesco desaparecía por lo terrible, como si fueran ministros de alguna divinidad infernal; ha tenido San Bartolomé, Visperas sicilianas y *Septembristas*, sin más divergencia de principios religiosos o políticos que las ligeras acentuaciones físicas, o los accidentes naturales de la diversidad de castas.

Una enorme y radical diferencia distinguirá la dominación de España en Santo Domingo de la de Francia en Haití; y cumple a nuestro amor propio consignarla en este lugar. En nuestra reincorporación a la madre Patria el *derecho* está de nuestra parte, España no alega otro que nuestra voluntad de volver a su seno.



Si Francia quiere tomar posesión de Haití lo puede hacer con el más legítimo derecho, aunque los haitianos gruñan y no lo quieran así; porque ese derecho lo tiene adquirido Francia con el mero hecho de no haber sido cumplida por los haitianos la cláusula condicional con que se reconoció su independencia. Aquella nación puede hoy decirles: “Ni mercantil, ni política, ni humanitariamente me conviene el estado de vuestros asuntos. ¿Dónde están los millones que me debéis, por indemnización de toda la riqueza de los colonos franceses, que vuestra barbarie redujo a cenizas en los primeros años del siglo? ¿Me quedaré burlada a la faz del mundo, sólo porque vosotros en vez de hacer el uso racional y conveniente de la libertad que os concedí, dedicándoos a hacer prosperar vuestro rico suelo, sólo queréis degollaros unos a otros periódicamente; y porque cuando conseguís algunos años de paz, vuestros jefes, como Boyer, se van a disfrutar en tierra extranjera de los millones que debían ser dedicados a pagármese?...” Y siguiendo en este tono podrá extenderse hasta lo infinito.

Por consiguiente, los dominicanos somos españoles por la fuerza de dos especies de agentes irresistibles: los instintos naturales y las convicciones de la razón; mientras que los haitianos, si llegan a pertenecer a Francia, será a pesar suyo, y por la fuerza de su propia desmoralización: de nosotros se dirá, a lo sumo, que éramos *impotentes* para gobernarnos; de ellos se dirá con justicia que eran *indignos* de vivir como nación independiente.

4 de julio de 1861.





LA ANTILLA POBRE

Entre las muchas razones peregrinas que se sacaban a plaza por los adversarios de nuestra reincorporación a España para desalentar al gobierno de S. M., insinuándole que no debía aceptar los votos del pueblo dominicano, lo que más alto se pregonaba, como argumento *a priori*, era el estado de pobreza en que se hallaba la isla de Santo Domingo, "miserable y arruinada, y para cuya administración y buen gobierno sería preciso gastar preliminarmente mucho dinero".

De este sórdido argumento hizo España, por de pronto, el caso que debía; comprendiendo que el asunto no era de especulación ni aritmética, sino de honra nacional y consideraciones *de familia*; cosas mucho más dignas y atendibles que todos los cálculos mercantiles y bursátiles del mundo.

Pero la especie ha sido repetida en todos los tonos, con cierta insistencia que revela de parte de los que la emplean interés mayor o más directamente personal que el de la economía del tesoro español; a tal extremo

que *La Razón*, que se había propuesto imitar en este punto la sabia indiferencia del Gobierno de S. M., se cree hoy obligada a consagrar algunas líneas a esta materia, considerándola como en alto grado incumbente a los intereses generales del país, cuya defensa es la divisa periodística que hemos adoptado.

Sin que se entienda que por nuestra pluma se expresa el amor propio dominicano, del cual se nos ha visto prescindir francamente más de una vez, para rendir el debido homenaje a la verdad y a la sana razón, comprendemos *lo que vale* nuestro país, hablando en el antipoético lenguaje de los positivistas: convenimos en que, así como “para explotar una mina se necesita otra mina”, según lo ha dicho metafóricamente un ilustrado economista, así mismo se necesitan pingües capitales para explotar las pingües riquezas de nuestro suelo. Pero de esto, que es lo cierto, a lo que se quiere insinuar sobre que para la economía de España será un gasto ruinoso o inútil el dinero que invierta en Santo Domingo, hay la diferencia que del mencionado dicho metafórico del economista, a la pretensión de “que no conviene explotar las minas”; y de silogismo en silogismo, por semejante camino iríamos a parar indudablemente en que lo mismo es decir: “la producción cuesta trabajo”, que decir: “suprimase la producción para que no se trabaje”; esto es, el axioma corriendo parejas con el absurdo.

Un país que, como Santo Domingo, está cubierto de magníficos bosques vírgenes, en los cuales, al par del caobo robusto, y del esbelto espinillo, verdaderas conchas vegetales a cuyo lustre y hermosura no puede pedir más el lujo caprichoso de los príncipes, crece también el resinoso pino, el aromático cedro, el arrogante roble, el duro guayacán, la calla, el campeche, el ácano, la cabima, la mora y tantas otras innumerables maderas indígenas, utilísimas las unas para la construcción naval y terrestre, y para la industria fabril las otras, por la excelencia de sus tintes; un país cuyas



extensas y elevadas cordilleras de montañas guardan en su seno, como se revela por la superficie, los metales más ricos y codiciados, como los que exclusivamente sirven para alimento y agentes del inmenso movimiento industrial del siglo; desde el oro y la plata, hasta el hierro y el carbón; un país tapizado de espacio en espacio de verdes llanuras que son otros tantos fertilísimos pastos para la cría de ganado mayor y menor; un país que la naturaleza ha dotado con caudalosos ríos que se brindan a la canalización, y que después de recorrer dilatadas vegas besando el pie de los altos collados, cuyas cicloides venas las forman el mármol, el jaspe, el granito y el pórfido, entra al mar por puertos y ensenadas seguras y vastas, como el Yuna, en la grandiosa bahía de Samaná, el Yaque en la de Manzanillo, el Bajabonico en la ensenada de Isabela, el Tábara en Puerto Viejo, etc. etc.; un país que cuenta con tales y tantos elementos de prosperidad industrial, es, en nuestro sentir, una prenda sobre la cual bien se puede hacer con gusto y fe el adelanto de tres o cuatro millones, que es lo que, a lo sumo, habrá de emplear el gobierno, para preparar el campo al desenvolvimiento rápido del comercio y de la industria.

Y para no dejar como en el aire todo lo dicho, vamos a confirmarlo citando hechos de una autenticidad irrefragable. El territorio dominicano, según las más respetables opiniones y las probabilidades más juiciosas, tiene trescientos mil habitantes aproximadamente; de estos podemos suponer que sesenta mil, a lo más, son aptos para el trabajo, distribuyendo el guarismo restante entre ancianos, mujeres delicadas, niños e inválidos: deduzcamos además veinte mil hombres, que es el *mínimum* de los brazos distraídos de la producción por las armas, durante los diez y siete años que ha durado el estado de guerra; quedarán cuarenta mil individuos, entre los que van incluso los holgazanes, los vagos y los ladrones, plaga que tanto perjudica a la riqueza pública y privada, y que dejaremos figurar no obstante como brazos útiles.



Ahora bien, ¿cómo habrán podido cuarenta mil industriales producir lo suficiente para que con sólo la renta aduanera se haya hecho frente al ruinoso consumo de una no interrumpida crisis política de tantos años; al de la guerra, de las conspiraciones y alarmas justas o infundadas, de las movilizaciones militares, de malversaciones cuantiosas en varias épocas administrativas de ese lapso, y muy especialmente en el ramo de marina, que ha costado lo mismo que si todas las embarcaciones que hemos tenido hubieran sido vapores de alto bordo? ¿Cómo hubiera podido dicha renta dar abasto por sí sola a las exigencias de tal situación, si el trabajo de los cuarenta mil industriales no hubiera sido aplicado a la fácil explotación de los productos brutos o naturales del país?

Y no se nos diga que sobre éste gravita una deuda interior, que representa el *déficit* entre la producción y el consumo, porque la deuda dominicana, sobre ser insignificante, visto que no alcanza a medio millón de duros, lo que representa es la inmoralidad y los desórdenes inherentes a los trastornos políticos; constando en su mayor parte de valores que tienen su cargo en 1857 y 1858, época de la guerra civil que duró once meses.

En el cuadro que hemos bosquejado se notará la ausencia de una figura importante: nos referimos a la riqueza agrícola de Santo Domingo, cuyo estado actual bien puede dar cabida a corolarios del mismo orden de los que dejamos sentados; pero teniendo este asunto una conexión íntima con diversas cuestiones locales de economía pública, hemos preferido dedicarle otro artículo que publicaremos más tarde.

Lo repetimos para concluir; tres o cuatro millones que, después de constituido el régimen civil y administrativo de la nueva provincia española, consagre el gobierno de S. M. a la protección del comercio y de la industria, facilitando los medios de comunicación y de transporte, estableciendo faros en las costas peligro-



sas, y muelles en las aduanas de los puertos principales; tomando la iniciativa en los estudios y la explotación de las minas de carbón y de hierro, etc., etc.; acompañado todo de cuantas franquicias puedan concederse a aquellos dos poderosos agentes de la prosperidad de los pueblos; es lo bastante, a nuestro juicio, para que antes de un lustro todos envidien a España la posesión de Santo Domingo, como hoy le envidian la de Cuba; y para que *la Antilla pobre* vuelva a ser muy pronto *la Primada de las Indias*.

22 de julio de 1861.





EL PERIODISMO Y LA POLICÍA

De los muchos beneficios y adelantos a que tanto en la esfera moral como en la material, está universalmente reconocido que el periodismo contribuye eficazmente en todos los países, uno, y el no menos importante por cierto, es el de las mejoras en materia de policía, así urbana como rural. “No hay libro malo que no tenga algo bueno”, ha dicho un célebre filósofo, y parodiando este agudo dicho podemos nosotros asegurar que no hay publicación periódica, por mala que sea, que no produzca algún buen resultado. Los periódicos más malos son, en nuestro sentir, los que, sin adoptar un principio fijo o una doctrina cualquiera, llevan ciegamente la bandería de un partido, simbolizada en un hombre, en una entidad personal. Esta especie de periódicos, de la cual a nadie se ocultan los perjuicios inmensos que irroga a las sociedades, para llegar a su objeto, para *hacer su propaganda* tienen por fuerza que revestir hipócritamente formas de moralidad y de virtud, que, por desmedidas que estén en su fondo, contribuyen no obstante, y quizá perjudicando los verda-

deros fines propuestos, al fomento de la virtud y de la moralidad en el corazón de las masas.

Grandes deberes impone el periodismo a quien lo ejerce, aunque no llamemos a estos deberes misión sagrada, apostolado, sacerdocio, como sin embargo han sido calificados por plumas mucho más competentes que la nuestra. El hombre más tolerante con el vicio, aun el más corrompido de corazón, escribiendo para el público, *no puede* prescindir de atacar abusos, reprobando escándalos si los hay, o pedir saludables reformas, mejoras y perfeccionamientos si ya es bueno lo que existe. *Progresar, adelantar*, esa es la divisa del periodismo: como los pueblos, como los gobiernos, y abriendo el paso en el día a los gobiernos y a los pueblos, la naturaleza de la prensa es esencialmente activa: el quietismo en ella es un síntoma inequívoco de marasmo, de decaimiento y de muerte.

Por eso es que en un país donde haya más de un periódico, el primero, el más acreditado y respetable será siempre, infaliblemente, el que con más ardor ataque las preocupaciones y los abusos, el que con mayor actividad inicie los grandes y pequeños pensamientos de utilidad y mejoras públicas, el que más tienda a conservar lo bueno y a extirpar lo malo, el que más ilustradamente procure la civilización de los pueblos.

Es por consiguiente incalculable el beneficio que los periódicos hacen a la policía de un país: ellos suplen sus faltas, ellos denuncian escándalos y desórdenes que el individuo ve, que el individuo abomina, pero que no teniendo más motivos o mayores títulos que otro individuo cualquiera para atacarles y condenarles, sufre y tolera en silencio, mientras no llega un agente general de las costumbres o una entidad moral que interprete la conciencia y el sentimiento público: ese agente general, esa entidad moral no pueden ser sino la policía o el periodismo. Sin la una ni el otro, ¡pobre moralidad, pobres costumbres, pobre mundo!

29 de julio de 1861.





En nuestro número pasado insertamos un párrafo que otro periódico tomó de *La Correspondencia* del 27 de junio, y que se refiere a las diversas opiniones que, según tal versión, habrán sido debatidas en el Consejo de Ministros, a propósito de las provincias ultramarinas.

La autoridad de que disfruta *La Correspondencia*, como periódico que bebe en buenas fuentes, y que nunca da noticias que no sean muy auténticas, ha llamado la atención de algunas personas sobre el mencionado párrafo, y particularmente sobre su extremo final, que repetiremos aquí:

“Respecto a Santo Domingo, *no se ha resuelto todavía* si formará una capitania general independiente, o si estableciéndose su mando militar como en la parte oriental de Cuba, se unirá Santo Domingo a la Capitania general de Puerto Rico”.

Ante todas cosas y para dejar enteramente a salvo el justo concepto de verídica y de bien informada que

universalmente se concede a *La Correspondencia*, haremos notar que, aunque copiado el párrafo de sus columnas no figura como suyo, sino como copiado por ella también de otro periódico, según lo dice claramente en el primer miembro, que rige todos los demás incisos: “*Anuncia uno de nuestros colegas* (comienza textualmente), QUE en las diferentes reuniones que ha verificado el consejo de Ministros &c. &c.” Y sigue hasta el fin repitiendo lo que ha dicho el colega.

Se echa de ver que por descuido o por malicia, el periódico que trajo a nuestro conocimiento el citado suelto, omitió en el traslado lo que tocaba a la parte editorial de *La Correspondencia*. Ésta debe su grande crédito en la prensa periódica a su inalterable sistema de no acoger ni publicar una noticia que no sea exacta, de rectificar las que no lo son dadas por otras publicaciones, y, sobre todo, de fijar de una manera precisa y positiva las noticias políticas que, como la que nos ocupa, tienen un carácter contradictorio o ambiguo, muy a propósito para crear en los ánimos desazones y dudas. No es creíble, por consiguiente, que en tan arduo e importante asunto, cual es la forma de gobierno que debe adoptarse para la nueva provincia española, según la misma *Correspondencia* ha llamado repetidas veces a Santo Domingo, se hubiera limitado a transcribir las conjeturas disyuntivas de su colega, sin añadir, corregir, ni quitar, dejando en los ánimos de sus lectores la vaguedad e incertidumbre que, a fuer de fidedigna y bien informada debió ella misma combatir y disipar.

Hasta ver el número de donde el segundo copiante supone que dicha hoja reprodujo la noticia en la forma relatada, conservaremos la creencia de que se dejó en el tintero la parte adicional de *La Correspondencia*, que sin duda alguna era la más interesante.

Los dominicanos, como súbditos leales y obedientes, jamás contrariarán las sabias disposiciones de nuestro soberano gobierno en lo más mínimo, mucho menos en lo que respecta a la forma y manera que él



juzgue convenientes para la organización y régimen de esta Antilla. Ahora, noticias como las que el colega matritense de *La Correspondencia* ha consignado, las que, sobre carecer de fundamento alguno oficial, están basadas sobre el descrédito de nuestro suelo natal; las que tienden a inculcar que en Santo Domingo no hay media docena de hombres que sepan leer y escribir correctamente; las que suponen en nosotros una abyección tal, que lo mismo nos dé ser parte monstruosa de un todo infinitamente menor que constituir un mando especial; las que tienen la audacia de sentar que tan peregrinas especies hallen cabida, ni por asomos, en las deliberaciones del ilustrado Consejo de ministros; esas siempre serán consideradas por nosotros como disparatadas y absurdas, y como tales combatidas con toda la fe de nuestras más íntimas convicciones.

5 de agosto de 1861.





Detenernos a demostrar cuánto interesa a todas las clases de la sociedad el periodismo, su elemental influencia en la propagación de todos los progresos de la inteligencia humana, y su preponderancia en el siglo actual, en que por los grandes adelantos de la civilización se asigna el primer rango al *pensamiento*, sería repetir lo muy sabido por la generalidad, lo que han dicho por tiempo, en diferentes épocas, todos los que en este país nos han precedido en las tareas a que vamos a entregarnos. Omitiremos por lo mismo una definición rudimentaria sobre la importancia de la prensa en absoluto, concretándonos a indicar la que, para nosotros, tiene su aplicación a Santo Domingo en el día, y las causas que nos determinan a plantear este periódico.

La única publicación que hoy existe en esta capital es la *Gaceta*, a la que su carácter exclusivamente oficial impone una extremada reserva, debiendo limitarse a consignar los documentos administrativos, sin poder

comentarlos siquiera, ni empeñarse en disertación de ningún género, por cuanto sus conceptos y declaraciones se consideran como emanados directamente de la autoridad gubernativa. Puede por consiguiente decirse que no hay absolutamente periódico en la capital de la reincorporada provincia española, y semejante falta, en los momentos en que tan activamente se lleva a cabo la reorganización política y administrativa de este rico territorio, es más de sentir que nunca, puesto que el periodismo, que en todos los países y las circunstancias ordinarias tiene la misión de sostener los principios de un partido, de una secta o de una escuela, debe ser al presente en Santo Domingo, donde todos asistimos unánimemente regocijados a la resurrección de la paz y de la concordia, y a la inauguración de instituciones benéficas, cuya influencia regeneradora se hace de día en día más palpable y evidente, el periodismo debe ser, reptimos, un elemento tanto más útil, cuanto que no habiendo, gracias a Dios, sectas ni partidos de principios opuestos, su objeto no es ni puede ser el de combatir, sino el de ilustrar.

Sin consultar ni oír más que nuestro sincero deseo, por el bien del país y la prosperidad de nuestra patria, acudimos nosotros de buen grado a llenar una de las principales necesidades de actualidad, tal vez no menos importante, atendido el grande objeto que representa. Por eso se nos verá acoger complacidos todo proyecto de mejora, de una conveniencia demostrada, y hacernos cargo de toda idea que pueda rozarse con el bienestar público: la explanaremos, para que sus ventajas, si las tuviere, se pongan al alcance de las inteligencias menos despejadas; la discutiremos y refutaremos si en parte o en su todo la consideráremos peligrosa o perjudicial; y finalmente, daremos un patriótico aplauso a cualquiera que inicie un pensamiento, o proponga un plan, o acometa una empresa cuyo objeto inequívoco sea el adelanto moral o material de nuestro país.



Persuadidos de que los mismos sentimientos de que va a hacerse eco este periódico animan a la generalidad de nuestros compatriotas, nos lisonjamos con la anticipada certidumbre de que *La Razón* encontrará entre ellos grandes simpatías y benevolencia; lo que nos alienta y estimula con la esperanza de que el público, haciendo justicia a nuestras rectas intenciones, dispensará a esta empresa el favor y protección que en vano intentaríamos obtener a merced de nuestros pobres recursos y escaso mérito.

LA PAZ Y EL TRABAJO

Cualquiera que hoy escriba sobre los asuntos públicos de Santo Domingo, aunque sea el menos entusiasta y aun el más descontentadizo, con tal que esté dotado de un espíritu imparcial y veraz, al hacer la simple narración de los sucesos, enumerando los hechos y dando cuenta de los resultados, tiene que aparecer como apasionado apologista de la situación actual.

Y no puede ser de otro modo: hablar de paz es hablar del beneficio mayor que la bondad divina dispensa a los pueblos; porque la paz es la fuente de toda prosperidad y de toda riqueza, la paz es el imperio de las leyes y de la razón, es el orden y la luz, y donde está ella, también están la prosperidad y la abundancia, que huyen amedrentadas de las comarcas donde, perdido el equilibrio social, imperan la guerra y la discordia, y con ellas el desenfreno vertiginoso de todas las pasiones humanas.

Tras largos años de borrascas y tempestades bravías, de luchas y de angustiosas inquietudes, luce por fin para Santo Domingo, sonrosada y risueña, la aurora de un sol limpio y sereno, cuyos rayos difunden en los corazones la grata esperanza de más felices días.



Santa esperanza, que se puede abrigar sin reserva, y que, realizada, no dejará su lugar al remordimiento, porque no está, como la del conquistador, fundada en la ruina de los pueblos; ni como la del codicioso fundada en la posibilidad de adquirir criminalmente el bien ajeno. Es por el contrario la más licita de las aspiraciones que puede concebir el hombre; la más legítima y razonable, porque se halla en perfecta armonía con la ley divina, que al condenar a la humanidad al trabajo, la condenó a la paz, y condenándola a la paz y al tabajo, la condenó a progresar y a ser feliz.

El trabajo es, por consiguiente, la más esencial condición para la prosperidad de los pueblos; y está, por naturaleza y efectos, tan íntimamente trabado con la paz, que no se puede afirmar si aquél procede de ésta, o ésta de aquél; pero es lo cierto que quien excluye al uno de los dos, excluye también irremisiblemente al otro. Suprimase la paz, y será imposible que los hombres se consagren al trabajo, en la acepción que damos aquí a esta palabra, la misma que le da el Génesis; que es la de *producción*; suprimase al contrario el trabajo, y tendremos, junto con la holganza, la corrupción de las costumbres, la descomposición de la Sociedad, la miseria, los vicios y los crímenes: ya no habrá paz.

Los pueblos y los gobiernos deben, por lo mismo, concentrar su acción al objeto fijo de la conservación de la paz, por medio del fomento del trabajo, y comparando con esta teoría el estado actual de Santo Domingo, vemos con inefable satisfacción que los actos del gobierno de S. M., en lo relativo a este país, desde que lo tiene bajo su obediencia, revelan cuán poseído se halla aquél de tan saludable convicción. Un ejército respetable y bien disciplinado garantiza la tranquilidad pública, e inspira la confianza de que han menester para su desarrollo el comercio y la industria. Una sabia organización administrativa, cuya excelencia está demostrada por espléndidos resultados en las hermanas Antillas, modificadas según conviene a las condi-



ciones locales de ésta, tiene un ojo previsor para apartar los obstáculos que se opongan al progreso, y una mano próspera para el remedio de todas las necesidades públicas: una legislación admirable, donde se hallan armoniosamente amalgamadas las excelencias de la reputada jurisprudencia española, con lo mejor de los códigos franceses que antes rigieron en la extinguida República, está encomendada a tribunales donde descuellan varones eminentes por saber y rectitud; mientras que las más acertadas medidas económicas se aplican a la administración de las rentas públicas, y elevan rápidamente su guarismo, sin lastimar los intereses de los contribuyentes, y aun haciendo a los mismos oportunas y benéficas concesiones, de las que más de una vez han manifestado los mayores de entre ellos su satisfacción y gratitud a la digna autoridad superior de este ramo.

Cuando un Gobierno comprende tan bien su noble misión, y la llena con tan ilustrado acierto, el pueblo, de cuyo bienestar se trata, no puede menos de estimularse a cooperar con todas sus fuerzas a que las soberanas miras tengan su más cumplido efecto y se realicen los ventajosos resultados que de ella se pueden esperar. Los habitantes de Santo Domingo, siempre sensatos, dan inequívocamente muestras de que saben apreciar los beneficios que les brinda la paz y la inteligente administración que hoy vivifica y desenvuelve los grandes elementos de riqueza de este país; y por lo mismo se entregan con fe y ardor al espíritu de empresa, y a la actividad industrial y mercantil que caracteriza a nuestro siglo, y de que las tristes circunstancias de los pasados años tenía lastimosamente privado a este suelo, que la naturaleza favoreció tan liberalmente, y que a la sombra de la paz tiene hoy un presene halagüeño y vislumbra, ya cercano, un próspero porvenir.

6 de mayo de 1862.





La cuestión de papel-moneda, que ya otra vez ha ocupado algunas columnas de este periódico, ha tenido en los últimos días un incidente digno de toda consideración, y cuyo feliz desenlace ha venido a confirmar de una manera espléndida cuanto anteriormente habíamos dicho tratando esta materia, respecto de la sensatez del virtuoso pueblo dominicano, y el espíritu de conciliación, rectitud y justicia que anima a las dignas autoridades a quienes S. M. ha encomendado los destinos de esta preciosa Antilla, y el cuidado de la prosperidad de sus nuevos súbditos.

Sabido es de todos el deplorable estado en que se halla el papel-moneda dominicano: frágil y disoluble por su propia naturaleza, la mayor parte de él ha llegado ya a su último período de duración, y apenas presenta en sus gastados fragmentos uno que otro signo de su valor nominal. La amplitud con que las oficinas de Hacienda continuaron admitiendo al curso oficial estos billetes no podía extenderse hasta los desconcerta-

dos conjuntos de trozos heterogéneos, y las papeletas que carecieran de los sellos y firmas que dan autenticidad al valor que representan: estas fueron, efectivamente, las únicas excepciones que, como era de razón, establecieron los centros directivos de Hacienda.

Sin embargo de que esta ligera restricción, por cuanto sólo tendía a precaver los perjuicios que sin ella pudieran irrogarse a los intereses del Estado, en nada podía afectar a los del público, bastó, no obstante, para que el comercio, que de suyo es en todos los países del mundo asustadizo y suspicaz, en las poblaciones del Cibao llegara a concebir grande escrúpulo y sería desconfianza hacia este agente de cambio, casi único en aquel distrito; por lo cual, y porque su estado de deterioro era mayor en virtud de la misma causa, el mal tomó rápido incremento, y llegó al extremo de que se suspendieran casi por completo las operaciones mercantiles en todas aquellas laboriosas y bien pobladas localidades.

Para un pueblo turbulento, que desconociera lo que debe a la ley y a la autoridad, y lo que debe a su propio bienestar y conveniencia, esta hubiera sido una ocasión que sin duda habrían aprovechado los agitadores para manifestar en destempladas demostraciones su aversión al orden y a los sanos principios; pero muy lejos de esto, la ciudad de Santiago de los Caballeros, que ha tomado noblemente la iniciativa en tan grave asunto, ha comprendido perfectamente su deber, y la ha llenado de una manera tan digna, que desde luego puede atribuírsele la parte principal en el feliz resultado que se ha obtenido.

El Ayuntamiento, legítimo representante de los intereses comunes, se encarga de someter el conflicto a la consideración de nuestra primera autoridad; hácelo con la noble franqueza y el comedimiento respetuoso del que, sabiendo que solicita una cosa justa, sabe también que aquel a quien se dirige ha de oírle sin otras prevenciones que el deseo del bien público: una manifestación escrita explana en mesurados y precisos tér-



minos la situación, y pide remedio para ella; encomiéndose a una comisión de personas escogidas y de antecedentes honrosos, las que deben esforzar de viva voz, cerca de la autoridad, la exposición que en nombre de todo el distrito presenta la municipalidad.

El Gobierno por su parte, desde que tiene noticia del hecho, aparta toda otra consideración para no ver más que la necesidad de arrollar a cualquier costa el obstáculo que turba el bienestar público en una parte del territorio, y no se detiene un punto en acudir con paternal solicitud al socorro de los honrados habitantes del Cibao. El Jefe de la Hacienda en Santo Domingo dicta instantáneamente los deseos que manifiesta el Ilre. Ayuntamiento de Santiago por órgano de su comisión, sean, si posible es, sobrepujados. He aquí las liberales prescripciones que se fijan a las dependencias de la Real Hacienda para la admisión de este papel como valor corriente:

1ra. Se aceptarán las papeletas cualquiera que sea su estado, con sellos y firmas, o careciendo de estas condiciones cuando el uso haya podido romperlas o borrarlas. —2da. No serán admitidas las papeletas compuestas de pedazos heterogéneos, ni las que no fuesen de legítima emisión del gobierno de la pasada República. —3ra. En los casos dudosos auxiliarán a los Administradores de Rentas y Tesorero General, dos concejales de los Ayuntamientos de las respectivas localidades, cuya declaración de validez hará fe y causará estado.

¿Necesitaremos de encarecer todo lo que esta medida encierra de favorable para los intereses a que se refiere? No lo creemos: puesto que a todos se hace evidente que por tan pródiga resolución se acuerda al desgastado papel-moneda un privilegio sobre el mismo metálico, el cual sufre irremisiblemente las diferencias que corresponden a las alteraciones que tenga, séase en su ley, en el peso o en la acuñación.

¡Extraordinaria, y por todos títulos laudabilísima prueba del grande interés con que nuestras autorida-



des superiores miran la prosperidad de este país, y la tranquilidad y provecho de sus habitantes! Por ella queda establecido victoriosamente que no hay sacrificio que el Gobierno no se halle dispuesto a imponerse por el bien de sus súbditos; que estos nunca ocurrirán en vano a pedirle protección en sus aflicciones, y que para los representantes de la magnánima Isabel Segunda en Santo Domingo el deber principal, el medio más seguro de colmar las aspiraciones de nuestra bondadosa Reina es hacer cuanto sea posible por la felicidad de los dominicanos.

* * *

Componían la comisión del Ilustre Ayuntamiento de Santiago los Sres. Don Juan Luis Franco Bidó, Don Javier Angulo y Guridi, y Don Ramón Iglesia de David. Sabemos positivamente que en el desempeño de su encargo han demostrado un celo y patriotismo dignos de todo elogio. El Excmo. Sr. Gobernador Capitán General les acogió con la mayor deferencia, tomando a empeño el que fuesen despachados satisfactoriamente; y el Illmo. Señor Comisario Regio de Hacienda, que obtuvo de ellos cuantos datos podían ilustrar la cuestión que motivaba su viaje, les mostró desde luego que estaba resuelto a poner pronto término al conflicto monetario del Cibao, precaviendo, con una disposición amplísima, toda incidencia del mismo género para lo sucesivo.

Los hechos siguieron inmediatamente a las palabras; y los Sres. Comisarios han llevado al Cibao una nueva prenda de los elevados sentimientos y nobles deseos de las autoridades a quienes S. M. la Reina ha confiado la dirección gubernativa de Santo Domingo, y el cuidado de apartar todas las trabas que puedan oponerse al desenvolvimiento de nuestra riqueza y prosperidad.

8 de junio de 1862.





El Gobierno de S. M. acaba de adoptar una medida cuyos benéficos efectos han de favorecer en primera línea los intereses materiales de Santo Domingo: es la admisión en Cuba, libre de todo derecho de importación, del tabaco en rama procedente de esta provincia y de Puerto Rico, cuya introducción en aquella isla hermana estaba prohibida hasta hoy.

Esta disposición ha sido adoptada después de determinados estudios sobre la cantidad y calidad del tabaco que puede producirse en Santo Domingo y Puerto Rico, y después de un razonado dictamen dado en favor de esta resolución por el Consejo administrativo de Cuba, a cuya ilustración no podía ocultarse la conveniencia de esa reforma liberal, bajo el doble punto de vista del interés colectivo, y del especial de todas y cada una de las tres Antillas españolas.

La condición a que hasta ahora habían estado sujetos nuestros tabacos, con los mercados alemanes por única salida, era sobremanera perjudicial y enojosa,

tanto para los agricultores, esa clase digna de interés y protección por parte de los gobiernos, como para nuestros negociantes. El atraso en que se encuentra el comercio del Cibao no es imputable a otra causa, sino a la dependencia exclusiva en que el tabaco, objeto principal de sus operaciones, se encuentra respecto de Hamburgo y Bremen, donde además de los accidentes ordinarios e inevitables de las bajas, se corren azares de naturaleza muy distinta, como lo comprueba el lance que acaba de ocurrir a un comerciante muy conocido de Santiago, que habiendo hecho en el año último una importante remesa de tabaco a Hamburgo sufrió en ella una pérdida de treinta mil duros, según las cuentas que le pasaron sus corresponsales, y cuando ya se creía sumido en la más completa ruina ha adquirido datos auténticos e irrefutables de que sólo ha sido víctima de una infidelidad, y va a Europa a intentar la correspondiente reclamación. Hechos como este no necesitan comentarios: ellos bastan a indicar los graves inconvenientes a que está expuesto el comerciante cuando fía su fortuna a la buena fe de agentes que viven en un mercado tan remoto del punto donde opera el consignador, y donde la forma de las transacciones, la legislación y hasta el idioma son al mismo de todo punto desconocidos.

Después de lo que antecede no necesitamos esforzarnos mucho para hacer notar el contraste que hay entre aquellas condiciones y las que la Real disposición crea para los intereses agrícolas y mercantiles de nuestra isla. El tabaco de Santo Domingo, pudiendo entrar sin trabas al mercado de Cuba, se moverá con gran facilidad y ventaja dentro de la esfera patria, y no está por fin limitado a la especie de monopolio que hasta el día ha soportado, ni sujeto a las oscilaciones que le imprimían algunos especuladores cuya mala fe ha causado la miseria de muchos honrados comerciantes del país. Esto lo saben muy bien los comerciantes de Santiago y La Vega, como centros principales de la pro-



ducción tabaquera del país, y ellos asentirán sin duda, en su mayor parte, a las verdades que dejemos consignadas.

No tardaremos en ver concurrir a nuestro país agentes del comercio de Cuba, que extenderán sus especulaciones hasta el tabaco en estado de siembra, lo cual ensanchará rápidamente la órbita de la producción y de los negocios, estimulando la colonización y laboreo del vasto y feraz territorio dominicano, casi del todo inculto e improductivo al presente por falta de la demanda activa, que fomenta la producción, y aun facilita bajo diferentes formas el capital necesario para su desarrollo.

23 de febrero de 1863.





El progreso, eterno y grande objeto de la vida social, es al mismo tiempo la materia que más se presta a la disertación, y más merece ocupar la atención del lector ilustrado. Las íntimas relaciones que con ese asunto guardan las prácticas gubernativas y los sistemas políticos de cualquiera índole que sean, como las evoluciones incesantes de la humanidad, hacen utilísimo a toda clase de personas el examen continuo de esa importante cuestión, incluso aquellas que por estudios serios y concienzudos han llegado a formar su juicio sobre ella, en consonancia con las más acreditadas teorías.

Donde quiera que se alza una sociedad, o lo que es lo mismo, un grupo de individuos sujeto a la autoridad de leyes determinadas, hay dos partes que componen ese todo, y forman una unidad moral, cuyas funciones entre las demás unidades de su especie son semejantes a las del individuo entre los demás individuos, y se reducen a procurar la paz, la seguridad, el bienestar, el progreso, que es la propensión instintiva de la humanidad.

El Gobierno y el país, la administración y los administrados, el monarca y los súbditos, y aún, si se quiere, el autócrata y los siervos, todos tienen su razón de ser bajo tales formas en la necesidad del bien, que es el punto objetivo de toda sociedad constituida; y a este respecto, unos y otros tienen deberes imprescindibles a que ceñirse, so pena de alejarse indefinidamente del punto que se aspira a alcanzar.

Para conseguir, por ejemplo, la paz y la seguridad, que son los puntos de partida de todo adelanto material y moral, es preciso que los gobiernos sean justos, prudentes y fuertes. Su justicia no solamente castiga y reprime el mal, sino que alienta y estimula al bien: su prudencia no solamente resuelve con precisión y tino las más arduas cuestiones públicas, sino que se extiende a prever los conflictos y a evitarlos hábilmente; su fortaleza no se limita a proteger el Estado o la sociedad contra los enemigos exteriores o los perturbadores intestinos, sino que sirve también para mantener incólumes, con inquebrantable rectitud, los sagrados principios en que descansan los derechos del individuo, y las garantías del cuerpo social.

Pero no sería suficiente esa suma de cualidades pródidas en la autoridad, si los individuos, no comprendiendo la utilidad y conveniencia de aquellos objetos, lejos de cooperar a su consecución, se dedicaran a neutralizar los buenos efectos de la acción gubernativa. Un religioso respeto a las leyes, obediencia y docilidad para con los poderes legítimos del Estado, son las condiciones principales y las más absolutamente indispensables en los individuos para que el cuerpo social disfrute los beneficios incalculables de la paz, y pueda desenvolver los elementos de su prosperidad.

Si nos concretamos a la riqueza, que simboliza el bienestar material, y es por lo mismo vulgarmente considerada como el tipo máximo de la felicidad (teoría que aceptamos tratándose de un pueblo colectivamente, pero en manera alguna tratándose del individuo), encontra-



remos la misma imprescindible necesidad de una cooperación inteligente y bien intencionada del gobierno y de los gobernadores para llegar a aquel fin. El gobierno, brindando protección al trabajo y a la industria, estudiando las necesidades del país, y aplicándose a remediarlas, ya atrayendo a él con la oferta de ventajas reales y efectivas aquellos elementos que le hacen falta, ya fomentando con poderosos estímulos aquellos ramos especiales de producción, que más cabida puedan encontrar en el comercio, ya por último abriendo a este ancha puerta para que la especulación entre por ella sin vacilaciones ni temores, echa los cimientos sobre que se construye el edificio, y cumple de este modo con la parte de la tarea que a él está encomendada. Pero inútil será que las bases ocupen su lugar, si no se levanta y fabrica sobre ellas, si el espíritu mercantil e industrial no cobra bríos, a pesar de las franquicias y la protección concedidas al trabajo, si la especulación, que es la parte correspondiente a las empresas particulares, permanece comprimida por una infundada timidez, o por una injustificable apatía.

No estamos precisamente en el caso de aplicar a Santo Domingo las consideraciones que dejamos sentadas: todo lo contrario, *La Razón* ha registrado muchas veces, y tiene que registrar cada día, ilustradas medidas gubernativas, eminentemente protectoras y favorables al desarrollo de la riqueza pública, mientras que consigna al mismo tiempo multiplicados testimonios de que el país ha entrado de lleno en la senda de las mejoras materiales, y que el espíritu de empresa comienza a despertarse en presencia de la estabilidad y la seguridad que en buen hora hoy gozamos. Mas por la misma razón creemos oportuno poner estas reflexiones a la vista de nuestros lectores, para que se propague y extienda cuanto más fuere posible el conocimiento de verdades tan provechosas, como hemos dicho al principio, a toda clase de personas, y especialmente a los intereses de la generalidad.

1 de marzo de 1863.





Es difícil hallar una explicación racional a la insurrección que acaba de fenecer, cuando apenas comenzaba a existir; y esta dificultad estriba en que el movimiento carecía de justificación, y carecía de objeto, dos cosas absolutamente indispensables para toda empresa en la que se aventure la propia conservación, y se comprometan los más caros intereses de la sociedad.

El movimiento carecía de justificación, porque el Gobierno de S. M., lejos de haber faltado a ninguno de los deberes que se impuso aceptando la reincorporación de Santo Domingo, ha ido mucho más allá de lo que exigía su cumplimiento. Este país era débil y pobre, y tenía enemigos poderosos y fuertes; concretada toda su energía vital a defenderse de las invasiones de Haití, las fuentes de la prosperidad pública estaban cegadas; su comercio, su agricultura y su industria estaban absorbidas por ese monstruo devorador e insaciable que se llama la guerra, en medio de la cual nacen y crecen los desórdenes, la inmoralidad y la ruina, mientras que

palidecen y se ahuyentan o perecen las virtudes sociales, cuya práctica conduce al progreso y sin las cuales los pueblos caen rápidamente en la abyección o la barbarie, en la disolución o la muerte.

En vísperas de la anexión, todos podían comprender en Santo Domingo que la República tocaba irremisiblemente a su término; y ese término se presentaba a la conciencia de todos con los síntomas aterradores de una sangrienta catástrofe: ¡la guerra civil, la anarquía, Haití!..., tales eran las tres etapas que en la marcha fatal de los acontecimientos se ofrecían a la consideración de todo hombre pensador. La medida de los sacrificios estaba colmada; diez y siete años de guerra, de inseguridad y de incesantes alarmas habían postrado las fuerzas del país y gastado sus últimos recursos, hasta su constancia y su abnegación.

Los principios y los derechos, como los intereses materiales, naufragaron con frecuencia en aquella tempestad permanente, que todo lo arrebató en sus impetuosos remolinos; y ¿qué tiene de extraño, cuándo en los países más adelantados, más ricos y considerados del globo se ha visto desatendida la voz de la ley, de la razón y de la humanidad cada vez que las pasiones políticas han hecho oír su atronador rugido?

En aquella hora suprema el país vio su salvación en la Monarquía Española, que le había dado ser y origen, de cuya benéfica dominación había conservado gratisimos recuerdos en medio de sus mayores infortunios. Estaba caído, España le levantaría; era pobre, cuando tuviera la seguridad que le faltaba, por sus naturales elementos podría llamarse rico; enfermo y débil, se consumía rápidamente, en el robusto seno de la Nación Española recobraría las fuerzas, la sangre, la vida que le faltaba, descansaría de sus estériles fatigas, y luciría por fin, para sus desgraciados hijos, el deseado sol de la paz y de la estabilidad.

Los dominicanos se volvieron, pues, a España, invocaron los sagrados vínculos que unían a los dos pue-



blos, los títulos de fraternidad, de origen, de idioma, religión y costumbres, los recuerdos de la gloriosa lealtad con que nuestros padres derramaron muchas veces su sangre en los campos de esta isla, por conservarla bajo el cetro español...; pero España no necesitaba tanto para oír nuestra voz; bastábale saber que éramos desgraciados, y su hidalguía, su nobleza, su magnanimidad, interpretadas de una manera sublime por la magnanimidad, la nobleza y la hidalguía de una gran Reina, resolvieron la aceptación de los votos espontáneos de este país.

La transformación ha sido inmediata y radical. Ayer nuestra nacionalidad era pequeña, despreciada y ajada por todo el mundo; hoy pertenecemos a una Nación fuerte y respetada: éramos blanco de la extranjera codicia, y hoy vivimos en la seguridad de que no puede venirnos del exterior ninguna tentativa contra nuestro reposo. En el régimen interior del país, la paz permite al fin que todos los hijos de este suelo se dediquen a las productoras tareas de sus respectivas industrias, y se ofrecen al trabajo todas las franquicias y aún los estímulos que más pueden fomentarle: la propiedad, la seguridad personal, los derechos individuales tienen la más eficaz garantía en las justísimas y protectoras leyes que nos rigen, que dan a cada cual lo que le corresponde, y le ponen al abrigo de toda invasión o vejamen, ya proceda de un particular, ya de un agente público en el ejercicio de sus funciones, y por muy elevadas que estas sean.

El Gobierno de S.M., admitiendo como suyos los actos legales del antiguo gobierno de la República, ha hecho frente a los compromisos que éste dejó pendientes, y ha solventado o vertido al crédito del Estado las deudas que de esos compromisos se derivan. Se ha ido hasta alterar muchas veces las prácticas administrativas, con el objeto de satisfacer reclamaciones que, fundadas en una legislación distinta, aunque justas, hubieran quedado indefinidamente suspensas, de ser so-



metidas a una rigurosa tramitación legal, según el escrupuloso sistema hoy vigente.

Contra semejantes procedimientos, ¿qué voz hubiera podido lanzar con justicia una queja? ¿qué partido podía sacarse de ellos para justificar una rebelión? Ninguno.

Bien lo comprendieron los autores de la malaventurada insurrección de Guayubín; y por eso en vez de citar un solo hecho como fundamento de su criminal empresa, emplearon, para impresionar los ánimos, las más absurdas conjeturas para el porvenir. No era posible desacreditar los actos que han señalado durante dos años vencidos la dominación española en Santo Domingo; no era posible deducir desventajosos corolarios de esos actos que, todos tienen el sello de la ilimitada bondad de nuestra augusta Soberana, y de las rectas intenciones e ilustración de sus dignos delegados en esta provincia; pero sí se podría contar con el candor de ignorantes campesinos, para precipitarlos en su ruina; y se les engañó, ¿de qué modo? diciéndoseles que se intentaba esclavizarlos; sin acordarse de que al declarar reincorporado este territorio a sus regios dominios, la Reina declaró solemnemente, a la faz del mundo, que **JAMÁSS SE RESTABLECERÍA LA ESCLAVITUD EN SANTO DOMINGO**; y sin echar de ver que otros derechos de menor cuantía que la libertad individual, han sido religiosamente respetados en toda clase de personas.

Basta con lo dicho para comprobar que la rebelión carecía de causas justificadas: veamos ahora si podía tener objeto racional.

Los rebeldes proclamaban la República, lo que equivalía a querer volver al punto de partida, a las vísperas del 18 de marzo del 1861; esto es, a una perspectiva aterradora de la guerra civil, la anarquía y Haití, que hubiera resucitado sin duda sus pretensiones sobre este territorio, desde que la bandera española dejara de ondear en él, si este último caso pudiera llegar. Pero hay que suponer entonces que España, justamente indig-



nada por tamaña ingratitud, no se resignaría a hacer un papel pasivo y desairado, sino que las siniestras tintas de aquel cuadro habrían de recargarse con los efectos de su cólera, terrible y vengadora.

No tenía por tanto objeto racional la insurrección; ostensiblemente sólo tenía un objeto imposible, un delirio, un absurdo; aunque sus verdaderos autores, los enemigos de nuestra prosperidad, se dirigían como antes hemos dicho, al fin especial de turbar el reposo y entorpecer el progreso de este suelo. El mal éxito de sus inicuos planes ha demostrado que no es fácil desacreditar lo bueno, ni extraviar la conciencia pública; al extremo de hacerla incapaz de discernir el bien del mal, prefiriendo una perdición segura, la ruina y la muerte, a la paz, el bienestar y las demás inapreciables ventajas que comienza a disfrutar el país bajo la actual situación.

22 de mayo de 1863.





Apareció el monstruo de la rebelión, y nosotros le preguntamos ansiosamente: ¿cuál es tu objeto? ¿Qué quieres? ¿Qué principios proclamas? ¡Ay! demasiado pronto hemos recibido la respuesta, y hoy sabemos de una manera tristemente positiva que el objeto, la voluntad y los principios de los rebeldes que infestan el Cibao se reducen a esta horrible fórmula: *matanza y destrucción*.

Ciertamente ninguna persona dotada de sentido común pudo presumir nunca que un movimiento revolucionario, emprendido contra la benéfica dominación española en este país, pudiera entrañar otra cosa que la ruina de los más sagrados fundamentos sobre que descansa la sociedad.

Pero una cosa es que por la fuerza de hilación de los acontecimientos, en pos del extravío y la ceguera de las pasiones políticas se llegara inopinada y fatalmente a ese resultado, y otra cosa es que de una manera deliberada se escogiese al crimen, en su mayor grado

de repugnante fealdad, como bandera de un levantamiento contra la legítima autoridad. Para lo primero cabría siquiera la disculpa del error o la ignorancia; para lo último, la conciencia humana, la naturaleza misma lastimada en sus más nobles fibras, sólo pueden abrigar un sentimiento de profundo horror, lanzando su más riguroso anatema sobre los perturbadores y señalándolos a la execración universal.

Matanza y destrucción; hasta ahora es cuanto la anónima rebelión del Nor-Oeste ha dejado adivinar de sí: su aparición fue señalada con el atroz asesinato de los desdichados enfermos que yacían dolientes en el hospital de Guayubín, con el saqueo y el incendio de aquella población; y luego cada paso que han dado adelante los rebeldes ha dejado una huella sangrienta, y el rastro de los más inhumanos excesos. Apenas podemos concebir que haya hombres nacidos en esta tierra, y que aprendieron de sus padres la ley de Dios y las máximas sublimes del cristianismo, que así se conviertan en bestias feroces, escandalizando al mundo con rasgos de inaudita rabia, cuando en todos tiempos antes de ahora el carácter general de los dominicanos, heredado con su origen español, ha sido formado por sentimientos de humanidad y mansedumbre, unidos al valor caballeresco y generoso que siempre debe existir en seres capaces de comprender la dignidad del hombre.

Esta prueba en lo moral, como otras muchas en lo material, indican a las claras que, como otra vez hemos dicho, el impulso de la rebelión viene de fuera, y parte de mano interesada en la ruina y disolución completa de este país. No es por lo mismo extraño que ningún nombre conocido con alguna consideración entre nosotros se haya asociado a ese vandálico movimiento, donde solamente figura lo más abyecto y despreciable de la población del Cibao. Ni es de extrañar tampoco la falta de unidad y de concierto que revelan todos los actos de los revoltosos, quienes careciendo de un jefe de mediana inteligencia que imprima alguna regulari-



dad a sus evoluciones, obedeciendo cada cual a sus propias inspiraciones, solamente se hallan acordes cuando se trata de cometer alguna atrocidad, cayendo sobre poblaciones indefensas como una bandada de buitres, pillando todo lo que encuentran, dando muerte a seres inermes, y coronando su obra con el incendio, para refugiarse luego en los montes como las fieras a que tanto se asemejan.

A muchos infelices campesinos, honrados y pacíficos, les han maltratado por no haberse querido adherir a sus maldades; otros más pusilánimes, por salvar la vida, se han prestado a acompañarles contra su voluntad, comprometiéndose de ese modo en la responsabilidad de crímenes, que sin duda repugnan a sus sesgados instintos; y todos los hombres que en aquel distrito aman el orden, todos los que tienen alguna significación por su inteligencia, su honradez o su caudal, han podido convencerse hoy más que nunca de que la dominación española es el áncora de salud de todos los principios sociales contra los elementos deletéreos que les amenazaban en Santo Domingo.

Así mismo lo entiende la gran mayoría de los naturales del país, que si antes por afecto y gratitud, hoy por el instinto de la conservación deben ser españoles, como manifiestan serlo ofreciendo los habitantes de casi todas las poblaciones dar la vida si es necesario por la bandera nacional y el trono de S. M. la Reina, ofrecimiento que sin duda neutralizará el profundo pesar que en el seno de la bondadosa Soberana causará la negra ingratitud de los pocos dominicanos espúreos, instrumentos serviles del odio y la ambición de enemigos extranjeros, ofrecimiento que ya hemos visto generosamente cumplido por los habitantes de Moca, que ante la intimación de una multiplicada fuerza rebelde, empuñaron las armas, y junto con la pequeña cuanto insigne heroica guarnición peninsular, supieron sellar con su sangre sus juramentos de lealtad.



Traidores sin fe ni opinión, como es el titulado general Gaspar Polanco, quien no hace cinco meses pretendía acreditar su adhesión a la autoridad, degradándose hasta la delación y el espionaje; malvados célebres como el nombrado Pedro Salcedo, o merodeadores de oficio como otro Salcedo que vivía en la frontera, tales son los hombres que capitanean esa insurrección sin principios políticos de ningún género, que se emboza y va de incógnito cometiendo toda clase de violencias sin poder decir "esto quiero", porque lo que ellos quieren no es para decirse, ni escribirse, y porque los infames fautores de la rebelión, los que la han fraguado en el extranjero, y la han provisto de armas y pertrechos, temen comprometer sus fines si se hace una manifestación, siquiera sea fementida, de principios cualesquiera.

Bien que esos fines torpes o inicuos ya están completamente frustrados; primero, por la nefanda conducta de los revoltosos; segundo, por la inquebrantable lealtad y el amor al orden de la gran mayoría de los dominicanos, y finalmente por el irresistible empuje de nuestro valiente ejército, salvaguardia del trono y de la sociedad, que ya ha principiado a dar muestras de su heroico brío, y que muy pronto dará su completo merecido a las indisciplinadas huestes de la rebelión.

5 de septiembre de 1863.





Después de indagarlo mucho, después que la insurrección se ha cubierto de sangre y ha recorrido toda la vasta escala de los crímenes, sabemos al fin que procura disfrazar sus aviesos motivos proclamando por principio nada menos que el restablecimiento de la república.

Esto es positivamente absurdo: la república, que en Santo Domingo sólo representó antes de ahora la oligarquía militar, hoy significaría simplemente la más desenfrenada y escandalosa anarquía. Para que los hombres de bien se convenzan de ello sólo necesitan mirar a la cualidad de los pretendidos restauradores. Cada asesino, cada incendiario de los que han sembrado la ruina y el estrago en el Cibao, habría de querer para sí el primer puesto; y el país, blanco de las ambiciones de semejantes bandidos, se convertiría en un verdadero *pandaemonium*.

Ellos mejor que nadie, deben sentir toda la extravagancia que encierra su idea, y solo la adaptarán por-

que en el punto avanzado a que por el concurso de mil funestas circunstancias ha llegado la insurrección, es preciso se dé alguna razón, algún pretexto a las turbas ignorantes que, sin saber a donde iba, siguieron la bandera rebelde. Y sin embargo, el pretexto no podía ser más malo, porque lo que se llamó república en este país distó mucho de hacer su felicidad, y esa palabra aplicada a aquella situación, es sinónimo de pobreza, de infortunio, de malestar y postración.

Para invocar la república con algún viso de fundamento serían necesarias muchas condiciones con que están muy lejos de poder contar los insurrectos del Cibao. Primera: que la época llamada republicana hubiera sido de prosperidad y bienandanza para el país y sus habitantes; segunda: que esa prosperidad y bienandanza hubieran desaparecido por efecto de la dominación española; y finalmente, que los que marchasen a la reconquista de aquellos perdidos bienes fueran hombres de principios, que tuvieran la conciencia de una misión digna, y las manos puras de crímenes. Faltando una sola de esas condiciones, el alzamiento carece de la más leve justificación. A los rebeldes del Cibao les faltan todas tres.

Primero: porque la época llamada republicana lo fue de males y desgracias sin cuento, de ruina y de miseria, de subversión, conculcación y confusión de todos los principios y derechos sociales e individuales; porque fue una época de guerra exterior continua, y de discordias incesantes dentro del país; porque éste era débil y pequeño, y nadie le creía digno de respeto; porque los partidos no vivían ni se consideraban felices sino a costa del reposo, de los intereses y de la vida de los partidos opuestos.

Tal fue la República Dominicana.

Segundo: porque España ha querido de buena fe restañar las heridas y curar las llagas que en el país dejaron sus males y desgracias; porque ha querido levantarle de la ruina y la miseria; porque ha querido



erigir un altar a los principios sociales y a los derechos individuales; porque ha querido borrar las huellas de la guerra extranjera e intestina, dando una nacionalidad respetable a los dominicanos, y convidando por igual a unos y a otros a llamarse españoles, y a hacerse dichos súbditos de una Reina digna y magnánima.

Tal ha sido la dominación española en Santo Domingo.

Y finalmente, porque la conducta de los rebeldes dice muy alto que esos hombres carecen absolutamente de principios, aun de los que la próspera naturaleza ha revelado a todo ser racional; porque si tuvieran la conciencia de una misión digna, no tratarían de llevarla a cabo por los réprobos medios de que se están valiendo; porque sus manos destilan sangre, y porque sus corazones son presa de todas las pasiones salvajes que degradan al hombre, trasformándose en bestia feroz.

Tales son los fautores de la insurrección del Cibao.

Por consiguiente, ellos no pueden proclamar la república, y ni ese, ni ningún otro principio que se les ocurra profanar, puede servirles de broquel para justificar o excusar su rebeldía a los ojos del mundo. Rebeldes son solamente, y rebeldes del peor género: la guerra que hacen es injusta e impía, y su modo de hacerla es feroz y execrable. Agrúpense todos los buenos dominicanos bajo el glorioso pabellón español, y defiendan desde tan noble puesto la sociedad, el orden y los principios. El campo opuesto no es sino el campo del crimen, y el castigo de los que en él militan no tardará en consumarse.

26 de septiembre de 1863.





La prensa de la Península, según la última correspondencia, diserta largamente sobre los acontecimientos políticos actuales de esta Isla, y se refleja en toda ella la profunda impresión que ha causado en la Metrópoli la noticia del nuevo alzamiento. Todos los periódicos exceptuando a dos o tres, tienen una sola voz, para manifestar que si España debe mantenerse en Santo Domingo es necesario ante todo inquirir la verdadera causa de esos frecuentes trastornos, y tratar de extirparla en su raíz, para que más no se reproduzcan. Esos mismos órganos de la opinión, guiados por el instinto de la verdad, se han aplicado con insistencia a buscar fuera de este país y del espíritu de sus habitantes el origen de los males que estamos deplorando. Y ciertamente el raciocinio más sencillo conduce lógicamente a ese resultado. ¿Es posible que los dominicanos, cuando tenían autonomía y se gobernaban por sí mismos, hicieran uso de esa autonomía y de sus facultades de pueblo soberano para someterse al gobierno español,

en la mira de hallar su reposo y bienestar, y que ese mismo pueblo, después de conseguido su objeto, aspire, a recuperar la triste condición de que apenas ha comenzado a salir, oponiendo una perturbación incesante a los beneficios que naturalmente se desprenden de su transformación? Eso sería un contrasentido, monstruoso, para el que no habría otra explicación que la carencia absoluta de todo criterio racional, la pérdida del buen discernimiento y de la sana razón, a lo que no hay lugar tratándose de un pueblo que aclamando la dominación española dio una rara y espléndida prueba de cordura, y de conocer perfectamente lo que mejor convenía a sus intereses políticos, comprometidos de la manera más grave en aquellos días que precedieron a la solemne abdicación de una autonomía ficticia y abrumadora.

Ante esas consideraciones, que han de ocurrir a todo el que se detenga a meditar concienzudamente sobre la historia y la suerte de este país, será preciso reconocer, como ha sucedido al mayor número de los estadistas de la Península, que si bien pueden y deben existir en Santo Domingo, por la misma fuerza de sus especiales circunstancias, algunos elementos perniciosos (que en sociedades menos combatidas suelen también existir), no es el pueblo dominicano, en la acepción genérica de la frase, el que renegando de la nacionalidad española, que no le fue impuesta por la fuerza, ni por la sorpresa, sino que fue adquirida por la propia voluntad de los dominicanos, tiende hoy a su ruina y a su disolución completa, empeñado en sustraerse a la obediencia que juró a una Reina de quien tantas muestras de maternal benevolencia ha recibido.

Y efectivamente no son los dominicanos ingratos ni rebeldes, por más que para hacerlo pensar así discurren por los campos del Cibao muchos hombres que sirviendo de instrumento al maquiavelismo de los enemigos del país, han asolado y devastado todo aquel territorio, que poco hace marchaba aceleradamente por la vía del progreso.



No es ingrato o desleal un pueblo que ofrece por el contrario mil nobles y plausibles ejemplos de la abnegación con que los hombres de principios acostumbran cumplir sus deberes públicos, posponiéndolo todo, familia, hacienda y vida al generoso cuidado de la honra, y de conservar incólume la fe jurada.

¿Quiénes son los dominicanos que figuran en las filas rebeldes? Apenas hay entre ellos un hombre medianamente conocido en el país, o que se hiciera notar por alguna acción distinguida durante los diez y siete años de lucha con Haití, en que bastaba un poco de arrojo personal en los combates para adquirir fama y nombradía por todos los ámbitos del territorio. Cuantos tuvieron alguna significación, o hicieron algún papel sobresaliente en la extinguida República, han permanecido firmes al lado de la ínclita bandera española donde quiera que la autoridad ha querido levantar un dique contra la insurrección.

Todos los militares que se ilustraron en aquella guerra gloriosa, los que eran el símbolo del valor, de la lealtad y la constancia del pueblo dominicano, los que habían adquirido entre sus conciudadanos la aureola de popularidad que siempre alcanza el mérito verdadero, los que a su nombre han llevado unido el nombre de alguna hazaña inmortal, todos han sido fieles a España, y a sus honrosos antecedentes; todos han derramado y están derramando por ella la misma noble sangre que regó los campos memorables de Azua, Beler, Estrelleta, Las Carreras, Santomé, Cambronal y Jácuba.

Si se quisieran nombres propios de personas, la lista que tendríamos que hacer sería muy larga. Si se nos pidiera que citáramos hechos, habríamos de escribir dilatadas páginas para consignar los innumerables rasgos de adhesión y los testimonios de acrisolada lealtad que han dado y continúan dando a España muchos hijos de Santo Domingo.

Para juzgar del país, y de los sentimientos de sus naturales, es preciso mirar a esos modelos; para juzgar



de la insurrección es preciso mirar los estragos que está haciendo, los inmensos perjuicios, la ruina que ha causado a millares de dominicanos dignos y patriotas que eran los más interesados en la conservación del orden, y en el respeto de las leyes y de los principios. Comparando equitativamente esos hechos, ha de resultar por fuerza que los verdaderos fautores de la rebelión no son dominicanos, y que el interés que los guía no es ni puede ser el interés del pueblo dominicano.

7 de noviembre de 1863.





Así como el que tiene fijos los ojos en una planta joven no percibe su progresivo y constante crecimiento y le acusa de tardío, así también los que espectamos la rebelión cibaëña no percibimos con facilidad su marcha retrospectiva, porque los incidentes del drama detienen en puntos determinados nuestra atención o nos confundimos con la rápida sucesión de multiplicados acontecimientos. Necesita el agricultor para conocer lo que crece en determinados períodos su árbol comparable con una extensión cualquiera que le sirva de metro; y nosotros también para saber lo que venimos ganando sobre los rebeldes, necesitamos comparar el estado actual de éstos con alguna de sus situaciones anteriores: escogeremos, pues, como metro de la rebelión su período culminante a esta isla de nuestro dignísimo Capitán General Don Carlos de Vargas.

A principio de noviembre estaban ya en poder de los facciosos la extensa provincia del Cibao y todas las de la banda del Sur con las poblaciones de San Cristóbal,

Baní, Maniel, Azua, Barahona, Neiba, San Juan y Las Matas: eran sus límites, la frontera haitiana por el O; Samaná por el N; el mar por el S; y el río Jaina, que dista cuatro leguas de Santo Domingo, y la cordillera del Sillón de la Viuda por el E. Poseían, pues, las cuatro quintas partes de nuestro territorio. Ondeaba sin embargo, en el fuerte de Puerto Plata nuestra bandera pero ahumada por el incendio de la población y atacada desde las cenizas por un enemigo engreído y que se creía victorioso.

Sólo por el E. se comunicaba con provincias fieles la capital, y se llegó a temer un asedio. Nuestras valientes y sufridas tropas habían abandonado por órdenes superiores y en virtud de cierto plan de campaña a Santiago, Puerto Plata y Azua; con cuyos abandonos, injustificables a sus ojos, padecía la moral del soldado y crecía la audacia de los rebeldes. Reinaba la desconfianza en todos los corazones: los valientes leales se preparaban a morir defendiendo nuestro glorioso pabellón, los de almas apocadas abandonaban el país y aquellos entes insignificantes que como los insectos viven a la lumbre del Sol, creyendo la rebelión más potente cada día sólo pensaban en aparecer como sus partidarios luego que venciese.

Este era el estado de las cosas en noviembre próximo pasado. ¿Hemos mejorado en los tres meses transcurridos de entonces acá? Echemos una ojeada en torno y responda por nosotros el actual estado de la insurrección.

Hemos reconquistado a consecuencia de un eslabonamiento de victoriosos ataques a Baní, Azua, Maniel, San Juan y Las Matas y es probable que a estas horas estén ya en poder nuestro Barahona, el Cercado y Neiba. Hemos limpiado de facciosos toda la banda del Sur y toda la península de Samaná en el Norte, hemos batido a los rebeldes cinco veces en Guanuma y Yamasá, dos en Puerto de Plata, una en San Cristóbal y otra en Los Llanos a donde se refugia-



ron algunos después de la intentona contra el vapor Majestad en el estrecho río Yabacao. Les hemos tomado cañones y por mar y por tierra armas y municiones de boca y guerra.

Sus fronteras se han restringido considerablemente y puede decirse que la rebelión se encuentra circunscrita al Cibao; pues si bien es cierto que San Cristóbal permanece fuera del orden, ni nos hostiliza, ni puede hacernos frente cuando lo atacamos por falta de gentes, armas y pertrechos, y las partidas latro-facciosas que aparecen en Hato Mayor y sus cercanías, huyen espantadas ante las tropas leales y son más bien merodeadores que guerreros.

Hemos reconquistado, pues, en tres meses dos quintos del territorio de la provincia, adelanto inmenso si se tiene en cuenta, que al mismo tiempo que batallamos contra ellos, luchábamos con el clima, la falta de caminos, los bosques, las enfermedades y la difícil conducción de municiones.

Ahora bien; apaciguada ya la parte del Sur, es decir, con todos esos enemigos menos a quien combatir, ¿cuánto tardaremos en plantar nuestra enseña sobre las cenizas de Santiago? Si fundándose en las probabilidades puede el hombre predecir un resultado más o menos exacto, en vista de las circunstancias y de los nuevos elementos con que contamos, es lícito esperar que en tres o cuatro meses hayamos concluido la pacificación del Cibao. Como nosotros piensan aquellos hombres conocedores del país por haber manejado sus destinos en otra época; y la confianza de todos se manifiesta en que los negocios han vuelto a su curso natural, en que nadie emigra ya y en que el espíritu de empresa comienza a aparecer de nuevo.

23 de enero de 1864.





A más de las ventajas materiales que militan en favor nuestro contra las hordas rebeldes, tenemos un auxilio poderosísimo en la falta de carácter y de inteligencia de los jefes facciosos, que con desaciertos continuos empeoran de día en día la situación, ya bastante difícil, de su partido: el talento, la pericia y ardid son elementos de mucho peso en la balanza política, por cuanto suplen muchas veces la falta de otros que parecen indispensables y cuya urgente necesidad remedian. A no ser completas nulidades políticas los prohombres de la rebelión cibaëña, trataran desde luego de dar a su causa, siquiera fuera en apariencia, cierto carácter de moralidad y se hubieran ellos revestido del grave continente que tanto respeto impone a las masas y que hace nacer en ellas la confianza; pero, ignorantes como las turbas indisciplinadas que acaudillan, hijos y hermanos de ellas y por lo tanto imbuidos en sus mismas ideas y a su misma altura en la escala intelectual, si bien con algo mayor arrojo, esos jefes nivelados en to-

dos conceptos con la clase infima de la sociedad, no han imaginado siquiera que dejando de ser pueblo y elevándose por consiguiente a otra esfera tenían como la crisálida que dejar abandonado el grosero capullo y ostentar como la mariposa sus nuevos colores volando sobre la tierra en que de primero se arrastraba.

Fortuna, ha sido, nuestra ese torpe error; no porque pudiera jamás la insurrección por bien dirigida, resistir la fuerza de nuestro mejor derecho y de nuestras invictas armas, sino porque nos hubiera costado más tiempo y más trabajo dominarla. El primer sintoma de su escasa vitalidad se echó de ver desde luego en la condición de los jefes, casi todos encausados criminalmente y algunos de todo punto desconocidos: y era que los hombres de valía, de clara inteligencia o de buen criterio, no simpatizaban con la inicua rebelión ni creían posible su triunfo, por lo que después del abandono de Santiago, prefirieron buscar un refugio entre las asperas de las montañas, a sancionar, aunque fuera de por fuera, con sus nombres y su intervención un estado de cosas incompatible con su honradez y su conciencia.

Antipática la rebelión a los hombres leales, injustificable para los honrados, ruinoso para los pacíficos, imposible para los de buen criterio, quedó abandonada a la ignorancia, a la ambición, a la mala fe y, en fin, a ese sobrante pernicioso de la humanidad que vive en las cárceles o en la lóbrega espesura de los bosques. Con semejantes caudillos no podía ser la rebelión sino un alzamiento de bandidos: el incendio, el asesinato y el pillaje que han llevado como bandera de partido, como cínica exposición de sus principios político-sociales, hasta donde pudieron adelantar el pie, son testimonios elocuentes.

Que mal que bien pudo la facción vivir mientras consumía las riquezas particulares de que se apoderó en el Cibao; pero agotada ésta, falta ya de recursos y viendo en consecuencia, los jefes, que deserta el pueblo su bandera y se esconde en los bosques y huye de



los campos de batalla, con lo cual cae desbaratado, como castillo naipes, el edificio de su ambición, recurren a la violencia para procurarse partidarios y soldados, a la mentira para animar las turbas, y llegando a lo sublime del ridículo, hacen gemir la prensa y publican decretos sobre decretos, risibles todos, absurdos muchos y algunos que parecen burlas.

En efecto, después de cinco meses de rebelión, después de sus matanzas, incendios y robos a mano armada, ahora, declaran en un decreto la guerra a España por mar y tierra y anuncian que van a armar sus buques, para lo cual comienzan nombrando un ministro de Marina. ¿Es esto burlarse de sí mismos o es, acaso, el colmo de la estupidez?

Si no hubiera corrido sangre, si tantos no lloraran hoy su bienestar perdido, a fe que riéramos de la rebelión considerándola un divertido sainete y la tuviéramos como farsa de carnaval, en que trocados los papeles sociales los monos parodiaran a los hombres: pero la risa se niega al labio y viendo tan ridículas escenas nos avergonzamos por ellos, ya que son incapaces de otro tanto. Lástima sólo deben inspirar esos pobres necios que juegan con la rebelión, como el niño que se divierte en incendiar la casa paterna entre cuyos escombros va a quedar sepultado.

Prosiguiendo su parodia de gobierno llaman a sus banderas, por otro decreto, a los valientes de las reservas que combaten en nuestras filas. ¿Cómo han podido imaginar siquiera que tantos leales que defienden hoy con nosotros la causa del orden y del buen derecho, cubriéndose de honrosos laureles, oigan su desautorizada voz, y tomando la tea incendiaria y el puñal del cobarde asesino, lancen al viento en cenizas el pan de sus hijos y claven en el seno de su madre el hierro fratricida?

No, —responderán a su llamamiento enérgicamente las valientes y leales reservas—, no; esa que tremolais, no es la antigua bandera nuestra, es la vuestra deshonrada por crímenes, vencida siempre, emblema del



incendio, del asesinato y del robo: los colores que la adornan, los habéis robado: la nuestra, invicta, noble y santa, la hemos depositado para siempre como un recuerdo heroico en el seno de la historia, y bajo la salvaguardia de España.

La hora extrema de la sublevación se acerca con pasos inflexibles: sus caudillos lo ven y en su desesperación quieren hacer un esfuerzo supremo para mover al pueblo y lanzarlo al combate y a la ruina: con ese objeto publican decretos, narraciones y hasta versos, infamatorios como un libelo; pero escarmentado con tantas desgracias, no viendo cumplida ninguna de las promesas que se le hicieron y conociendo la falsedad de cuanto dice su ridículo gobierno, ese pueblo, se niega a ser por más tiempo dócil y desgraciado instrumento de hombres ambiciosos y criminales, y ansiando paz, deserta de las filas rebeldes y se esconde o aumenta las de los leales.

* * *

Mucho hemos oído sobre los inconvenientes que opone a las transacciones del comercio diario, en esta población, la diversidad de medidas de peso usadas en el día; pues si bien es cierto que atendiendo el gobierno a la costumbre establecida en tiempos de la república, dispuso que rigiera el peso francés, cuyo metro es por lo tanto legal, también lo es que el comercio ha adoptado ya por completo el español, y esta variedad se presta muy mucho a que sufra diarios perjuicios el pueblo. La aduana, aunque pesa para el cobro de derechos con balanza francesa, agrega siempre al peso el ocho por ciento, que es completamente del español; el comercio sigue su ejemplo y desatiende la disposición legal; y como el contraste no pueda marcar sino las pesas francesas y éstas jamás se usan en las transacciones por menor, resulta que casi todos los expendedores tienen



pesas, que llaman españolas, pero que no estando revisadas por el contraste y siendo de plomo, ofrecen muy pocas garantías de legalidad y se prestan admirablemente al fraude.

Fundóse el gobierno para dejar rigiendo el peso francés, en que le creía usado generalmente en el país; y en que esperándose de uno u otro momento que se impusiera aquí, como en las otras provincias de la monarquía, el sistema métrico decimal de capacidad, peso y medida, no era bien variar la costumbre tan a menudo. Pero, dado que se imponga aquí el sistema métrico decimal, pasará mucho tiempo antes de que se generalice, por ser algo complicado para la clase poco ilustrada; y mientras tanto, si no se uniforma el que hoy nos rige, estaremos expuestos a los inconvenientes que trae siempre consigo la multiplicidad de unidades de peso. Somos por tanto de opinión, que se elija un sistema cualquiera, el español por ejemplo, que es el más usado, y que se legalicen las pesas del comercio todo y de la Aduana. No nos parece que sea para ello obstáculo insuperable que el Ilustre Ayuntamiento haya efectuado sus contratos con arreglo al peso francés, porque lo que dejara de producir a sus cajas la medida sería sólo un ocho por ciento, cuya cantidad podría procurarse con algún nuevo arbitrio o con la mejor administración de otros; a más de que los beneficios que al público produciría la uniformidad de peso, bien vale ese pequeño sacrificio. Abogaríamos por la adopción del peso francés, en bien del municipio, si no mediara la circunstancia de que se ha generalizado ya el español en todo el comercio, al que mayores perjuicios que al Ayuntamiento sobrevendrían con la imposición de un sistema que ha caído en desuso.

Creemos que nuestro gobierno, a pesar de sus múltiples y perentorias ocupaciones no dejará de ocuparse de una cuestión que interesa no tanto al comercio como a la clase pobre del pueblo.

6 de febrero de 1864.



Esta primera edición de 500 ejemplares del
libro **Novelas cortas, Ensayos y Artículos,**
de **Manuel de Jesús Galván,**
se terminó de imprimir
en el mes de julio del año 2000,
en los talleres gráfico de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana.

